



I

A DARK FANTASY ROMANCE

PHANTASMA

KAYLIE SMITH

QUIENES SOMOS



STAFF

TRADUCCIÓN

Black

CORRECCIÓN

Aislinn

DISEÑO

Thipex

LECTURA FINAL

Rose

DISCLAIMER

Trabajo sin fines de lucro, traducción de fans para fans, por lo que se prohíbe su venta.

Favor de no modificar los formatos, publicar o subir capturas en redes sociales.

Prohibida su



Venta

INVITACIÓN



<https://t.me/+8rhmckbmstu4nwmx>

SINOPSIS

Bienvenido a PHANTASMA.

Sólo hay dos reglas en el juego. Mantente vivo. Y no te enamores.

Cuando la hermana de OPHIELIA desaparece, sólo hay una forma de salvarla. OPHIELIA debe entrar en PHANTASMA, un concurso mortal dentro de una mansión encantada, y reclamar su premio: un único deseo.

PHANTASMA es un laberinto de pasillos serpenteantes y lujosos salones de baile, de demonios y tentaciones. OPHIELIA se enfrentará a nueve desafíos, cada uno más peligroso que el anterior. Sólo puede haber un ganador, y los demás concursantes no se detendrán ante nada para eliminar a sus rivales.

Cada día la casa crea nuevos monstruos. Pero justo cuando los temores de OPHIELIA amenazan con abrumarla, un misterioso desconocido le ofrece un trato.

Encantador, arrogante y exasperantemente atractivo, BLACKWELL afirma que puede guiarla a través de las **letales** pruebas que le esperan. Todo lo que pide a cambio son diez años de su vida.

OPHIELIA sabe que no debe confiar en él. BLACKWELL no parece peligroso, pero las apariencias engañan. Peor aún,

siente una atracción oscura e irresistible que los acerca cada vez más.

Su vida está en juego. Pero en PHANTASMA, lo único más mortal que perder la partida es perder el corazón...

DEDICATORIA

Para aquellos que han tenido que abrirse camino desde la oscuridad y aun así eligen ser una luz en este mundo:

Estoy orgulloso de ti.

ADVERTENCIA

Esta obra contiene temas de índole sexual explícitos y escenas con elementos de horror, así como representaciones en profundidad de tendencias obsesivo compulsivas, como pensamientos intrusivos y tics compulsivos. Para obtener una lista más completa de los posibles desencadenantes, consulte mi sitio web.

ÉPIGRAFE

¡Qué fantasmagoría es la mente y lugar de encuentro de los disimulos! — Virginia Woolf, *Orlando*

HIERARCHY OF PARANORMAL BEINGS

KING OF THE DEVILS

PRINCE OF THE DEVILS

DEVILS

DEMONS

OFFSPRING OF A DEVIL & ANOTHER
PARANORMAL BEING

WRAITHS

OFFSPRING OF A DEMON & ANOTHER
PARANORMAL BEING

OTHER IMMORTAL
PARANORMAL BEINGS

VAMPIRES
SHAPESHIFTERS
FAMILIARS
GHOSTS

MORTAL
PARANORMAL BEINGS

NECROMANCERS
SEERS
WITCHES
SPECTERS

CLASSIFICATIONS OF GHOSTS

PHANTOMS

MOST CORPOREAL AND POWERFUL TYPE OF GHOST

POLTERGEISTS

TYPE OF GHOST ABLE TO POSSESS THE CORPOREAL VESSEL OF ANOTHER BEING

APPARITIONS

MOST COMMON TYPE OF GHOST, COMPLETELY NON-CORPOREAL AND IF LEFT LINGERING ON ANY
CORPOREAL PLANE FOR TOO LONG WITHOUT CROSSING OVER CAN DETERIORATE INTO A GHOUL

GHOULS

AN APPARITION THAT HAS DETERIORATED
INTO A NUMB, MINDLESS, ENTITY



PRÓLOGO

MALVADO

El Demonio tenía una boca malvada y una voz tan suave como el bourbon.

—¿Cuál es tu decisión? —insistió mientras deslizaba la punta de su dedo índice por un lado de su garganta, sus labios a escasos centímetros de su pulso acelerado en el otro.

—Me has engañado —susurró.

Él se rio en respuesta, su aliento acariciando su piel febril.

Estaba tan cerca que apenas podía pensar.

Cualquier respuesta coherente a su pregunta la eludía mientras otra inyección de adrenalina corría por sus venas, pero los eventos que condujeron a este momento quedaron grabados en su mente con una claridad vívida.



1

HECHIZO DE MEDIANOCHE

TRES NOCHES HASTA PHANTASMA

La luz de la luna brillaba en el medallón dorado que rodeaba el frío cuello del cadáver.

Ophelia Grimm desabrochó el collar en forma de corazón de su madre con fervor antes de alejarse del círculo de hechizos y meter la mano por debajo de sus rizos sueltos de color pardo para asegurar la chuchería familiar alrededor de su propia garganta. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando el metal helado se asentó contra su piel, y su carne cosquilleó debajo de él.

Ophelia cayó de rodillas a la izquierda del pálido cadáver de su madre, mientras su hermana, Genevieve, observaba a unos metros de distancia en silencio embelesada. Apretando la hoja de plata que tenía en la mano, Ophelia apretó su afilada punta contra la suave carne marfil de la parte interna

de su brazo. El corte era profundo pero preciso, extrayendo suficiente sangre que goteaba y se acumulaba en el suelo ante ella y teñía el delicado material blanco de su camisón de un macabro tono bermellón. El aroma del hierro y la sal era penetrante.

Ophelia dejó que la hoja cayera al suelo y Genevieve se estremeció como una liebre asustada. Ophelia ignoró la vergüenza de su hermana mientras encendía una cerilla, saboreando el *silbido* del fuego encendido en la quietud sepulcral de la mansión Grimm. Se acercó a la vela más cercana y esperó a que su mecha cobrara vida, golpeando el costado de la columna cerosa mientras contaba cada toque en silencio en su cabeza.

Uno, dos, tres.

Cuando la vela finalmente se encendió, Ophelia la empujó a su lugar dentro del círculo de hechizos, y el resto de los pilares alrededor del cuerpo sin vida de Tessie Grimm se encendieron instantáneamente. Las sombras de las hermanas Grimm se extendían hasta el techo mientras las cortinas de terciopelo ondeaban violentamente.

Había sido Ophelia la que se despertó, empapada de sudor en medio de esta cálida noche de Nueva Orleans, para encontrar a su madre rígida sobre la alfombra de cambray color crema. No había habido gritos de horror ni signos de pánico o juego sucio. No hay signos de ningún peligro. Solo su madre estaba tendida en el suelo, como si la mujer hubiera decidido retirarse a pasar la noche en el suelo de la sala de estar en lugar de en una cama. Si la extraña y crepitante sensación de la magia no la hubiera alertado de que algo andaba muy mal, tal vez no habría encontrado a su madre hasta que saliera el sol. Y para entonces, ya habría sido demasiado tarde.

Ophelia había sido vagamente consciente de que su hermana bajaba las escaleras rechinantes detrás de ella, pero había estado demasiado ocupada revisando sus recuerdos para advertir a Genevieve de la espantosa escena que había debajo. Ophelia hojeó sus recuerdos en busca de confirmación de que había golpeado su cabecera suficientes veces y golpeado los nudillos en el patrón correcto en la pared antes de irse a dormir. Pero sabía que lo había hecho. Sus compulsiones eran rutinarias en este punto. Esto no fue su culpa. No pudo ser. Lo había hecho todo a la perfección.

Por un momento, pensó en dejar el cadáver tal como estaba y volver a la cama, convencida de que desaparecería por la mañana, como lo hacían todos los conjuros de su mente. No fue hasta el sollozo abrasador de Genevieve y el pulso de poder en el aire que entró en acción. Había mandado a Genevieve a buscar una caja de cerillas y había corrido a través de la mansión Grimm hasta el estudio de su madre, saqueando la habitación en busca de las siete velas negras que necesitaba para realizar el hechizo antes de que la ventana de oportunidad se cerrara para siempre.

Ophelia era ahora la mayor de las Grimm. Una madre muerta le dejó algo más que solo ser una huérfana.

—*Apúrate, tu tiempo se está acabando* —la Voz de la Sombra que la perseguía cada pensamiento susurraba dentro de su mente—. *Si pierdes su ventana, habrá consecuencias.*

Ophelia apartó la voz mientras mojaba dos dedos en su propia sangre, con cuidado de no pasar del círculo de velas para no romperlo y estropear la única cosa para la que había estado entrenando toda su vida. Esto era todo. La hora undécima. Lo que fuera que decidiera hacer a continuación la cambiaría irrevocablemente. Podía negarse a terminar el hechizo y quedarse como estaba, la única versión de sí misma que había conocido. O podría pagar el precio de continuar con el legado de su familia.

—No tienes por qué hacerlo, Ophie —susurró Genevieve en la oscuridad. Casi suplicando.

Pero Ophelia no podía ser quien acabara con la magia de su familia. Por mucho que este ritual cambiara la composición de su propio ser, no llevarlo a cabo la cambiaría de una manera que rompería su espíritu. La necesidad de ser buena, de hacer el bien por todos los que alguna vez habían esperado algo de ella, estaba anidado en lo más profundo de sus huesos. Inseparable de su alma.

Cerrando los ojos, Ophelia susurró las palabras del hechizo que había recitado todas las noches como una plegaria impía desde que había aprendido a hablar. El calor de las llamas se intensificó cuando terminó de susurrar el conjuro, el aire templado hizo que todo su cuerpo se sonrojara mientras se concentraba en el poder que crepitaba sobre su piel. Una fragancia carbonizada y amarga le quemó la nariz. El aroma de la magia.

Cuando la última palabra goteó de sus labios, cada una de las velas negras se apagó una por una. Volutas de humo de obsidiana se elevaron alrededor del círculo mientras ella metía la mano por debajo del cuello de su camisón desabrochado y dibujaba un sello carmesí sobre su corazón con sus dedos empapados en sangre.

Luego esperaron. Ophelia con anticipación. Genevieve con aprensión.

La temperatura en la mansión bajó diez grados y el silencio se hizo pesado, la oscuridad demasiado quieta. De repente, Ophelia sintió ojos sobre ella, miradas que le quemaban la piel desde todos los lados. Ojos de aquellos a los que no podía ver. Todavía.

Esperaron en la oscuridad durante lo que pareció una cantidad de tiempo agonizante. Las campanadas de medianoche del gran reloj del vestíbulo aún no habían

sonado, pero Ophelia pensó que seguramente el hechizo ya debería haber funcionado. Tal vez lo hizo mal, tal vez no dijo las palabras correctamente o lo suficientemente claras. Tal vez fue un fracaso total y absoluto...

Un grito brotó de su garganta cuando el fuego de repente abrasó sus huesos y cada centímetro de su piel. Cayó hacia delante, sobre sus manos, con la columna vertebral crujiendo y estallando en un arco antinatural, maullidos de dolor se liberaron de sus labios mientras la magia de su madre inundaba su sistema. Presionó su frente contra el suelo, el charco de sangre cubriendo su rostro mientras su voz se volvía ronca por sus gritos. Genevieve se acercó para ponerle una mano en la espalda consolándola, incapaz de hacer otra cosa que mirar.

Cuando finalmente terminó, Ophelia se desplomó en el suelo, donde permaneció durante otro largo minuto, tratando de recuperar el aliento. Finalmente, pudo ponerse de pie y, respirando profundamente, susurró una demanda a la oscuridad. El que sellaría su destino para siempre.

Genevieve se quedó boquiabierta de asombro cuando la oscuridad respondió a la petición de Ophelia, y las velas se volvieron a encender con la orden en voz baja. Esta vez, las llamas eran de un azul plateado. Azul Grimm.

Ophelia vislumbró su reflejo parpadeando en la ventana. Su cabello oscuro y su camión delgado estaban cubiertos de sangre. El carmesí se extendía por sus pómulos afilados como navajas y goteaba sobre el puente de su nariz delicadamente puntiaguda, un contraste sorprendente con su piel de porcelana. Sin embargo, eso no fue lo que le llamó la atención. No cuando la mirada que le devolvía ya no era la suya. Sus iris ya no era el brillante y cálido azul de su infancia. El color que Genevieve aún tenía. En cambio, habían cambiado a un tono inquietante y helado, casi blanqueados de su pigmento por completo. Era del mismo color

escalofriante que el de su madre, el mismo que el de su abuela en el retrato al óleo que colgaba en el vestíbulo. El mismo que el de todas las mujeres Grimm que habían aceptado su magia antes que ella.

El mismo color que los contornos brumosos y brillantes de las Apariciones que ahora podía ver acechando en las sombras de la habitación.

Azul Grimm.

Un orgullo venenoso la atravesó, pero la ola de dolor y miedo que la perseguía casi le dobló las rodillas. Una parte de ella esperaba que la magia no se transfiriera, que su madre no se hubiera ido realmente de este plano corpóreo, aunque el frío cadáver a sus pies contaba claramente una historia diferente. La otra parte de ella, la que completó con éxito el hechizo y desató la magia que ahora fluía por sus venas, estaba satisfecha.

Un reflejo parpadeante en el cristal llamó su atención. Una curiosa aparición con una sonrisa tenue le devolvió la mirada, a sabiendas, antes de parpadear fuera de la vista.

—Maldito infierno, Ophie —susurró Genevieve, sacando a Ophelia de su trance—. ¿Estás bien?

Ophelia no dijo nada mientras alzaba la mano para pasar el dedo por el medallón que tenía en la garganta, golpeándolo al sentir el primer pinchazo de lágrimas en sus ojos.

Uno, dos, tres.

Ophelia soltó una maldición estrangulada en el último toque y retrocedió un paso a trompicones, mirando el collar con incredulidad. Contuvo la respiración mientras esperaba la confirmación de que no lo había imaginado.

Un momento después, el medallón volvió a palpar, sincronizado con el ruido de su propio pecho.

Un latido del corazón.



DESPEDIDAS

DOS NOCHES HASTA PHANTASMA

Muy pocas cosas se consideraban inusuales cuando provenías de una familia de nigromantes prolíficos. Todos los días de la infancia de Ophelia habían consistido en cadáveres que entraban y salían de la Mansión Grimm, viajes al cementerio, escuchando a su madre quejarse de otro posible virus infligido por el demonio que arrasaba Nueva Orleans, o pasando horas recitando lecciones sobre cada tipo de ser paranormal que algún día podría encontrar. Cambiaformas, vampiros, brujas.

Pero despertar con fantasmas acechando en su habitación y pasillos la mañana después de haber encontrado el cuerpo sin vida de su madre era extraño incluso para sus estándares. No estaba segura de si alguna vez se acostumbraría a los

seres de color azul pálido que aparecían y desaparecían de su vista a su alrededor. Por su parte, los Fantasmas la ignoraron en su mayoría, pasando por la Mansión Grimm y por las calles de Nueva Orleans como fuegos fatuos sin rumbo mientras ella y Genevieve atendían los aspectos prácticos de la muerte de su madre. Si no les prestaba atención, la mayoría le daba la misma cortesía. Algunos, sin embargo, parecían disfrutar haciéndola retorcerse. Cuando accidentalmente captó las miradas de aquellos, se negaron a apartar la mirada. Observando cada uno de sus movimientos. Haciéndole señas para que hablara con ellos.

Las dos habían estado despiertas desde el amanecer. O mejor dicho, llevaban fuera de la cama desde el amanecer. Ophelia había pasado la mañana preparando a su madre para que la llevara el forense de la ciudad mientras Genevieve recogía todo lo que necesitaban para obtener un certificado de defunción y publicar un obituario en el *New Orleans Post*. Faltaba solo una hora para que anocheciera, y ella y Genevieve estaban a una cuadra de la oficina del forense para darle el último adiós. A diferencia del resto de los mortales, los nigromantes no se preocupaban por tradiciones como los funerales o los velorios. Se despidieron de las formas corpóreas de sus seres queridos y luego esperaron hasta que se presentó la oportunidad de llegar a ellos en el más allá. Tener cualquier tipo de gran ceremonia se sentía demasiado definitivo cuando tenían tanta conexión con los muertos.

Ophelia se preguntó si la solemne tensión que se aferraba a la humedad del aire estaba solo en su mente, o si la ciudad sentía de alguna manera la grave pérdida de uno de los suyos. Si sabía que ella nunca podría ocupar el lugar de Tessie Grimm y estaba de luto..

El nuevo peso de la magia que se asentaba en su núcleo le revolvió el estómago. Solo sería cuestión de tiempo hasta que sintiera la necesidad de expulsarlo de alguna manera.

Demasiada energía para acumularla sin liberarla la corroería internamente.

—¿Estás bien? —murmuró Genevieve a su lado.

—Estoy bien —mintió Ophelia.

En lugar de llamarla mentirosa, Genevieve amablemente siguió adelante.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que detesto vivir en una ciudad tan húmeda?

—Casi constantemente.

—Siempre me destruye los rizos —se quejó Genevieve como si Ophelia no hubiera hablado—. El infierno debe ser menos húmedo que esto.

Ophelia resopló.

—Ya sabes lo que dicen. Ven al infierno, puede que tengamos diablos y demonios, pero al menos tu cabello no se encrespará.

Genevieve arrugó la nariz.

—Uf, no los menciones. Eso es solo pedir que aparezca *uno*.

No era así como funcionaba, por supuesto. A menos que realmente te tropieces con un Diablo, o ellos se topen contigo, los Demonios individuales solo podían ser convocados si invocabas las palabras o nombres correctos, como era el caso de muchos seres paranormales. Lo cual estaba casi segura de que Genevieve sabía, pero, por otra parte, su hermana no había recibido el mismo tipo de educación que Ophelia. E incluso si Genevieve lo hubiera hecho, Ophelia estaba segura de que su hermana no habría tenido ningún deseo de conservarlo. Genevieve casi siempre cambiaba de tema cuando se mencionaba a los demonios u otros seres semejantes. Mientras tanto, de todas las lecciones de su madre mientras crecía, Ophelia encontró las de los Nueve

Círculos del Infierno particularmente fascinantes. Más que las horas y horas de conferencias sobre cómo reanimar cadáveres para cumplir tus órdenes, cómo hablar con los muertos y cómo evitar ser poseído... los cuentos de los territorios del infierno siempre habían sido la macabra fascinación preferida de Ophelia.

Probablemente porque, a diferencia de su propia realidad, existía la posibilidad de que algo fantástico prometiera con un lugar como el infierno. Diablillos guapos, espectros y demonios que podrían arrastrarte a su mundo mágico y peligroso. Como una de las oscuras novelas románticas que había leído en la biblioteca de la mansión Grimm cuando no podía dormir. Y tal vez el peligro no debería ser tan atractivo para Ophelia como lo era, pero la mayor parte de su vida la había pasado secuestrada entre los muros polvorientos de la mansión Grimm y anhelaba algo que acelerara su corazón. Algo más que la magia desconocida que ahora palpitaba en sus venas.

Por supuesto, al igual que con la magia, Ophelia aprendió rápidamente que la idea de algo solo era placentera cuando seguía siendo una idea. Una ensoñación lejana. Tener algún tipo de poder era tan extraño para Ophelia como la perspectiva de la aventura o el romance. Y no estaba segura de que se estuviera asentando bien en su interior. Ver a su madre lidiar con los muertos nunca la había perturbado, pero la idea de manipular una cosa tan frágil como la vida misma, la hizo casi desear haber descubierto el trágico destino de su madre después de la fecha límite de la medianoche y no haber recibido su magia en absoluto.

—*Si no estás en casa antes del anochecer, tú y Genevieve morirán* —susurró la Voz de la Sombra, desplegándose como humo en su mente mientras despertaba ante su ansiedad.

Desde que tenía uso de razón, la voz había estado allí, en los rincones más oscuros de su mente, diciéndole que

atravesara ciertas puertas o toda su familia perecería. Haciéndola llamar incesantemente a las puertas para comprar un momento de silencio con sus propios pensamientos. Insistiendo en ella para que cometa los crímenes más horripilantes contra los seres más vulnerables. Cuando era más joven, le preocupaba estar poseída. Había empacado todas sus maletas y había recorrido una milla por la carretera para evitar que su familia fuera malvada, antes de que su madre la encontrara y le explicara que la Voz de la Sombra no era real. Era solo un accesorio de su mente. Uno con el que tendría que vivir para siempre.

—*El sol se pondrá pronto* —la Voz de la Sombra sigue adelante—. *Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac.*

Apartó la voz, cambiando su enfoque hacia la morgue que finalmente aparecía frente a ellas. Genevieve enganchó su brazo en el pliegue del codo de Ophelia, buscando consuelo mientras marchaban hacia el pintoresco edificio, enviando el tintineo de una campana a través de la pequeña sala de estar delantera.

—Hola, queridas —las saludó un hombre. Su pueblo era lo suficientemente pequeño como para que el hombre actuara como forense y director de la funeraria, por no hablar de cualquier otro trabajo extraño y macabro que pudiera surgir. Era mayor, unos sesenta años, con el cabello rubio y un bigote blanco que necesitaba desesperadamente un corte—. Por aquí.

Siguieron al forense fuera de la sala de espera y por un pasillo hasta la parte trasera del edificio. Les abrió la puerta mientras les hacía señas para que entraran en una gran sala llena de ataúdes.

—Odio esto —susurró Genevieve.

Ophelia echó un vistazo rápido a la habitación, con los ojos clavados en el único ataúd abierto a su derecha. Tragó saliva

mientras se acercaba, casi ahogándose en su pavor mientras miraba a la mujer que estaba dentro.

El sencillo vestido crema que su madre había estado usando la noche anterior había desaparecido hace mucho tiempo, ahora reemplazado por un intrincado vestido de gasa negra que hacía que la tez ya clara de su madre se viera aún más pálida. Su madre había sido la que originalmente eligió este vestido en caso de que su espíritu decidiera quedarse (Tessie Grimm insistió en no pasar la eternidad como un fantasma con un corsé), pero al ver el vestido en exhibición en el ataúd ahora, Ophelia pensó que podría haber sido la decisión equivocada.

—*Mierda*. Esto solo la hace parecer... —Genevieve arrugó su nariz pequeña y puntiaguda mientras se acercaba al lado de Ophelia para mirar dentro del ataúd—. Fantasmal. Te dije que tendríamos que haber optado por el morado.

Ophelia suspiró, golpeando con los nudillos “*uno, dos, tres*” el costado del ataúd para calmar su mente. Estaba de acuerdo con el vestido, pero ya era demasiado tarde. Además, la ventana por la que el espíritu de su madre podía regresar se había cerrado hacía mucho tiempo de todos modos. Las almas que decidieron no cruzar inmediatamente al Otro Lado regresaron a las pocas horas de su muerte. Lo que significaba que este sería su último adiós. El vestido que eligieron apenas parecía importar.

Ophelia sabía que debía estar contenta de que el alma de su madre hubiera estado lo suficientemente en paz como para pasar de largo, un sentimiento que se repitió a sí misma durante el agotador proceso de enhebrar una aguja a través de los delicados párpados de su madre antes de que el forense recogiera el cuerpo de la casa esa mañana, un viejo truco del nigromante para asegurarse de que el alma pudiera descansar en paz sin ser perturbada por ninguna resurrección no deseada. Sin embargo, había algo persistente

en el fondo de su mente, diciéndole que este adiós no era para siempre. Es por eso por lo que aún no había derramado una sola lágrima.

—Si pudiera firmar aquí, señorita Grimm —le instó el forense, sacándola de sus pensamientos mientras le golpeaba suavemente el dorso de la mano con un bolígrafo.

Ophelia le arrebató el bolígrafo y le dio dos golpecitos más en el dorso de la mano antes de garabatear su nombre en la parte inferior del pergamino que había colocado sobre el lado cerrado del ataúd. El forense le dirigió una mirada extraña mientras observaba el tic, pero solo asintió con la cabeza en señal de agradecimiento mientras volvía a meterse el bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta con una suave palmadita.

—¿Y están seguras de que no quieren que les hagan una autopsia? —insistió—. Sé que todos los indicios apuntan a un ataque al corazón, pero ella era terriblemente joven para que su corazón se rindiera sin...

—No vas a abrir a nuestra madre —intervino Genevieve, firme—. Ya es bastante malo que Ophelia ya la haya cosido.

Ophelia le dio un codazo a su hermana en el estómago. Coser los ojos de un cadáver con hilo bendecido por el demonio era un secreto bien guardado en la comunidad de la nigromancia. De lo contrario, los mortales normales podrían empezar a adoptar la práctica por sí mismos, y hacer que la capacidad de un Nigromante para reanimar o hacer que otra persona lo posea sea nula y sin efecto. Lo que significaba que su madre no habría podido sacar provecho de aquellos que querían resucitar a sus seres queridos muertos por una razón grotesca u otra. De todos modos, no es que la mayoría de la gente tuviera estómago para semejante tarea “Genevieve ciertamente no lo tenía, casi perdiendo el desayuno cuando se encontró con Ophelia terminando de coser” y Ophelia misma había esperado hasta el último segundo posible para realizar

las medidas necesarias en el cadáver de su madre antes de que llegara el forense a recoger el cuerpo.

—No importa —terminó Genevieve con un murmullo. Metió la mano en los pliegues de su vestido y consiguió la documentación en la que había trabajado toda la mañana—. Aquí está su certificado de nacimiento y el obituario que escribimos.

El hombre se rascó el grueso bigote blanco, los ojos se movían entre ellas como si se preguntara qué pensar de sus extraños modales.

—Haré que me envíen una copia del certificado de defunción a la mansión Grimm lo antes posible —dijo finalmente, tomando los papeles de la mano de Genevieve—. Tómense un momento para despedirse. Estaré esperando justo afuera de la puerta para cerrar después de ustedes.

Las chicas asintieron con la cabeza y se volvieron hacia su madre mientras él salía de la habitación.

—No va a volver, ¿verdad? —murmuró Genevieve.

Ophelia respiró hondo.

—No lo parece.

—Estaremos bien —dijo Genevieve, más para sí misma que para Ophelia—. Si fue un problema con su corazón, probablemente fue solo una casualidad. Estoy segura de que no nos ha transmitido nada. Después de todo, la abuela estuvo tan sana como un caballo toda su vida, y probablemente se habría quedado con nosotros mucho más tiempo si no fuera por el accidente. Mamá no querría que nos preocupáramos.

—No, ella querría que siguiéramos *adelante*. Es propio de ella dejarme aquí, sola, para continuar con nuestro legado familiar. —El sonido que salió de la garganta de Ophelia era algo entre una risa y un sollozo—. No sé cómo espera que

haga esto sin ella. Nunca seré tan buena como ella. Solo he recibido la mitad del entrenamiento que ella recibió cuando murió su propia madre.

—Nadie puede esperar que seas perfecta, Ophie —razonó Genevieve.

—Ella lo esperaba —replicó Ophelia, recordando los profundos suspiros de decepción de su madre cada vez que se equivocaba al recitar un hechizo o no pensaba con la suficiente rapidez—. Puede que nunca te presionara para que fueras perfecta, pero a mí siempre me exigió otra cosa. Y aunque mamá no siempre esperó grandeza de mí, no puedo evitar esperarla de mí misma.

—Ophelia —la regañó Genoveva—. No es justo exigirte a ti misma.

Ophelia arrugó la nariz, pero no hizo más comentarios. Genevieve no entendía. ¿Cómo podría? A Genevieve se le había permitido vagar libremente durante toda su infancia, mientras que Ophelia había estado encerrada en la mansión Grimm aprendiendo el negocio familiar. La Voz de la Sombra se burlaba de ella cada vez que cometía un error.

Si la abuela había sido la responsable de llevar la industria de la nigromancia a Nueva Orleans, Tessie Grimm había sido la responsable de convertirla en una atracción tanto para los turistas como para los lugareños. Grimm Manor tenía un flujo constante de tráfico peatonal entre las horas del amanecer y el anochecer, de lunes a sábado, ya que la gente de Nueva Orleans corría a Tessie Grimm para casi todas las solicitudes inquietantes que uno pudiera imaginar.

¿Puedes ponerte en contacto con mi hermano en el otro lado para que pueda decirle que lo siento?

¿Puedes resucitar a mi novia para que pueda decirle a la policía que no lo hice?

¿Puedes convencer a un Poltergeist para que posea a mi esposo y lo haga más tolerable?

Todo lo cual estaba ahora solo sobre los hombros de Ophelia.

—Tenemos que seguir adelante —continuó Genevieve, interrumpiendo sus pensamientos—. Encontrar nuestro cierre para que podamos continuar con su legado.

—Te refieres a que *yo* pueda continuar con su legado —corrigió Ophelia—. *No estás* atada a la Mansión Grimm. No es tu carga, ni yo te la desearía jamás.

Ophelia se mordió el labio inferior y cerró los ojos por un momento, respirando profundamente antes de que su dolor y ansiedad se desbordaran. Preferiría concentrarse en su rabia. Rabia porque su madre la había dejado aquí para hacerse cargo de la magia familiar, y de la Mansión Grimm, mucho antes de que estuviera lista. Sabía que probablemente era de mal gusto estar tan enfadada con los muertos, pero su ira era más fácil de digerir que el dolor que se escondía bajo su piel. La furia y el rencor podían alimentarla, impulsarla hacia adelante, pero si dejaba que su dolor se apoderara de ella, no estaba tan segura de poder salir de ese pozo.

Genevieve miró a su hermana con indignación.

—Por el amor de Dios, no voy a levantarme y dejarte para siempre, Ophie. Además, no tenemos que tomar ninguna decisión sobre la mansión Grimm ahora mismo, ¿bien? No tienes que tomar el manto de Madre de ayudar a cada Tom, Dick y Harry en Nueva Orleans sólo porque ella y la abuela lo hicieron. Sé que parece abrumador en este momento, pero sólo porque heredamos la Mansión Grimm no significa que debemos...

—*Detente* —exigió Ophelia mientras volvía a mirar hacia el ataúd.

Genevieve apretó los labios. Ophelia aún no sabía cómo decírselo a su hermana -Genevieve seguía soñando con que las dos viajarían juntas por el mundo, como se habían prometido de niñas, pero ahora que su madre ya no estaba, el destino de la mansión Grimm estaba prácticamente decidido en la mente de Ophelia.

Ophelia se acercó y rozó con las yemas de los dedos la mejilla hundida de su madre. Una vez que saliera de esta habitación, sólo podría ver a Tessie Grimm en sus recuerdos. Recuerdos de la excéntrica mujer que bebía siete tazas de té al día hasta que olía a vainilla y chai mezclados con el aroma de las sales de hechizo y la magia. De su voz tranquilizadora leyendo libros en voz alta en la biblioteca de la mansión antes de comer, y del tintineo metálico de las espadas durante las clases de esgrima por la tarde. De ella enseñando a Ophelia todas las reglas de la magia y el trato con los muertos mientras Genevieve recibía clases de piano en el salón. Del olor a gumbo y pan de maíz con miel todos los domingos de invierno.

—Algún día nos volveremos a encontrar —juró ahora Ophelia.

—*Si no llamas a esa puerta tres veces en los próximos cinco segundos* —le susurró la insidiosa Voz de la Sombra en su cabeza—, *tú también morirás.*

Ophelia respiró hondo mientras le venían a la mente recuerdos de su propia muerte prematura. Una figura sombría de pie frente a ella, desgarrando su suave carne con garras tan largas como sus dedos.

Tic, tac.

Sus músculos se agarrotaron cuando el miedo se apoderó de ella, y sus movimientos se volvieron frenéticos mientras se volvía hacia la puerta.

—¿Ophelia? Mierda, ¿es otra vez la voz? —preguntó Genevieve, corriendo hacia delante con sus faldas de tafetán rosa y una mano extendida con preocupación..

Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac.

Ophelia tropezó con su propio dobladillo mientras se abalanzaba hacia la salida, golpeando sus nudillos contra la sólida puerta tres veces antes de que la Voz de la Sombra contara el último segundo. Luego, silencio. La voz había desaparecido de nuevo, evaporándose de su mente como la niebla.

—¿Queridas? —dijo el forense desde el otro lado de la puerta—. ¿Llamaste? La puerta no está cerrada con llave, ¿sabes?

Ninguna de las dos chicas se molestó en dar explicaciones mientras Genevieve se movía para abrir la puerta. El hombre les dio una mirada de lástima mientras salían antes de cerrar y conducir las a la salida. Genevieve le lanzó una pequeña mirada. Genevieve odiaba la lástima.

—Buena suerte. —El forense inclinó la cabeza ante ellas mientras se adentraban en el sol de la tarde. Ophelia bajó la barbilla en señal de agradecimiento mientras seguía a Genevieve, su hermana menor no se molestó en ninguna sutileza mientras se alejaban.



RUMORES

El aire de Nueva Orleans todavía era un hervidero con la extraña tensión que Ophelia había notado en su viaje a la morgue, pero mientras se dirigían a casa, se sintió un poco diferente. La idea de despedirse de su madre la había rodeado de una niebla de sentimientos tan espesa que antes solo había estado pensando en el dolor. Ahora, sin embargo, se dio cuenta de que Nueva Orleans estaba en un estado de forma raro esta noche.

Las calles del Garden District estaban más oscuras de lo habitual, a pesar de los persistentes rayos del sol de la tarde. Los tacones de las botas de Ophelia repiquetearon en los adoquines de la acera mientras ella y Genevieve serpenteaban por la carretera. Por lo general, las calles seguían abarrotadas de carruajes y turistas que se dirigían hacia y desde el barrio, con música de jazz sonando en algún lugar a lo lejos. En cambio, la calle que se extendía ante ellas estaba quieta,

empapada de sombras y de un silencio que era alto y claro para Ophelia: algo insidioso estaba en el aire.

—Tenemos que volver a casa —instó Ophelia a Genevieve mientras su mirada las recorría—. Esto no está bien.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Genevieve con una ceja levantada—. No me parece mal nada. Nadie ha salido esta noche.

—Exacto —murmuró Ophelia—. Es temporada turística, ¿por qué está tan tranquilo?

—También estaba tranquilo antes —señaló Genevieve—. Tal vez todos decidieron no arriesgarse a ser sorprendidos por la lluvia. Esas nubes se están acercando terriblemente.

Ophelia inclinó la cabeza hacia atrás para mirar las nubes grises y ondulantes en la distancia. Tal vez Genevieve tenía razón, tal vez nadie quería arriesgarse a la lluvia. Pero eso no explicaba el hoyo en su estómago. O por qué las ramas de los robles vivos que bordeaban la calle parecían más retorcidas que de costumbre, la humedad del aire más sofocante.

El pulso de Ophelia se aceleró cuando algo se deslizó profundamente en las sombras más allá de las intrincadas cercas de hierro forjado de las casas a su derecha. Ophelia se acurrucó más cerca de su hermana mientras aminoraban la marcha hasta detenerse junto a una cafetería en una intersección, una brisa revoloteaba a través de sus gruesas faldas grises, el olor familiar de los pasteles fritos y el azúcar en polvo golpeaba su nariz un momento después.

—¡Vaya! —Genevieve se aferró al antebrazo de Ophelia y la empujó hacia el café—. Dame un momento, Ophie, veo a una amiga.

Antes de que Ophelia pudiera protestar, Genevieve entró en el café, saludando a gritos a una chica que Ophelia nunca había visto antes. Ophelia se acercó más para mirar a través

del panel de cristal de la puerta mientras se cerraba. Observó cómo su efervescente hermana menor rodeaba a la desconocida con ambos brazos con una familiaridad que le provocó un nudo en la garganta. No había una sola persona en el mundo, aparte de Genevieve, a la que Ophelia conociera lo suficientemente bien como para ofrecer un saludo así.

Pero allí estaba Genevieve, hablando animadamente con la muchacha de cabellos rubios, con un brillo en sus vibrantes ojos azules que habían estado ausentes durante mucho tiempo en presencia de Ophelia.

—Mientras tú estabas atrapada en casa, ayudando a tu madre a invocar a los muertos, tu hermana estaba haciendo amigos —le dijo la Voz de la Sombra—. ¿No la odias por eso? ¿No te gustaría hacerla sufrir? ¿Hacerla sangrar? Piensan que ella es perfecta, divertida y bonita, y tú eres...

—Detente —susurró en voz alta, extendiendo la mano para golpear el cristal con el nudillo.

Uno, dos, tres.

La voz se evaporó.

—¿Oye? Farrow Henry afirma que va a entrar. No va a pasar dos noches enteras en ese lugar si los rumores son ciertos —dijo una voz profunda detrás de ella.

Ophelia se giró para ver a dos hombres, de su edad, que se dirigían hacia ella desde el otro lado de la intersección.

—¿El sobrino de Richard Henry? —El otro se echó a reír—. Nació con una cuchara de plata en la boca. Apuesto veinte monedas de plata a que se va la primera noche porque su habitación no es lo suficientemente lujosa.

—Tendrá suerte si no muere de un ataque al corazón en las primeras dos *horas* —coincidió el primer hombre.

El primer hombre, el más alto, apenas le dedicó una mirada a Ophelia cuando cruzaron la calle y pasaron junto a ella hasta el café. El otro echó un vistazo a sus ojos inquietantes y se estremeció. Se acercaron a Genevieve, y ella tragó saliva mientras su hermana echaba la cabeza hacia atrás con una carcajada, aferrándose a la más alta con afecto por lo que había dicho. A pesar del convincente espectáculo que su hermana estaba haciendo de que todo estaba bien, Ophelia conocía a Genevieve lo suficientemente bien como para ver que había una máscara para ocultar el dolor. Es probable que la noticia aún no hubiera calado en los círculos sociales de Nueva Orleans, y Genevieve ciertamente no era de las que amargaban un buen rato con una revelación tan sombría.

Ophelia tuvo que apartar la mirada de la escena. Genevieve tuvo toda una vida fuera de la Mansión Grimm. Personas con las que había hecho conexiones, recuerdos, de las que Ophelia ni siquiera sabía los nombres.

Antes de que pudiera sumergirse demasiado en esa línea de pensamiento, un destello de luz se reflejó en el vidrio detrás de ella. Retrocedió a trompicones de la puerta y se dio la vuelta, casi ahogándose con lo que encontró.

Allí, a pocos metros de distancia, había una Aparición. Su forma estaba envuelta en el mismo halo azul helado que las otras que había visto. Azul Grimm. Claro.

La Aparición inclinó la cabeza hacia ella.

Ophelia tragó saliva.

—Yo no soy ella.

La Aparición se acercó cada vez más.

—Vete. —Ophelia ahuyentó a la Aparición con un gesto de su mano—. Yo no soy *ella*, ella se ha ido. Nunca seré ella. Déjame en paz.

Porque en Nueva Orleans todo el mundo conocía a la prolífica nigromante Tessie Grimm. Incluso los muertos. Sobre todo los muertos.

La Aparición abrió la boca como para rebatir la afirmación de Ophelia, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, alguien atravesó su cuerpo transparente. Se esfumó como el humo en el viento.

—Ha venido aquí, lo juro —insistió a su compañero el hombre que acababa de atravesar la Aparición sin saberlo, mientras pasaban de largo, con las cabezas juntas—. Más allá de la vieja catedral, donde solía estar el cementerio. Emma dijo que lo vio allí ayer.

Los sentidos de Ophelia se agitaron al oír las palabras del hombre. Tenía razón. El hecho de que lo único que había en este extraño silencio fueran rumores silenciosos, seguramente significaba que algo malvado estaba en el aire.

Ophelia se volvió hacia el café y abrió la puerta. Al acercarse, Genevieve y sus amigas ni siquiera levantaron la vista de su conversación. Una conversación muy en voz baja.

Ophelia se aclaró la garganta.

—¿Genevieve?

Genevieve dejó de susurrar mientras su mirada se dirigía a Ophelia, con un destello de sorpresa en sus ojos. Como si hubiera olvidado que Ophelia estaba allí.

—Vaya. ¡Ophie!

—Está casi oscuro —dijo Ophelia. No había necesidad de ninguna otra explicación. Genevieve era muy consciente de por qué esa simple declaración incitaba a la urgencia.

Volviéndose hacia sus amigas, Genevieve suspiró.

—Lo siento, tengo que irme. Pero definitivamente te avisaré cuando me apetezca cenar. Tendremos mucho de qué hablar.

Las demás asintieron con la cabeza, los ojos recorrieron a Ophelia con curiosidad, pero ninguno de ellas se molestó en saludarla o presentarse. Lo cual era bueno: Ophelia no estaba de humor para socializar de todos modos.

Cuando volvieron a salir, con la puerta bien cerrada tras ellas, Ophelia preguntó:

—¿Quiénes eran?

—Solo algunas conocidas —respondió Genevieve con un movimiento frívolo de la mano.

—¿Dónde las conociste? —insistió Ophelia.

Los ojos de Genevieve se deslizaron hacia su hermana con alegría.

—Nada insidioso, si eso es lo que te estás preguntando.

—Por supuesto que no. —Ophelia negó con la cabeza, enganchando su brazo a través del de Genevieve para tirar de ellas más rápido por la calle mientras otro destello de azul brillante aparecía sobre su hombro—. Simplemente nunca las mencionaste antes.

—¿Estás bien? —preguntó Genevieve.

Otro destello azul a su derecha. Ophelia se quedó paralizada cuando su mirada chocó con la de la nueva Aparición.

—¿Ophie? Parece que has visto un... ¡Vaya! —Los ojos de Genevieve se abrieron de par en par—. Eso es todo, ¿no? Los estás viendo ahora.

—Distráeme —instó Ophelia—. ¿De qué hablaban allá atrás?

Saltaron por encima de un agujero en el pavimento mientras avanzaban, alejándose del Garden District.

—Oh, mmm... —Genevieve vaciló—. ¡Farrow Henry! Sí. Así es. Solo chismes insignificantes sobre el soltero más infame de Nueva Orleans.

—¿Lo conoces? —se preguntó Ophelia—. Esos otros tipos estaban hablando de él cuando entraron.

—No. Sí. No. —Genevieve sacudió la cabeza con frustración—. Me invitó a uno de los bailes del año pasado. Su padre es el jefe de una de las Krewes¹ de Mardi Gras. Para ser mi acompañante.

—No pensé que terminarás yendo a ninguno de los bailes —comentó Ophelia.

Genevieve resopló.

—No lo hice. Lo había planeado, hice mi vestido y todo, pero luego ese imbécil me plantó y llevó a otra persona. Sin embargo, me aseguré de presentarme en el desfile de Mystick. No pude resistir la oportunidad de hacerlo retorcerse.

Ophelia alzó las cejas ante la audacia de su hermana, una risa burbujeando en su garganta. Genevieve tenía a veces una boca peor que la de un marinero. Sin embargo, la idea de que alguien hiriera los sentimientos de Genevieve le hacía hervir la sangre, sin mencionar que era ridículo que alguien encontrara a alguien mejor que su hermana. Genevieve diría que Ophelia era parcial, pero el hecho de que hubiera varios pretendientes que enviaban cartas de amor a la mansión cada mes decía lo contrario.

—Bueno, está claro que no tiene cerebro si desperdició su oportunidad contigo —comentó Ophelia.

Genevieve resopló.

—Está bien. Me follé a su mejor amigo en la parte trasera de la carroza como venganza.

El sol se ocultaba en el horizonte, y ambas aceleraron instintivamente el paso al desfilarse por las coloridas hileras de casas del centro de la ciudad. Había dos reglas de oro que su madre les había enseñado sobre vagar por Nueva Orleans después del anochecer: la primera era que si la oscuridad te mira, *nunca* miras atrás. Esa era una manera segura de ser atrapada por un Diablo.

Los demonios habían vagado por Nueva Orleans tanto tiempo como las brujas y los vampiros, incluso más. Ophelia nunca había conocido a uno, e incluso con todo lo que había aprendido de su madre sobre los seres insidiosos, no estaba preparada para un encuentro real con uno. Todavía no.

La segunda regla era que si *rompías* la primera, nunca *hicieras* ningún trato con un Diablo. No, a menos que quisieras perder tu alma. Un concepto que muchos turistas demasiado curiosos nunca parecían aprender, acudiendo en masa a lugares como Nueva Orleans, lugares arraigados en la magia, en busca de cosas de las que no sabían nada.

Aquellos desesperadamente fascinados con los tipos de seres que acechaban en la oscuridad casi nunca disfrutaban del resultado de encontrarlos.

Ophelia miró a su alrededor para ver que había muy pocos rezagados vagando por las calles con ellas. Un par de tenderos que salían del trabajo y valientes artistas callejeros que acababan de empezar su día, lo que no ayudaba a los nervios de Ophelia. Pero al menos no estaban completamente solas.

Para acentuar ese sentimiento, un carruaje pasó a toda velocidad, el chasquido de los cascos del caballo en el pavimento se fundió con las notas sensuales de la música de jazz que subían a un crescendo en la distancia. Una pareja que serpenteaba hacia ellas negó con la cabeza al ver a las hermanas paseando cogidas del brazo, y Ophelia no estaba

segura de sí las desaprobaban de alguna manera, o si los chismes sobre su madre ya estaban lo suficientemente extendidos como para que los lugareños al azar comenzaran a dar sus condolencias. De todos modos, la mirada escalofriante que Ophelia lanzó en su dirección fue suficiente para que se estremecieran y se alejaran corriendo.

—Parece que el don de mamá de inquietar a la gente de la ciudad ha pasado a ti. —Genevieve arrugó un poco la nariz—. No voy a mentir, Ophie, ahora es un poco más difícil mirarte.

No era sorprendente que Genevieve encontrara inquietante el nuevo color de los ojos de Ophelia. Su hermana menor siempre había tenido problemas para hacer contacto visual directo con su madre y había dejado muy claro durante toda su vida que si Ophelia fallecía trágicamente sin herederos propios, Genevieve no continuaría con el legado familiar.

La forma en que la gente se irritaba fácilmente por su extraña y pequeña familia siempre había molestado a Genevieve, y cuando Genevieve llegó a cierta edad, incluso comenzó a negarse a acompañar a su madre a cualquier parte de la ciudad para que no se encontraran con alguna de sus amigas de la alta sociedad. Nada de eso había molestado nunca a Ophelia.

Tal vez porque Ophelia sabía que ese sería su destino algún día. O tal vez Genevieve simplemente estaba avergonzada porque sus amigas le habían dicho que lo estuviera, y Ophelia nunca había tenido realmente ningún amigo propio para que ocurriera tal presión de grupo. Las pocas veces que Ophelia había buscado pretendientes, habían terminado con aventuras rápidas y apasionadas que se desvanecían tan rápido como habían comenzado. Ni uno solo llegó al escenario en el que ella podría presentarlos a su familia.

Ophelia no pudo evitar preguntarse si no estaba preparada para asimilarse a la sociedad normal sin su madre como guía.

La muerte es la con la que estaba familiarizada. Vivir sería el verdadero reto.

A su lado, Genevieve se estremeció de repente, volviéndose para mirar por encima del hombro con una mirada extraña en los ojos.

—¿Qué es? —insistió Ophelia.

Genevieve vaciló.

—Algo que una de mis amigas dijo antes... acerca de... — Ella negó con la cabeza—. No importa. Vamos a casa. Tengo frío.

—Tomemos un carruaje —insistió Ophelia a medida que se acercaba la noche—. Sé que no debemos desperdiciar el dinero, pero no quiero estar aquí ni un segundo más de lo necesario.



4

NEGOCIO DE NIGROMANCIA

UNA NOCHE HASTA PHANTASMA

Se oyó un golpe incesante en la puerta principal.

Ophelia abrió los ojos al oír el ruido. A regañadientes se levantó de la cama, buscando a tientas en su habitación algo decente antes de bajar las escaleras para ver de qué se trataba todo el alboroto.

Genevieve asomaba la cabeza por la puerta, con los ojos llenos de rabia por el intempestivo alboroto. Por la hinchazón debajo de los ojos de su hermana, Ophelia concluyó que ninguna de las dos había dormido mucho la noche anterior. Ophelia había permanecido despierta hasta bien entrada la hora de las brujas, la hora entre la medianoche y las cuatro de la madrugada en que el velo entre el mundo mortal y el Otro Lado era más tenue, después de regresar de su apresurado viaje en carruaje, incapaz de dejar de pensar en

su futuro, en su magia, en la extrañeza de su medallón palpitando alrededor de su garganta...

Ahora, Ophelia se frotó los ojos mientras abría la puerta principal, parpadeando rápidamente contra la luz del sol de la mañana que inundaba la entrada. Cuando las manchas finalmente se despejaron de su visión, encontró a dos hombres de pie en el porche delantero de la mansión, ninguno de los cuales reconoció, como si prefirieran estar en cualquier otro lugar que no fuera la mansión Grimm a esa hora temprana. Por cierto, también deseaba que estuvieran en cualquier otro lugar que no fuera su porche delantero.

—¿Ophelia Grimm? —preguntó el primer hombre.

Era un caballero mayor y fornido, con un bigote grueso y rubio ligeramente torcido. Su colega era bastante más joven y delgado, su cabello y barba de un color rojo brillante que contrastaba mucho con su traje gris de tres piezas. Los dos miraban las rebeldes rosas rojas que caían de las vigas del porche como si fueran cuchillos y no flores. Ophelia asumió que era extraño para ellos ver rosas crecer de esa manera y lugar, pero las rosas eran la forma favorita de su madre de mantener a las apariciones no deseadas fuera de la casa y convocaban apariciones *dentro*. Tenían arbustos y arbustos que bordeaban el exterior de la mansión Grimm, trepando por la celosía de la fachada de la casa, así como recubriendo la valla delantera y las puertas.

Las almas que están muertas no pueden cruzar rosas rojas, siempre había cantado su madre.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Ophelia, no sin amabilidad, pero de una manera que indicaba que no era necesariamente un momento conveniente. Genevieve se colocó detrás de ella, mirando a los hombres por encima del hombro de Ophelia.

—¿Quién diablos está llamando a las puertas de la gente tan temprano en la mañana? Nuestra madre ya no está aquí

para tomar citas. ¡Si tienes un pariente muerto, vas a tener que sufrir como el resto de nosotros! —Genevieve resopló, y Ophelia tuvo que apretar los labios para no reírse. A los hombres no les hizo tanta gracia.

—Disculpe la visita domiciliaria no programada. Mi nombre es el señor Mouton, y este es el señor Lafitte —dijo el hombre bigotudo—. Somos del New Orleans City Bank. ¿Podemos entrar?

—¿Para qué? —espetó Genevieve.

—Hay algunos asuntos con tu, ah, madre. Nos notificaron que ella recientemente... falleció. Nuestras condolencias.

Genevieve entrecerró los ojos.

—¿Asuntos?

—¿Te refieres al asunto de la nigromancia? —aclaró Ophelia.

—No. —El señor Mouton negó con la cabeza—. Se trata del estado financiero de la Mansión Grimm.

—¿De qué estás hablando? La mansión ha pertenecido a nuestra familia durante casi un siglo.

—Desafortunadamente, tu madre parece haber pedido algunos préstamos y...

—Si quieres volver a dormir, Ophie, puedo ocuparme de esto —ofreció Genevieve mientras se abría paso frente a su hermana—. No hay necesidad de que las dos tengamos migraña esta mañana.

Las palabras de Genevieve fueron bastante indiferentes, pero algo en la tensión en los hombros de su hermana hizo que Ophelia entrecerrara los ojos.

Sin embargo, antes de que pudiera rechazar la oferta de Genevieve, el hombre pelirrojo soltó:

—Este lugar no está embrujado, ¿verdad?

—Oh, por el amor de Dios, señor Lafitte —reprendió el señor Mouton antes de volverse hacia las chicas—. Pido disculpas, él no es de aquí. Él no está al tanto de ciertos tipos de... Seres... que tenemos aquí en nuestra pequeña comunidad.

—Creía que estabas bromeando sobre lo de la nigromancia —replicó el señor Lafitte, horrorizado.

—*Como iba diciendo* —prosiguió el señor Mouton—. Las deudas de tu madre. Hay algunos documentos que necesitamos que usted venga a firmar y algunas otras cosas que debemos discutir. ¿Estarías dispuesta a venir a la ciudad con nosotros?

—Iré —ofreció Genevieve una vez más.

—¿Tiene alguna identificación, señor Mouton? —Ophelia replicó antes de que Genevieve pudiera dar un paso más allá del umbral—. ¿Cómo podemos saber que no está tratando de secuestrarnos?

El hombre se burló de eso mientras metía una mano en el bolsillo de su abrigo y sacaba una tarjeta. Tenía el sello oficial del New Orleans City Bank grabado en el papel de lino, con su nombre escrito debajo.

—¿Ves, Ophie? Está bien —señaló Genevieve—. Vuelve a la cama. Yo...

—Desgraciadamente —interrumpió el señor Mouton—, como ambos son accionistas a partes iguales de esta finca, necesitare que ambas vengan conmigo.

Genevieve apretó un poco la mandíbula, pero asintió.

—Denos un minuto para cerrar, entonces.

—Como si alguien fuera a entrar aquí —murmuró el señor Lafitte al mismo tiempo que el señor Mouton declaró:

—Hay un coche delante de las puertas. Esperaremos.

Ophelia se retiró al interior para agarrar la llave de la mesa de la entrada. Una sensación de hundimiento le revolvió el estómago por lo que el hombre había dicho y por el extraño comportamiento de Genevieve. No debería haber habido nada malo con las finanzas de la Mansión Grimm. Su herencia debería haber sido suficiente para comprar tres fincas si hubieran querido.

Ophelia respiró hondo y golpeó la llave que tenía en la mano tres veces antes de meterla en el bolsillo de sus faldas negras a rayas. También recogió la cinta de terciopelo negro que había dejado en la mesa de la entrada, la deslizó entre sus suaves rizos y se ató un lazo en la parte superior de la cabeza, antes de recoger algunas de las monedas que habían estado junto a ella en otro bolsillo, por si acaso.

Una vez cerrada la casa, las dos emprendieron el largo camino de entrada, hacia el automóvil que se detuvo más allá de las puertas. El ruidoso automóvil despedía un olor nauseabundo a humo, y Ophelia hizo una mueca mientras sacaba los guantes del bolsillo y se los pasaba por las manos. El señor Lafitte salió del lado del pasajero, observándolas acercarse con una expresión escéptica mientras tiraba de una palanca de metal detrás del asiento y la doblaba hacia adelante, haciendo un gesto para que las dos chicas subieran a la parte trasera. Sin embargo, antes de que pudieran meterse, los tintineos de un caballo y un carruaje sonaron a lo lejos, haciendo que todos se dieran la vuelta a medida que el vehículo se acercaba.

—¿Y ahora qué? —murmuró Ophelia.

Una mujer, de mediana edad, con el cabello castaño apagado, se asomó por la ventanilla del carruaje.

—Hola... tengo una cita. A las ocho, con Tessie Grimm. Esta es su residencia, ¿verdad?

Genevieve miró a la mujer directamente a los ojos.

—Ella está muerta.

Ophelia hizo un ruido de desaprobación cuando su hermana se volvió hacia la mano que el señor Lafitte le ofrecía a regañadientes y se subió al automóvil.

Ophelia se volvió hacia la mujer.

—Pido disculpas, pero todas las citas están canceladas. Lo que pasa es que todavía no hemos llegado a llamar a todo el mundo.

La mujer estaba boquiabierta en estado de shock, una mano revoloteando hacia su pecho con lástima.

—Lamento mucho escuchar eso, acababa de hablar con ella el otro día...

—Nosotros también —gritó Genevieve desde el auto.

—Tendrás que disculpar a mi hermana. —Ophelia se pellizcó la nariz antes de despedir a la mujer y darse la vuelta para sentarse en el asiento trasero junto a Genevieve. Cuando ambas estuvieron completamente acomodada, el señor Lafitte levantó el asiento y se metió dentro, cerrando la puerta de golpe.

—¿Debes ser tan descarada con la gente? —susurró Ophelia.

Genevieve puso los ojos en blanco y se hundió en el asiento acolchado.

—Los asientos son cómodos, ¿no? —preguntó retóricamente Mouton mientras movía la palanca entre él y Lafitte hacia adelante—. Es el último modelo.

Ninguna de las chicas se molestó en dar una respuesta mientras cruzaban cuidadosamente las manos en el regazo y miraban por sus respectivas ventanas, observando cómo la mansión Grimm se desvanecía de la vista detrás de ellas. Los

hombres mantuvieron una conversación sobre coches durante los siguientes diez minutos, posiblemente la conversación más aburrida que Ophelia había oído en su vida, antes de que ambos se callaran de repente.

—Es verdad, entonces. —El señor Mouton bajó la voz mientras los dos hombres se asomaban por la ventanilla del lado del conductor.

El señor Lafitte se estremeció.

—Te lo *dije*. Lo escuché simplemente... apareció.

Ophelia se deslizó por el asiento trasero del auto, apretándose contra el cálido costado de Genevieve para poder mirar hacia fuera. El medallón alrededor de su garganta comenzó a latir de inmediato, pero todo lo que podía ver por la pequeña ventana era una multitud de personas. Genevieve volvió a mirarla y se encogió de hombros.

—Siempre pensé que la gente estaba loca por creer esos rumores —dijo Mouton—. Los tontos que entran por esas puertas merecen todo lo que obtienen.

Ophelia apoyó la cabeza en la ventana, con el cristal pegajoso por la humedad de la mañana, y apagó sus voces. Estaba muy cansada. Y, lo que es peor, estaba preocupada. No podía imaginar qué podría estar tan mal con las finanzas de su madre que el banco enviaría a alguien a su casa. Su madre siempre había dado a entender que su patrimonio había sido pagado hacía mucho tiempo, y que sus únicos gastos eran el mantenimiento de los terrenos y lo que les costaba vivir día a día. Eso no significaba que el dinero no hubiera sido escaso a veces, por supuesto. Todavía dependían en gran medida del negocio de su madre y de los ingresos regulares que la gente de Nueva Orleans traía a la puerta de su casa.

Por un momento, se preguntó si había algún tipo de impuesto de sucesiones que tuvieran que pagar. Si tuvieran

que empezar a repartir sus objetos de valor para transferir la finca a su nombre. Aparte de algunas piezas de joyería y algunas de las antigüedades que coleccionaba su madre, Ophelia no podía pensar en nada dentro de la Mansión Grimm que valiera la pena vender. Lo más valioso que poseía colgaba de su cuello.

Como si supiera hacia dónde se habían dirigido sus pensamientos, el medallón comenzó a latir de nuevo. La chuchería dorada había pertenecido a su familia durante generaciones, encantada con una poderosa magia que la unía a su portador. Su madre siempre había afirmado que la guio en sus momentos más difíciles y que un día guiaría a Ophelia.

Ophelia bajó la vista hacia el collar, frotando su pulgar sobre el patrón de damasco en relieve de su caparazón exterior, la joya carmesí anidada en el centro de la parte delantera. Le dio la vuelta y leyó las conocidas palabras grabadas en el reverso: *Sigue a tu corazón*.

Estuvo a punto de resoplar. Un sentimiento cliché que era mucho más fácil decirlo que hacerlo. Deslizó una uña en el broche del medallón e intentó abrirlo. No se abría. Su madre no había mentido todas las veces que Ophelia había pedido ver qué había dentro.

—Estás inquieta —murmuró Genevieve a su lado, rascándose distraídamente las uñas perfectamente cuidadas.

Ophelia miró a su hermana.

—Estoy nerviosa. ¿Tú no?

Genevieve dejó caer las manos en su regazo y se volvió para mirar por la ventana, ocultando su expresión a Ophelia.

—Todo va a estar bien.

Ophelia entrecerró los ojos.

—¿Hay algo que sepas?

Antes de que Genevieve pudiera responder, el auto se tambaleó hacia la derecha, haciendo que Ophelia se deslizara hacia el costado de Genevieve.

—Aquí estamos —anunció el señor Mouton—. El *New Orleans City Bank*.



3

LA SITUACIÓN

—Yo... no lo entiendo.

El señor Mouton suspiró de nuevo, ya fuera por frustración por tener que explicarle la situación a Ophelia por tercera vez, o porque empezaba a creer que ella no tenía el ingenio para comprender lo que estaba sucediendo.

Jugueteó con su corbata mientras se inclinaba hacia delante para señalar con la mano libre las palabras entintadas de los documentos que tenía delante.

—Tu madre dejó de hacer pagos en la mansión a principios de este año. Ella fue una gran parte de nuestra comunidad, y reconocemos cuánto hizo por las familias en duelo de Nueva Orleans. Intentamos prolongar esta parte desagradable el mayor tiempo posible, pero el banco comenzó el proceso de ejecución hipotecaria hace dos meses. Hoy marca la cuenta

regresiva para los últimos treinta días hasta que se convierta en nuestra propiedad. Necesitamos que ambas firmen este documento en el que declaran que han sido informados de la situación.

—Pero ¿por qué pidió un préstamo en primer lugar? La Mansión Grimm ha estado en nuestra familia durante generaciones. Mi hermana y yo hemos vivido allí toda nuestra vida, y ni una sola vez he visto una carta de cobro o...

Él la interrumpió, tocando dos veces una línea en el documento que descansaba sobre el escritorio.

—Dice aquí mismo que ella pidió un préstamo en efectivo contra el capital de la mansión para uso personal. Casi treinta y cinco mil dólares, con intereses. Solo ha pagado cinco mil. ¿Vez? Estas son las copias al carbón de los cheques.

Ophelia extendió la mano, casi inconscientemente, y golpeó con el dedo una vez la línea que acababa de señalar antes de volver a dejar caer las manos en su regazo mientras continuaba estudiando los trozos de papel entre ellas. Él le dirigió una mirada extraña, pero ella lo ignoró mientras su mente se apresuraba a procesar esta nueva información.

Tres de los cheques de mil dólares estaban emitidos con la letra impoluta de su madre. Los otros dos, sin embargo... Ophelia entrecerró los ojos. La leve inestabilidad de las “S” de conexión en la firma de Tessie Grimm era el único indicio de que alguien las había falsificado. Echó una mirada a Genevieve, que se estaba quedando extrañamente callada ante la noticia, pero su hermana no quiso devolverle la mirada.

—¿Qué podemos hacer para detener esto? —preguntó Ophelia—. Si está embargada, ¿no podríamos volver a comprarla al banco?

El señor Mouton sacó un reloj de bolsillo mientras respondía.

—A menos que alguna de ustedes vaya a conseguir ese dinero en el próximo mes, no creo que haya nada que *puedan* hacer. La fecha de demolición ya está fijada. La ciudad ha tenido sus ojos puestos en esa tierra, así como en la tierra de sus vecinos, durante algún tiempo. Quieren instalar viviendas más modernas, tal vez incluso un hotel o dos para turistas. Mi consejo sería que firmes los derechos ahora y te des una ventaja para empezar a considerar otros lugares para vivir.

—Bueno, entonces no necesitamos tu consejo —le dijo Ophelia antes de levantarse y raspar su silla hacia atrás. Hizo una mueca de dolor al oír el sonido—. No vamos a firmar nada. No les vamos a entregar nuestra casa.

Sacudió la cabeza con lástima.

—La casa va a ser derribada, le guste o no, señorita Grimm. Firmar los papeles no es más que una formalidad legal.

Al oír eso, Ophelia quitó los papeles de su escritorio y salió del edificio, Genevieve siguiéndola en silencio. El Señor Lafitte, que no había podido unirse a su reunión debido a un cliente iracundo que exigía su atención, les dirigió una mirada de suficiencia cuando pasaron por su escritorio. A Ophelia le costó todo para no hacerle un gesto grosero. Genevieve, sin embargo, no se resistió.

Ophelia se abrió paso y corrió calle abajo, queriendo poner la mayor distancia posible entre ella, esos hombres y el banco.

—*Ophie* —la llamó Genevieve—. ¡Más despacio!

Ophelia entró en un callejón, se escondió detrás de una gran pila de cajas de madera y se recostó contra la sucia pared de ladrillos mientras se deslizaba hasta el suelo. Tocándose la frente hasta las rodillas, se concentró en

estabilizar su respiración, aferrándose a los papeles arrugados para salvar su vida.

—*Ya le estás fallando al legado de tu familia, y ni siquiera has comenzado* —le dijo la Voz de la Sombra—. *Golpea la pared tres veces y todo estará bien.*

Ella obedeció. *Uno, dos, tres.*

—Ophie —dijo Genevieve sin aliento cuando por fin la alcanzó, arrugando la nariz ante el sucio callejón en el que ahora se encontraba—. Ophelia, hablemos de esto. Tenemos que ser realistas con nosotros mismas sobre la situación.

—No hay nada que discutir. —El tono de Ophelia estaba empapado de amargura—. No vamos a ceder nuestra casa a esos estafadores. ¿No viste esos cheques? Las firmas fueron falsificadas en dos de ellos, así que quién sabe sobre qué más podrían estar mintiendo. No puedo permitir que esto suceda.

Genevieve se mordió el labio al oír la mención de los cheques falsificados.

—Pero si estamos endeudadas... ¿No sería mejor aceptar su trato y deshacerse de ella? Esta podría ser finalmente nuestra excusa para irnos... ¡para *viajar*! Sé que sientes que tienes que quedarte aquí y cuidar de la Mansión Grimm para siempre, pero... Tal vez esto sea una señal.

En el fondo, Ophelia sabía que probablemente Genevieve tenía razón. Una persona normal estaría celebrando la demolición de la mansión Grimm. Una parte de ella estuvo de acuerdo en que tal vez esta *era* finalmente la oportunidad de ser *libre*. Después de todo, esto no fue *obra suya*. Por lo tanto, no se la podía culpar por la caída del legado de su familia. Pero otra parte de ella sabía que si no luchaba por conservarlo, estaba tomando una decisión clara.

Ophelia negó con la cabeza y susurró:

—No puedo ser un fracaso. No lo haré.

La mansión Grimm era su *hogar* y, sueños aparte, Ophelia no podía imaginar dejar el lugar que la crio. El último lugar donde pudo sentir a su madre y a su abuela. El único lugar que la *conocía*. Cuerpo y alma. Piel y huesos. El polvo de la mansión se aferraba a los faldones de su vestido, la suciedad bajo las uñas, el aroma de las rosas silvestres se entretejía en su cabello. Había pasado los veintitrés años de su vida corriendo alrededor de las tablas del suelo que crujían, jugando al escondite entre las paredes, quedándose dormida en el salón después de robar sorbos de absenta de sus armarios.

—No me voy a rendir tan fácilmente, Genevieve —dijo ella, ahora más alta, levantándose del suelo.

—¿Por qué crees que eso sería *rendirse*? —preguntó Genevieve—. ¿Por qué no puedes ver que te estás conteniendo tratando de encajar en un molde que mamá hizo para ti? Te conozco, Ophie. Quieres hacer cosas más grandes que quedarte en la mansión Grimm por el resto de tu...

—No importa lo que *yo quiera*. —Ophelia negó con la cabeza.

—Pero Ophie...

—Por el amor de dios, Genevieve, *detente* —le espetó Ophelia, sorprendiéndose incluso a sí misma por el veneno de su tono. A diferencia de su hermana, Ophelia no usaba improperios muy a menudo. Pero el optimismo de Genevieve estaba desgastando sus nervios—. Apenas estoy manteniendo la compostura, y que sigas y sigas con estas tonterías sobre salir y viajar no ayuda. Ya no somos niñas, mamá ya no va a estar ahí para mimarte cada vez que cometes un error porque fuiste demasiado impulsiva o no pensaste tus decisiones todo el tiempo. Ahora voy a ser *yo* quien limpie tus desastres.

—Nunca te he pedido que limpies mis desastres. Puedo cuidar de mí misma. Yo también puedo ayudarte a ocuparte

de esto. ¿Por qué no me dejas *ayudar*? —imploró Genevieve.

—¿Ayudar cómo? —desafió Ophelia—. ¿Falsificando cheques?

Genevieve hizo una mueca.

—Yo...

—Lo sabía. Conozco la letra de mi madre mejor que nadie, Vivi —dijo Ophelia—. He estado leyendo sus notas y libros de hechizos toda mi vida mientras tú has salido de fiesta con tus amigas. ¿Pensabas que no me iba a dar cuenta de semejante detalle?

—Hice lo que pensé que era correcto en ese momento —dijo Genevieve, inclinando la barbilla hacia arriba en señal de desafío.

—¿Por qué no viniste a mí? —imploró Ophelia—. ¿Por qué no pediste ayuda? ¿Y de dónde sacaste el dinero para emitir esos cheques?

Genevieve apartó la mirada.

—No importa de dónde saqué el dinero. Todo lo que importa es que yo me encargué de las cosas, ¿de acuerdo? Compré el tiempo que necesitábamos entonces, pero ahora tenemos la oportunidad de empezar de nuevo. Dejar de tratar de escapar de un problema que siempre estará diez pasos por delante de nosotros.

—¿De dónde sacaste el dinero? —insistió Ophelia.

Los puños de Genevieve se cerraron a su lado.

—¿Por qué no puedes dejarlo en paz?

Ophelia negó con la cabeza.

—Eso me dice todo lo que necesito saber. Lo cual es exactamente lo que quiero decir: tus buenas intenciones no importarán si te encuentras con un lio muy por encima de tu

cabeza. Y luego será mi trabajo arreglarlo. Al igual que el lío en el que estamos metidas ahora mismo.

El rostro de Genevieve se hundió de dolor al oír las palabras de Ophelia. En un abrir y cerrar de ojos, giró sobre sus talones y salió corriendo del callejón.

—*Demonios*. ¡Genevieve, espera! —Ophelia la llamó.

Genevieve dobló la esquina y desapareció. Ophelia recogió sus faldas mientras perseguía a su hermana, pero cuando logró salir del húmedo pasillo, Genevieve no estaba a la vista.



ALLANAMIENTO

Horas más tarde, Ophelia se dio cuenta de que el día había llegado y se había ido mientras deambulaba por las calles de la ciudad. Había decidido que Genevieve debía de haber encontrado un carruaje para volver a casa poco después de su pelea, y pensó que sería bueno dejarle un poco de espacio antes de seguirla. Por desgracia, no había previsto perderse tan completamente en sus pensamientos, y ahora era una hora mucho más tarde de lo que le gustaría para tener que caminar hasta casa. Pero no estaban en condiciones de gastar más de la cuenta en un segundo carruaje.

—Abrirán las puertas mañana por la noche —una voz habló de repente desde su derecha—. Escuché que la última competencia tuvo la mayor cantidad de bajas en las últimas dos décadas. Veintisiete muertes reportadas. Es un mal presagio.

Ophelia se giró y vio que dos jóvenes se habían detenido a pocos metros de distancia, ante un quiosco de periódicos

situado a la entrada de una barbería, con las cabezas juntas sobre la gaceta.

—¿Solo veintisiete? ¿Pensé que habían entrado casi cien? —dijo uno de ellos.

El otro hombre se encogió de hombros.

—La mayoría de los concursantes se retiran antes de morir. Los inteligentes lo hacen de todos modos.

Su compañero se burló.

—Los inteligentes no entran en primer lugar.

El primer hombre asintió con la cabeza mientras dejaba caer un cigarrillo al suelo y lo pisaba con su bota, dejando una pequeña mancha en el ladrillo que había debajo. Cerraron el papel y lo volvieron a tirar encima de la pila antes de correr calle arriba.

Ophelia se acercó al puesto de periódicos, desdobló el de arriba y rebuscó en las páginas hasta que encontró el artículo de interés.

**23 DE OCTUBRE: PHANTASMA, LA MANSIÓN DEL DEMONIO,
LLEGA A NUEVA ORLEANS**

Echó un vistazo a la gruesa letra negra de los párrafos que había debajo.

La insidiosa reputación de la competición sigue aterrorizando al continente, dejando un rastro de sangre a su paso. Un lugar donde las pesadillas deambulan libremente, pero el sueño de ganar un premio mágico hace que los participantes sigan llegando.

Ophelia se metió el papel bajo el brazo y se fue a casa. No podía ser verdad. La Mansión del Demonio era solo un rumor,

una fuente de entretenimiento para alimentar un frenesí mediático y vender más periódicos. Pero la conversación entre Mouton y Lafitte en el auto de repente cobró sentido. Y a Ophelia le vendría bien por la forma en que había tratado a Genevieve tener que volver a casa en la oscuridad, sola, hasta bien entrada la hora en que los demonios salieron a jugar. Justo cuando una atracción insidiosa y plagada de demonios llegó a la ciudad.

Aceleró el paso mientras se dirigía a casa. Las calles estaban bordeadas de casas pintadas en tonos blancos, rosas y verdes, cada una de al menos dos pisos de altura, con ventanales y porches envolventes con puertas de colores brillantes. Siempre supo que se quedaría en la mansión Grimm, pero a veces se imaginaba en una casa verde pastel en la ciudad, lo suficientemente cerca del Barrio Francés como para poder ir andando a los cafés todas las mañanas y a la librería todas las tardes. Pero su madre se había ido, y ese sueño ahora también estaba enterrado a dos metros bajo tierra.

¿Por qué no puedes ver que te estás conteniendo tratando de encajar en un molde que Madre hizo para ti?

Sacudió de su mente las palabras de Genevieve.

—Todo va a estar bien —se dijo a sí misma.

Manteniendo su enfoque en estabilizar su respiración mientras se dirigía por la carretera principal fuera del centro de la ciudad, sabía que no podía dejar que sus obsesiones invadieran su mente aquí, sola en la oscuridad. Contó los minutos en su cabeza, sabiendo que solo quedarían unos treinta y seis más hasta que regresara a la puerta principal de la mansión Grimm. Sin embargo, antes de que llegara a cinco minutos más de la carretera, captó un destello azul fantasmal por el rabillo del ojo.

Ophelia se detuvo en seco. La vieja catedral debería estar más o menos allí, pero no podía distinguir su silueta entre la niebla repentina. El corazón le retumbó en el pecho y rompió la primera regla de su madre: entrecerró los ojos en la oscuridad. No podía ver la Aparición, pero sabía que estaba allí por la ligera vibración en el aire que hacía que la carne de sus brazos se estremeciera ligeramente.

Se acercó a las puertas, buscando el destello azul que la delataba, mientras sus botas de tacón crujían sobre las hojas de roble y las bellotas que cubrían el suelo. Apoyó las manos en los barrotes de las puertas y se dio cuenta de que se inclinaba hacia delante cuando se abrieron con un crujido oxidado. Se enderezó rápidamente y se quitó las manos de la falda mientras se deslizaba por la rendija que había abierto entre los hierros.

—¿Hola? —susurró Ophelia. Prácticamente escuchó la voz regañina de su madre en el fondo de su mente. Si se suponía que no debía mirar a la oscuridad, ciertamente tampoco debía hablarle.

Pero no había ninguna Aparición a la vista. Se dio la vuelta para irse. Extraño. Había jurado que había habido un...

—¿Puedes verme? —preguntó una vocecita chillona.

Ophelia miró a su alrededor en la dirección de la voz, pero no había nada. Su madre clasificó a los Fantasma del Otro Lado en cuatro categorías: Necrófagos, Apariciones, Poltergeists y Fantasma. A medida que avanzaba la lista, las habilidades de los seres se volvieron más fuertes e impredecibles. Ophelia sabía que cualquier ser que fuera ligeramente transparente no era más que una aparición ordinaria, un alma fallecida que aún no había cruzado. Todos los demás seres eran más sólidos, poseían la capacidad de cambiar su apariencia de varias formas, a diferencia de las apariciones regulares, que solo podían aparecer como lo

hacían cuando eran enterrados. Aun así, todo debe ser *visible*. Al menos para ella.

—No puedo verte, pero te oigo —respondió Ophelia, con tono cauteloso.

—¿Estás aquí para entretenerme?

—No —contestó Ophelia, con la respiración entrecortada mientras la energía en el aire cambiaba. Donde antes lo había sentido como una vibración ligera, la energía ahora se asentó sobre su piel como una estática cálida y pesada.

¿Es esto algún tipo de trampa?

Ophelia se tambaleó hacia las puertas.

—¿Por qué no? —dijo la voz—. Estoy aburrido. Podemos jugar.

Ophelia abrió la boca para declinar de nuevo cuando el medallón alrededor de su garganta comenzó de repente sus pulsos inusuales. El sonido de pasos se acercó desde algún lugar en la distancia.

—No deberías estar aquí —una nueva voz, mucho más profunda, emergió de la niebla.

—Uh oh —susurró la primera aparición antes de que su energía desapareciera un instante después.

Ophelia tragó saliva. Al igual que la otra aparición, no podía ver a este nuevo desconocido, pero podía *sentirlo*. Y su sensación era muy diferente.

Cuanto más se acercaban, más se extendía la estática por su piel, acariciando cada centímetro desnudo, haciendo que se le pusiera la piel de gallina en los antebrazos y las piernas. Y cuando... otras cosas... empezaron a erizarse también por el calor enervante, se sonrojó furiosamente y se apresuró a envolverse el pecho con los brazos.

—¿Te has perdido? —preguntó el segundo desconocido, con un toque de humor en su tono.

Si la oscuridad te mira, no mires atrás. Pero no pudo evitarlo. Algo la obligaba a permanecer en su lugar.

—¿No? —susurró ella.

—Pareces muy segura de eso —bromeó el extraño mientras se acercaban aún más.

Entrecerró los ojos en la oscuridad una vez más, tratando de dar otro paso hacia adelante, pero era como si hubiera una pared invisible frente a ella, empujándola hacia atrás.

—¿Qué demonios...? —se preguntó en voz alta.

—Hay guardias en estos terrenos —explicó la voz grave—. Tu intrusión parece haberlos despertado. No puedes seguir entrando a menos que se te conceda permiso.

—¿Como un vampiro? —bromeó ella, aunque había algo de seriedad en sus palabras.

Juró que podía escuchar la sonrisa en la voz del extraño mientras preguntaban:

—¿Con quién estabas hablando antes?

—Pensé que había visto un fantasma...

Hubo un susurro de aliento de repente al lado de su oreja derecha.

—*Boo...*

Ophelia dio un respingo al sentir la energía del desconocido presionando la parte delantera de su cuerpo, haciendo que se sonrojara aún más.

Mirando el espacio vacío ante ella, murmuró:

—Los fantasmas son una molestia.

—¿Quién eres? —le preguntaron como si ella no hubiera hablado, con un tono más serio que antes—. Luces tan familiar...

Ophelia suspiró. Suponía que debía empezar a acostumbrarse a que los Fantasma de Nueva Orleans le dijeran eso ahora que sus ojos casi la convertían en la doble de Tessie Grimm.

—Bueno, no puedo verte —le dijo—. Así que no puedo ayudar con ninguna información en el frente de la familiaridad.

—Lástima —dijo—. Realmente te estás perdiendo mi rostro extraordinariamente guapo.

Resistió la tentación de reír.

—Tendré que creer en tu palabra.

Algo rozó suavemente su mejilla.

—Ángel...

Ella frunció el ceño.

—Oh, no, no soy un...

—¿Cómo te llamas? —le interrumpieron, preguntando, con una nueva desesperación.

Ophelia no sabía por qué, pero quería responderle, decir su nombre a alguien, o tal vez a algo, nuevo. Alguien prestándole atención, haciendo que su corazón se acelerara tal como le gustaba fantasear. Pero ella no se atrevió a responder. No era una fantasía. No, esto era muy real. Y sabía que en ciertos lugares, para ciertos tipos de seres, los nombres tenían demasiado poder como para darlos libremente.

—¿Cómo te llamas tú? —replicó ella.

—Ah, buena chica. —Algo en su tono parecía decepcionado a pesar del elogio—. Pareces mucho más lista que los turistas

que han intentado colarse aquí. Sin embargo, estás en la oscuridad, sola. ¿No sabes lo que pasa en la oscuridad?

—La oscuridad es para las personas que son demasiado cobardes para enfrentar sus acciones en la luz —respondió automáticamente. Era algo que su madre decía a menudo.

Durante un largo momento, el desconocido permaneció en silencio, el canto de los grillos era el único sonido de la noche. Ophelia podría haber empezado a preguntarse si se habían ido, si no fuera por el calor inconfundible que todavía la envolvía. Y sabía que debía estar perdiendo la cabeza por pensar que el calor se sentía... muy bien. Por querer quedarse allí un poco más, para no estar totalmente, sin remedio, solo.

—Deberías darte prisa y encontrar a dónde perteneces —dijeron finalmente, con un dejo de advertencia en su tono—. Este no es un lugar en el que quieras estar.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó—. ¿Y tú quién eres? ¿Por qué no puedo verte?

—Ninguna de esas son las preguntas correctas.

Entrecerró los ojos hacia el espacio vacío que tenía delante.

—¿Cuál es?

El aliento del desconocido estaba junto a su oído mientras susurraban:

—¿Cómo se escapa uno de aquí?

Juró que su corazón iba a estallar en su pecho con esas palabras, pero aun así no prestó atención a las campanas de advertencia en su mente, los pies se mantuvieron firmes en su lugar. Estaba demasiado intrigada. El tacto que había sentido en la barbilla un momento antes ahora recorría la línea de la mandíbula y bajaba por el costado del cuello, hasta el pliegue del hombro, y se estremeció.

—¿A qué te refieres con *escapar*? —exclamó ella con voz áspera.

—¿Creía que sabías dónde estabas? —preguntó la voz.

—¿No es esta la vieja catedral...? —comenzó, pero antes de que pudiera terminar su frase, se dio cuenta. Hubo una risa silenciosa del desconocido cuando finalmente se despegó y se apresuró a salir por las puertas.

Las salas. La iglesia desaparecida. La multitud con la que se habían cruzado antes en el automóvil. Los rumores susurrados. La noticia.

Dio un paso atrás hasta que sus ojos finalmente pudieron distinguir la imagen a través de la niebla, como si su comprensión hubiera descorrido un velo que cubría sus ojos.

Una calamitosa finca gótica.

Las puertas de hierro forjado que se encontraban al comienzo del camino de entrada tenían al menos veinte pies de altura. Las barras estaban tejidas con enredaderas de metal puntiagudas con espinas y adornadas con rosas de ónix. Sobre la puerta izquierda, las letras -PHAN-estaban escritas en metal, una -T - se encontraba en el medio donde se separaban las dos puertas, y -ASMA-estaba escrito sobre la puerta derecha.

Phantasma.

La Mansión del demonio. Un lugar del que a menudo se habla en rumores susurrados e inquietantes cuentos con moraleja en la oscuridad.

Más allá de las puertas, que antes habían estado demasiado abarrotadas de turistas entrometidos, se encontraba la mansión más amplia que Ophelia había visto jamás. Era algo sacado de las novelas de fantasía gótica que había leído a la luz de las velas en la biblioteca de la mansión Grimm, con amenazantes agujas negras que perforaban el cielo como

agujas, y alas este y oeste tan largas que no veía cómo alguien podía vivir allí sin perderse. Todo el exterior era de obsidiana, tan oscuro que incluso los robles vivos que bordeaban los jardines del frente parecían estar descoloridos.

—Vete a casa —aconsejó el desconocido—. Una casa de demonios no es lugar para un ángel como tú.

La forma en que seguían llamándola *ángel* le hizo pensar que se estaban burlando de ella.

Y tal vez debería haber prestado atención a su advertencia y haberse alejado. Tal vez debería haber estado mucho más aterrorizada de lo que estaba. Pero lo único en lo que podía pensar era que, por ahora, no estaba sola, y quería permanecer en ese sentimiento todo el tiempo que pudiera.

—¿Estás atrapado aquí? —preguntó.

No hubo respuesta. Ella lo tomaría como un sí.

—¿Hay alguna forma en que pueda ayudarte? —Juró que el calor que emitía el desconocido se multiplicó por diez.

Sus siguientes palabras fueron lentas, deliberadas.

—¿De verdad te interesa saberlo?

—Sí —afirmó—. Es mi trabajo. Para ayudar a las Apariciones, quiero decir.

—¿Y qué pasaría si ayudarme a mí te causara daño? —planteó el extraño—. ¿Seguirías dispuesta a ayudarme, entonces?

Se quedó allí un momento más, debatiendo, antes de que sus pies tomaran la decisión por ella. Bromas o no, el desconocido tenía razón: tenía que irse. Poner tanta distancia posible entre ella y este lugar.

Mientras se alejaba, escuchó un último susurro sensual.

—Un corazón y una llave me liberarían —decía—. Pero deberías esperar que no volvamos a encontrarnos, ángel.



SOLA

Unos veinte minutos después, Ophelia aún intentaba sacudirse las últimas palabras del desconocido.

Pero deberías esperar que no volvamos a encontrarnos, ángel.

La caminata de dos millas desde la catedral, o más bien, desde Phantasma, hasta la Mansión Grimm solía ser pintoresca. El camino que salía del centro de la ciudad estaba bordeado de robles y nogales vivos, y enormes casas se asentaban más allá de ellos, lejos del ruido de la carretera. La hierba de los pantanos brotaba en cualquier lugar sin ser pisada, y podría haber jurado que el aire aún llevaba el recuerdo de las magnolias de la primavera. Esa noche, sin embargo, las sombras y la paranoia estaban ahogando cualquier cosa que Ophelia pudiera haber encontrado agradable. Se había quedado fuera demasiado tarde, y la

sensación estática de la presencia del extraño tardaba un tiempo alarmante en disiparse.

—*Si no llegas a casa en cinco minutos, la Mansión Grimm se desmoronará hasta el suelo* —susurró la Voz de la Sombra en su cabeza.

Sus hombros se tensaron ante el desafío. Cinco minutos no era suficiente. Y no importaba que supiera, lógicamente, que no era posible para ella causar tal parodia solo con sus pensamientos, sin embargo, aceleró.

—*No va a pasar nada si no vuelvo en cinco mi* —se reprendió a sí misma. *La Voz de la Sombra no es real.*

Pero no importaba cuántas veces se lo dijera a sí misma. Los pensamientos intrusivos siempre lograban hacer de su propia mente una traidora.

Su corazón empezó a retumbar más fuerte que sus pasos en el suelo. Sus puños se apretaron a sus costados cuando pasó junto a los rosales que indicaban que las puertas de la mansión Grimm no estarían muy lejos.

—*Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac* —le instó la Voz de las Sombras.

A medida que los últimos dos minutos contaban hacia atrás, tragó saliva, una presión se acumulaba entre sus ojos mientras se echaba a correr. Estaba a solo un corto sprint de las puertas cuando tropezó con una rama caída en el camino. Un estallido de chispas azules, expulsadas de sus palmas mientras extendía las manos frente a ella para contenerse. Pero no tuvo tiempo de sorprenderse al primer atisbo de su magia reprimida.

Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac.

Sus piernas estaban enredadas en su falda, el pánico se apoderó de ella mientras se retorció en el suelo. Se retorció y rodó sobre su espalda, pero su tiempo casi se había acabado.

Los grillos dejaron de cantar mientras su cuerpo se apoderaba del miedo de perderse su ventana de tiempo autoimpuesta. Agarrándose la falda, se puso de pie tambaleándose.

Corre.

Sus manos se agruparon a los costados. No. Esta vez iba a resistirse. Dio un paso tembloroso, luego otro. Estaba cerca, muy cerca.

Ruido.

Se quedó paralizada. Girando lentamente la cabeza, miró hacia atrás, escudriñando la oscuridad en busca de la fuente del sonido desconcertante.

No había nada.

Dio un paso más.

Crujido. Una rama se rompió bajo su pie.

Eso fue todo lo que necesitó para que se lanzara a correr en toda regla, las sombras se dispersaron fuera de su camino mientras avanzaba por el último tramo de la carretera. Debíó de parecer tonta, huyendo de la nada, pero a medida que se acercaba a las puertas de la mansión Grimm, la opresión en su pecho comenzó a aflojarse.

—*Treinta segundos más*—advirtió la Voz de la Sombra.

Maldijo y se desvió hacia la derecha, cortando la hierba húmeda, sus botas aplastando el barro mientras corría. Golpeó la puerta de hierro forjado que daba a la entrada de la mansión con las palmas abiertas, un ruido metálico resonó cuando una de ellas se abrió de par en par. Las espinas de las enredaderas de rosas envueltas alrededor de los postes de la puerta cortaron sus palmas y la sangre comenzó a brotar de las heridas superficiales. No tuvo tiempo de pensar en el dolor mientras se impulsaba por el camino de entrada y llegaba al

porche delantero, buscando la llave en el bolsillo delantero de su vestido.

Diez, nueve, ocho...

Otra ronda de adrenalina inundó sus venas mientras buscaba a tientas la llave, su mano manchada de sangre era un obstáculo. Cuando finalmente sacó la llave de su bolsillo, sus manos temblaron mientras la metía en la cerradura y abría la puerta. Entró a trompicones en la casa y cerró la puerta de golpe. La sangre manchaba las cerraduras mientras las giraba, pero una vez que la puerta estuvo bien cerrada, se recostó contra el marco, tragando grandes bocanadas de aire para estabilizar su ritmo cardíaco.

Estuvo muy cerca.

Cerró los ojos al oír la voz. Solo había estado en su mente. Siempre estuvo solo en su mente. Se miró las manos, el carmesí que cubría sus palmas. La visión le provocó una reacción visceral en el corazón. Las imágenes del cuerpo sin vida de su madre en su sala de estar parpadearon en su mente. Imágenes de la cara de Genevieve después de haberle gritado a su hermana tan cruelmente en el callejón.

Había que lavar la sangre. No podía soportarla en sus manos.

Se tropezó mientras corría a la cocina, abriendo el grifo para llenar el fregadero. Comenzó a frotarse la sangre de las palmas de las manos, ignorando las picaduras de las espinas mientras la porcelana se volvía rosada con su esfuerzo.

—Necesito que me lo quiten —sollozó—. Necesito que me lo quiten.

—*Nunca te sientas mal por sangrar, Ophelia.* —La voz de su madre volvió a ella—. *Sangrar significa que estás viva.*

Un sollozo se atascó en su garganta, pero se lo tragó. Cuando su piel estaba tan roja y furiosa como la sangre

lavada, se limpió las manos sobre las faldas de su vestido para secarlas.

—¿Genevieve? —exclamó ella, con la voz temblorosa por la desesperación—. ¿Genevieve? ¿Dónde estás? Necesito hablar contigo. Por favor.

La única respuesta fue el eco de su propia voz que se extendía a través de la oscuridad. Se dirigió directamente hacia las escaleras, tomándolas de dos en dos, con la respiración entrecortada cuando por fin llegó a la puerta de Genevieve. Ella llamó a la puerta.

—Vivi, *por favor*. Lo siento. Por favor, no me dejes sola.

No hubo respuesta.

Las lágrimas le caían por las comisuras de los ojos mientras se hundía en el suelo frente a la puerta de su hermana, hundiendo las rodillas en el pecho.

—Por favor —susurró por última vez—. Estoy tan sola.

Finalmente, se puso de pie y se dirigió a su propia habitación, tomándose el tiempo para bañarse y lavar el resto de su tristeza antes de meterse en la cama. No se durmió hasta pasada la medianoche, y cuando se despertó con los repiques de las campanas que anunciaban el amanecer, supo que algo andaba muy mal.

El primer lugar donde Ophelia revisó fue la habitación de Genevieve. Nada parecía estar mal, pero, de nuevo, era bastante difícil saber cuándo el tema de la decoración de su hermana era *el desorden*.

Pensando que Genevieve podría estar en la biblioteca, Ophelia se vistió para el día y bajó las escaleras. Algo pequeño y rosado llamó su atención en la mesa de la entrada: un sobre. Debió de pasarlo por alto en su prisa por entrar en la casa. Su nombre escrito en el anverso con la elegante caligrafía de Genevieve. Corrió hacia la carta y la abrió, el

presentimiento que había estado recorriendo su cuerpo desde que despertó alcanzó un crescendo.

Queridísima hermana:

No había tenido la intención de que mi partida fuera con tanta prisa, pero después de nuestra conversación de ayer, ahora veo que así es como deben hacerse las cosas. Lo que dijiste... sabía que si te contaba mis planes de antemano, intentarías detenerme. Así que me habré ido para cuando encuentres esta carta. Ver a mi madre en ese ataúd fue casi demasiado para mí, pero verte sin esperanza para tu futuro es algo con lo que no puedo vivir. Si todo sale según lo planeado, volveré en no más de dos semanas.

Permítanme ser yo quien cargue el peso por una vez.

Con todo mi corazón,

Genevieve

—¿Qué he hecho? —susurró Ophelia en la oscuridad.

Ophelia metió la carta en el bolsillo delantero y subió las escaleras. Se abrió paso hacia el interior de la habitación de Genevieve, esta vez notando cosas que había pasado por alto. No era la ropa esparcida por toda la cama y que sobresalía de la cómoda, ni los cachivaches esparcidos por el tocador, todo eso era normal. Era la ausencia de las maletas de Genevieve, las joyas que faltaban y las piezas de papelería que sabía que su hermana nunca salían de casa y la papelería que desordenaba el escritorio.

Genevieve se había ido de verdad.

Ophelia empezó a rebuscar en el tocador y el escritorio, en busca de cualquier indicio o pista. Abrió de un tirón los

cajones, rebuscando entre las chucherías que rodaban por su interior. Revolvió la habitación hasta las tablas del suelo. Cuando encontró el diario, escondido bajo un tablón en el fondo del armario, junto con un broche que Ophelia no había visto nunca y un fajo de billetes, sintió una gran pesadez sobre los hombros.

Sacó el diario encuadernado en cuero de su escondite, se sentó y lo abrió por una de las entradas centrales.

30 de abril

Encontré otra carta. Todavía no me he enfrentado a mi madre por la última, y no quiero decírselo a Ophelia hasta que haya hablado con ella. Siento que mi madre ya presiona demasiado a Ophie y me preocupa lo que esto pueda hacerle. También me preocupa lo que esto haría a mi relación con Ophie si alguna vez se entera de que le oculté esto, pero espero poder averiguar más de mamá cuando regrese de su viaje este fin de semana. Y con suerte, Ophie nunca necesitará saberlo.

X, Genevieve

Ophelia cerró los ojos con fuerza. Esto era una violación, ella lo sabía. Sin embargo, no sabía por dónde empezar. Su madre se había ido, Genevieve estaba desaparecida “y guardaba secretos” y la oscuridad de la mente de Ophelia comenzaba a despertar de nuevo.

—No —le espetó a la Voz de la Sombra en su cabeza—. *No tengo tiempo para distracciones en este momento.*

Ophelia arrojó el diario contra la pared con cierta fuerza, y algo revoloteó entre las páginas. Avanzó sobre las manos y las rodillas para atrapar el trozo de papel que flotaba en el aire, dándole la vuelta con las manos. Un recorte de periódico.

PHANTASMA: LLEGA ESTE OTOÑO

—No —susurró ella. Volvió a agarrar el diario y lo abrió una vez más, revolviendo las páginas en busca de cualquier otra señal de que Genevieve pudiera haber estado recopilando información sobre la Mansión del Demonio.

Se quedó entumecida mientras descubría más recortes metidos entre las páginas amarillentas. Los extendió todos frente a ella y rápidamente se dio cuenta de que los artículos abarcaban los últimos *años*.

Ophelia se quedó sin aliento.

No. No puede ser.

Leyó apresuradamente cada uno de los artículos, una, dos veces, memorizando toda la información que pudo. Algunas eran sobre las personas que habían muerto dentro de la macabra competencia; otros especulaban sobre el Diablo que lo dirigía, se rumoreaba que era el más despiadado e insidioso de todos. Uno de los recortes era una entrevista de un concursante anterior que detallaba los horrores dentro de la finca embrujada. Entrecerró los ojos en la esquina de esa pieza en particular, notando dos palabras garabateadas en el margen.

Encuentra a Gabriel.

Ophelia hojeó el diario en busca de señales del nombre Gabriel, notando que algunas de las páginas habían sido arrancadas. Finalmente se detuvo en una entrada de julio.

23 de julio

Estoy cada vez más cerca de encontrar a Gabriel, lo sé. Sospecho que mamá está empezando a sospechar de mis preguntas últimamente, así que tengo que retroceder.

Pero si mis hallazgos son correctos, sé dónde estará él a continuación.

X, Genevieve

Ophelia se recompuso, metió los recortes en el diario y se lo llevó consigo mientras volvía a su habitación. Necesitaba hacer las maletas.



EL PRECIO

PRIMERA NOCHE EN PHANTASMA

Cuando Ophelia salió del carruaje, los latidos del corazón de su medallón se aceleraron. El conductor le dirigió una mirada dubitativa mientras contemplaba el circo que estaba parado fuera de las puertas. Le entregó un poco del dinero que había robado del fajo del armario de Genevieve.

Le pagaría a su hermana no estrangulándola una vez que se reunieran.

—Gracias —murmuró el conductor, con las piernas rebotando nerviosamente mientras Ophelia recogía sus cosas del asiento trasero.

A medida que el carruaje se alejaba, Ophelia se abrió paso entre la multitud de lugareños cautivados y turistas apiñados frente a las enormes puertas de Phantasma. Algunas miradas

de sorpresa se lanzaron en su dirección mientras se dirigía al frente, pero las ignoró. Solo había una persona en la que le importaba pensar en este momento, pero mientras observaba a la multitud, la decepción se hundió en su estómago como una piedra.

A lo mejor se equivocaba y Genevieve no había venido aquí. Tal vez todos los recortes no habían sido más que una fascinación mórbida. Pero su instinto le decía que ese no era el caso. *Genevieve* y *morbosa* nunca habían pertenecido a la misma frase. Y lo más condenatorio de todo era el medallón alrededor de la garganta de Ophelia.

Sigue a tu corazón.

Respiró hondo.

A la cabeza de la masa había un hombre bien vestido con un chaleco de seda negra, guantes a juego y un sombrero de copa, justo al otro lado de las puertas cerradas. Su piel era de un marrón cálido y profundo; Sus ojos estaban bordeados con un delineador negro y había purpurina manchaba sus párpados.

—*¿El extraño de anoche?* —se preguntó. Sin embargo, en el momento en que el hombre habló, ella supo que no era así.

—Bienvenida a Phantasma —le dijo mientras ella se acercaba a él—. ¿Estás aquí para entrar? La última llamada se cerrará en quince minutos.

—Estoy buscando a alguien —explicó Ophelia—. Una muchacha de veintiún años, con el cabello castaño dorado y los ojos azules. Mucho más curvilínea que yo. Probablemente con algo rosa.

Él negó con la cabeza.

—No puedo decirte quién ha entrado ya.

—Por favor, es mi hermanita. No tengo ningún deseo de entrar si ella no está aquí.

Levantó una ceja, impasible.

—¿Necesito repetirme?

—¿Y qué hay de alguien llamado Gabriel? —soltó ella—. ¿Es alguien que trabaja aquí? ¿Eres *tú*?

El hombre la miró entonces, *la* miró de verdad, y un escalofrío desconcertante recorrió su espina dorsal.

—No —respondió finalmente—. Ahora, o entra, o deja de hacerme perder el tiempo.

¿Qué opción tengo?

Respiró hondo.

—Muy bien. ¿Cómo puedo participar?

—En primer lugar, entrar en Phantasma no es gratis —dijo, su voz se deslizó en un tono que sonaba ensayado—. El precio es tu mayor miedo.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio. Sus mayores temores ya se habían hecho realidad. No imaginó que nada de lo que reveló ahora superaría la semana pasada.

—Segundo —continuó el hombre—. Al ingresar, usted acepta que ni Phantasma ni ninguno de sus empleados pueden ser considerados responsables de nada de lo que suceda dentro de sus instalaciones, así como se compromete a cumplir cualquier trato que haga, hasta el último detalle. Esto incluye, pero no se limita a, cualquier daño físico o mental que pueda sufrir una vez en las instalaciones. También acepta que entiende que se le permite perder durante Phantasma en cualquier momento, por cualquier motivo, *excepto* dentro de las pruebas reales. Fuera de las pruebas, todo lo que debes hacer es decir 'Yo, tu nombre completo, ríndete a Phantasma' y será expulsada del juego.

Una vez que haya comenzado uno de los nueve niveles, su única gracia salvadora serán los Demonios que amablemente responderán a tus gritos de ayuda.

Ophelia se dio cuenta ahora de que la multitud había callado detrás de ella. La estaban observando. Cuidadosamente.

—Para ganar Phantasma, debes ser la última persona en irse, con vida, después de completar los nueve niveles, un nivel por cada noche, a partir de mañana. Las pruebas comienzan puntualmente al atardecer, y si llega tarde, está descalificada.

—¿Qué implican los niveles?

—Tendrá que comprobarlo por sí misma. —Sonrió con malicia—. Por último, y quizás lo más importante de todo, enamórese de Phantasma bajo su propio riesgo.

Estuvo a punto de resoplar.

—¿Está segura de que todavía quiere entrar? —preguntó.

Su estómago se apretó por la incertidumbre. Esta era su última oportunidad de cambiar de opinión, pero el peso de la nota de despedida de Genevieve en su bolsillo la hizo levantar la barbilla y responder:

—Sí.

—Di tu nombre completo —ordenó el hombre, con un curioso brillo en sus profundos ojos de obsidiana.

Hizo una pausa por un segundo, pensando en cómo el extraño le había preguntado su nombre la noche anterior. Esta vez ella respondió.

—Ophelia Marie Grimm.

Ella juró que el blanco de sus ojos se volvió negro como boca de lobo por un momento después de que ella

pronunciara su nombre, y sintió una corriente eléctrica en el aire. Mágico.

—Esto va a ser incómodo —advirtió.

Ophelia cerró los ojos con fuerza. Se concentró en inhalar y exhalar por la nariz mientras sentía que algo oscuro se arrastraba por los bordes de su mente. Manos con garras hechas de humo hurgaban en su cabeza, hojeando sus recuerdos y secretos más profundos como si fueran carpetas en un archivador. Pasó por alto los recuerdos de Ophelia y su madre leyendo juntas junto a una fogata invernal. La primera vez bebió demasiada absenta y vomitó el líquido pútrido por toda la mullida alfombra color zafiro de la guarida. Escenas de ella trepando por las ramas de los enormes robles vivos y quedándose dormida sobre almohadas de musgo gris y esponjoso hasta que su madre la llamaba para cenar.

Bajo las capas de aquellas visiones de la infancia se escondían sus mayores deseos y, aún más profundos, sus miedos. Las garras del buscador rozaron algunos de sus terrores más sobresalientes, ser enterrada viva, perder a Genevieve, morir sola, y se estremeció.

El hombre alzó una ceja.

—Nunca he visto a nadie con tantos miedos posibles. Es una maravilla que puedas dormir, con tanta oscuridad arrastrándose en las sombras de tu mente.

Apretó los dientes. Odiaba la idea de que otra persona pudiera ver las partes más oscuras de su subconsciente. Cuando el humo se hundió bruscamente en las profundidades de su mente y arrastró el único miedo que creía que había quedado enterrado para siempre, tuvo que contener un grito.

Su respiración era entrecortada cuando parpadeó y volvió a abrir los ojos.

Los ojos del hombre brillaban de alegría.

—Esto hará que la competencia sea particularmente infernal para ti. —Una sonrisa maliciosa—. Y aún más entretenido para el resto de nosotros.



TERROR

Si Ophelia pensaba que el exterior de la finca Phantasma era algo digno de contemplar, el interior era absolutamente magnífico. Había tardado casi diez minutos en subir por el largo camino que conducía a las puertas de entrada, y ahora sentía los brazos como gelatina por cargar las pesadas maletas, pero cuando atravesó la enorme entrada de vidrieras, casi se le caen los baúles donde estaba.

Las ventanas se extendían desde el suelo hasta el techo y estaban cubiertas con pesadas cortinas de terciopelo negro que combinaban perfectamente con los suelos de mármol blanco y negro. Las paredes estaban vestidas con papel pintado escarlata, del color de la sangre fresca, y un gran candelabro hecho de espigas de hierro colgaba sobre ella como una estrella de la mañana medieval. Ante ella había un conjunto de escaleras de ónice que se curvaban hacia abajo en forma de luna creciente a ambos lados del vestíbulo.

Se acercó a una de las escaleras curvas, todavía boquiabierto de asombro, cuando alguien se interpuso en su camino. Alguien bañado en un resplandor azul.

—¿Cómo te llamas, encantadora niña? —preguntó la Aparición, con la boca horriblemente cortada en cada esquina en una sonrisa eterna.

La sangre brotó por la parte delantera de la camisa blanca hecha jirones de la Aparición mientras sus entrañas caían de su abdomen y se acumulaban en el suelo. Ophelia sintió que la bilis le subía a la garganta, pero se mordió la lengua con fuerza.

¿Cómo vas a quedarte el tiempo suficiente para encontrar a Genevieve si no puedes manejar algo tan manso como esto? Aguanta.

Golpeó su maleta con los dedos, *uno, dos, tres*, obligándose a mirar a la Aparición directamente a los ojos y responder a su pregunta.

—Soy Ophelia Grimm. Me dijeron que me reuniera con mi grupo adentro.

—Mmm. Eres solo la quinta concursante que no ha vomitado la cena ni se ha desmayado.

—¿Alguien se desmayó? —Ophelia no se molestó en decirle lo cerca que había estado de la primera.

—Varias personas se desmayaron —corrigió con una risa siniestra—. Varios se mearon. Uno abandonó Phantasma por completo. Siempre hay al menos uno en la primera noche.

—¿Alguna de ellas era una chica tres años menor que yo? cabello castaño dorado...

La Aparición negó con la cabeza.

—No puedo revelar los nombres de ningún concursante fuera de su grupo. Ahora, ven.

Ophelia suspiró molesta, pero aun así lo siguió por el pasillo central, por debajo del arco de las escaleras, y a través de un gran conjunto de puertas hasta un estudio formal donde esperaban unas veinte personas más. Ninguna de ellas eran Genevieve.

Se volvieron hacia ella en sincronía, algunos midiéndola con curiosidad, otros midiéndola con algo más insidioso en sus miradas.

—Ustedes son el último grupo —anunció la Aparición que estaba a su lado—. Se te asigna tu propio pasillo de habitaciones. La cena se servirá una hora antes del anochecer todas las noches, y el primer nivel comenzará mañana al atardecer *en punto*. Si abandonas el ala de la mansión de tu grupo en cualquier momento antes de completar el séptimo nivel, serás descalificado de la competencia. Buena suerte.

—Gracias —murmuró Ophelia.

La primera aparición parpadeó sin decir una palabra más, y otra apareció rápidamente en su lugar. Este tenía un corte en el cuello tan profundo que su cabeza apenas estaba unida.

—Su ala estará en el cuarto piso —declaró la nueva Aparición—. Sígueme.

Ophelia caminó con la multitud de extraños mientras eran conducidos de regreso al vestíbulo y subían la escalera de la derecha. Luego suben otro nivel. Y otro. Cuando llegaron al cuarto piso, la mayoría de ellos estaban exhaustos.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —preguntó un hombre mientras se alejaba del resto del grupo para quedarse junto a Ophelia, igualando su paso a paso. Era alto y larguirucho, su tez de alabastro se las arreglaba para ser más clara que la de ella, su cabello castaño opaco le caía hacia atrás en la cara—. ¿No eres un ratoncito peculiar?

Ophelia arrugó la nariz, pero no dijo nada, con la esperanza de que él la dejara en paz si ella lo ignoraba. No funcionó.

—¿Quién te crees que eres al entrar en algo así? —insistió el hombre—. Debes pensar que eres especial...

—¿Podría preguntarte lo mismo? —le espetó.

—Apuesto a que... —empezó, pero alguien lo interrumpió.

—Vete a hacer el imbécil a otra parte, Cade —lo amonestó una voz suave.

Los labios de Cade se abrieron mostrando sus dientes en una expresión de absoluto desprecio, pero al menos obedeció, alejándose para alcanzar a otro hombre que caminaba delante. Ophelia se volvió hacia su salvador. Era una muchacha más baja, con el cabello rubio pálido bien trenzado hacia atrás y un vestido un poco desgastado. Había algo en ella que le resultaba familiar, pero Ophelia no sabía por qué.

—Es el peor —dijo la muchacha—. No dejes que te afecte. Soy Lucinda. Pero todo el mundo me llama Luci.

—¿Se conocen? —preguntó Ophelia, tratando de sonar vagamente interesada, aunque en realidad no le importaba.

—Primos —dijo Luci, con un tono casi triste—. Los dos estamos aquí porque nuestra familia se ha metido en una *situación financiera*.

—No necesito saber los detalles —dijo Ophelia—. Pero gracias por ahorrarme la molestia de darle un puñetazo en la cara.

Luci se mordió el labio.

—Eres Ophelia Grimm, ¿verdad?

Ophelia dejó escapar un suspiro.

—Sí, así es. Ahora, si me disculpas...

Ophelia aceleró el paso, una mirada ligeramente sorprendida revoloteó por la expresión de Luci ante su brusquedad. No se molestó en parecer arrepentida mientras avanzaba para alcanzar al resto del grupo, que se había detenido frente a un conjunto de grandes puertas de madera. No estaba aquí para hacer amigos. Estaba allí para encontrar a su hermana y salir del infierno.

—Una vez que entren por estas puertas, no pueden abandonarlas hasta que completen el séptimo nivel de Phantasma, a menos que elijan perder el juego —anunció la Aparición—. En cuyo caso, serán expulsado inmediatamente de la mansión. Sus habitaciones se dividen entre los cuatro pasillos en la parte trasera. El comedor está justo adentro a su izquierda. Escuche atentamente los números de sus habitaciones.

El Fantasma comenzó a gritar nombres y números en rápida sucesión. Memorizó algunas antes de que todas empezaran a confundirse. *Luci, sala 401. Cade, sala 402. Beau, habitación 403. James, habitación 404. Eric, habitación 407. Carlota, habitación 412.*

A medida que cada concursante escuchaba su nombre, salían por las puertas dobles para buscar sus habitaciones mientras los demás chismorreaban entre ellos sobre por qué cada persona estaba allí. La familia de Luci y Cade estaba en bancarrota, al igual que la de Eric. El padre de Beau fue encarcelado recientemente después de un escándalo sexual. La esposa de James murió en el parto. Charlotte era un misterio total, pero alguien planteó la idea de que se tratara de un asesinato. Pronto, el grupo se redujo hasta que solo quedó Ophelia, y estaba agradecida de no tener que escuchar a nadie teorizar sobre su participación.

—Ophelia —se dirigió finalmente la Aparición—. Habitación 426.

Ophelia no se movió de donde estaba.

—¿Cuántos grupos hay en esta competición?

El Fantasma inclinó la cabeza hacia ella.

—Incluyendo el tuyo, hay nueve en total.

—¿Cada uno tiene el mismo número de concursantes?

El guía negó con la cabeza mientras decían:

—No. Algunos tienen más, otros menos. Este grupo ya tenía a dos personas en la sala de espera antes de que llegaras. Ahora, ¿vas a entrar o no? No puedo irme hasta que pase el último miembro.

En ese momento, Ophelia se preparó y atravesó las puertas. Al entrar en el pasillo, sintió que la Voz de las Sombras se desplegaba en el fondo de su mente y que su peso se hacía cada vez mayor, haciéndole palpar las sienes. No había señales en el amplio pasillo que le indicaran adónde ir; simplemente caminó hasta el fondo, donde se dividía en cuatro pasillos más, y eligió uno. Cuando llegó a la primera habitación, con el número 420 decorando la placa de madera de la pared de la derecha, esbozó una pequeña sonrisa..

—*Un golpe de suerte* —susurró la Voz de la Sombra en su mente—. *No gastes toda tu suerte demasiado pronto...*

Cuando Ophelia encontró su puerta más adelante en el pasillo, asomó con cuidado la cabeza dentro, preparándose para lo peor. Una celda de piedra, un catre en el suelo, ratas... pero la habitación era completamente normal, incluso encantadora. Colocó sus maletas sobre la gran cama y suspiró aliviada mientras se sacudía los brazos doloridos de cargar con su peso cuatro tramos de escaleras.

El edredón estampado y los muebles antiguos hicieron que el pequeño espacio se sintiera hogareño. Había una vieja lámpara de aceite encendida en una de las dos mesitas de

noche, y una horrible silla rosa con respaldo de ala en la esquina más alejada de la habitación que combinaba con el diseño jacquard de la alfombra que cubría el suelo. Se acercó a la estantería que estaba junto a la silla y echó un vistazo a los extraños títulos y chucherías que decoraban las estanterías. Cuando extendió la mano para sacar uno de los libros de su lugar, se escuchó un clic y todo el estante se movió hacia adelante.

—Lo primero que toco, y es una especie de truco... solo mi suerte... —Murmuró en voz alta mientras se preguntaba si todas las habitaciones tenían un mecanismo así.

No pudo evitar pensar en lo bien que se lo pasaría explorando un lugar como este si no estaba segura de que todo su diseño estaba destinado a aterrorizarla o mutilarla. O si no fuera por el hecho de que su hermana se había perdido en algún lugar del interior.

Un crujido lento y espeluznante sonó desde la puerta del dormitorio detrás de ella, y Ophelia se giró para ver quién estaba allí. Cuando al cabo de unos minutos no apareció nadie, dejó que sus hombros se relajaran, volviéndose hacia la estantería, y entonces algo parpadeó en su cama. Respiró hondo, preparándose, hasta que se dio cuenta de lo que era.

—Vaya. —Ophelia entrecerró los ojos al ver a la criatura blanca y esponjosa que ahora estaba sentada en su cama—. Eres un gato fantasma .

El felino se rascó tranquilamente una oreja con su pata trasera.

—Sigue, shoo —dijo ella, señalándolo con un gesto.

Había algo en los fantasmales ojos azules de la gata que estaba mal, algo parecido a un humano que le dejó una sensación de inquietud en el estómago.

—*Shoo* —dijo ella, ahora un poco más agresivamente.

La criatura dio un parpadeo lento y tranquilo antes de saltar de la cama y correr a través del agujero que había abierto en la pared.

—De ninguna manera. No estoy caminando por un pasadizo secreto al azar.

El gato maulló desde algún lugar más allá de la oscuridad como si le dijera que se diera prisa. Y maldita sea si no tenía curiosidad. Dio un paso vacilante hacia adelante para asomarse al abismo de oscuridad, sabiendo que debía encontrar una manera de cerrar la estantería y ni siquiera pensar a dónde conducía el pasadizo. Pero el medallón alrededor de su cuello tenía otra idea.

No sabía por qué, lo único que sabía era que había empezado, sin saberlo, a seguir el ejemplo del medallón, como sospechaba que solía hacer su madre. Recordaba las veces que su madre se reunía con los clientes, envuelta a mano alrededor del medallón todo el tiempo, como si evaluara si el collar aprobaba su compañía o no.

Ophelia echó un vistazo alrededor de la habitación, vio un candelabro de latón adornado con tres velas cónicas a medio derretir sobre el tocador, y lo agarró. Concentró su magia en las mechas hasta que las tres llamas cobraron vida, y luego salió al pasadizo secreto. Si es que se puede llamar así. Era alarmantemente estrecho, sus hombros rozaban ambos lados.

El gato no se veía por ningún lado mientras deambulaba por el espacio oscuro, la única luz, además de las velas, provenía del resplandor de la lámpara que brillaba desde el dormitorio. Levantó el candelabro de la pared y examinó en busca de costuras que pudieran indicar que había más puertas ocultas, pero la pintura de alabastro no tenía mancha.

Te va a atrapar.

Ophelia se estremeció ante la voz intrusa que se estrelló en su mente. Era la Voz de la Sombra, pero... diferente. Más fuerte. Peor aún, era el molesto ruido de arrastre de la estantería al deslizarse detrás de ella.

—Mierda —dijo ella, con tono tembloroso—. Por supuesto que se trataba de una trampa. ¿Por qué demonios iba a pensar que era una buena idea confiar en un gato y un collar para que la llevaran a algún lugar bueno?

—*Será mejor que empieces a correr* —la Voz de la Sombra cacareó en su cabeza, su tono tenía un borde de malicia que nunca antes había notado.

Se quedó paralizada.

—¿Gatito? —susurró en la oscuridad, pero el gato había desaparecido por completo.

Y también los latidos del corazón del medallón. *Joder*. Un eco grave y espeluznante emanó del extremo opuesto del pasillo, seguido de un fuerte golpe. Ophelia entrecerró los ojos en la nada, cada músculo de su cuerpo se tensó.

Aquí viene.

Justo cuando la Voz de la Sombra pronunció las palabras en su mente, algo brilló en rojo, a varios metros de distancia. Un par de ojos inyectados en sangre y una sonrisa llena de dientes afilados.

—*Mierda* —siseó ella, dejando caer el candelabro con un estrépito metálico y sumergiéndose en la oscuridad total.

Se oyó un agudo chillido y unos pasos se dirigieron hacia ella. Levantándose las faldas, se dio la vuelta y echó a *correr*.

Acercándose.

Gritó mientras tropezaba, logrando enderezarse en el último segundo, la risa áspera que resonó en su paso en falso demasiado cerca para su consuelo. A medida que corría por el

pasillo, incapaz de ver ni siquiera dos pies delante de ella, su medallón se calentaba más y más, su corazón latía rápido a medida que volvía a subir y se sincronizaba con el suyo.

Diez segundos más y estás muerta.

Ophelia se esforzó más, sus pantorrillas gritaban de dolor.

Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac.

Con apenas unos segundos de sobra, llegó al final del pasillo, golpeándolo con tanta fuerza que todo su cuerpo vibró, los dientes chocando dolorosamente. Tenía la nariz aplastada, la sangre brotaba por su cara, sobre su barbilla y sobre el babero de su vestido.

Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac.

Ella soltó una risita salvaje mientras recorría con sus manos la pared frente a ella, buscando frenéticamente el pomo de una puerta.

—*Por favor, por favor, por favor* —gimió, con el sabor a hierro de su sangre en la lengua.

Los pasos ya no estaban a más de un par de metros detrás de ella, y un gruñido bajo salía de quienquiera que “o lo que fuera” la estaba persiguiendo. Siguió buscando una salida y finalmente, *finalmente*, encontró una manija.

Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac.

Tiró furiosamente de la palanca, empujó la puerta para abrirla un poco y se tambaleó hacia adelante, con el hombro por delante, para abrirse paso dolorosamente...

Justo cuando una mano con garras se aferró a ella.

Gritó de dolor mientras las afiladas uñas de ónix le desgarraban el antebrazo. Las manos que intentaban arrastrarla hacia atrás eran grises y moteadas, pero no podía ver nada más en la oscuridad aparte del blanco de unos ojos salvajes e inyectados en sangre.

Dejó escapar un chillido que era mitad frustración y mitad terror mientras sacudía a la criatura, cerrando los ojos y expulsando toda la magia intacta que podía en su interior. Las chispas azules comenzaron a rodar por su piel con pequeños estallidos estáticos, destruyendo lo que fuera que la sostuviera y haciéndolo soltar con un silbido de dolor. Agarró su brazo a través de la abertura y lo acunó contra su pecho antes de golpearse contra la puerta, cerrándola profundamente.

Comenzó a sujetar los diversos candados de latón, con la esperanza de que fueran suficientes para contener al monstruo. La criatura golpeó el otro lado varias veces, sacudiendo toda la pared con la fuerza, pero mantuvo su hombro encajado contra la puerta, esperando hasta que el monstruo abandonara su lucha. Tomó varias bocanadas de aire profundas. Al mirar las heridas dentadas de su brazo, se le cayó el estómago al ver el carmesí goteando hasta el suelo.

¿Había sido obra de su mente aquella criatura? ¿O era parte de Phantasma?

—*Tal vez sean las dos cosas* —sugirió la Voz de la Sombra—. *Después de todo, dejás que escarben en tu cabeza. Eso significa que deberás tener cuidado con lo que piensas aquí, linda Nigromante.*

No. No. No. Se suponía que esto no iba a suceder. Se suponía que las cosas en su mente nunca debían ser *reales*. La voz en su cabeza había conjurado tantos escenarios engañosos y horribles a lo largo de los años, pero siempre había sabido, en algún nivel, que allí es donde se quedarían. Pero aquí... una abrumadora sensación de terror se apoderó de ella. Necesitaba encontrar a Genevieve y sacarlas a las dos lo antes posible.

Apartándose de la puerta con determinación, examinó el espacio a su alrededor, buscando otra salida. Su mirada se

clavó en el gato, con la cabeza inclinada con curiosidad hacia ella, sentado en la esquina de una mesa como si no tuviera preocupaciones en el mundo. El felino maulló y ella le lanzó una mirada fulminante.

La criatura fantasmal saltó de la mesa, completamente apática hacia su mirada mordaz mientras saltaba hacia una puerta en la pared del fondo que ella no había notado. Se acercó cautelosamente, abriendo solo una rendija para evaluar exactamente a dónde conducía. Si fuera por otro pasillo oscuro, se quedaría en esta pequeña habitación para siempre. Afortunadamente, vio que salía a uno de los pasillos principales que conducían a las habitaciones de los concursantes.

—Ha sido suficiente emoción para esta noche —susurró ella, cerrando la puerta tras de sí. Miró al felino, furiosa—. Gracias por llevarme a una trampa mortal, por cierto.

El gato maulló, y Ophelia juró que el sonido tenía la intención de juzgarla. Como si pensara que estaba absolutamente loca por esperar ayuda de un gato en primer lugar. Lanzó un gruñido de descontento y giró a la derecha por el pasillo... antes de volver a chocar contra el marco de la puerta.

Su falda fue atrapada. Empujó la puerta para abrirla y se detuvo en seco al ver lo que había detrás. Había desaparecido la pequeña habitación de la que acababa de salir, reemplazada por un pequeño y húmedo armario de escobas. Se quedó allí durante un largo momento antes de cerrarla apresuradamente una vez más.

—No es de extrañar que este lugar quite la cordura a la gente —se quejó.

En ese momento, algo comenzó a extenderse sobre la pared en el extremo opuesto del pasillo. Una sensación crepitante cargó el aire a su alrededor mientras se quedaba boquiabierta

ante la magnífica puerta que se formaba en el aire. El gato trotó hacia la sorprendente nueva adición al corredor, con la cabeza inclinada por la curiosidad mientras dos paneles de mosaico rojo y un mango dorado tomaban forma mientras observaban.

Más extraño aún, una presencia oscura y pesada se posó sobre sus hombros, y la sensación palpable e inexplicable de ser observada le envió un escalofrío por la espalda. Pero cuando miró a su alrededor, no pudo ver a nadie. Solo estaban ella y el gato.

Su medallón comenzó a calentarse mientras ella se quedaba allí mirando la puerta. Tenía la intención de ignorarlo después de todo lo que acababa de suceder, después de todo, su cara y su brazo seguían chorreando sangre, pero una parte de ella se inclinaba por darle una oportunidad más al collar. Si había una razón por la que su medallón estaba reaccionando a la apariencia de la puerta, quería averiguarlo.

Extendió la mano para tocar el collar.

Uno, dos, tres.

—¿A dónde me llevas? —se preguntó en voz alta, y se dirigió a la puerta.



10

EL EXTRAÑO

Ophelia tiró y empujó la puerta mágica durante casi diez minutos antes de decidir rendirse. No tenía ninguna duda de que su hombro derecho estaría morado al amanecer, habiéndolo apretado contra la madera maciza para hacer que se moviera, sin éxito.

—Eres el peor guía turístico de todos *los tiempos*, ¿sabes?
—le advirtió al gato, que en ese momento se estaba bañando a sus pies.

—Bueno, es un gato —comentó una voz profunda y vagamente familiar detrás de ella—. ¿Necesitas ayuda con eso?

Ophelia se sobresaltó, y el felino soltó su propio chirrido de sorpresa. Se giró para gritar a quienquiera que se hubiera acercado a ella, pero tan pronto como lo vio, no salió ninguna palabra.

El hombre, que parecía tener veintitantos años, solo unos años mayor que ella, inclinó la cabeza divertido mientras abría los brazos para permitir que el felino saltara hacia ellos. Por un momento, se preguntó si él habría sido el que había sentido al observarla, pero su mirada no provocó la misma inquietud.

—Tú eres... —empezó ella, un poco sin aliento—. Um...

El hombre sonrió mientras acariciaba largamente el pelaje blanco del gato. La criatura fantasmal ronroneó con fuerza mientras frotaba su cabeza debajo de su barbilla con afecto familiar.

—¿Yo soy qué? ¿Muy guapo? ¿La persona más impactante que has visto en tu vida?

Ophelia comenzó a asentir, antes de darse cuenta de que tal vez era algo muy vergonzoso de hacer. Sintió que sus mejillas se enrojecían mientras él se reía y dejaba que el gato volviera al suelo.

Otros probablemente lo describirían como *muy alto*, pero con cinco pies y once pulgadas, solo tenía alrededor de tres pulgadas y media sobre ella. Tenía el cabello blanco impactante y unos brillantes ojos verde esmeralda. El resto de sus rasgos faciales eran casi tan afilados y delicados como los de ella, excepto *que él* se las arreglaba para parecer menos demacrado que ella.

Otro detalle que despertó un poco de celos en su estómago fue lo impecablemente vestido que estaba. Su chaleco estaba hecho de terciopelo verde profundo que combinaba casi exactamente con sus ojos, pero su camisa con cuello y corbata eran de un rico ónix, los detalles bordados de ambas piezas ejecutados en un hilo de seda monocromático. Sus pantalones eran del mismo material que su camisa y se confeccionaban a la perfección. Si no fuera por el estado despeinado de su cabello y la forma en que tenía las mangas

arremangadas descuidadamente alrededor de sus bíceps, sorprendentemente musculosos, habría pensado que era una especie de aristócrata.

Pero lo que más notó fue que él era un *fantasma*, aunque no se parecía a ninguno de los que había encontrado hasta ahora. Los bordes de su silueta no tenían el mismo brillo azul aureolado que las otras Apariciones; más bien, había una tenue iluminación blanca a su alrededor. Y había muy poca transparencia en su forma, a menos que ella lo estuviera mirando fijamente. Cosa que no hacía. En absoluto.

Sí, él parecía tan corpóreo como ella, excepto que podía *sentir* que algo era diferente. Había una estática intensamente cálida zumbando sobre su piel como...

El forastero.

—Tú —dijo ella, con un dejo de acusación en su tono.

Pero no había reconocimiento en su mirada esmeralda. Solo un breve destello de confusión.

—Anoche —continuó—, nosotros... tú fuiste...

—Aquí, como siempre.

—Sí, pero...

Él le dirigió una mirada penetrante mientras bajaba la voz e imploraba:

—Ten cuidado con lo que revelas al aire libre. Hasta las paredes tienen oídos aquí, ángel.

Ella frunció el ceño confundida. No entendía lo que eso significaba. Pero todo lo que dijo fue:

—Deja de llamarme así.

Sus ojos se volvieron agudos.

—¿Estás insinuando que ya te he llamado así antes?

Pensó en la noche anterior. La sensación de su calor la hacía querer permanecer en la oscuridad a pesar de saber que no era así. La forma en que había estado desesperada para que él supiera su nombre. La sensación de su toque invisible en su rostro...

—¿Vas a actuar como si no te acordaras de mí? —preguntó ella, pateándose a sí misma por aferrarse a los detalles de un momento que claramente era muy olvidable para él.

—Desafortunadamente, muchos mortales pasan por aquí. —Inclinó la cabeza, moviendo los ojos de arriba abajo por su figura—. Sin embargo, nadie ha sido una visión en rojo como tú.

Entonces se miró a sí misma, recordando lo espantosa que debía de parecer. La sangre que había estado brotando de su nariz finalmente se había secado, dejando solo un latido sordo y la grotesca mancha escarlata.

—Parece una herida desagradable —señaló él echándole un vistazo al antebrazo.

Ella se encogió de hombros. La magia que acababa de fluir por sus venas tenía propiedades curativas. Su brazo ya empezaba a formar costras. Por lo que su madre le había enseñado, tardaría una cuarta parte de su tiempo en sanar que los mortales normales, y tampoco tenía que preocuparse más por las infecciones. Además, le gustaba la agudeza del dolor. Le recordó que tenía que mantenerse alerta.

—Si no te acuerdas de mí, ¿por qué me molestas? —insistió.

—Llámalo curiosidad. O el aburrimiento. Lo que prefieras, es difícil ignorar a un concursante empapada en sangre que convoca una puerta de entrada en medio de la mansión. —Resopló—. ¿Pero por qué no me refrescas la memoria de nuestro supuesto encuentro?

—Nos conocimos anoche —le dijo ella, tratando de alejar la vergüenza que sentía por recordar la interacción de manera tan visceral—. Por las puertas de entrada. Pero no podía verte, solo podía escucharte.

—Entonces, ¿cómo sabes que he sido yo? —Levantó una ceja.

—Todos los fantasmas tienen su propia energía, como una huella dactilar, y la tuya es aún más distinta que la mayoría. Nunca antes me había encontrado con algo así.

Él Sonrió y ella alzó las defensas.

—No estoy loca. Sé que fuiste tú —le espetó—. Ya sea que quieras admitirlo ante mí o no.

—No estás loca —asintió él, suavizando la mirada—. Está claro que es la primera vez que te encuentras con un Fantasma.

Fantasma. Eso fue todo. No es de extrañar que fuera tan... sólido.

Las apariciones eran almas mortales regulares que habían muerto pero no habían pasado al Otro Lado. Completamente incorpóreos e intangibles por cualquier cosa excepto por ellos mismos y, por supuesto, por los Nigromantes. El peor tipo de Fantasma, según su madre, eran los Ghouls. Apariciones que habían permanecido demasiado tiempo sin cruzar, convirtiéndose en criaturas parecidas a zombis a medida que sus energías fantasmales comenzaron a fusionarse con las de este plano corpóreo, haciéndolos lo suficientemente fuertes como para ser semisólidos, pero también volviéndose inconscientes en el proceso. Una combinación horrible, tener poder y ningún sentido de la moralidad. Y empezaba a preguntarse si ese era exactamente el tipo de criatura que había encontrado en el corredor secreto.

Los Poltergeists y los fantasmas, sin embargo, eran los más raros de los seres paranormales fantasmales. Los más poderosos.

—Cuando nos conocimos anoche, ¿de qué hablamos? —preguntó él, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella le dirigió una mirada exasperada.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿De verdad no te acuerdas?

—Mis recuerdos es... complicado.

—Te pregunté si estabas atrapado aquí, si necesitaba ayuda —dijo—. Me dijiste que me fuera a casa. Que una casa de demonios no era lugar para mí.

—Veo que no hiciste caso a mi consejo. Lástima —murmuró—. ¿Ha sido un encuentro agradable, entonces?

—¿Entonces? —Ella resopló—. Esa no habría sido mi primera elección de palabras. Irritante, tal vez. Como es nuestra conversación actual. Pero no ha ocurrido nada desagradable o insidioso, si eso es lo que quieres decir.

Él asintió distraídamente por un momento antes de mover los ojos detrás de ella.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Cómo hice *qué*?

—¿Cómo llamaste a esta puerta? —El trasfondo de su tono se volvió demasiado serio para que se tratara de una pregunta casual.

—Yo no la *convoqué*. Simplemente apareció —explicó.

—Mmm —fue todo lo que dijo.

—¿Trabajas aquí? —le preguntó—. ¿Eres parte del personal de Phantasma?

Deslizó sus ojos penetrantes hacia ella.

—¿Personal? No, no exactamente.

—Bueno, ¿ese es *tu* gato?

—Poe me pertenece tanto como a cualquier otra persona, me imagino.

Se pellizcó el puente de la nariz y volvió a cambiar de tema a la puerta cerrada con llave.

—¿Sabes cómo desbloquear esto?

—Sí.

Ophelia esperó a que él diera un paso adelante y lo ayudara, pero cuando él no se movió, golpeó con impaciencia el pie. *Uno, dos, tres.* Cuando él todavía no dijo nada, ella finalmente imploró:

—¿*Podrías* desbloquear esto?

—No. —Él Sonrió.

—Entonces, ¿por qué te ofreciste a ayudar antes? —preguntó, apoyando una de sus manos en su cadera. La que todavía estaba manchado de sangre.

Sus ojos se fijaron de inmediato en las líneas carmesí que manchaban su piel, pero solo dijo:

—En realidad, no lo hice. Simplemente te pregunté *si* necesitabas ayuda.

—Eso es bastante engañoso.

—Lo siento, ángel, pero no puedo ayudar a ningún concursante durante Phantasma.

Ella frunció el ceño.

—Al menos, no gratis.

Antes de que pudiera dar una respuesta, un grito penetrante resonó por el pasillo.

—¿*Genevieve*? —gritó, empujando al desconocido, con el corazón palpitando al oír la voz de su hermana.

Cuando se volvió para preguntar si el grito había sido real, vio que el extraño y el gato habían desaparecido.



SUSURROS

Mientras Ophelia regresaba a su habitación, no dejaba de preguntarse si el grito que había escuchado había sido realmente de Genevieve o si era solo otra broma que la casa le estaba jugando. Se le ocurrió, por supuesto, que su propia mente podría haber sido la que le estaba jugando la mala pasada.

—Las verdaderas pruebas aún no han comenzado —se reprendió a sí misma—. No te desanimes del juego antes de que la competencia tenga la oportunidad de hacerlo.

Unos cuantos giros equivocados y pasos desandados más tarde, encontró la habitación 426 exactamente como la había dejado. Sin embargo, miró la estantería con un poco más de sospecha ahora que sabía lo que probablemente todavía se escondía detrás de ella. Después de un breve debate, decidió que deslizar la horrible silla con respaldo de ala frente a la

estantería era su mejor oportunidad de dormir bien por la noche.

Una vez que lo resolvió, abrió sus baúles y examinó el contenido para encontrar un vestido color vino en particular que había empacado. Estaba hecho de una gasa ligera, con un cuello alto y mangas onduladas que se doblaban alrededor de sus muñecas. La falda caía en niveles hasta sus tobillos, y eso hacía que fuera mucho más fácil caminar con ella que el pesado conjunto encorsetado que usaba actualmente. En otras palabras, sería mucho más fácil huir, sin mencionar que estaba más cerca del color de la sangre.

Entró en el cuarto de baño adjunto para lavarse los restos carmesí de su brazo que se curaba rápidamente. Agitando una mano en el aire ante ella, dirigió su magia hacia los apliques a ambos lados del espejo del tocador. Las llamas cobraron vida, lamiendo las velas de marfil e iluminando el reflejo de su espantosa apariencia.

Se quitó el vestido destrozado y llenó la bañera con agua, tan caliente como pudo. Agarró una toallita y una pastilla de jabón de tocador y se metió en el agua. Bajando hasta sumergir los hombros, disfrutó del vapor que nublaba el aire a su alrededor. Lo necesitaba. Un momento para respirar. Pensar.

No podía salir de esta ala de la casa hasta el nivel siete. Lo que significaba que estaba atrapada jugando este juego durante al menos la próxima semana. Para ella era importante mantener la cordura.

Apoyó la cabeza contra el borde de la bañera y dejó que los ojos se cerraran mientras se esforzaba por enjabonar el jabón en la toallita.

No volvería a explorar los pasillos de las trampas ni salir de su habitación a menos que fuera absolutamente necesario. Iría al comedor a comer, se presentaría a los niveles como le

habían indicado y eso sería todo. Minimizaría los riesgos para evitar más emociones no deseadas.

Pasó la toallita por su piel enrojecida, haciendo suaves círculos por los hombros y el escote.

Minimizar los riesgos también significaba que no había más encuentros con cierto fantasma de ojos verdes... algo en él la desarmaba de una manera preocupante, y no necesitaba tal distracción. Incluso si era intrigante. Y guapo. Y exactamente el tipo de ser para el que había sido entrenada. No es que pareciera necesitar su ayuda. Incluso si lo hacía, hablaba en demasiados círculos y ella no podía entenderlo. Su boca demasiado inteligente.

Oh, su boca.

Se preguntó cómo sería tener esa boca en la piel. Corriendo a lo largo de su clavícula, sobre su pecho, bajando por su estómago, hasta su...

El agua salía de la bañera y caía al suelo mientras ella se sentaba, con la espalda recta. La toallita que tenía en la mano había estado deslizándose por los planos de su estómago antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, en lo que estaba pensando. Se apresuró a terminar de bañarse y vació la bañera. Se secó y se vistió para ir a la cama a la velocidad del rayo, se metió debajo de las sábanas y se ordenó dormir un poco.

Este lugar definitivamente la iba a volver loca.



Ophelia se despertó a la mañana siguiente a las ocho y cuarto. Se sentó, estiró las extremidades antes de levantarse de la cama y dirigirse al baño. Mientras realizaba su rutina matutina, se negó a encender las luces, sus ojos aún estaban demasiado cansados para el brillo.

Lo que significaba que tardó casi diez minutos en ver los rastros de sangre frescos manchados en la pared junto al espejo. Un grito le subió por la garganta al darse cuenta de que no solo las paredes estaban cubiertas de sangre, sino que la sangre goteaba del grifo de la bañera.

Goteo. Goteo. Goteo.

Uno, dos, tres.

Otro chillido se atascó en su garganta cuando algo comenzó a emerger del charco carmesí como si hubiera estado esperando a que ella lo notara. Algo con forma humana con cabello largo y fibroso que le cubre la cara. Esta vez supo, sin lugar a dudas, qué era la criatura infernal. Un demonio. Descerebrado, deteriorado, con hambre de carne mortal.

Retrocedió a trompicones y se dirigió a la salida de su habitación. Giró el pomo con todas sus fuerzas, pero no giraba. Tiró y tiró, los latidos de su corazón eran erráticos mientras miraba por encima del hombro para ver al Ghoul arrastrándose lentamente fuera del baño.

—*¿Qué pasa con las malditas puertas de este lugar?* — exclamó—. *¡Déjame salir!*

Clic.

Ella sollozó de alivio cuando el pomo finalmente giró y la puerta se abrió, pero no era un pasillo al otro lado. En cambio, la puerta se había abierto a un vacío de nada completamente negra. Se detuvo en el mismo borde, casi tropezando. Mientras miraba por encima del hombro, retrocedió ante la grotesca sonrisa que se extendía por el

rostro del Ghoul bajo su cabello. Sin esperar a que volviera a estar a punto de morir, se volvió hacia el olvido de la oscuridad y se preparó.

Se adentró en ella.

Ophelia no podía decir si había estado cayendo durante minutos u horas. No había un solo punto de luz a su alrededor. Solo susurros.

Al caer, pasó por briznas de palabras. Secretos vergonzosos y confesiones de amor. Fragmentos de conversaciones y discusiones en voz baja. Y una voz que parecía más fuerte que las demás. Una voz que le resultaba inquietantemente familiar. Se esforzó por oír más de esa voz, pero estaba cayendo demasiado rápido y sus palabras se alejaron. Trató de gritar, de gritar pidiendo ayuda, pero no salía ninguna palabra de su boca. Cuando se preguntó si estaría a la deriva para siempre, se estrelló contra el suelo.

—Toda una entrada.

Los escombros llovieron sobre ella y sobre la superficie firme y acolchada en la que había aterrizado. Sentándose lentamente, estaba demasiado aturdida para siquiera gruñir de dolor. Cuando su mirada se cruzó con un par de profundos ojos verdes, respiró hondo de incredulidad.

—¿Ya echas de menos mi presencia? —dijo el desconocido arrastrando la voz.

Se sacudió el polvo con manos temblorosas, dedicándole una mirada tan indignada como pudo a través de la conmoción.

—Ah, así que *esa* es la verdadera distinción de un Fantasma: un ego.

—Eso, y lo que soy capaz de hacer con mis manos —se burló, curvando los labios en las comisuras. —¿No deberías estar instalándote antes del desayuno? ¿O había algún

problema con tu habitación? —Se llevó a la boca una copa de cristal con líquido ámbar.

Su frente se arrugó al verlo.

—¿Estás *bebiendo*?

—¿Te gustaría un poco? Parece que podrías necesitarlo.

—No —dijo ella inexpresivamente, aunque la idea de tener otra conversación con él que diera vueltas y vueltas en círculos le hizo pensar que tal vez sería preferible un estupor de borrachera.

—Aquí. —Chasqueó los dedos y ella quedó al instante libre del polvo y los trozos de techo que se adherían a su vestido. Dejó el vaso sobre la mesa en la que estaba apoyado y se agachó ante ella—. ¿Cómo llegaste a esta habitación?

Necesitó todo lo que había en ella para no sonrojarse ante su proximidad, lo que la irritó un poco.

—Los fantasmas no pueden comer ni beber —señaló ella, ignorando su pregunta.

—Soy especial —replicó—. Ahora, *concéntrate*. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—No estoy segura de dónde *es aquí* —contestó ella, haciéndole señas para que pudiera levantarse del diván en el que había caído.

Él obedeció, levantándose y alejándose. Él la miraba como si fuera un rompecabezas y estaba decidiendo si molestarse en resolverlo.

Suspiró y luego explicó.

—Fui a lavarme a mi baño y había sangre por todo el espejo y en la bañera...

—Sí, estoy familiarizado con la escena —le dijo—. Los Ghouls y las Apariciones no se han vuelto muy creativos a lo

largo de los años.

—¿Quieres decir que siempre usan los mismos trucos?

—Sí. Los necrófagos no tienen la capacidad de ser reentrenados una vez que han estado atrapados haciendo algo durante tanto tiempo. Incluso los Diablos usan los mismos nueve niveles de terror para cada competencia y, sin embargo, todavía hay una tasa de éxito increíblemente baja.

—Se encogió de hombros—. Por qué arreglar lo que no está roto es una especie de filosofía por aquí.

—Demonios —susurró, sobre todo para sí misma—. Todavía no había tenido tiempo de añadirlos a su lista de preocupaciones. Pero era solo cuestión de tiempo antes de que se encontrara con uno. Al fin y al cabo, se llamaba la Mansión del Demonio. Eran los únicos seres con magia lo suficientemente poderosos como para operar un lugar como este.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro del desconocido.

—¿No me digas que nunca has visto un Diablo antes?

—No tengo la costumbre de buscar problemas.

Levantó una sola ceja plateada.

—¿Pero no es así? Dices que me tomé el tiempo para advertirte que te fueras y, sin embargo, aquí estás.

Abrió la boca para replicar hasta que se dio cuenta de que él tenía razón. A él, probablemente le parecía que ella era una glotona para el castigo.

—Bueno, antes no lo hacía —murmuró ella mientras apartaba la mirada de él y finalmente contemplaba la habitación que los rodeaba.

En el centro de la habitación había una enorme mesa puesta con intrincados centros de mesa negros y dorados, con al menos quince sillas tapizadas de color rojo sangre

alineadas a cada lado. Un gran candelabro de cristal colgaba de una rosa ornamentada en el techo, enviando dispersos rayos de luz arcoíris sobre las oscuras paredes.

—¿Es este el comedor? —preguntó.

—Sí, y no deberías estar aquí mientras se está preparando —le dijo—. No deberías haber podido salir de tu habitación todavía, se suponía que estabas encerrada.

—*Lo estaba* —escupió ella—. Y entonces finalmente abrí la puerta y el pasillo desapareció. Hay demasiadas puertas mágicas en este lugar.

Abrió la boca para hablar, pero algo lo detuvo. Sus ojos se entrecerraron y comenzó a correr por la habitación, y ella estaba a punto de preguntar qué le pasaba cuando lo sintió. Esa mirada oscura e invisible.

¿Algo me está observando? ¿O es a él a quien están siguiendo?

Un rato después, un sonido bajo de frustración salió de su garganta y entró en acción. La guio alrededor del diván por el codo y la condujo suavemente fuera de la habitación a través de su amplia entrada arqueada.

—¿A dónde me llevas? —preguntó.

—En algún lugar podemos tener una conversación que no te meta en más problemas —murmuró—. Sin embargo, empiezo a sospechar que mantenerte alejado de los problemas no sería una tarea fácil.

Ella emitió un murmullo de indignación en señal de protesta, que él ignoró. La condujo por el pasillo principal y a la primera habitación a la que llegaron, que resultó ser un armario de escobas, idéntico al del otro pasillo que había aparecido mágicamente. Chasqueó los dedos mientras cerraba la puerta de una patada tras ellos, y una vela cobró vida en uno de los estantes de madera.

—¿No deberías llevarme de vuelta a mi habitación? —Ella alzo las cejas mientras se empapaba de los detalles del lúgubre espacio, tratando de poner tanta distancia entre ella y su imponente figura como pudiera; El tamaño de la habitación, sin embargo, hacía que poner más de cinco pulgadas entre ellos fuera bastante difícil.

—¿Quieres volver a tu habitación y terminar con la guarida? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué te importa a dónde voy o no voy?

—Creo que estás haciendo un mal uso de la palabra *cuidado*.

—¿Cómo lo llamarías, entonces? —Se puso en pie con impaciencia—. ¿Preocupación?

—Más bien como una autopreservación si vamos a seguir encontrándonos el uno con el otro —corrigió—. Ahora, volviendo a *mi* pregunta, cuéntame el resto de cómo terminaste cayendo por el techo del comedor.

—Pero no sé cómo terminé allí. —Ella levantó las manos—. Como dije, abrí la puerta de mi habitación y, cuando pasé, me caí.

—¿Caíste *dónde*? —insistió.

—Era una especie de vacío. No había nada alrededor más que a oscuras. Solamente... susurros.

Se quedó paralizado.

—¿Susurros?

—Sí. —Sintió que se le arrugaba la frente ante su reacción—. Un montón de susurros de conversaciones y...

—¿Encontraste la Puerta de los Susurros? —Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué es la Puerta de los Susurros?

—Un lugar al que no deberías poder acceder. Está del otro lado.

—El otro lado. Quieres decir...

—Solo aquellos que no son corpóreos, o Demonios, deberían poder acceder a la Puerta de los Susurros —confirmó—. El hecho de que se te haya aparecido es... interesante, por decir lo menos.

—Estoy segura de que fue solo Phantasma jugándome una mala pasada —razonó.

—No, la Puerta de los Susurros es *convocada*, y ningún mortal normal debería poder hacerlo.

—¿Quién dijo que yo era normal? —desafió.

—Está claro que no lo eres —asintió él con un lento movimiento de su mirada sobre su figura, no lasciva, sino escudriñadora—. Entonces, ¿qué clase de ser eres?

Levantó la barbilla.

—Soy una nigromante.

—Eso sí que es algo. —Su sonrisa se volvió casi felina ante su afirmación—. Lo que tal vez explicaría por qué pudimos reunirnos ayer.

—Eso me recuerda... ¿Por qué crees que no pude verte entonces? ¿Y por qué te molestaste en advertirme que me alejara? ¿No se supone que todos aquí quieren que la gente participe en la competencia?

—Hay guardianes alrededor del perímetro de la finca para evitar que los mortales que pasan puedan interactuar con cualquier ser más allá de ellos a menos que entren en la competencia. Tus habilidades de nigromancia deben haber interferido con su efectividad. Deja de pensar que cualquier ser en Phantasma tiene buenas intenciones o motivos para

ayudarte y comienza a preguntarte cómo sus acciones son realmente beneficiosas para *ellos*.

—No estoy segura de que me gusten mucho tus adivinanzas —dijo.

El brillo de su mirada se volvió pecaminoso.

—Es una lástima. Los acertijos y los rompecabezas me parecen bastante emocionantes. La mayoría de los mortales que se presentan a este concurso también suelen ser aficionados a esas cosas.

—No me presenté porque quisiera. Estoy aquí para encontrar a mi hermana. —No necesitaba conocer todos los detalles turbios; como el hecho de que Ophelia sólo estaba haciendo una conjetura muy sólida de que era aquí adonde Genevieve había huido—. Tengo que encontrarla y convencerla de que vuelva a casa antes de que la maten.

—¿No crees que si tu hermana vino aquí, por su propia voluntad, sabe exactamente lo que firmó?

Ophelia negó con la cabeza.

—Genevieve puede ser impulsiva. Me preocupa que no entendiera el alcance total de lo que estaba firmando.

—Sin embargo, si ambas ya están aquí, ¿no les gustaría ver si pueden ganar?

—No me importa ganar. No me importa el premio que prometa este lugar infernal. Solo me importa llevar a mi hermana a casa. —Apartó los ojos de él cuando sintió que las lágrimas brotaban de sus comisuras. Ella no le mostraría ningún signo de vulnerabilidad—. No me dejó mucho para seguir adelante, y nadie aquí me dirá si la ha visto. Ah, y que ella escribió en su diario que está tratando de encontrar a alguien llamado Gabriel.

Sus ojos brillaron cuando ella pronunció el nombre, y su guardia subió de inmediato.

—¿Conoces a un tal Gabriel? —preguntó.

Su expresión era cuidadosamente inexpresiva.

—Conozco a mucha gente.

—Esa no es una respuesta real —reprendió ella—. Y si no vas a ser útil, entonces me gustaría que dejaras de tenerme como rehén en este armario de escobas.

—No deberías estar explorando en este momento —advirtió—. Si la persona equivocada te sorprende fuera de tu habitación durante una fiesta, sabrá que eres diferente. ¿Y quién dijo que no podía ser útil? ¿Y si te dijera que puedo asegurarme de que llegues a tu hermana?

Ahora era ella la que se cruzaba de brazos.

—¿Y a qué precio me ayudarías a hacer eso?

—Te estás dando cuenta —murmuró.

—Me ofrecí a ayudarte ayer, ¿sabes? —reveló—. Y me dijiste que eso no sería una buena idea para mi propia salud. Ahora, si me disculpas, me gustaría irme, por favor.

La sorpresa brilló en sus ojos.

—¿Te ofreciste a ayudarme?

—Sí. Soy una nigromante. Ayudar a los fantasmas descarriados es parte de la descripción de nuestro trabajo.

Su expresión cambió a algo parecido a la reflexión.

—¿Cómo te llamas?

Lo miró fijamente durante mucho tiempo, decidiendo si debía arriesgarse a entregarlo esta vez.

Dio un suspiro dramático.

—Si te doy mi nombre primero, ¿eso ayudaría?

—Posiblemente —respondió ella.

—Puedes llamarme Blackwell. ¿Es bueno conocerte oficialmente...?

Una larga pausa. Luego,

—Ophelia Grimm.

—*Ophelia* —repitió, saboreando cada sílaba. Su nombre en su lengua sonaba como una plegaria malvada—. Eres exactamente la persona que he estado esperando.



12

JUEGO LIMPIO

Ophelia miró al desconocido “*Blackwell*” como si le acabara de crecer una segunda cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo una oferta para ti —le dijo.

—Lo siento, pero mi oferta de ayudarte ha expirado. No te voy a dar nada, y ciertamente no voy a confiar en alguien que elige trabajar para un lugar como este.

Ophelia intentó pasar junto a él, pero él se movió para bloquearle el paso.

—¿No te dije que no soy parte del personal de Phantasma?

—*No exactamente* —repitió sus palabras de antes.

Un deleite perverso iluminó sus ojos como si fuera un gato que hubiera encontrado un ratón que podría aprender a disfrutar del juego por igual.

—No estoy trabajando contra ti como los demás —juró—. De hecho, haré exactamente lo contrario: te ayudaré a ganar esta competencia.

Ophelia bajó los brazos en estado de shock.

—¿Cómo?

—No puedes salir de esta ala para buscar a tu hermana hasta que logres sobrevivir a los primeros siete niveles. Por experiencia, al menos la mitad de los concursantes en esta competencia morirán, o perderán, en el nivel cinco —le dijo—. Pero puedo asegurarme de que sobrevivas el tiempo suficiente para alcanzar los dos últimos niveles, y luego podrás conocer el destino de tu hermana. Todo lo que necesito de ti es un pacto de sangre.

—¿Un pacto de sangre? —Una risita salvaje escapó de su garganta ante la ridícula idea. Cualquier ser que poseyera magia podía ofrecer un trato de sangre a alguien, un juramento que era inquebrantable hasta que todos los términos se cumplieran exactamente. Y las consecuencias de tales contratos con seres más poderosos, como los demonios, eran inevitables incluso en la muerte—. No hago pactos de sangre con fantasmas rebeldes. O con cualquier otra persona, para el caso.

Sin embargo, incluso mientras pronunciaba las palabras, tuvo que admitir que él la había intrigado enormemente. Si realmente podía ayudarla a sobrevivir en esta casa del infierno y asegurarse de que no tuviera que lidiar con más sorpresas demoníacas que salieran de su bañera, difícilmente podría ponerle un precio al valor de eso. Después de todo, su madre siempre le había advertido que no hiciera tratos con demonios, pero nunca le dijo nada sobre hacerlos con fantasmas...

Blackwell se inclinó hacia delante hasta que sus miradas estuvieron al mismo nivel que la del otro, casi tocándose las

puntas de la nariz.

—Nadie me ha rechazado antes.

Sintió que su rostro se torcía en una expresión burlona ante sus palabras, pero su pulso traidor latía erráticamente ante su proximidad. Olía levemente a vainilla y tabaco, y le molestaba mucho que le pareciera una combinación deliciosa.

Aclarándose la garganta, replicó:

—Diría que ese hecho me sorprende, salvo que no me sorprende en lo más mínimo que cualquier tonto dispuesto a entrar en este lugar también esté dispuesto a entrar en un pacto tan insensato. Buen día, Blackwell. Y no te atrevas a seguirme.

Esta vez, ella pasó junto a él sin dudarlo y se abrió paso fuera del armario. Mientras se pavoneaba por el pasillo, algo pequeño parpadeó a su lado, coincidiendo con su ritmo.

—Hola, gato —refunfuñó—. ¿Viniste a defender su caso? ¿O simplemente te divierte verme tropezar por este miserable lugar?

—Lo último, definitivamente —resonó la voz de Blackwell detrás de ella.

Ophelia no se molestó en mirar al Fantasma mientras le espetaba:

—¿Pensé que te había dicho que no me siguieras?

—Te pido disculpas si te di la impresión de que hago lo que me dicen. —Su tono era cualquier cosa menos de disculpa.

Ahora sí miraba hacia atrás.

—¿De verdad no tienes nada mejor que hacer por aquí que acecharme?

Paseaba tranquilamente detrás de ella, con las manos metidas en los bolsillos. Resultaba extraño ver a un Fantasma

caminando tan despreocupadamente, ya que normalmente revoloteaban. Le asaltó de nuevo el deseo de saber más sobre él. Los fantasmas eran raros y su conocimiento de sus habilidades era mucho menor que el de otros fantasmas. Necesitó todo lo que había en ella para dejar de lado su curiosidad.

—Estaba tratando de ser útil —insistió.

—No lo hacías —se burló ella mientras conectaba un fuerte rechazazo por otro pasillo—. Un trato de sangre casi nunca es beneficioso para nadie más que para quien lo ofrece.

Antes de que pudiera dar un paso más, él apareció directamente en su camino, lo que hizo que ella se detuviera antes de golpearlo directamente.

—Vas por el camino equivocado —aconsejó—. Y no me diste la oportunidad de decirte cuál era el precio de la oferta.

Ophelia no pudo evitar decir:

—*Está bien*. Si es la única manera de hacer que te vayas al infierno, te lo preguntaré. ¿Qué es lo que estás ofreciendo?

—No lo olvides, *sigues encontrándome*. —Él le dirigió una mirada mordaz, y ella ya se estaba arrepintiendo de haber cedido a sus travesuras.

—Sí, y empiezo a preguntarme si habría sido menos molesto ser asesinada por el Ghoul en mi baño.

—No te habría hecho daño fatal el primer día —ofreció—. Primero le gusta jugar un rato con sus víctimas.

—Tienes una respuesta para todo, ¿verdad?

—Sí. —Él le guiñó un ojo, y ella se odió a sí misma por pensar que el gesto era atractivo. Sin embargo, no pudo evitarlo. *Todo* en él era frustrantemente atractivo. Era difícil no ser muy consciente de ese hecho cuando él seguía ocupando todo su espacio. Molestamente, él parecía ser igual

de consciente de su atractivo, lo que realmente estaba empezando a irritar sus nervios. Era el tipo de hombre que pensaba que su cara podía conseguirle todo lo que quisiera, y ella estaba decidida a no darle la razón.

—¿Al menos me vas a ayudar a volver a mi habitación primero? —bromeó—. El gato estaba siendo más servicial, honestamente.

—Por aquí. —Parpadeó hasta perderse de vista y reapareció por el pasillo detrás de ella, imperturbable por su evidente molestia.

Suspiró y giró, agitando su vestido con el movimiento. Poe maulló mientras guiñaba un ojo para reaparecer junto a Blackwell, quien levantó a la criatura con calma. Ophelia trató de memorizar el camino de regreso a su habitación mientras lo seguía, no queriendo tener que volver a depender de él.

Cuando finalmente se detuvieron frente a su puerta, vaciló, preocupada por lo que podría encontrar dentro.

—Este es el primer término de mi oferta —dijo Blackwell mientras dejaba que Poe bajara al suelo—. Limpiaré cualquier lugar con el que puedas tropezar accidentalmente fuera de los nueve niveles. Sin embargo, dentro de los niveles, tendrás que hacer el trabajo tú misma, pero yo puedo ayudarte.

Abrió la puerta de su dormitorio y le hizo señas para que cruzara el umbral antes que él. Ella vaciló, pero él asintió con la cabeza, y ella levantó la barbilla y metió la cabeza dentro. Había huellas ensangrentadas por toda la habitación. Grietas largas e irregulares rasgaron el papel tapiz y el marco de la puerta. Ella se arrastró hacia adelante y Blackwell comenzó a cerrar la puerta detrás de ellos, dejando que Poe se deslizara en el último segundo antes de cerrarla por completo. El gato fue directamente a su cama, acolchando sus patas blancas en el edredón antes de acurrucarse en la esquina.

Ophelia abrió la boca para comentar el estado de la habitación, pero en lugar de eso chilló. El sangriento Ghoul se arrastraba desde el baño. Retrocedió un paso a trompicones, justo en el cuerpo sorprendentemente duro de Blackwell. Sus músculos estaban aún más tonificados de lo que ella había imaginado.

Sintió que su pecho vibraba con una risa silenciosa contra su espalda mientras él acercaba la boca a su oreja y arrastraba las palabras:

—Mira esto.

Levantó una mano, hizo un chasquido brusco de los dedos y todo desapareció. El Ghoul, la sangre, los arañazos. Todo se aclaró en menos de un segundo.

Tragó saliva.

—¿A dónde se fue?

—En algún lugar del otro lado. Puedo mover cosas dentro y fuera de este plano corpóreo.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Es eso algo que todos los fantasmas pueden hacer? Y si interceptas todos los fantasmas que me rodean, ¿se considera una trampa?

—No conozco a ningún otro fantasma —admitió—. Y si no va en contra de las reglas que te dieron antes de entrar, es un juego limpio.

—Está bien, basta de andarnos por las ramas. —Ella se volvió hacia él—. Me demostraste de lo que eres capaz, así que ¿qué es exactamente lo que quieres a cambio? ¿Esa clave supongo?

—Ángel, no has visto ni un ápice de lo que soy capaz —le dijo, sus ojos verdes recorrieron su figura con una emoción

que ella no pudo captar antes de ponerse más seria—. ¿Y qué llave?

—Ya sabes, el corazón y la llave. —Agitó una mano impaciente en el aire entre ellos—. Antes de irme anoche, me dijiste que eso es lo que te haría libre, supongo que es algún tipo de acertijo, ¿verdad?

Se quedó paralizado.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Dime qué dije *exactamente* —instó.

—Demonios, de verdad que andas por ahí con agujeros en la memoria, ¿verdad? —dijo ella, y podría haber jurado que sus palabras lo hicieron estremecerse, pero su capacidad para recuperarse fue impecable.

—Algo así —fue todo lo que comentó.

Si ella fuera un tipo diferente de persona, podría haber sentido lástima por él. En cambio, simplemente explicó:

—Te pregunté si estaba atrapado aquí y si había alguna manera de ayudarte, y tu dijiste... —Se devanó los sesos en busca de sus precisas palabras—, *Un corazón y una llave me liberarían. Pero deberías esperar que no nos volvamos a encontrar...*

Ángel.

Decidió tomarse la libertad creativa y omitir esa última parte.

—¿Por qué no mencionaste ese detalle antes? —preguntó, con un tono bastante intenso.

—¿Cómo iba a saber que tenía que hacerlo? —respondió ella—. ¿Cuál es el problema?

El brillo de sus ojos se volvió ligeramente salvaje.

—El problema es que he estado atrapado aquí durante una cantidad de tiempo que ni siquiera puedo recordar, debido a los agujeros en mi memoria antes mencionados. Y seguiré atascado, eternamente, a menos que encuentre cualquier atadura o ancla que me mantenga atado a este lugar, y descubra cómo liberarme. Y de alguna manera lograste atraparme en un momento de claridad, un momento ya borrado de mi mente, donde supuestamente te dije exactamente lo que necesitaba encontrar para liberarme. No tienes idea de lo extraordinariamente extraño que es esto.

Su cabeza daba vueltas mientras intentaba seguir el ritmo de sus palabras.

—¿Estás atrapado aquí *eternamente*? ¿Quieres decir que no puedes elegir pasar como otros fantasmas?

—Correcto. —Se pasó una mano por el cabello con frustración—. Cada vez que me acerco a encontrar lo que me mantiene en este lugar, lo vuelvo a perder. Esta es, *tú* eres, la primera confirmación concreta que he tenido de que *hay* algo que encontrar. Que es posible.

Apoyó una mano en su cadera.

—Entonces, ¿me ibas a pedir que encontrara algo de lo que ni siquiera tenías idea?

—Dadas tus habilidades para invocar puertas misteriosas y salones mágicos, pensé que seguirías siendo la mejor esperanza que he tenido hasta ahora. Y mi instinto estaba en lo cierto.

—Pero no he *tenido la intención* de hacer ninguna de esas cosas. Fue pura coincidencia que nos conociéramos esa primera vez. Ni siquiera se suponía que debía salir esa noche.

—Ya sea que quisieras o no, lo hiciste —imploró—. No creo en las casualidades. Dices que no se suponía que debías salir esa noche. Pero lo hiciste. Y me encontraste. Si realmente

eres una nigromante, podrás ver cosas que otros no pueden. Lo que significa que puedes buscar en este lugar como nadie ha podido hacerlo antes.

—¿Y si no encuentro esta llave? —preguntó—. ¿Cuál es el precio de fracasar?

—El trato de sangre asegura que recibiré el pago si fallas en tu tarea —le dijo—. Si tienes éxito, no tendrás nada de qué preocuparte.

—Eso no respondió a mi pregunta —insistió.

—Si fracasas —una comisura de su boca se alzó en una sonrisa sombría mientras hablaba—, una década de tu vida me será transferida a mí.



13

NERVIOS

SEGUNDA NOCHE EN PHANTASMA

—Ángel, no has visto ni un ápice de lo que soy capaz —le susurró al oído el apuesto bastardo de ojos verdes mientras le sujetaba la espalda contra la pared con una mano en la cintura—. Podría hacerte decir cosas que nunca pensaste que tendrías la voluntad de decir solo para probar lo que tengo para ofrecer...

Su lengua se movió para lamer el pulso que palpitaba a un lado de su garganta para enfatizar su punto.

Odiaba la forma en que su cuerpo se arqueaba hacia él, por su propia voluntad, mientras buscaba la fricción que anhelaba. Mantuvo su agarre en su cintura mientras deslizaba su otra mano en su cabello e inclinaba su boca hacia la suya. Ella emitió un sonido de placer entrecortado cuando él le mordió el labio inferior, con fuerza. Sus caderas comenzaron a retorcerse

hacia adelante, en la dureza que podía sentir crecer en la parte delantera de sus pantalones, y la mano de él en su cintura comenzó a deslizarse hacia abajo, levantando los faldones de su vestido para...

Sonó una campana.

Ophelia se incorporó en la cama, con el cabello pegado a la frente y las sienes cubiertas de sudor. Echó un vistazo al reloj al otro lado de la habitación y no se sorprendió al descubrir que se había quedado dormida y había perdido tanto el desayuno como el almuerzo. Su cuerpo y su mente habían estado completamente agotados por los últimos días, sin mencionar sus heridas, y el sueño fue cuando la magia en sus venas se tomó su tiempo para curar sus heridas.

Otro peaje.

Se frotó la cara con una mano antes de estirar las extremidades y evaluar su brazo herido por las garras. La piel estaba como nueva. Sus hombros se relajaron con alivio. Esa fue definitivamente una ventaja para la magia familiar.

Apartó las sábanas y se puso de pie para mirar alrededor de la habitación, confirmando que no había necrófagos grotescos al acecho de una emboscada. El cansancio que aún se aferraba a sus huesos, mezclado con la paranoia punzante que este lugar engendraba constantemente en su mente, casi la hizo arrepentirse de haber rechazado el trato de Blackwell.

Casi.

Lo había despedido después de su ridícula revelación, riéndose de la idea de renunciar a una década de su vida cuando podía encontrar a Genevieve por sí misma. Por un lado, ¿quién sabía cuántos años le quedaban? Regalar diez de ellos seguramente sería una decisión peligrosa. Además, Blackwell no había opuesto resistencia por su despido de todos modos. Se limitó a asentir con la cabeza ante su rechazo y desapareció hacia donde fuera en la mansión

cuando no aparecía al azar para molestarla o entrometerse en su descanso. Como si sus horas de vigilia no estuvieran llenas de suficientes fantasmas, ahora tenía a un fantasma engreído que perseguía sus sueños.

Cuando empezó a vestirse para el día, o mejor dicho, para la noche, se sintió cada vez más preocupada de que llegara un momento en el que pagara una cantidad atroz para poder dormir tranquila.

Sacudiéndose ese pensamiento, se ató ágilmente el corsé de su vestido de terciopelo negro, tirando de las cuerdas tan fuerte como pudo hasta que apenas pudo respirar. Algo de lo que se arrepentiría más tarde cuando tuviera que luchar con los tirantes para quitárselo. A veces, tanto su madre como Genevieve necesitaban desabrochar sus corsés con lo ajustados que los abrochaba, pero no sabía qué esperar de las pruebas de Phantasma, y lo último que quería era que los nudos defectuosos fueran un obstáculo.

Atándose rápidamente una cinta a juego en el cabello, salió de su habitación, con la esperanza de que no le tomara demasiado tiempo encontrar el camino de regreso al comedor para poder comer antes de que comenzaran las cosas. Ya estaba hambrienta por haberse saltado la cena la noche anterior. Además, esperaba poder encontrar por fin a alguien, completamente corpóreo, a quien pudiera preguntar por Genevieve.

Le costó un poco de ensayo y error volver sobre sus pasos, pero finalmente encontró su destino. Caminó a través del familiar arco abierto y contempló la extravagante exhibición de comida en la amplia mesa del comedor mientras su estómago gruñía. La arquitectura del comedor era más ornamentada de lo que recordaba, pero tal vez eso se debía solo a que había estado demasiado ocupada cayendo por el techo para darse cuenta. Ya no había rastro de la terrible experiencia, el techo completamente intacto, los escombros no

se veían por ninguna parte. Había una gran alfombra negra y dorada que se extendía por todo el suelo, y el papel pintado de filigrana bajo la moldura ornamentada del marco era la definición de la opulencia. Al igual que los pedestales de mármol y las estatuas que bordeaban las paredes a ambos lados del arco, tumbonas idénticas a la que había estrellado entre cada par de columnas de piedra.

Cuando terminó de quedarse boquiabierta con los elegantes detalles, se sorprendió al descubrir que no estaba sola. La chica de las trenzas rubias “Luci”, según recordaba, estaba encorvada sobre un plato de sopa, con un aspecto alarmantemente demacrado. Grandes bolsas violetas se asentaban ahora bajo los ojos hundidos de Luci, su tez pálida casi gris, y no fue hasta que Ophelia se sentó a la mesa y comenzó a preparar un plato que notó su presencia.

—Oh —chilló Luci sorprendida.

—¿Un día largo? —preguntó Ophelia, en tono neutro.

Luci asintió en silencio y volvió a mirar su sopa. Aparentemente, lo que fuera que le había robado el sueño también le había robado su amabilidad, lo cual estaba más que bien por parte de Ophelia. Las dos comieron en silencio antes de que algunos otros concursantes de su grupo comenzaran a llegar. Uno de ellos era un hombre de aspecto desgarrado al que le había faltado un botón de su chaleco. Una mujer con rizos color vino y un aro de ónix atravesado por el tabique entró detrás de él. La mujer parecía contenta de quedarse sola en el otro extremo de la mesa del comedor, lo que la convertía oficialmente en la favorita de Ophelia hasta el momento.

Especialmente cuando el hombre se dejó caer en la silla a su izquierda e hizo que los platos frente a ellos repiquetearan.

—Eric Greensborough —saludó—. Mi padre es Donald Greensborough, dueño de la planta de tabaco más grande de

la ciudad. ¿Tú eres?

—No me interesa socializar —respondió Ophelia. Su paciencia con los hombres de este lugar se estaba agotando increíblemente.

Algo se tensó en los ojos de Eric, pero su sonrisa no vaciló cuando se volvió hacia Luci e intentó:

—Eres Lucinda, ¿verdad? ¿La prima de Cade? Escuché que apenas sobreviviste anoche.

Luci hizo una pequeña mueca pero no respondió, y Eric dejó escapar un profundo suspiro.

—Me *quedaría* atrapado con el grupo más aburrido de este lugar —murmuró, principalmente para sí mismo, antes de anunciar un poco más alto—: Está bien. Me hace más fácil cuando todos ustedes inevitablemente abandonan o son masacrados. No esperen ninguna ayuda.

—Ni siquiera puedes abotonarte el chaleco correctamente —señaló Ophelia—. De todos modos, dudo que fueras a ser la primera opción de ayuda de nadie.

Los labios de Luci se curvaron en una pequeña sonrisa mientras bebía otra cucharada de su sopa. La boca de Eric se torció ante el insulto, pero aun así bajó la vista para comprobar su afirmación, levantándose de la mesa para alejarse cuando se dio cuenta de que, de hecho, ella tenía razón sobre los botones.

—Es insufrible —murmuró Luci.

—Ese parece ser un tema recurrente entre todos los hombres de aquí —observó Ophelia.

Luci soltó una carcajada sin sentido del humor antes de inclinarse hacia adelante y susurrar:

—Se rumorea que el negocio de su padre está casi en bancarrota después de toda una debacle por no pagar sus

impuestos sobre la propiedad y por eso está aquí. Utilizaron su patrimonio como garantía. Y ciertamente no tengo espacio para juzgar...

Ophelia asintió cortésmente, pero no ofreció nada más, y ambas se quedaron en silencio una vez más. Necesitaba llegar al nivel siete antes de poder buscar a Genevieve, y sospechaba que mezclarse con su grupo era una mejor estrategia que sobresalir demasiado, y no quería arriesgarse a hacer ningún vínculo. No estaba segura de qué juego estaba jugando Phantasma al obligar a los jugadores a unirse a estos grupos, pero estaba segura de que no era para *ayudarlos a ganar*, lo que significaba que confiar en alguien aquí no era un movimiento estratégico.

Para cuando todos los miembros de su grupo finalmente aparecieron en el comedor y ella terminó de comer, era casi el atardecer. Su primer prueba estaba a punto de comenzar, y las conversaciones ansiosas sobre lo que podrían esperar comenzaron a zumbear en la habitación.

—Los niveles se basan en los Nueve Círculos del Infierno —dijo un hombre de mediana edad llamado James, con el cabello rubio y una barba espesa—. Una vez leí una entrevista de un antiguo concursante en el *New York Post*. Describieron juegos de Engaño, Ira, Codicia, Limbo...

—¿Dices que nos van a transportar al Limbo? —se burló Eric, deslizando una mano por la parte delantera de su chaleco ajustado.

James resopló.

—No es el *verdadero* Limbo del Otro Lado. Al menos, yo no creo. Es más una ilusión por lo que he oído. Una que se siente muy real.

—No vamos a tener que trabajar juntos, ¿verdad? —preguntó alguien más.

—Espero que no —dijo Cade desde donde se apoyó en la pared del fondo con una mueca de desprecio.

—¿Qué? ¿Eres demasiado bueno para recibir ayuda? —replicó James.

Cade soltó una risa rápida y aguda.

—Apuesto a que serás el primero en salir, viejo.

—¿Cuándo demonios va a empezar esto para que se callen la puta boca? —murmuró la mujer con el piercing en la nariz desde su rincón.

En el momento en que esas palabras salieron a la luz, todas las luces de la habitación se apagaron.

—Bienvenido al nivel uno —retumbó una profunda voz masculina. Los ojos de Ophelia se adaptaron lentamente a la oscuridad mientras continuaba—: Soy tu anfitrión, Zel.

Con eso, una bocanada de humo se elevó desde el suelo junto al arco, y Ophelia se quedó boquiabierta al verlo, olvidando su cena. Un demonio.

Los jadeos en toda la habitación resonaron al ver al hombre atrozmente alto vestido con un traje carmesí impecablemente confeccionado. Los cuernos curvos que adornaban la coronilla de su cabeza sobresalían de rizos color bronce que complementaban su piel morena oscura y sus ojos ámbar.

Trompetas. Su marca del demonio.

La sonrisa en el rostro de Zel se estiró mientras observaba las expresiones aterrorizadas a su alrededor, como si esta respuesta fuera exactamente lo que estaba esperando. Ophelia luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco ante el puro *drama*.

La mirada ámbar de Zel se desplazó hacia ella durante un breve momento, como si pudiera oír sus pensamientos. Se quedó paralizada.

Cada Diablo poseía una gama de habilidades diferentes, lo que hacía que fuera difícil anticipar exactamente con qué estabas lidiando si alguna vez te encontrabas con uno. Y Ophelia sabía, por las lecciones de su madre, que leer la mente no estaba fuera de la mesa.

—Tengo el placer de explicarles cómo se desarrollarán los acontecimientos de cada nivel, escuchen con atención, porque no repetiré —advirtió Zel, agitando una mano hacia la pared a su izquierda, donde ahora aparecía una puerta—. Este es el portal que los llevará al primer nivel. Cada uno de sus anfitriones les proporcionará una pista que contiene lo que pueden esperar en su interior. Esa será su última oportunidad de perder. Una vez que lo atraviesen, el nivel comenzará, y sus únicas salidas son ganar, negociar o morir.

La tensión en la sala se hizo más densa a medida que la gente comenzó a moverse incómodamente sobre sus pies, mirando a su alrededor como si esperaran que la presencia de los demás fuera una señal tranquilizadora de que no podían estar enojados por participar en un juego tan arriesgado cuando todos los demás aquí estaban haciendo lo mismo.

—Si completan la prueba con éxito —continuó Zel—, serán llevados de vuelta a Phantasma y recibirás su marca de ganador. ¿Están listos para la pista de este nivel?

Antes de que alguien pudiera confirmar que estaban listos, el hombre mayor, James, intervino:

—¿Marca del ganador? ¿Qué implica eso? ¿Será permanente? ¿Y qué pasa si no completas la prueba?, ¿hay una marca para perder?

La sonrisa de Zel era implacable.

—Supongo que lo descubrirás si fracasas, ¿verdad? Ahora, presta atención, aquí está tu pista.

Todos observaron con atención embelesada cómo el Diablo movía su mano hacia el portal y las palabras comenzaban a quemarse en la superficie de la puerta con su magia.

EN UNA LUZ CADA VEZ MÁS PROFUNDA, DONDE LOS SENTIDOS SE DESVANECEN, UN LABERINTO VASTO, UN LABERINTO DESALENTADOR.

NI VISTA, NI SONIDO, NI TACTO PARA GUIAR, NAVEGAR CON VERDAD O SER APLASTADO POR DENTRO.

CUIDADO CON LA BESTIA, DENTRO DEL CORAZÓN, Y ENCUENTRA LA PUERTA, DE VUELTA PARA EMPEZAR.

Ophelia trató de memorizar la mayor parte del enigma que pudo, pero el Diablo no perdió el tiempo para seguir adelante.

—Cuando los llame por su nombre, pasaran —le ordenó Zel—. Lucinda.

Todos giraron la cabeza hacia Luci, que ahora tenía un tono blanco enfermizo. Cade soltó una risita cuando ella vaciló. Sin embargo, algo en el sonido debió de reforzar su determinación, porque levantó la barbilla, echó los hombros hacia atrás y dio un paso hacia la puerta. Todo el grupo esperó con la respiración contenida mientras ella la abría. Ophelia no estaba segura de lo que esperaba ver al otro lado, pero desde luego no era una simple pared blanca.

—Pasa —ordenó Zel. Luci respiró hondo y siguió sus instrucciones.

La habitación se tensó, esperando un grito de agonía o algún otro signo de angustia, pero ninguno llegó, y un instante después, Luci desapareció por completo de la vista. El Diablo llamó a los demás por su nombre, y cuando finalmente llegó a Ophelia, solo quedaban unos pocos concursantes esperando. Todavía podía darse la vuelta e irse, con muy pocos que presenciaran su vergüenza, pero se armó

de valor. Ella podía hacer esto. Ella lo haría. Por Genevieve. Por la mansión Grimm. Por el legado de su familia.

Atravesó el portal y entró en la nada.



14

NIVEL UNO

LIMBO

Había un silencio desconcertante, aparte del zumbido agudo en sus oídos cuando salió del portal. Sus ojos ardían mientras examinaba el pasillo de piedra demasiado brillante. No había ni una sola alma alrededor.

Intentó dar un paso adelante y tropezó. Una sensación de desorientación recorrió su cuerpo, y apenas recuperó el equilibrio contra la pared opuesta antes de plantarse de bruce en el suelo liso de cemento. Un jadeo silencioso salió de sus labios, y apartó las manos de la piedra frente a ella, enroscándolas en su pecho. No podía sentir la pared. No

podía sentir *nada*. Ni uno solo de sus sentidos funcionaba, excepto la vista.

Devanándose los sesos, trató de recordar lo que le había dicho la pista.

...un laberinto desalentador... no hay contacto para guiar... cuidado con la bestia...

Ugh. No había habido tiempo suficiente para que recordara cada detalle, pero hasta ahora, la parte de no tener *contacto para guiar* era ciertamente precisa. Se preguntó qué Círculo del Infierno se suponía que estaban emulando.

Todas las lecciones de su madre sobre los Nueve Círculos del Infierno comenzaron a fluir hacia ella. Gobernado por el Rey de los Demonios, el Infierno y sus Círculos existían en el Otro Lado como un reino para todos los diferentes tipos de seres paranormales. Las clasificaciones inmortales de seres paranormales podían acceder a los Nueve Círculos cuando lo deseaban, compartiendo los territorios con las almas de los muertos. La mejor ventaja que obtuvo como una de las clasificaciones mortales de los seres paranormales fue una esperanza de vida más larga que el promedio, aquí, en la tierra antes de cruzar al Otro Lado.

Ophelia podría haber preferido el infierno en este punto.

A pesar de lo que algunos mortales creían, el infierno no estaba destinado a ser un castigo para los humanos que vivieron pecaminosamente antes de morir. Después de todo, la moralidad humana era demasiado diversa y voluble como para basar toda una vida después de la muerte. Más bien, aquellos que fueron castigados en el infierno a menudo fueron castigados por sus crímenes contra la humanidad o el tejido del universo. El segundo Reino más importante del Otro Lado era el Cielo, hogar de todas las clasificaciones de seres efímeros. Y a pesar de lo que a la tradición humana le gustaba sugerir, los seres que pertenecían al Cielo no eran ni

más buenos ni malos que los del Infierno. Dio la casualidad de que al Infierno se le había otorgado la tarea de castigar a las almas mortales maliciosas, y al Cielo la tarea de recompensar a los que murieron con un valor excepcional.

Los seres efímeros y sus poderes, sin embargo, eran un tema en el que su madre nunca se había extendido realmente. Lo cual era bueno, teniendo en cuenta que Ophelia pensó que podría encontrar seres como los Ángeles y los Serafines, y los territorios que gobernaban, bastante aburridos en comparación. Pero ciertamente no había nada aburrido en las historias de los Nueve Círculos.

Aquellos castigados en el Círculo de Violencia eran despedazados miembro por miembro al comienzo de cada día, solo para encontrarse curados al amanecer siguiente para que la tortura comenzara de nuevo. Los castigados en el Círculo de la Avaricia tenían que ver cómo todo y todos los que codiciaban se derretían en un pozo de lava hirviendo. Los castigados en el Círculo de la Gula se veían obligados a correr sin parar, por la eternidad. Los castigados en el Círculo del Limbo...

Eso fue todo.

Esta era la versión de Phantasma de Limbo. Privación sensorial completa.

Se preguntó en qué círculo había elegido su madre para residir en el Otro Lado.

—*Nunca vas a salir* —susurró la voz insidiosa en su cabeza —. *Morirás si no encuentras la manera de salir de aquí en exactamente cinco minutos.*

—*Detente* —intentó gritarle a la voz, pero no se oyó ningún sonido. Volvió a acercarse a la pared para golpearla con el dedo y neutralizar la intrusiva cuenta atrás que su mente intentaba imponerle. Pero la compulsión reconfortante que

usualmente anulaba las tareas tontas que la voz le ordenaba hacer no tenía el mismo efecto cuando no podía sentirla.

Sintió que el pánico comenzaba a apoderarse de ella.

Estás bien. No hay límite de tiempo. Solo tienes que respirar.

Comenzó a avanzar cautelosamente, sus pasos un poco tambaleantes mientras se acostumbraba a la incapacidad de sentir. Caminando por el largo y estrecho pasillo, finalmente encontró una abertura en la piedra. Al otro lado de la abertura había otro largo pasillo que se bifurcaba en dos. El laberinto había comenzado.

Eligió la izquierda. Acelerando el paso, dio unas cuantas vueltas más antes de darse cuenta de que había entrado en un círculo gigante. Estaba completamente desorientada y quería acurrucarse en el suelo y sollozar.

Esto es enloquecedor. Esto es el infierno.

Y luego empeoró.

La luz a su alrededor se atenuó y el terror floreció dentro de ella. Iban a perder poco a poco el único sentido que les quedaba.

Necesitaba un plan.

Necesito una forma de marcar los caminos que ya he tomado.

Se miró las manos. Su magia tenía que ser útil para algo. Concentrándose en la punta de sus dedos, esperó a que se encendieran las chispas reveladoras de su magia. Pequeñas llamaradas de luz comenzaron a expulsarse esporádicamente en todas direcciones, y una sensación de alivio la atravesó. Extendió la mano hacia la pared y usó las chispas para grabar la palabra *comienzo* en la piedra. Entonces comenzó.

Cada vez que había una división en su camino, marcaba la primera dirección elegida con una "X" carbonizada y en el

tiempo que tardaba en atravesar casi once pasajes únicos, la luz se había atenuado dos veces más.

—Puedo atravesar unos cinco pasillos por ronda de luz — señaló—. A este ritmo, probablemente haya unos diez grados más de atenuación antes de que esté caminando en la oscuridad ...

En la siguiente apertura, vio una de sus “X” marcada a la izquierda. Esta vez giró hacia la derecha y...

—La pared al final del pasillo se movía hacia ella.

Otra línea de la pista de Zel volvió a ella.

...NAVEGA DE VERDAD O SER APLASTADO POR DENTRO...

Joder.

Se animó a sí misma a la acción. Deslizándose a través de la siguiente grieta en la piedra, unos metros antes de que la pared móvil pudiera alcanzarla, esperaba estar a salvo, pero lo que encontró en el nuevo pasillo hizo que se le cortara el aliento en el pecho. Las paredes de este corredor también se movían. Lo que significaba que si no llegaba a la apertura antes de que la cerraran, quedaría atrapada.

Se subió las faldas y corrió por el pasillo. Para cuando estaba a mitad de camino de la siguiente abertura, la pared móvil estaba a pocos centímetros del umbral de la brecha, y sabía que tenía que esforzarse más si quería llegar a tiempo. Su respiración se volvió dificultosa, a pesar de que no podía sentir el ardor que estaba segura de que debería haber encendido en sus pulmones. Para cuando llegó a la salida, la pared cambiante ya estaba a mitad de camino, lo que hizo que se abriera paso a través del espacio reducido y se arrastrara por el otro lado.

Se encorvó hacia adelante y se llevó las manos a las rodillas para recuperar el aliento. Sabía que debía estar sudando, pero no podía sentirlo. Todo lo que podía sentir era la presión

en su pecho mientras su cuerpo pedía más oxígeno, y la pesadez en sus piernas y muslos. Cuando finalmente se enderezó, dio un paso adelante...

Pero algo empujó su espalda contra la pared. Sus malditas faldas fueron atrapadas.

Trató de gritar de frustración, pero no salió ningún sonido. La presión le pinchaba las comisuras de los ojos, pero si las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, no podía decirlo. Agarró un puñado de sus faldas y tiró bruscamente, haciendo que el material se rasgara con un borde dentado. Cuando pasaba las tardes en la mansión Grimm soñando despierta con el tipo de peligro que podía hacer que su corazón se acelerara, definitivamente no había sido nada como esto.

Un rápido vistazo alrededor del nuevo corredor determinó que nada se movía. Por ahora. Continuó su exploración, adentrándose cada vez más en el laberinto, su única medida de tiempo era la luz tenue. Cada vez que entraba en un nuevo corredor, la longitud de su caminata se hacía cada vez más corta: se acercaba más al centro.

La luz se atenuó justo cuando ella marcó otra pared y comenzó a girar hacia la izquierda, pero inmediatamente quedó claro que era el camino equivocado. La pared del extremo izquierdo comenzó a deslizarse hacia adelante, igual que antes, y ella giró sobre sus talones y corrió en la dirección opuesta. Como si fuera una reacción, vio por el rabillo del ojo que la pared comenzaba a deslizarse hacia ella más rápido. Persiguiéndola.

Maldita sea.

Había otro muro móvil más adelante, y esta vez la salida parecía estar fuera de su alcance. Corrió tan rápido como sus pies se lo permitieron, la pared detrás de ella permaneciendo sobre sus talones.

Un disparo de miedo la atravesó cuando llegó a la boca de la salida, con la pared detrás de ella a solo centímetros de presionar su espalda. Cuando el que estaba frente a ella también comenzó a acercarse, giró su cuerpo para arrastrarse hacia los lados, a través de la brecha cada vez más estrecha.

En su mente, la Voz de la Sombra se rio. La idea de esa risa casi la hizo tropezar mientras se apretujaba el resto del camino hacia el siguiente pasillo, justo antes de que las dos paredes se estrellaran entre sí.

La ansiedad que comenzaba a burbujear en su estómago debería haber venido del hecho de que casi había sido aplastada como un insecto. En cambio, era la idea de que la voz en su cabeza acababa de reírse ante la perspectiva de su muerte que la hacía zumbiar de miedo.

La Voz de la Sombra siempre le había hablado, por supuesto, pero nunca había sido... así. Nunca se había burlado de ella ni había deseado activamente que sufriera. Siempre había sido bastante práctica al asignarle las tareas cotidianas y estúpidas que siempre se había visto obligada a obedecer. Como si realmente no tuviera más remedio que hacerla correr a casa en la oscuridad dentro de un límite de tiempo arbitrario, o golpear su cabecera exactamente nueve veces antes de irse a dormir para mantener a su familia a salvo. Y ahora se reía de ella.

—¿Qué te pasa, pequeña nigromante? —ronroneó—. ¿No puedes manejar mi verdadero yo?

Ophelia apretó los puños a los costados y apartó la voz de un empujón. Miró a su alrededor, evaluando el corredor más nuevo, y se sorprendió al descubrir que no era otro pasaje vacío. Por fin había llegado al centro del laberinto.

Su victoria, sin embargo, duró poco. Porque en el corazón del laberinto, dormía una bestia enorme.

Un perro infernal.

Reconoció a la monstruosa bestia de uno de los libros de su madre sobre las criaturas del infierno en la biblioteca de la Mansión Grimm. La piel rugosa del sabueso era blanca como la nieve, sus garras y dientes de un ébano brillante. Las bestias habían sido creadas para proteger los codiciados artefactos del mismísimo Rey de los Demonios. Eran feroces, con mordeduras venenosas, pero permanecían dormidos mientras el objeto que custodiaban permanecía intacto.

Ophelia se arrastró alrededor del sabueso del infierno, dándole un espacio lo más amplio que pudo, pero cuando estaba a punto de echar un vistazo a lo que fuera que estaba protegiendo, otros dos concursantes se estrellaron en el claro del laberinto: el primo de Luci, Cade, y alguien cuyo nombre pensó que era Buford. O Beau. O Bradley. Cualquiera que fuera su nombre, apenas le dedicó una mirada mientras miraban boquiabiertos a la criatura demoníaca que se extendía ante ellos. Cade le hizo señas a su amigo para que lo siguiera y Ophelia casi se ahoga por su conmoción mientras despegaban directamente hacia la bestia.

—*¡No lo hagas!* —Trató de gritar, pero, por supuesto, no pudieron escucharla. Tenía la sensación de que, aunque pudieran, no la escucharían.

Se dirigieron hacia su flanco, y finalmente pudo vislumbrar lo que el monstruo estaba protegiendo. Una trampilla dorada.

Se quedó paralizada.

Era la salida. Eso es lo que el sabueso estaba protegiendo. Y el que pasara primero saldría ileso.

Pero el resto de ellos tendrían que lidiar con la bestia despierta.

Se quedó boquiabierta de horror al darse cuenta. Cade y su amigo iban a escapar, dejando al resto para que fueran devorados. Se puso en movimiento, pero ya era demasiado

tarde. Cade ya había llegado a la puerta y la abrió sin ceremonias. El sabueso se despertó en un instante.

Un dolor estalló y recorrió los oídos de Ophelia cuando sus sentidos volvieron rugiendo. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo, con las manos tapadas las orejas. Un destello de luz cruzó su visión cuando los dos hombres atravesaron la puerta y la cerraron detrás de ellos.

Sin otros seres alrededor, la bestia fijó sus ojos en ella.

—Mierda —susurró ella.

El Sabueso del Infierno arremetió.

Ophelia se puso en pie tambaleándose y se dirigió a las retorcidas entrañas del laberinto, con el Sabueso del Infierno persiguiéndola. Esta vez no tuvo tiempo de marcar su camino, solo corrió más rápido que nunca en su vida y esperaba no caer en ningún callejón sin salida. Corrió por los pasillos de piedra blanca, sintiendo el aliento rancio y caliente de la monstruosa criatura espesar el aire a medida que avanzaba sobre ella. El golpeteo de sus patas sacudió el suelo bajo sus pies.

Apretó los dientes. La culpa fue de esos bastardos. No es que su egoísmo debiera haberla sorprendido. Tiempos desesperados, medidas desesperadas, claro, pero al menos habría esperado a que todos los que habían aparecido llegaran a la salida antes de atravesarla y despertar a la bestia. La pequeña interacción que había tenido con Cade ya le había dejado un sabor amargo en la boca, y cuando lo volviera a ver, iba a masticarlo y escupirlo por esto.

—Imbéciles —siseó mientras enganchaba una derecha y... se estrelló contra otro cuerpo. Las manchas cruzaron su visión por el impacto.

No podía recordar el nombre de este concursante. Tenía más o menos la edad de Genevieve, era escuálido, de piel

morena clara y ojos color avellana. Ella se apartó de él y recuperó el equilibrio, abriendo la boca para decirle que corriera, pero el Sabueso del Infierno que doblaba la esquina lo hizo por ella.

—Santo... —los ojos del chico se abrieron de par en par, pero ella no se molestó en quedarse a escuchar el resto de su frase. Corrió tras ella, clamando por seguir pisándole los talones.

—¿Recuerdas de qué dirección viniste? —gritó, con las palabras entrecortadas por el esfuerzo.

—¡Izquierda! ¡Adelante! —contestó, con su propia voz agitada—. ¡Pero ahora está bloqueado!

Ella asintió con la cabeza y giró a la derecha cuando se acercaron a la siguiente abertura, con la esperanza de que pudiera dar la vuelta hasta el gran claro donde podrían hacer una pausa para la salida sin que el sabueso la custodiara. La bestia estaba ganando tracción y su nuevo compañero estaba disminuyendo la velocidad.

Ophelia miró por encima del hombro con los dientes apretados.

—¡Más rápido! —ordenó.

Su rostro era una máscara de dolor mientras intentaba seguir adelante “en algún momento del sprint se había orinado” y ella vio el momento en que el agotamiento se apoderó de sus extremidades. El sabueso del infierno se estaba acercando demasiado. No había forma de que lo lograra. Pensó por un momento que tal vez debería seguir corriendo de todos modos, que si el sabueso estaba distraído, le sería más fácil escapar.

El medallón en su garganta se calentó. Como si la estuviera amonestando.

Maldita sea.

Ophelia derrapó hasta detenerse y giró. Invocando cada gramo de magia que había almacenado en su interior, tiró y tiró hasta que sintió que el calor se deslizaba por sus venas, sus extremidades, hasta sus manos. Luego lo soltó todo en una ráfaga de chispas azules justo en la cara del sabueso del infierno.

La acción careció de delicadeza, y puntería, pero funcionó lo suficientemente bien. La bestia soltó un gemido agudo cuando su magia golpeó sus ojos, y Ophelia agarró la camisa del chico y lo arrastró tras ella. Serpentearon por los pasillos, teniendo que retroceder un par de veces, pero parecía que les había dado el tiempo suficiente para cometer esos pocos errores. Entonces, finalmente, el claro apareció a la vista.

—Gracias a los ángeles. —El chico comenzó a llorar cuando irrumpieron en el centro del laberinto una vez más, con la puerta dorada a solo unos metros más de distancia.

El cuerpo de Ophelia se apoderó del alivio cuando llegaron a la salida dorada. Girando el pomo, abrió la puerta y el chico no dudó en saltar a través de ella. Detrás de ella, en el laberinto, escuchó un grito espeluznante y los ecos de huesos que se rompían como ramitas. El sabueso ya debe haberse recuperado de su magia. Tragó saliva, con un nudo de arrepentimiento retorciéndose en su estómago, y saltó a través de la puerta, dejando que se cerrara de golpe detrás de ella.



13

ALIMAÑA

El portal los llevó de vuelta al comedor; Cayeron al suelo con fuertes golpes. Ophelia gimió por el dolor del aterrizaje mientras se ponía en pie. El chico, sin embargo, se quedó en el suelo, perdiendo el contenido de su estómago por toda la alfombra. Se encogió, apartándose del camino de la embestida, y miró a su alrededor para encontrar a Cade y su cómplice metiéndose comida en la boca en el otro extremo de la mesa.

—Casi hacen que maten a gente —dijo ella, furiosa, acechando hacia ellos—, ¿y están aquí sentados atiborrándose?

—No es nuestro problema —dijo Cade—. Estuviste allí antes que Beau y yo. Deberías haber aprovechado la oportunidad cuando la tuviste.

—Solo puede haber un ganador —agregó Beau—. Es cada persona para sí misma.

Ophelia arrugó la nariz ante ellos. Eran unos canallas sin corazón. Había estado demasiado concentrada en los insidiosos peligros que le lanzaría Phantasma, y había pasado por alto tontamente la amenaza que representaban sus compañeros.

—¡Podrías haber esperado un poco más para asegurarte de que el mayor número posible de nosotros pudiera pasar antes de despertar al sabueso! *Ustedes son unos imbéciles egoístas.*

Cade se rio mientras dejaba la pata de pollo asado que había estado comiendo como si lo que ella acababa de sugerir fuera la cosa más ridícula que jamás había oído.

—No seas tan ingenua, ratoncita.

—De los dos, creo que eres tú el que está más cerca de las alimañas —le espetó.

Su expresión rápidamente se convirtió en una mueca de desprecio.

—Si es entre todos los demás y yo, me elijo a mí. ¿Crees que quiero estar aquí? Mi familia me dio la opción de volver con el premio o no volver. Me importa una mierda tu sentido de la nobleza.

—Además, ese diablillo, Zel —intervino Beau antes de que la vena de la frente de Cade estallara de ira—, salió corriendo a ofrecer un trato a quien lo necesitara allí. Así es como funciona este lugar. Y si son inteligentes, lo aceptarán. De lo contrario, es su propia culpa que mueran.

—Un pacto con el diablo no es una misericordia —reprendió ella—. Es deplorable de su parte aprovecharse de víctimas como esta.

Se estaba haciendo evidente que estos no eran los Demonios de sus sueños pecaminosos. Los que *podían* aprovecharse de almas indefensas pero eligieron no hacerlo... usando su magia para sus deseos sensuales en lugar de

juegos insidiosos... Pero ¿no es por eso por lo que siempre se había adherido tan estrechamente a las reglas de su madre?

Esta era la verdadera naturaleza del demonio. Le daba asco pensar que alguna vez se había imaginado ser arrastrada por seres tan oscuramente perversos.

Beau se pasó el dorso de la mano por la cara pecosa, untándose los labios con la grasa brillante de la comida antes de hablar.

—Ese Diablo dejó muy claro que cualquiera podría haber perdido antes de entrar. En realidad, no es culpa del demonio por tomar las ofrendas de tales tontos.

Cade se rio de acuerdo.

—Después de todo, los desesperados consentirán los precios más atroces. Apuesto a que la tasa de éxito del demonio aquí es diez veces mayor que la de los turistas en el Barrio Francés después del anochecer. Y si me preguntas, preferiría que los demonios cosecharan sus tratos aquí que vagar por *nuestras* calles.

—Son repugnantes —les dijo Ophelia, retrocediendo un paso—. Y si alguien tuvo que hacer un trato con un diablo en ese laberinto, es porque ustedes, imbéciles, no pudieron esperar unos minutos más. —Cade sacó la mano para agarrarla de la muñeca y mantenerla en su sitio—. No me gusta que me insulten.

—*Suéltame* —exigió ella, tratando de apartarse, pero él no hizo más que apretar.

—Realmente no puedes pensar que vas a ganar esta competencia si no puedes manejar estas duras verdades, ratoncita —se burló Cade.

—Deja de llamarme así. —Ella frunció el ceño mientras volvía a tirar.

—Oblígame —murmuró.

La malicia en sus ojos hizo que su sangre se helara. Podía contar con los dedos de una mano el número de veces que había estado sola en compañía de un hombre. Y, desde luego, nunca había estado cerca de un hombre así. Uno que la miraba como si fuera una presa.

Se armó de valor y dio otro fuerte tirón. Cuando todavía no lo soltaba, algo extraño sucedió. Su muñeca se deslizó a través de su agarre. No porque su agarre se aflojara, sino porque todo su brazo se volvió *transparente*. Se quedó boquiabierta al ver cómo su extremidad volvía a su estado sólido un segundo después.

—¿Qué demonios...? —Cade se apartó de ella—. Tú eres... tú eres uno de ellos. Uno de los demonios de la mansión. ¡Esto es una trampa!

Beau se levantó de su silla.

—¿Cómo la tocaste tú, entonces?

—¡No lo sé! ¡Al principio era sólida! —juró Cade.

Ophelia no pudo evitarlo, se rio. Su mente finalmente estaba llegando a su punto de quiebre después de los terrores del primer juicio. Por el rabillo del ojo, notó que el joven al que había salvado se desmayaba en un charco de su propio vómito, y su risa se profundizó.

—Vámonos de aquí —insistió Beau, presa del pánico. Se abrió paso entre Cade, olvidando por completo su comida.

Cade entrecerró los ojos mientras se disponía a seguir a su compañero, pero no llegaron muy lejos antes de que toda la habitación quedara a oscuras.

—¿Qué está haciendo ahora? —gritó Beau—. ¡No puedo ver nada!

Algunas velas cobraron vida tan pronto como dijo esas palabras, y los ojos de Ophelia se abrieron de par en par mientras asimilaba el cambio de escena. La comida de la mesa estaba repleta de arañas y otras criaturas rancias. Ciempiés y magotes se retorcían sobre el cadáver ahora desnudo del pollo asado; Copas de sangre reemplazaron al vino.

Beau tuvo arcadas y perdió su cena por toda la alfombra.

—Detente —le gruñó Cade, con un ominoso resplandor anaranjado iluminando su rostro con la luz danzante de la hoguera—. ¡Vete, perra demoníaca!

Sus risas se detuvieron.

—¡No soy un demonio!

—No te creo —gruñó Cade mientras se acercaba a ella—. Haz que se detenga o...

Hizo una pausa cuando notó un destello metálico encima de la mesa. Había aparecido un cuchillo de trinchar de plata. La maldita casa lo espoleaba.

Se abalanzaron simultáneamente. Ella solo tardó un segundo más, y él logró deslizar el cuchillo de la mesa, blandiéndolo entre ellos.

La adrenalina la atravesó.

—No estoy trabajando para Phantasma —imploró—. ¡Esto no está sucediendo por mi culpa!

—Vi desaparecer tu brazo, perra mentirosa. —Empuñó el cuchillo de plata en su dirección.

Había varios seres paranormales que podían ser asesinados por la plata. Si un Poltergeist lograba poseer una forma sólida en este plano lineal, la plata podría separarlos de su cuerpo y enviarlo de regreso al Otro Lado. Si pudieras apuñalar a un Espectro o Demonio en el corazón con él, los desterraría al

infierno para siempre. Los nigromantes, sin embargo, no tenían tal debilidad mágica por el metal.

Ella simplemente se desangraría a la antigua usanza.

Cade se lanzó hacia adelante y la derribó al suelo. Luchó contra su peso, agitando las caderas y las piernas para quitárselo de encima, pero con él a horcajadas sobre su cintura, era difícil ganar influencia. Cuando bajó el cuchillo hacia su corazón, ella extendió las manos, tratando de bloquear su balanceo, pero la acción fue innecesaria. El cuchillo se hundió en su pecho, pero no había sangre. Sin dolor. Había desaparecido del cuello para abajo.

Un sonido estrangulado se atascó en su garganta al verlo.

—No me digas que no vas a defenderte, ángel —una voz se escuchó en algún lugar por encima de ella—. Cuidado, o tendré que empezar a creer que guardas toda tu energía solo para mí.

Ophelia se enfureció ante las palabras burlonas de Blackwell, mientras Cade permanecía ajeno a la verdadera amenaza que se alzaba justo encima de su hombro. Pero Blackwell tenía razón.

Antes de que Cade pudiera volver a bajar el cuchillo, convocó la pequeña cantidad de magia que le quedaba después de su enfrentamiento con el sabueso del infierno y la envió toda directamente al abdomen del bastardo. De sus palmas crepitaban chispas azules y heladas en la habitación, y Cade salió volando de ella, atravesando la forma transparente de Blackwell y aterrizando en su espalda con un ruido sordo. Se puso en pie a toda prisa.

Cade no perdió el tiempo en recuperarse, levantándose del suelo más cabreado que antes. Blackwell le sonreía como un demonio, y su respiración se entrecortó al verlo pasar de su forma incorpórea a algo lo suficientemente sólido como para

agarrar el cuello de la camisa de Cade y tirar de él hacia atrás antes de que pudiera avanzar hacia ella una vez más.

Cade tropezó confundido, agitando los brazos de pánico mientras intentaba darse la vuelta y ver qué lo había atrapado. El agarre de Blackwell se mantuvo firme.

Cade la miró y exigió:

—¡Déjame ir!

—No te estoy tocando —le dijo, con las palmas hacia arriba para demostrar su inocencia.

—Deja de mentirme, perra... ¡ah!

Blackwell giró a Cade para mirarlo ahora, Cade dejó caer el cuchillo al suelo en estado de shock.

Entonces Blackwell se solidificó por completo.

—Llámalas por ese nombre una vez más —amenazó, con tono aburrido pero con los ojos encendidos de picardía—. Te reto.

Cade se quedó boquiabierto al ver el alto cuerpo de Blackwell, pero su expresión se agrio rápidamente mientras escupía:

—Increíble, incluso los demonios tienen putas...

Blackwell agarró la muñeca de Cade y le retorció el brazo hasta que chilló de agonía.

—Increíble —repitió Blackwell—. La audacia de los hombres vale menos que la tierra.

Una risa de sorpresa salió de la boca de Ophelia, y Blackwell volvió la cara lo suficiente como para guiñarle un ojo. Sin embargo, su diversión se vio interrumpida rápidamente por la sensación de que algo se arrastraba por su brazo derecho. Miró hacia abajo y encontró arañas del tamaño de su mano deslizándose sobre su vestido.

—Asqueroso.

Mientras comenzaba a ahuyentar la plaga, Blackwell envió a Cade volando hacia la pared del fondo antes de parpadear fuera de la vista para reaparecer a su lado, transparente una vez más.

—Es hora de que te vayas de aquí —instó mientras le quitaba otro de los arácnidos del hombro—. Está a punto de ponerse mucho peor que unos pocos bichos.

—¿Peor que el Sabueso del Infierno?

Se arrepintió de la pregunta en el momento en que se le escapó de la boca. Arañas más grandes que su cabeza caían del techo del comedor, y juró que vio algo *deslizarse* por un rincón oscuro.

Phantasma ciertamente sabe cómo organizar una cena de victoria.

—Está demasiado oscuro para que pueda ver nada —se quejó, girándose para agarrar una de las velas de la mesa, haciendo que los bichos corrieran en todas direcciones.

Sin embargo, cuando levantó la llama para iluminar el espacio frente a ella, la cera se derritió hasta el final. Ella siseó mientras el líquido caliente goteaba sobre ella.

—Sal por aquí —aconsejó Blackwell, guiándola por el codo—. Cuida tus pasos.

Era más fácil decirlo que hacerlo, pero ella no se resistió mientras él la guiaba hacia la salida, ahuyentando a otra serpiente a medida que avanzaban. Después de unos pasos cuidadosos, Blackwell la agarró por el codo y los detuvo en su lugar.

Entonces, su boca estaba justo al lado de su oreja.

—No lo hagas. Muévete.

Ella empezó a preguntar por qué, pero su mano le tapó la boca para impedirle hablar. Ella frunció el ceño, casi sin ánimo de morderlo por un gesto tan grosero, pero luego lo notó.

Describir a la criatura frente a ella como una pesadilla sería quedarse corto. Era otra serpiente, pero ésta no sería expulsada tan fácilmente. Sus colmillos eran de la longitud de su antebrazo. Los astutos ojos amarillos del reptil eran inquietantes mientras se preparaba para atacar. Cuando abrió la boca, que era lo suficientemente grande como para tragársela entera, se dio cuenta de que no tenía uno, ni dos, sino tres filas de dientes afilados detrás de esos colmillos.

Blackwell soltó lentamente la mano de su cara cuando estuvo seguro de que estaba demasiado congelada en estado de shock para emitir otro sonido. Se colocó detrás de ella, apretándose contra su espalda y deslizando sus manos alrededor de su cintura para mantenerla firme. Por cierto, la serpiente no seguía sus movimientos, sabía que había vuelto a ser lo suficientemente sólido como para que ella lo viera y lo sintiera. Estaba demasiado aterrorizada para fingir que no estaba agradecida por su presencia en ese momento. A pesar de que la quietud de su pecho contra ella era extrañamente desconcertante. No había subidas y bajadas con su respiración, ni latidos del corazón.

El corazón de Ophelia, en cambio, estaba a punto de estallar.

—Vas a retroceder lentamente —instruyó—. Y cuando te digo que corras, corres. ¿Entendido?

—¿No podrías hacer que se fuera? —susurró ella.

—No sin pago —respondió—. A menos que cambies de opinión sobre mi oferta, no tengo suficiente poder para deshacerme de la serpiente o transportarte a algún lugar conmigo.

Juntó las manos en puños.

—No voy a tomar una decisión que me cambie la vida porque estoy *acorralada*. Eso es tan malo como hacer un trato con un diablo.

Sintió que se encogía de hombros.

—Entonces prepárate para correr. Te doy mi palabra.

Ella respiró hondo y él le dio un último apretón tranquilizador en la cintura antes de alejarse en un lugar demasiado oscuro para que ella lo viera. Ahora solo eran ella y la bestia.

Se oyó el estruendo de los cristales en algún lugar del fondo de la habitación, y la serpiente apartó la cabeza para investigar. Esperó la señal de Blackwell.

Pasó un minuto insoportable. Luego otro.

Al no llegar, se preguntó si el guardia negro la habría abandonado. La serpiente ya estaba volviendo su camino, y ella sabía que tenía que tomar una decisión. Confía en el Fantasma que acababa de conocer con vida, o huye de él.

Esperaba que su medallón la guiara a través de la decisión, pero permanecía frío como el hielo contra su garganta. Le dio a Blackwell un minuto más. Cuando él seguía sin hacer nada, ella respiró hondo y echó a correr antes de que toda la atención de la serpiente volviera a fijarse en ella.

Decisión equivocada.

Su movimiento volvió a captar el interés de la serpiente, y la criatura se lanzó hacia adelante, golpeando con la cabeza. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar mientras esquivaba hacia un lado, estrellándose contra el borde afilado de un pedestal de mármol y haciendo que el busto de piedra que adornaba la cima se estrellara contra el suelo. Mientras caía sobre sus

manos y rodillas, uno de los fragmentos de la estatua le abrió la palma de la mano izquierda.

—*Mierda*. —Acunó la palma de su mano contra su pecho y se giró para ver a la serpiente flotando justo encima de ella. Cuando se lanzó esta vez, no fue lo suficientemente rápida.

Cuando los colmillos de la criatura atravesaron la suave carne de su hombro, la habitación se hizo añicos con el sonido de su chillido.



16

QUÉ PROBLEMA

La sangre caliente empapó su camisa y se derramó por la parte delantera de su corsé en ruinas. La serpiente desencajó la mandíbula de su hombro y se preparó para atacar de nuevo. Levantó el brazo ileso, tratando de conjurar la más mínima pizca de su magia mientras extendía la palma hacia la bestia. Sabía que el pozo de poder que llevaba dentro estaba casi agotado, y sólo unos pequeños zumbidos azules consiguieron salir, las chispas se apagaron rápidamente como las últimas brasas de una chimenea.

Su magia no era como la de una bruja o un demonio: no podía transformarse en hielo o fuego, ni en ningún otro elemento. La magia de un Nigromante era pura energía. Así que, aunque podía encender una vela con la fricción de su magia, no era capaz de manejar las llamas. Los nigromantes estaban destinados a ser un puente entre el plano corpóreo y el Otro Lado, para dar vida y energía a lo que estaba muerto o no muerto. Para reponer rápidamente ese tipo de magia se

necesitaba una de estas dos cosas: la fuerza vital de otro ser o el descanso. Ninguna de las dos cosas era posible en ese momento.

Sus pequeñas chispas hicieron que la serpiente se detuviera durante diez segundos, pero fue el tiempo suficiente para que viera una espada larga colgada de la pared, encima del pedestal que había derribado. Reunió el resto de sus fuerzas y se levantó del suelo, alzando una mano para arrancar la espada de su soporte. Justo cuando giraba para apuntar a la bestia, ésta recuperó el equilibrio. La bestia desencajó las mandíbulas para atacarla de nuevo, y ella le clavó la espada, y medio brazo, en la boca abierta.

La sangre brotó por todas partes. El líquido caliente y pegajoso le salpicó la cara y le recorrió el brazo. Soltó la espada y sacó el brazo de la boca de la serpiente, que empezó a retorcerse y a mover la cabeza en el aire mientras su largo cuerpo se enroscaba en sí mismo. Un instante después, todo el reptil se disolvió en una nube de humo, destruida la ilusión que Phantasma había conjurado.

Ophelia se quedó mirando el lugar vacío que tenía delante, con el pecho agitado mientras intentaba recuperar el aliento. Aquello había sido casi más duro que la prueba en sí.

—¿Ophie? —jadeó una voz familiar detrás de ella.

—¿Genevieve? —Ophelia se dio la vuelta. Allí, en el arco, estaba la silueta de su hermana.

Ophelia dio un paso hacia adelante.

—Genevieve...

—¡Ophie! ¡Apúrate! —insistió Genevieve, con el rostro empapado en sombras, mientras giraba sobre sus talones y salía corriendo de la habitación.

Ophelia no lo dudó. Tropezó detrás de su hermana en el pasillo.

—Más rápido —imploró Genevieve desde el final del largo pasillo.

Ophelia no sabía cómo su hermana se movía tan rápido, o tal vez Ophelia simplemente se movía muy lentamente, pero espoleó sus pies, ignorando el dolor ondulante que recorría su cuerpo con cada movimiento. Justo antes de que pudiera llegar a Genevieve, su hermana dio la vuelta a la esquina y se perdió de vista.

—¡Genevieve, espera! —exclamó Ophelia. Trató de acelerar el ritmo, pero algo andaba mal. Sus pies no se movían tan rápido como quería y su visión se volvía borrosa, la herida palpitante en su hombro ardía cada vez más. Aun así, siguió adelante, dobló la esquina y buscó a su hermana en la oscuridad.

—Por aquí, Ophie —ordenó Genevieve, pero algo en su tono no estaba bien.

—Vivi, no me siento bien. —Ophelia tragó saliva mientras se acercaba a trompicones, la habitación a su alrededor comenzó a balancearse y la silueta de Genevieve se alejó—. ¿Dónde has estado? Te he estado buscando...

—Yo también te he estado buscando —canturreó su hermana, con un atisbo de algo peligroso asomándose a través de las palabras—. ¿Por qué no te acercas y te mostraré cuánto te he extrañado?

—Mis pies no funcionan.. —dijo Ophelia, arrastrando las palabras hasta sus propios oídos—. Estoy tan... cansada.

La habitación se inclinaba ahora, la oscuridad se cerraba en los bordes de su visión mientras intentaba dar un paso más hacia adelante. Su cuerpo se volvió demasiado pesado para moverse, pero lo único en lo que podía pensar era en lo cerca que estaba de alcanzar a su hermana. *Solo dos pasos más.*

Sin embargo, antes de que pudiera tomarlos, escuchó algo sordo frente a ella y luego un par de brazos la levantaron de sus pies y la llevaron a través de las sombras.

—Vas a ser un gran problema —susurró una voz aterciopelada por encima de ella en la oscuridad.

No se había dado cuenta de que sus ojos se habían cerrado por completo hasta que trató de abrirlos para ver quién estaba hablando. Pero no pudo. Sus párpados eran demasiado pesados.

Sabía que la voz no pertenecía a Genevieve, pero aun así intentó susurrar, preguntar si podían llevarla a casa.

No obtuvo respuesta. Durante un largo instante, sintió que flotaba en el aire, sin las ataduras de la gravedad. Luego se hundió en algo blando. Creyó oír un desgarró, seguido de palabras que no entendió y, un instante después, algo frío le cubrió la frente febril.

La voz aterciopelada dijo algo más, pero ella ya se estaba desvaneciendo.



17

JURAMENTO

TERCERA NOCHE EN PHANTASMA

Ophelia se despertó al día siguiente empapada en sudor. Un paño húmedo cubría su frente y algo caliente presionaba contra su cadera. Mientras luchaba por sentarse, se escuchó un maullido de protesta.

—Cuidado —advirtió una voz, justo cuando un dolor punzante le recorría el brazo.

Parpadeó para encontrar a Blackwell sentado en el sillón frente a su cama, y a Poe acostado a su lado. El gato la miró por perturbar su sueño.

—¿Qué haces en mi habitación? —les gritó a los dos, levantándose para quitarse el paño de la cara. No, no es un paño, un pedazo andrajoso de una... ¿camisa?

—Casi te come una serpiente gigante, ¿y esa es la primera pregunta que tienes? —Levantó las cejas y se inclinó hacia delante para apoyar los codos en las rodillas—. No, '¿me falta alguna de mis extremidades?' No es así, por cierto.

Ella lo contempló durante un largo instante y se dio cuenta de que algo era diferente: su atuendo había cambiado. En lugar del traje negro de jacquard y la camisa, ahora llevaba un conjunto de tres piezas confeccionado enteramente en seda verde. Su abrigo largo tenía botones de oro pulido y su corbata estaba ligeramente torcida, metida dentro del chaleco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó finalmente, con la voz aún ronca.

—Lo que pasa es que eres increíblemente impaciente —respondió rotundamente.

Intentó sentarse de nuevo, haciendo una mueca cuando presionó su brazo derecho. Se puso de pie para ayudar.

—La serpiente... —Se dio cuenta cuando él apoyó suavemente su espalda contra la cabecera—. Pensé que me habías abandonado...

—Te dije que esperaras mi señal. —Su tono era irritado.

—¿Y se supone que debo confiar en ti? —Ella arrugó la nariz—. Todo este lugar está diseñado para matarme. Apenas logré salir de ese primer nivel, y cuando lo hice, había más monstruos esperando. Discúlpame por no creer en la palabra de un fantasma que sigue acechándome.

—*El acecho* es un poco dramático —dijo arrastrando las palabras.

Ella solo lo fulminó con la mirada.

Dejó escapar un suspiro de frustración.

—Podría no haberme ofrecido a ayudarte en absoluto, ¿no te garantiza eso al menos una pizca de confianza en que no

estoy intentando que te maten?—Levantó una ceja, cada vez más indignado con cada palabra—. También podría haberte dejado para que te poseyera ese Poltergeist que decidiste perseguir en el pasillo. Te preguntaría si te queda algo de cordura en la cabeza, si no fuera porque estoy bastante seguro de que el veneno de tu organismo fue el responsable de esa imprudente incursión.

—¿Poltergeist? —cuestionó.

Los poltergeists eran las almas de los demonios fallecidos que habían logrado abrirse camino hasta aquí desde el Otro Lado y tenían las mismas habilidades que las apariciones regulares con una adición importante: podían poseerte. Y si te poseían el tiempo suficiente, podrían robar tu alma y resucitar a sí mismos de vuelta a sus formas demoníacas originales.

Entrecerró los ojos.

—Sí. Unos segundos más a solas y te habría estafado con una posesión. Los poltergeist se transformarán en personas que te importan y te atraerán, así que no deberías confiar en nadie que creas conocer aquí. Si tu hermana está en Phantasma, no está en tu grupo ni en esta ala. Hasta que alcances el nivel siete, es seguro decir que debes dejar de buscarla. Pensé que una Nigromante sabría ser más cuidadosa con ese truco.

La última parte hizo que su sangre hirviera por completo.

—¡*Discúlpame* por no estar en la mejor condición mental después de luchar contra una serpiente gigante! No creo que cometer un solo error bajo la influencia del veneno sea un reflejo preciso de mis habilidades como nigromante. —Ella lo miró con el ceño fruncido—. Lo hice bien contra el sabueso del infierno y salí de ese laberinto por mí misma. Si crees que soy tan incapaz, ¿por qué me molestas para que te ayude con tu pequeña y tonta búsqueda del tesoro?

Blackwell resopló.

—No dije que fueras *incapaz*. De hecho, me impresionó un poco cómo lograste salir del nivel uno. Y la mayoría de las personas caen a los dos segundos de ser inyectadas con tanto veneno, si no se desmayan al ver una bestia como esa en primer lugar, así que creo que también eres una fuerza a tener en cuenta.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Me viste en el laberinto? ¿Cómo?

Se encogió de hombros.

—Los niveles de Phantasma tienen lugar en un plano lineal diferente al de este. Las almas corpóreas solo pueden ver lo que ha sido creado por el Diablo que dirige cada nivel. Pero aquellos de nosotros que podemos cambiar de avión podemos ver los eventos desde el exterior.

—Entonces, ¿todo esto es una especie de entretenimiento enfermizo para las apariciones de aquí?

Él negó con la cabeza.

—Las Apariciones realmente no se involucran mucho en los acontecimientos de Phantasma fuera de sus deudas. Los demonios, por otro lado... Tienen una quiniela de apuestas para cada grupo. No te preocupes, no estás en sus grupos de perdedores. Todavía.

Su nariz se arrugó.

—Eso es enfermizo.

Volvió a encogerse de hombros.

—Un diablillo es un diablillo.

—¿Y tú? —preguntó.

—¿Y yo? —Levantó una ceja.

—¿Sueles ver a los mortales correr como hormigas, tratando de escapar de sus muertes? ¿Te parece entretenido?

—No, por lo general estoy ayudando a mi concursante elegido a sobrevivir —le dijo—. Desde que rechazaste mi trato, no tenía mucho más que hacer. Además, me parece mucho más entretenido ver la política de grupo interpersonal. Dos de los miembros de tu grupo ya han comenzado un asunto bastante sórdido.

Ella hizo caso omiso de la última parte.

—Entonces, ¿te has quedado mirando para ver si fracasaba sin aceptar tu trato?

Él soltó una carcajada.

—Parcialmente. Lo hiciste bien, pero creo que subestimas cuánto más difíciles pueden llegar a ser las pruebas. Ese primero fue fácil en comparación con los demás.

—¿Se suponía que eso iba a ser *fácil*?

Él Sonrió.

—Ya te haces una idea, entonces.

Se movió para abrazar sus brazos alrededor de su torso con comodidad y se estremeció cuando la acción tiró de la herida en su hombro. Se bajó la manga y vio una marca de mordedura larga y dentada que manchaba su piel. Y algo más. Una pequeña marca dorada en forma de estrella que nunca había visto antes. Se dio cuenta de que su premio por completar la primera prueba era el mismo. Se preguntó si el tatuaje brillante sería permanente.

—Tu brazo está en muy mal estado —advirtió Blackwell mientras intentaba moverse de nuevo—. Y no puedo ayudarte a curarte hasta que...

—*De eso se trata todo esto* —acusó ella, señalando con un dedo en su dirección y perturbando el sueño de Poe lo

suficiente esta vez como para que el gato finalmente saliera de la habitación—. Déjame adivinar: tú mismo invocaste a esa serpiente para poder fingir que me salvabas de ella y engañarme para que confiara en ti.

—Yo no tuve nada que ver con la serpiente —replicó—. Esa fue una manifestación de uno de los miedos más oscuros del otro concursante, el que salvaste del sabueso del infierno. Fue el secreto que pagó para entrar en Phantasma. La mansión elige cuándo utilizarlos. Y no estoy tratando de engañarte para que confíes en mí, estoy tratando de mostrarte que podemos ayudarnos mutuamente. Si me hicieras caso, claro. —murmuró la última parte.

De repente sintió el impulso de sacarle la lengua, pero se resistió, y las comisuras de su boca se levantaron lentamente, como si supiera que eso era exactamente lo que quería hacer.

—No necesito tu ayuda —sostuvo—. Y yo misma puedo curar mi brazo. Solo tengo que dormir bien por la noche.

Resopló.

—Sí, buena suerte con eso aquí. Pero eso me recuerda que estás estirando tu magia demasiado y muy rápido. Te vas a quemar. Yo, por otro lado, sería capaz de curar su hombro por completo con muy poco esfuerzo. Aún mejor, la próxima vez que te encuentres en una situación espantosa, simplemente podría transportarte lejos y no tendrías que preocuparte por usar tu magia antes del siguiente nivel.

—¿Y por qué no se puede hacer nada de eso sin un pacto de sangre? Me ayudaste a volver a mi habitación, ¿verdad?

—Y ser corpóreo el tiempo suficiente para traerte de vuelta aquí me costó un gran esfuerzo —reveló—. La única forma en que puedo hacer cosas así de forma constante es si tengo una conexión con algo vivo.

—La década que pides —dijo ella dándose cuenta—. Así es como te has convertido en un Fantasma. Así es como te mantienes para ser más poderoso que los Fantasmas normales. Más sólidos.

—Sí —confirmó él, y ella juraría que oyó una sonrisa en su voz, como si lo que ella había dicho fuera una insinuación de algún tipo—. Mis poderes son más fuertes durante una negociación de sangre. Podrías invocarme a voluntad.

Se mordió el labio. Tuvo que admitir que su oferta sonaba más tentadora cuanto más lo pensaba. Y como señaló, no era como si pudiera buscar a Genevieve a menos que pasara los siguientes seis niveles de todos modos, por lo que tendría mucho tiempo libre durante los próximos días para buscar su llave...

—¿Y si me quitas una década y eso es todo el tiempo que me queda, me moriría?

—Ya podrías haber muerto diez veces en esta mansión —le dijo—. Pero tienes razón, es una posibilidad. Aun así, me parece menos doloroso que, por ejemplo, ser despedazada por un sabueso del infierno.

—¿No tienes miedo de que incluso si encuentro esta llave, es posible que aún no puedas pasar por completo? ¿Qué podrás salir de Phantasma pero no tener otro lugar adónde ir?

—Ese es un riesgo que estoy dispuesto a correr. La vida pasa. Incluso en la muerte. No sirve de nada preocuparse por cosas que aún no han ocurrido.

Permaneció en silencio durante un largo momento mientras reflexionaba sobre sus palabras, pero en el fondo de su mente sabía que ya había tomado una decisión. Podía escuchar la voz de su madre regañándola por lo que estaba a punto de hacer, pero la ignoró. Su madre no estaba aquí.

Lo apartó de un lado de la cama para poder ponerse en pie, con el brazo derecho colgando inútilmente mientras se enderezaba ante él.

—¿Cuáles son los términos, *exactamente*?

Sus ojos verdes brillaron de emoción mientras se aclaraba la garganta y declaraba:

—Si aceptas este trato de sangre, prometo usar nuestra conexión solo para responder a tu llamado y ayudarte en cualquier situación extrema. A cambio, tienes hasta que abandones los terrenos de Phantasma para encontrar mi ancla. Un corazón y una llave, según tú. Si no lo encuentras, transferirás diez años de tu vida directamente a mí a través del trato de sangre, ni un segundo más ni un segundo menos.

—¿Y si encuentro esta llave? —Ella inclinó la cabeza—. Quiero que me paguen por eso.

Algo brilló en sus ojos ante la petición.

—¿Qué te gustaría?

Ella no lo dudó.

—Mi familia tiene una deuda con nuestra casa. Necesito dinero para pagarla.

—Soy un fantasma —dijo con expresión inexpresiva—. No tengo acceso a las monedas mortales.

—Bueno, entonces, ¿qué tal si encontramos y vigilamos a mi hermana? Deberías poder ver si está en otro grupo, ¿verdad?

—No recibes tu premio hasta *que* completes nuestro trato —le recordó—. Pero si ganas la competencia, un regalo mío parece discutible de todos modos, considerando que el premio de Phantasma es mejor que cualquier cosa que pueda ofrecer.

—No me importa ganar —le dijo.

—Deberías hacerlo. El ganador obtiene una “Concesión del demonio” uno de los favores más codiciados y omnipotentes que existen, y podrías usarla para saldar tu deuda. Llega hasta el nivel siete, encuentra a tu hermana y convéncela para que renuncie, luego quédate y deja que te ayude a ganar. ¿Por qué atravesar siete niveles del Infierno para encontrarla sólo para rendirte y volver a casa cuando sólo te quedan dos niveles?

Odiaba admitir que tenía razón. Mientras ella buscaba en sus ojos una señal de sinceridad, él alargó la mano y le levantó la izquierda, girando la palma hacia arriba. Trazó una de las largas líneas del centro con el dedo índice y ella sintió el medallón caliente contra su piel.

—Este es tu salvavidas —le dijo, y ella vio cómo se le ponía la piel de gallina en el brazo—. Veo una vida muy larga aquí. Pero no creo que eso sea algo de lo que debas preocuparte de todos modos.

—¿Y por qué no? —suspiró. La sensación de que él la tocara con tanta delicadeza le envió un torbellino de mariposas a través de su estómago.

—Porque tengo la sensación de que no vas a fracasar —respondió él con seriedad, su mirada aún más intensa que antes—. No con tus habilidades. Tú eres...

Se quedó callado como si estuviera tratando de decidir si lo que quería decir era ventajoso para su causa.

—No he tenido tantas esperanzas en mucho tiempo —concluyó.

—Creo que estás poniendo mucho empeño en habilidades que ni siquiera parece que puedo controlar —murmuró—. Cuando Cade intentó apuñalarme, *desaparecí*. Nunca había hecho eso antes. Mi madre nunca mencionó que eso era algo de lo que los nigromantes eran capaces.

—Tal vez ese poder es particular a tu marca personal de la magia —sugirió—. Es posible que los mismos tipos de seres tengan habilidades únicas.

Ella suspiró.

—Mi madre se está revolviendo en su tumba en algún lugar al verme teniendo esta conversación contigo. Aunque creo que estaría más disgustada por haber alejado a Genevieve en primer lugar.

—¿Tenemos un trato o no? —preguntó él.

—Una última cosa —insistió ella—. Lo del corazón: no soy capaz de matar a nadie. Tendremos que encontrar la manera de conseguir esa pieza del rompecabezas éticamente.

—Te sorprendería lo que eres capaz de hacer en las circunstancias adecuadas —dijo él.

—Permíteme reformularlo, no *quiero* ser capaz de eso. —Ella bajó la mirada hacia sus manos—. Ya es suficiente con que tanta gente piense que los nigromantes son oscuros, incluso malvados. No voy a mancharme las manos de sangre y darles la razón.

Suspiró.

—Aquí hay corazones por todas partes. Centrémonos primero en la llave y crucemos ese puente cuando lleguemos. ¿Tenemos un trato?

Respiró hondo y finalmente asintió.

—Tenemos un acuerdo. Haz el trato.

Desapareció bruscamente y luego reapareció un segundo después, ahora con una daga de ónix ornamentada en la mano. Él extendió la palma de su mano hacia la de ella, y ella se la dio, observando atentamente cómo pasaba la hoja de acero por su delicada piel. Ella siseó por el dolor mientras él levantaba su propia mano e hizo un corte similar antes de

juntar sus cortes sangrantes y cerrar los ojos. Dijo unas pocas palabras en un idioma que ella reconoció de todas las veces que escuchó a escondidas las citas de su madre, y respiró hondo cuando todo su cuerpo se enrojeció con un calor palpitante. La sensación era lo más parecido que podía imaginar que sería un subidón, pero se desvaneció tan rápido como había aparecido.

Él le soltó la mano suavemente.

—Cada vez que necesites convocarme, todo lo que debes hacer es recitar mi nombre tres veces. Yo iré.

—*Tres veces* —la Voz de la Sombra ronroneó, satisfecha.

—¿Cuándo? —Ella alzó una ceja—. Entonces, ¿si quiero que estés a mi entera disposición cada segundo del día...?

—Sí —confirmó divertido—. Puedes convocarme cuando quieras. La mañana. La tarde. En medio de la noche...

Se aclaró la garganta. Dondequiera que sus pensamientos se desvanecieran, ella no necesitaba seguirlo.

—Lo tengo. ¿Qué pasa con mis lesiones?

Colocó una mano sobre su hombro, lo que hizo que apretara los dientes, y después de unas pocas palabras más en ese mismo idioma, todo el dolor se desvaneció. Ella se acercó para inspeccionar su trabajo, flexionando su brazo en su lugar para asegurarse de que estaba como nuevo. La única evidencia que quedaba de la terrible experiencia de la noche anterior era la sangre seca incrustada en su piel y ropa.

—Gracias —le dijo ella con sinceridad—. ¿Y ahora qué?

—Ahora, comenzamos.



PREGUNTA CANDENTE

Para cuando Ophelia se quitó el conjunto ensangrentado y se puso algo nuevo, faltaban unas dos horas para que se sirviera la cena y empezara el siguiente nivel. Mientras se despojaba de sus ropas arruinadas en el baño, Blackwell le había hecho una lista de todos los lugares en los que ya había estado en la mansión y ella había cometido el error de mencionar el aterrador pasadizo. Ahora, ella le miraba de mala gana mientras movía la silla que había utilizado para atrancar la estantería y poder acceder a la puerta secreta que había tras ella.

—¿Vas a necesitar que te lleve de la mano mientras atravesamos? —se burló él por encima del hombro con una sonrisa burlona.

—Oh, muérdeme —contestó ella.

Su sonrisa se amplió.

—¿Es una invitación?

Ella ignoró sus burlas y preguntó:

—¿Por qué no haces tu pequeño acto de desaparición y nos transportas a donde tenemos que ir? ¿O solo vas a lugares a los que no estás invitado?

Él le dirigió una mirada penetrante, un poco enfurecido.

—Solo puedo transportarme a lugares en los que ya he estado físicamente. Además, viajar dentro y fuera de este plano corpóreo no es tan fácil como lo hago parecer. Y ciertamente es más difícil con una persona a cuestas. Estoy tratando de conservar mi energía para tu próxima prueba... ¿A menos que hayas decidido que prefieres intentarlo sola?

Puso los ojos en blanco hacia el techo.

—No puedo creer que esté atrapada aquí lidiando con un fantasma sarcástico mientras mi hermana podría estar siendo mutilada.

—¿Es tan incapaz de cuidar de sí misma?

—No —admitió Ophelia—. En muchos sentidos, Genevieve es mucho más capaz que yo. Estuve mucho tiempo a solas con nuestra madre mientras ella estaba... fuera. Pero parece que se enamoró de este lugar por alguna razón, coleccionando recortes de periódicos de todas las ciudades a las que ha viajado la competencia en los últimos años. Me preocupa que estuviera demasiado encantada con la perspectiva de que el premio pudiera arreglar todos nuestros problemas y no pensó en las consecuencias de venir aquí.

Inclinó la cabeza pensativo.

—¿Y no lo haría? Arregla todos tus problemas, quiero decir.

—Pagar la deuda que tenemos, seguro. Arreglando todo lo demás en nuestras vidas... lo dudo. No haría más fácil la muerte de nuestra madre. O arreglar nuestra lucha. —Sabía

que probablemente estaba compartiendo demasiado, pero aparte de Genevieve, nunca había tenido a nadie con quien abrirse. Y aunque Blackwell no era exactamente su primera opción, él era su única opción en ese momento. Además, iba a exprimir este trato de sangre por todo lo que valiera.

—¿Cuándo falleció tu madre?

Ella lo miró fijamente durante un momento, tratando de calibrar si su curiosidad era genuina.

—Hace unos cinco días —compartió.

No hurgó más y, un momento después, había abierto el pasadizo secreto.

—Entonces, ¿la habitación que desaparece estaba por aquí?

—Sí. —Tragó saliva mientras miraba en la oscuridad, casi esperando que la criatura demoníaca de antes saliera volando—. Todavía debería estar allí, ¿verdad?

Blackwell se encogió de hombros.

—La mansión mueve sus habitaciones por sus guaridas y trampas todo el tiempo. Si lo encontraste y no te pasó nada adentro, definitivamente fue por accidente.

—Entonces, explica el sistema de Phantasma. —Se cruzó de brazos—. ¿Hay un plan personalizado para cada concursante? ¿Tienes una secretaria fantasma en la parte de atrás que lleva la cuenta de los horarios?

—No hay secretaria —le dijo cuando Poe reapareció de repente, frotando su cabeza peluda contra la pierna de Blackwell—. Solo demonios, fantasmas y el mismísimo Phantasma. La mansión tiene una mente propia, por si no te has dado cuenta. Elige cuándo manifestar los mayores temores de sus invitados, y recluta a las Apariciones y a los Necrófagos para que lo ayuden, pero los Demonios coordinan otros lugares frecuentados a medida que se aburren. Y si

nada de eso expulsa a la gente, los niveles y otros concursantes se encargan del resto.

—Bien —murmuró mientras Blackwell espantaba al gato hacia la oscuridad con el pie—. ¿Quién está al mando, entonces?

—Sólo los demonios lo saben, y han jurado guardar el secreto. Los únicos seres que conocen al creador son los concursantes que completan el nivel ocho y ganan la puja para entrar en el nueve.

—¿Qué puja? —pregunta ella.

—Si hay más de un concursante que completa el nivel ocho y sobrevive a la noche para llegar al nivel nueve, deben eliminarse unos a otros hasta que sólo quede una persona u ofrecer la puja más alta para entrar en el nivel.

Se estremeció al pensar en los combates a muerte que se producirían cuando demasiadas personas llegaran tan lejos. No podía imaginar matar a otra persona solo para tener la oportunidad de conocer al monstruo que creó este lugar.

Blackwell se acercó al tocador de madera de su habitación y cogió dos velas apagadas de uno de los cajones, chasqueando los dedos y encendiendo las mechas mientras le entregaba una.

—¿Lista?

Ella asintió tensamente, con la sangre helada mientras su cuerpo le rogaba que no volviera a través del pasaje demoníaco, pero se negó a dejar que el miedo se apoderara de ella. Cruzó la puerta y alzó su vela hacia las sombras, asegurándose de que la criatura de la otra noche no se viera por ningún lado. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al recordarlo.

—¿Pasa algo? —preguntó Blackwell, con un destello de diversión en sus ojos verdes mientras la observaba hacer una

pausa.

—No —le dijo antes de que pudiera burlarse más de ella. La expresión de su cara decía que dudaba, pero ella la ignoró, cambiando de tema—. Si no eres uno de los Fantasma que realizan los trucos, ¿cómo acabaste atrapado aquí?

—Esa —dijo él—, es la pregunta candente, ¿no?

Blackwell se dejó guiar por ella, pisándole los talones mientras caminaban por el pasillo, con una de sus manos ligeramente apoyada sobre el hombro de ella para asegurarse su presencia. Debía de resultar poco convincente su despreocupación por volver a entrar en el oscuro pasadizo, y ella se sintió conmovida por el considerado gesto. Mientras se movían, la llama de su vela bailaba más alto, proyectando su sombra sobre las paredes de piedra. Su silueta faltaba notablemente.

—La única realidad que puedo recordar ha sido aquí, en Phantasma —divulgó, las palabras suaves y uniformes como si lo hubiera recitado muchas veces antes—. No tengo recuerdos de cómo llegué aquí o por qué puedo hacer lo que me plazca, pero los otros Fantasma no. La única rutina que conozco es hacer mi trato con los concursantes, verlos fracasar y luego esperar a que Phantasma se mude a otra ciudad para poder encontrar a alguien nuevo cuando comience la próxima competencia. Una y otra vez. Otros fantasmas están atados aquí porque murieron dentro de estas paredes o hicieron malos tratos con un diablillo en sus vidas pasadas y tienen que quedarse hasta que sus deudas se cumplan y puedan seguir adelante. Algunos no tienen éxito, y con el tiempo se han convertido en los necrófagos que Phantasma usa como fantasmas.

—¿Qué les pasó a todos los demás concursantes que fallaron en tu trato? —susurró.

—Murieron muy pocos, si a eso se quiere llegar —aseguró—. Muchos de ellos perdieron, pero la mayoría de ellos han ganado Phantasma.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Ellos ganaron su premio, pero tú ganaste una década de su vida.

Sus ojos verdes se encontraron con los de ella sin ningún atisbo de remordimiento.

—Exactamente.

Si hubieran sido inteligentes, simplemente habrían pedido que se disolvieran sus tratos de sangre, pensó. Pero ahora que se le ocurría esa posibilidad, se preguntó si eso sería en lo que desperdiciaría su propia “Concesión del Demonio” si la ganaba. Diez años de su vida o lo que ella quisiera en el mundo...

—¿Fue difícil ver a los que murieron? —Hizo una pausa en su paso para mirarlo, inclinando la cabeza con curiosidad—. No creo que pudiera soportar algo así una y otra vez.

—Ser demasiado compasivo en un lugar como este es un error —advirtió—. Los corazones blandos no sobreviven aquí.

—¿Qué clase de corazones hacen?

Se inclinó hasta que sus ojos quedaron nivelados.

—Corazones con dientes. —Extendió la mano y la agarró suavemente con la mano, frotando la yema del pulgar por el labio inferior de la muchacha.

Estaba congelada en su lugar.

—Vamos, ángel, muéstrame tus dientes.

Su respiración se volvió superficial ante su proximidad, tan cerca que podía ver la luz del fuego reflejada en sus iris esmeralda. Sus ojos se posaron en su boca y, al igual que su

breve lapso de control en la bañera la noche anterior, se preguntó cómo sería besarlo. ¿Sabría como las notas de vainilla y tabaco que flotaban en el aire a su alrededor? ¿Su naturaleza fantasmal haría que se sintiera frío?

Los labios de Blackwell comenzaron a curvarse en los extremos, y se dio cuenta de que había estado mirándolo, en silencio, durante demasiado tiempo. Él soltó una carcajada profunda y buscó algo detrás de ella, sus labios se acercaron aún más a los de ella mientras se inclinaba. Giró la cabeza hacia un lado y tragó saliva. Cuando miró hacia atrás, vio que habían llegado al final del pasillo. Empujó la palanca de la puerta y dejó que se abriera.

—Mira —hizo un gesto con la mano hacia lo que habían encontrado, con un destello de satisfacción aun brillando en sus ojos—, un armario de escobas normal.

Poe maulló a sus pies y Ophelia saltó sorprendida, habiéndose olvidado del felino. Cuando se dio la vuelta para investigar la puerta abierta, vio que Blackwell tenía razón: no era más que un armario de escobas.

—¿Quizás tenga que ser yo la que la abra? —dijo ella, con la voz un poco demasiado ronca, mientras volvía a cerrar la puerta. No esperó más de un segundo antes de abrirla de nuevo, y un ruido de decepción zumbó en su garganta cuando aún no había cambiado.

—Tómate tu tiempo —afirmó Blackwell—. Imagina primero el lugar al que quieres ir en tu mente. Luego ábrelo.

Ella le dirigió una mirada escéptica, pero cerró la puerta por segunda vez y cerró los ojos concentrada. Esta vez se imaginó la sencilla habitación escondida, las largas mesas que se habían colocado en el centro y los estantes desnudos que se habían alineado en las paredes. Recordó a Poe saltando a una de esas mesas para bañarse y juzgarla en silencio.

Un crujido resonó frente a ella y luego:

—Ophelia.

Parpadeó y se le quedó la mandíbula abierta mientras contemplaba la nueva habitación que tenían ante ellos.

Blackwell le dirigió una mirada de reconocimiento.

—Buen trabajo, ángel. Ahora vamos a ver qué más puedes encontrar.



19

ATMÓSFERA

Una hora y media más tarde, ya habían buscado en tres lugares diferentes de arriba a abajo cualquier tipo de clave o pista que pudiera activar la memoria de Blackwell sobre su paradero. Todo fue en vano. La habitación sencilla al final del pasillo secreto no tenía mucho que pudieran ver, por lo que era fácil descartarla. El siguiente lugar que Blackwell sugirió había sido un salón de copas, con un bar surtido y un escalofrío espeluznante.

—¿Solo me trajiste aquí para que pudieras tomar una copa? —acusó.

—Por supuesto que no —le había dicho justo antes de beber un vaso entero de líquido ámbar de dos tragos—. Te traje aquí por el ambiente romántico.

La habitación estaba cubierta de telarañas y mugre.

El último lugar que Blackwell había sugerido era la biblioteca. La enorme sala estaba cubierta de pared a pared por estanterías de roble oscuro repletas de novelas y diarios. En el centro de la pared trasera de estanterías había una enorme chimenea de ladrillo, con un óculo dorado montado sobre su repisa intrincadamente tallada. Olía a tierra quemada y a libros viejos, y había menos corrientes de aire que en el resto de la mansión.

Blackwell estaba recostado sobre un diván color chartreuse en la sala de estar frente a la chimenea encendida y, después de rebuscar en dos de las estanterías ella sola, Ophelia estaba lista para estrangular al Fantasma. Mientras él tenía la nariz metida en algún viejo cuento de hadas, ella se ahogaba en el polvo, sacando tomo tras tomo y comprobando si alguno podía esconder huecos para guardar objetos como llaves.

—¿Te resulta familiar algo de lo que hay aquí? —le espetó tras otro ataque de tos.

—Tal vez —dijo él mientras recorría con la mirada el libro que ella sostenía en ese momento, una gruesa enciclopedia envuelta en cuero marrón desgastado y estampada con láminas de oro—. Tal vez no.

Eso fue todo. Le arrojó el tomo a la cabeza con todas sus fuerzas. Él pasó a su estado no corpóreo un segundo antes de que el proyectil se estrellara contra su cara.

Qué insatisfactorio.

Cuando se solidificó una vez más, había una sonrisa perezosa en su rostro.

—Si quieres jugar duro —dijo arrastrando la voz—, tengo mejores juegos que podemos jugar. Los que implican menos ropa...

—Uf —gimió ella, con los puños a los costados—. No es de extrañar que nadie haya sido capaz de encontrar lo que

buscas. Es *imposible* trabajar contigo.

—¿Alguna vez has pensado que, tal vez, ya he visto todo esto antes? Recordaría si alguien había encontrado alguna vez algo de interés en estos libros.

—¿Lo harías? Porque ni siquiera te acordabas de que me conociste y me lo contaste.

—Eso es porque te conocí antes de la competencia. Lo que nunca había sucedido antes.

—Entonces, puedes recordar todo dentro de la competencia, pero nada de lo que haces en el medio —se dio cuenta. La forma en que se había asegurado de preguntar si su primer encuentro había sido *agradable* de repente cobró sentido.

—Correcto.

Ella levantó las manos.

—Entonces, ¿*por qué* estamos aquí cubriendo mi vestido de polvo?

Parpadeó de repente y reapareció justo frente a ella, haciéndola sobresaltarse.

—Boo. —Sonrió.

—Oh, me alegra mucho ver que es una costumbre tuya —dijo ella, con un tono lleno de sarcasmo.

Sacó con cuidado el siguiente libro que ella había estado lista para lanzarle a la cabeza y lo tiró al suelo mientras explicaba:

—Te elegí porque has sido capaz de ver y encontrar cosas que ninguno de los demás podía. Pero en este momento, todavía estás mirando en la superficie. Necesito que profundices.

—¿Te torturaría hablar claro por una vez?

Extendió la mano y apoyó una mano en el marco de la estantería que tenía a su espalda.

—Algo que hay que entender si nuestra asociación va a funcionar: estamos del mismo lado. Quiero que tengas éxito más de lo que lo haces, *te lo prometo*. Encontraste la Puerta de los Susurros e hiciste que esa habitación en el pasadizo secreto pareciera estar bien. A eso me refiero cuando digo “buscar más profundo”. Encontrar cosas que aún no he mirado un millón de veces. Mira más allá de los libros, lo obvio.

—Está bien, lo entiendo. —Cruzó los brazos sobre su pecho, tratando de ignorar la forma en que cada vez que se acercaba tanto a ella, su pulso entraba en tal frenesí que lo único que podía escuchar en su cabeza era el rugido de los latidos de su propio corazón—. Mientras tanto, sería bueno que te hicieras útil de *alguna* manera. ¿Quizás ayudándome a conocerte? Parece que cuando encuentro estos lugares por accidente, es porque algo dentro de mí lo necesita en ese preciso momento en el tiempo. Necesito sentirme... conectada a lo que sea que esté buscando.

Blackwell ladeó la cabeza.

—Muy bien. ¿Qué te gustaría saber?

Ella lo miró directamente a los ojos.

—¿Cuál es tu primer recuerdo de estar aquí? ¿Recuerdas haber existido alguna vez en algún otro lugar?

Contempló su pregunta durante un momento, golpeando con los dedos el estante sobre su cabeza mientras buscaba en su memoria. *Una vez, dos veces*. Ella se echó hacia atrás y golpeó la repisa con el dedo para completar la trifecta que él había iniciado.

Sus ojos verdes siguieron el gesto, pero no se molestó en comentarlo; sólo respondió:

—No. No hay ningún antes en mi mente. Recuerdo a todos los concursantes con los que he trabajado, y todas las ciudades a las que hemos viajado, pero nada fuera de los concursos de Phantasma. Una pena, además. Me siento robado de la primera vez que puse mis ojos en ti.

El calor floreció en sus mejillas mientras una onda de mariposas recorría su estómago. Era demasiado encantador para su propio bien.

—¿Qué pasaría si... —Se aclaró la garganta—. ¿Y si murieras en Phantasma? —prosiguió—. ¿Quizás fuiste concursante en algún momento y por eso estás atado aquí?

—He pensado en esa posibilidad. —Él asintió, su expresión se volvió taciturna—. Pero muchas de las Apariciones que están aquí eran concursantes que murieron en la competencia. Sin embargo, me convertí en un Fantasma en lugar de una Aparición regular. Afortunadamente, los tratos que puedo hacer aseguran que no me convierta en un necrófago.

—Los fantasmas se pueden crear de varias maneras diferentes —le dijo—. La mayoría de las veces se crean cuando un inmortal muere y no fallece: algo en el poder del alma de un inmortal crea un tipo más fuerte de Fantasma. Pero definitivamente también hay otras formas.

Sobre todo porque los inmortales no morían a menudo, dado que nunca envejecían y eran semiinvencibles. Pero aun así, no era imposible, y se preguntó si algo así estaba en juego aquí. Desafortunadamente, los Fantasmas eran lo suficientemente esquivos como para que sus estudios de Nigromancia no le hubieran enseñado mucho más sobre el tema que eso. No estaba segura de que su madre hubiera conocido a uno.

—Mmm —dijo pensativo—. Tal vez sea eso. Fui un inmortal en mi vida pasada. Un vampiro, tal vez. Me gusta morder. —

Chasqueó los dientes en señal de demostración antes de guiñarle un ojo.

Ella hizo un ruido de sorpresa, sus mejillas se calentaron ante la perspectiva de que sus dientes se hundieran en su piel...

Él Sonrió con satisfacción ante su involuntario rubor.

Rápidamente cambió de tema.

—Tal vez deberíamos empezar por lo básico. ¿Cuál es tu color favorito?

Levantó una ceja ante la pregunta mundana, pero extendió la mano que no lo sostenía y tiró de la cola de la cinta de terciopelo atada en su cabello.

—Rojo.

La cinta combinaba perfectamente con el resto de su conjunto: una camisa escarlata de cuello alto con mangas largas de gasa que se hinchaban en sus hombros y luego se estrechaban luego se ensanchaban en sus muñecas, debajo de un corsé de terciopelo negro.

—Esa es al menos una cosa que tenemos en común —anotó—. ¿Tienes un libro favorito?

—Hay un libro aquí sobre un médico que usa un montón de cadáveres diferentes para crear su propio monstruo. Lo disfruté.

Se enderezó con emoción.

—Conozco ese libro...

Antes de que pudiera terminar su pensamiento, alguien más parpadeó en la habitación, tarareando una melodía que recordaba a las melodías de jazz que uno podría escuchar en el Barrio Francés. Era el hombre que la había dejado entrar en Phantasma, con su sombrero de copa y sus ojos negros

inconfundibles. Su canción se detuvo cuando se fijó en los dos.

—Blackwell. —El hombre hizo un gesto con la barbilla en señal de saludo al Fantasma, pero sus ojos astutos permanecieron fijos en ella.

Blackwell se enderezó y se alejó de ella, cruzando los brazos sobre el pecho mientras le dirigía al otro hombre una mirada mesurada.

—Buenas noches, Jasper.

Jasper se quitó el sombrero de copa y lo dejó sobre una mesa. Ophelia tragó un suspiro. El sombrero escondía un tercer ojo incrustado en su frente. Una marca del demonio.

Jasper le dedicó una sonrisa cómplice.

—No te habría considerado la primera opción de Blackwell. ¿Qué hiciste para llamar su atención? —Ahora dirigió la mirada a Blackwell—. ¿O es esta una de esas rondas en las que simplemente elegiste a la concursante más guapa con la esperanza de poder destrozarla en rincones oscuros?

—Jasper —murmuró Blackwell, con un tono hostil bajo su tono suave—. Piérdete.

—Lo siento, guapo. —Jasper negó con la cabeza—. No lo puedo hacer. ¿Por qué ustedes dos no se arrancan la ropa el uno al otro en otro lugar?

Todo el cuerpo de Ophelia se sonrojó ante la sugerencia.

—No estamos, eso no es...

—¿No me digas que ni siquiera te ha besado todavía? —Jasper movió los ojos entre ellos—. ¿Te lo tomas con calma esta vez, Blackwell?

Blackwell no se dignó a responder, la expresión de su rostro oscilaba entre el aburrimiento y la irritación.

—Ha habido algunos concursantes con los que hizo un trato que casi rompió la regla cardinal de Phantasma para nuestro guapo amigo aquí —continuó Jasper—. Es posible que quieras preocuparte por él, o las pruebas no serán lo peor que te pasará.

—Vámonos —le dijo Blackwell, haciendo un gesto con la cabeza para que ella lo siguiera.

Miró a Jasper con recelo mientras avanzaba, y el tercer ojo del demonio se abrió de par en par. El tercer ojo no era del mismo color marrón cálido que los otros dos, sino de un dorado brillante, y la forma en que se fijaba en su rostro le provocó un escalofrío. Salió corriendo de la biblioteca y caminó por el pasillo detrás de Blackwell. De vuelta en su dormitorio, se dio cuenta de que Blackwell estaba tenso, aunque intentaba fingir lo contrario.

Después de unos instantes de silencio, finalmente dijo:

—¿Los besos suelen ser parte de tus tratos? ¿No soy tu tipo?

Blackwell se quedó paralizado por un momento. Luego inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una profunda carcajada.

—No tengo ningún tipo —le dijo con una mirada penetrante, volviéndose para mirarla de lleno—. Jasper solo mantenía su hábito de ser un dolor de cabeza. Solo hay *una* concursante a la que he besado en la memoria reciente, y eso se debe a que era una conversadora terriblemente aburrida y absolutamente horrible en la búsqueda: no había muchas opciones para mí esa ronda. Pensé que sería mejor que hiciéramos algo para pasar el tiempo.

—Supongo que entonces debería empezar a pensar en temas de conversación más interesantes —le dijo.

—¿Es tan horrible la idea de besarme? —murmuró.

No.

—Sí —contestó ella.

—¿Sabías que cada vez que mientes, tu ojo izquierdo se contrae un poco?

Se cruzó de brazos.

—No es así.

Blackwell abrió la boca para decir algo más, pero la campana de la cena repicó en la mansión. Un destello de algo que ella no podía nombrar brilló en sus ojos.

—Supongo que tendremos que dejar este argumento para más tarde —dijo mientras se acercaba a abrirle la puerta—. Será mejor que te des prisa para que puedas comer algo antes de que comience el nivel dos. Una vez que estés en el nivel, debes asegurarte de convocarme para que pueda guiarte fuera de él.

Mientras pasaba arrastrando los pies junto a él en la puerta, preguntó:

—¿Sabes en qué Círculo del Infierno se basará este?

Blackwell cerró la puerta detrás de ellos y luego acercó su boca a su oído para susurrar una sola palabra escalofriante.

—*Lujuria.*



NIVEL DOS

LJURIA

Antes de que el escalofrío terminara de recorrer el cuerpo de Ophelia, Blackwell se había ido. No fue hasta que entró en el comedor que se acordó de los dos enemigos mortales que había hecho hacía menos de veinticuatro horas. En cuanto atravesó el arco, todos los concursantes giraron la cabeza en su dirección y todo volvió a su mente. Blackwell y su trato de sangre la habían distraído de los recuerdos de la serpiente de pesadilla, las arañas, el cuchillo clavándose en su pecho transparente...

Se preguntó hasta qué punto Cade había aumentado su versión de los hechos.

—Allá vamos —murmuró alguien al fondo. Era el hombre mayor, James.

—¿Crees que es realmente un Demonio? —preguntó en voz alta una joven de cabellos dorados y cejas severas—. ¿No ha completado el primer nivel?

—Mírala a los ojos. Son jodidamente espeluznantes. No me sorprendería en absoluto si ella es una de las fantasmas —comentó el hombre cabezón que estaba a su lado. Era inusualmente alto, su postura encorvada casi dolorosa de mirar. Ophelia se preguntó si él y la chica de las cejas estaban emparentados, notando su parecido y familiaridad que parecían tener el uno con el otro.

—*Demonio* —escupió Cade, apartando su silla de la mesa con un chillido ensordecedor. El resto de la sala se quedó en silencio cuando Cade y Beau se levantaron de sus lugares designados por ellos mismos en la cabecera de la mesa y dieron un paso amenazante hacia ella.

Ophelia no se acobardó. No le importaba lo que ninguna de esas personas, personas que probablemente estarían muertas en unos pocos días más, pensaran de ella. Podrían llevarse sus insultos a la tumba.

En cambio, fijó una sonrisa sensual en su rostro.

—Estoy muy contenta de ver que ambos lograron pasar la noche. —Sus ojos se dirigieron a Beau. Me preocupaba que pudieras haberte ahogado en tu propio vómito.

Eric soltó un silbido en el fondo de la habitación. Cade y Beau cargaron contra ella.

Ella se mantuvo firme mientras se acercaban.

—Parece que los dos deberían llevar antorchas y horcas. Honestamente, si *te irrito tanto, los Fantasmas en esta mansión deben estar divirtiéndose mucho persiguiéndonos a los dos.*

A la velocidad del rayo, Cade extendió la mano y la golpeó en la cara. Su cabeza se inclinó hacia un lado y se tambaleó

hacia atrás en estado de shock. Un jadeo ahogado salió de alguien a su derecha. Luci.

—¡*Cade!* —exclamó la muchacha, con expresión de horror.

—Cállate, Lucinda —gruñó Cade.

Luci obedeció, con expresión de dolor.

A Ophelia le hormigueaba la cara por la agresión, pero una punzada de dolor más aguda le salía de la comisura del labio inferior. Extendió la mano y se frotó suavemente la nueva hendidura en la boca, la sangre roja brillante brotó de las yemas de sus dedos. Una risa brotó de su garganta.

Beau respiró hondo.

—Está sangrando.

—Sí, está sangrando. —Charlotte se apartó de la multitud, con una expresión de disgusto en su rostro por todo el espectáculo—. Lo que significa que ella no es un maldito demonio o un fantasma.

—No lo entienden, desapareció —insistió Cade al grupo.

—Su sangre es roja —señaló James, con tono firme—. Puede que no sea del todo humana, pero es una mortal, al igual que el resto de nosotros. Déjala en paz.

Cade se quedó boquiabierto ante la amonestación. La sonrisa que se extendía lentamente por el rostro de Ophelia debió ser aterradora dada la forma en que Beau palideció. Definitivamente él era la oveja en esta situación, Cade el lobo. La sangre goteaba de la herida en su labio y bajaba por su barbilla mientras su sonrisa ensanchaba la herida, pero no se molestó en limpiarla mientras hablaba.

—Si alguno de ustedes tuviera cerebro, se habría dado cuenta y me hubieran creído cuando dije que no era un Demonio habría sido mucho menos arriesgado que convertirme en un enemigo.

Se sintió orgullosa de la fuerza de sus palabras. Puede que fueran más que nada bravuconadas, pero ellos no lo sabían. Cade no se molestó en replicar y le hizo un gesto a Beau para que lo siguiera y volviera a su sitio en la mesa, con los ojos brillantes de una malicia que ningún otro ser había sentido por ella. El resto de la cena fue, como mínimo, incómoda.

Ophelia no comió nada. Se quedó sola en el fondo de la sala y contó a los que quedaban, haciendo un archivo mental de sus nombres y rasgos. Veinte concursantes, incluida ella. Eso significaba que seis personas no habían pasado del primer nivel. Se preguntó cuántos de esos seis habían renunciado y cuántos habían muerto en el laberinto.

Cuando las luces se apagaron unos minutos después, hubo casi un suspiro colectivo de alivio. Casi.

—Bienvenidos al nivel dos —anunció una voz sensual mientras una Diablilla hacía su entrada. Una nube de humo rojo se abrió paso a través de la habitación, acompañada del poderoso aroma de las magnolias de Luisiana. Esta Diablilla tenía el cabello escarlata brillante y la piel de marfil cálido. Su voluptuoso cuerpo estaba cubierto de una seda negra que dejaba poco a la imaginación, y Ophelia estaba bastante segura de que a algunos de los concursantes se les había caído la baba de la boca al verla.

Ophelia inconscientemente se pasó el dorso de la mano por la boca para asegurarse de que no estaba babeando también.

—Me llamo Drima —declaró la Diablilla—. Mi especialidad es la *lujuria*.

Alguien tosió. Alguien hizo un comentario lascivo.

Drima giró la cabeza hacia la fuente del comentario y el resto de la sala hizo lo mismo. La Diablilla se dirigió hacia el concursante. Era el hombre rubio. Mientras Drima se deslizaba hacia él, Ophelia distinguió algo que se movía

detrás de la diablilla por debajo de su vestido de seda. Una cola.

—Tienes una boca muy creativa —le ronroneó Drima al hombre—. Aunque creo que te encontraría más agradable sin ella.

Todos observaron con la respiración contenida cómo la Diablilla levantaba la mano, perfectamente cuidada, y la agitaba delante de la cara del hombre. Todos tardaron un segundo, incluido él, en comprender lo que había hecho, pero cuando se dieron cuenta, el grito desgarrador de la chica que estaba a su lado fue tan fuerte que Ophelia juró que uno de los vasos de la mesa se hizo añicos.

Su boca había desaparecido por completo.

—¡*Mmm!* —trató de gritar, pero era un sonido ahogado y amortiguado. Sus manos volaron hacia su cara, arañando el espacio grotescamente en blanco donde una vez estuvieron sus labios.

Drima se dirigió al resto de la sala con una sonrisa siniestra.

—Que esto sea una lección para no ceder a tus lujurias tan fácilmente, o tu capacidad de hablar no será lo único que pierdas. Ahora, comencemos.

Como Zel había demostrado para su primera prueba, la Diablilla convocó una puerta para que los llevara al nivel, y con un movimiento de su muñeca, la pista comenzó a grabarse en la superficie de la puerta como antes.

EN EL REINO DEL DESEO, LAS ILUSIONES CAUTIVAN, CUIDADO
CONCURSANTES, NO SEA QUE SUCUMBAS A SU LLAMADA.

ENTRE LOS VICIOS LUJURIOSOS, DEBES ELEGIR SÓLO UNO,
CUANDO SUENE LA PRIMERA CAMPANADA LA PRUEBA HA COMENZADO.

ANTES DE LA CUARTA CAMPANADA, DEBES ENCONTRAR LA VERDAD,
Y LA LLAVE DE VUESTRA LIBERTAD, BAJO UNA CAMA.

Drima empezó a decir nombres mientras Ophelia recitaba las pistas para sí misma una y otra vez. La mayor parte no significaba nada para ella, todavía, pero una cosa que le llamó la atención fue la parte de la campana. Tuvo la sensación de que esta prueba tenía un límite de tiempo.

Mientras los miembros de su grupo atravesaban el portal uno a uno, el hombre que había perdido la capacidad de hablar seguía retorciéndose en el suelo entre lágrimas, con sollozos entrecortados y sofocados que casi lo ahogaban. Ophelia tuvo que admitir que sentía lástima por él, aunque sólo fuera porque pensaba que tal destino debería haber sido el de Cade en su lugar. Qué sueño no tener que volver a oír hablar a aquel hombre.

—Edna —gritó Drima.

La chica arrodillada al lado del hombre que lloraba miró hacia arriba, mordiéndose el labio, insegura.

—Ahora o nunca —espetó Drima.

Edna tragó saliva y se puso de pie, susurrando:

—Tienes que levantarte, Mason. Tenemos que ganar. Piensa en Michael. —Dicho esto, Edna se acercó a la puerta y, con una sola mirada atrás, entró.

La Diablilla gritó unos cuantos nombres más y finalmente,

—Ophelia.

Ophelia estaba decepcionada de no poder ver si Mason se armó de valor para levantarse o no, pero no perdió el tiempo acechando hacia la puerta. Estaba lista para terminar con esto de una vez. Respirando hondo, entró en el portal oscuro.

Esta vez, cuando Ophelia salió del portal, no se encontró en un laberinto de nada. No, esta vez la había transportado a la más opulenta exhibición de libertinaje que jamás había visto.

Las paredes estaban cubiertas del suelo al techo con franjas de seda negra, la alfombra de felpa bajo sus pies estaba llena de lo que parecían ser piedras preciosas de todos los colores y formas. Camas circulares cubiertas con sábanas de raso negro y esparcidas con más joyas sueltas ocupaban la mayor parte del espacio en toda la enorme habitación. Parejas y tríos con máscaras ornamentadas se retorcían sobre ellas, el aire enrojecido por el calor y el sudor. La iluminación era tenue, la única iluminación provenía de montones de velas negras encendidas que rodeaban las camas; por un momento, Ophelia temió que uno de los fiesteros alimentados por la lujuria las derribara y prendiera fuego a la habitación.

El embriagador erotismo que se exhibía a su alrededor era lo más sensual que había presenciado en su vida. Cuando trató de apartar la mirada, mirando hacia arriba, vio que los espejos cubrían cada centímetro del techo sobre ella, lo que hacía imposible evitar los actos lascivos a su alrededor. Hombres disfrutando entre las piernas de sus parejas, haciendo que sus espaldas se arqueen de placer. Mujeres que se alzaban encima de sus amantes y los cabalgaban con desenfreno, moviendo las caderas mientras sus parejas decían las palabras más sucias que Ophelia había oído jamás.

Una parte de ella estaba oscuramente fascinada. ¿Cómo sería tener a alguien tan embelesado contigo que se olvidara de todo lo demás a su alrededor? ¿No avergonzarse de expresar cada pensamiento sin filtro con imprudente abandono?

—¿Bebida? —le preguntó alguien.

Se giró para ver a un camarero, con la cara cubierta con una máscara de cuervo, sosteniendo una bandeja de bebidas

de colores extraños, cada una burbujeando tentadoramente. Rojo, verde, azul, rosa o dorado.

—Escoge tu veneno —instó el camarero mientras una cacofonía de gemidos vibraba en la habitación.

Ella vaciló.

—¿Qué hará?

—Depende —respondieron—. Pero tienes un minuto más para elegir antes de que te lleven de este lugar.

—¿Lleven? ¿Como en descalificado?

No se molestaron en dar una respuesta, solo acercaron la bandeja de bebidas a su cara. Tragó saliva y eligió la roja.

—Esa es mi favorita en lo personal. —El camarero guiñó un ojo detrás de la mascarilla—. ¡Salud!

Ophelia contempló la bebida efervescente, tan ligera y tentadora como una copa de champán. Cuando volvió a mirar la habitación, vio a una flota de camareros entrando por una puerta en la parte trasera, cada uno sosteniendo una bandeja de la misma bebida roja que había elegido, entregando una a cada fiestero enmascarado. Los asistentes brindaron unos por otros, enviando una melodía de tintineos por toda la sala.

—Aquí no pasa —murmuró para sí misma mientras se llevaba el vaso a los labios y vaciaba su contenido. Hasta la última gota.

En algún lugar de la habitación, sonó una campana.

Una campana... hay algo que se supone que debo recordar sobre una campana... recordó débilmente. Pero tan pronto como el pensamiento entró en su mente, se desvaneció. Borrada por la embriagadora sensación de éxtasis que ahora nadaba por su sangre.

La sensación comenzaba en su coronilla. Un calor que le recorría la cara, el cuello y los hombros. Su cabeza se volvió

ligera mientras sus miembros se volvían pesados. La copa de champán se le escapó de las manos y se hizo añicos en el suelo, mientras miraba los trozos de cristal con una lánguida sonrisa.

Se sentía *increíble. Indestructible. Libre.*

La ropa que cubría su piel se sentía más suave que las nubes, y comenzó a frotarse las manos sobre los brazos y el torso, empapándose de la sensación celestial de la tela. Sus manos subieron sobre su estómago, hasta sus pechos, y gimió al sentir que alcanzaban su punto máximo bajo sus palmas. Metió la mano por debajo del cuello de su vestido y comenzó a frotarse la piel con las uñas, dejando líneas rojas furiosas. No sabía por qué, pero necesitaba sangrar. Necesitaba liberar el calor dentro de ella de alguna manera.

—Ven aquí, encantadora, ven a sentarte con nosotros —le ronroneó una voz empalagosa.

Se giró para ver a una mujer enmascarada envuelta solo en collares de zafiros y perlas, recostada en una de las camas, mientras alguien le masajeaba los hombros por detrás. La mujer palmeó un lugar junto a ella en las sábanas de satén negro en señal de invitación. Los pies de Ophelia comenzaron a moverse por sí solos, y cuando llegó al borde de la cama, la pareja se dirigió una mirada cómplice.

—¿No quieres jugar con nosotros mientras vemos el espectáculo? —Sonrió la mujer—. Podríamos divertirnos mucho juntos.

Ophelia frunció el ceño.

—¿Qué espectáculo?

Sonó una segunda campana.

Las fajas de seda caían de entre los espejos del techo, espaciadas uniformemente por toda la habitación. Una ráfaga de personas, vestidas con los mismos trajes rojos y dorados,

reclamaron cada una de las fajas y comenzaron a retorcer la seda alrededor de sus cuerpos, trepando, girando y bailando en el aire. Ophelia observó con asombro las acrobacias que desafiaban la gravedad, la fluidez con la que los artistas podían moverse por encima de la multitud, y cuando terminaron, se encontró aplaudiendo con los demás.

—Ven, querida, siéntate. Esta es la parte buena — persuadió la mujer enojada.

Ophelia se sentó y la mujer se colocó inmediatamente para arrodillarse a la espalda de Ophelia. Ophelia suspiró de placer mientras la mujer recogía los pesados mechones de sus rizos y los movía para acceder a su cuello desnudo.

Ophelia no sabía cuáles eran las intenciones de la mujer y no le importaba. Estaba demasiado enamorada de los artistas, ahora cubiertos horizontalmente en el aire, con fajas envueltas alrededor de sus cinturas para mantenerlos suspendidos de forma segura. Algunos de los asistentes a la fiesta comenzaron a acercarse a los bailarines, tocándolos en lugares que deberían haber sido demasiado íntimos para tantos ojos persistentes, pero todos aquí parecían positivamente ávidos de las muestras de intimidad. Y cuando comenzaron los gritos, Ophelia apenas se dio cuenta.

Alguien sostenía un cuchillo sobre la artista más cercana a ella, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo, hundieron el cuchillo en la garganta de la artista. La sangre brotó y brotó de los bailarines a medida que sus extremidades se debilitaban, la gente a su alrededor se agolpaba en un frenesí, lamiendo la sangre como... Vampiros.

¿Qué contenían esas bebidas? No podrían haberlos transformado a todos en vampiros... ¿Verdad?

—Quédate quieta, esto solo dolerá por un segundo — ronroneó la mujer en su oído.

—¿Hmm? —murmuró Ophelia, aturdida. Trató de girarse para ver qué estaba pasando, pero su cabeza no se movía.

—Te dije que se quedara quieta —gruñó la mujer, apretando dolorosamente los bíceps de Ophelia.

—Esta es mía —interrumpió una voz profunda.

Los ojos de Ophelia se clavaron en el extraño que se alzaba frente a ellos mientras la mujer siseaba una maldición en su oído. El extraño parecía tan increíblemente familiar, pero no podía decir por qué...

—Llegué a ella primero —gruñó la mujer, aferrándose a Ophelia posesivamente.

—Eso no importa si ella no está dispuesta —replicó el extraño. Luego, volviéndose hacia Ophelia, extendió una mano en ofrenda—. ¿Te gustaría venir conmigo en su lugar?

Sí. Mucho.

—¡No! —exclamó la mujer—. Quieres quedarte conmigo, ¿verdad, encantadora? Podemos divertirnos mucho juntos si me dejas probar...

La mirada esmeralda del desconocido se encontró con la de ella.

—Es tu decisión.

Ophelia extendió la mano y agarró la mano del extraño sin dudarla. Tan pronto como ella tomó su decisión, no perdió tiempo en levantarla del borde de la cama y llevársela, dejando a la mujer aullando maldiciones a sus espaldas. Los movió alegremente por la habitación, deslizándose entre la multitud de personas que bebían la sangre de los demás. Una pareja en el centro de la habitación estaba prácticamente bañándose en un charco de color carmesí, y eso hizo que Ophelia se estremeciera.

El extraño la llevó a una cama vacía en un rincón lejano y sin vigilancia, la sentó y le advirtió:

—No te muevas.

Al verlo desaparecer entre la multitud, comenzó a entrar en pánico. No quería que él se fuera, no quería estar sola.

Eres una chica tonta, tonta.

Su pecho se apretó ante la voz ronca en su mente. Necesitaba salir de allí. Ella necesitaba...

—Oye —la tranquilizó la desconocida, interrumpiendo sus pensamientos. Se agachó ante ella, colocando una mano firme sobre su rodilla mientras ponía sus ojos a la altura de los de ella—. Estoy aquí. Tuve que ir a buscarte el antídoto.

—¿Antídoto? —susurró ella.

Levantó la mano que no la tocaba, con un vaso de líquido rosado en ella.

—La bebida que te dieron al principio era un veneno de acción lenta. Cada color te haría, a ti y al resto de la habitación, experimentar uno de los cinco tipos de lujuria y te mataría lentamente a menos que rompieras sus efectos y te dieras cuenta de que necesitabas un antídoto.

ENTRE LOS VICIOS LUJURIOSOS, DEBES ELEGIR SOLO UNO...
ANTES DE LA CUARTA CAMPANADA, LA VERDAD QUE DEBES
ENCONTRAR...

El miedo la recorrió. Las campanas ya habían repicado dos veces.

—¿Qué tipo de lujuria elegí?

Él Sonrió.

—Sed de sangre.

El burbujeante rojo. El beber sangre. Claro.

—Toma —insistió él, apretando el vaso contra sus labios—. Bebe.

Lo hizo. Y al igual que el primer brebaje, este se extendió a través de ella en segundos. Su cabeza pasó de borrosa a despejada, y la habitación retorcida a su alrededor de repente parecía menos opulenta y mucho, mucho más fría.

Volvió a mirar a su salvador y exclamó:

—Blackwell.

Sonrió satisfecho.

—¿Cómo te sientes?

—Está bien... —Se quedó callada, frotándose las sienes, donde empezaba a formarse un dolor de cabeza—. Si no hubieras venido a ayudar...

—Pero lo hice —dijo—. Ahora, aquí está el truco de esta prueba: no puedes salir de aquí hasta que realices una tarea con el tema del tipo de lujuria que elegiste.

—¿Qué significa eso?

—Significa que porque elegiste Sed de Sangre como tu vicio, tienes que beber la sangre de alguien y dejar que beban la tuya —dijo inexpresivo—. Ahora, si quieres que te ayude a elegir a alguien...

—No —se atragantó—. ¡No estoy bebiendo la sangre de un extraño!

Él le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Tienes suerte de que me guste morder, entonces.

—Esto es una pesadilla —murmuró.

—Entonces tus pesadillas deben ser absolutamente fascinantes —señaló—. ¿Quieres beber primero o quieres que yo lo haga?

Tragó saliva antes de que finalmente respondiera:

—Tú primero.

Tiró de ella para que se pusiera en pie, moviéndose para tomar asiento en la cama antes de tirar de ella para que se sentara en su regazo. Envolvió uno de sus brazos alrededor de la parte posterior de su cintura. Ella se retorció contra él, poniéndose más cómoda, provocando un gemido de su garganta.

—A menos que quieras que esto vaya en una dirección muy diferente, no lo volvería a hacer —advirtió.

Ella se sonrojó.

—Inclina la cabeza por mí, cariño —pidió, con la voz aún áspera.

Ella hizo lo que él le pidió, exponiéndole la garganta. Cuando sus labios fríos rozaron su pulso, algo dentro de ella se inquietó. Algo en su tacto se sentía... frío. Tal vez eran los restos de la poción, o tal vez estaba paranoica, pero...

Otro repique de campana la hizo saltar, y recordó que había algo que se suponía que debía recordar.

ANTES DE LA CUARTA CAMPANADA, LA VERDAD QUE DEBES ENCONTRAR, Y LA CLAVE DE TU LIBERTAD, YACEN DEBAJO DE UNA CAMA.

La verdad que debes encontrar.

—¿Blackwell? ¿Cómo supiste que tenías que venir a ayudarme? —se preguntó, casi distraída—. Dijiste que tendría que llamarte para que pudieras ayudarme a salir... pero nunca dije tu nombre.

—Decidí ir a verlo por si lo habías olvidado. Me preocupaba que te llevara demasiado tiempo descifrar la ilusión. Menos mal.

Dejó que él pasara sus labios por su piel mientras él estiraba la mano libre para inclinar su barbilla hacia abajo, hasta que sus labios casi se tocaron. Se le cortó el aliento. Quería desesperadamente besarlo. Quería experimentar el tipo de pasión que sentía la habitación a su alrededor. Era casi doloroso lo atraída que se sentía por él.

—¿Puedo... —Se quedó callado, dejando que la pregunta tácita se interpusiera entre ellos.

Ella asintió y eso fue todo lo que necesitó para que sus labios se estrellaran contra los suyos. Sus labios estaban fríos, duros, no se parecían en nada a lo que ella pensó que podrían sentir. Y la adrenalina que la recorrió cuando él comenzó a profundizar el beso no era de pasión.

Ella se echó hacia atrás.

—Yo...

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó, con impaciencia en su tono.

Cariño. Blackwell nunca la había llamado así. Ella entrecerró los ojos y lo miró. *Realmente* lo miró. Y lo primero que notó fue que la chispa en sus ojos no era el destello de humor al que estaba acostumbrada... sino más bien algo más difícil. Oscuro. La segunda era que el medallón alrededor de su cuello estaba completamente sin vida.

La verdad que debes encontrar.

—No eres Blackwell —susurró, mientras el oxígeno salía de sus pulmones mientras una oleada de miedo la atravesaba.

La máscara del impostor comenzó a deslizarse de inmediato. Iris negros y brillantes que superan al verde, una sonrisa demasiado amplia se extiende por el rostro robado de Blackwell. Se movió como un rayo, agarrándola por los brazos y empujándola de nuevo contra la pared junto a la cama.

Comenzó a empujar el pecho del impostor, arañando cualquier trozo de piel que pudiera tener en sus manos.

—*¡Aléjate de mí!*

Una risa insidiosa salió de su boca mientras su agarre en la nuca de ella se volvía doloroso.

—¿Qué lo delató? ¿Fue la voz? ¿La forma en que beso? Podría intentarlo de nuevo, podría llegar a tu mente y acertar en cada pequeño detalle para hacer realidad tus fantasías más profundas y salvajes. Todo lo que tienes que hacer es concederme acceso...

—*No* —chilló ella y le metió la palma de la mano en la nariz, haciendo que el hueso *crujiera y reventara*, aunque no había sangre—. *Déjame en paz, imbécil.*

El impostor se disolvió en humo negro y ella se estrelló contra el suelo con un aullido de sorpresa. Se puso en pie mientras el humo envolvía su visión y le hacía imposible ver la habitación más allá. Entrecerrando los ojos en la oscuridad frente a ella, una silueta alta comenzó a tomar forma, las volutas de obsidiana se disiparon lentamente. Se preparó.

—Ya era hora... —comenzó la silueta.

Ella se abalanzó. Lo derribó al suelo, le rodeó la garganta con las manos, decidida a causarle todo el daño que pudiera mientras aún estuviera sólido.

—No me importa si ya estás muerto —siseó ella—. Te voy a matar de nuevo.

—¿Es este tu intento de coquetear, ángel? —se ahogó a pesar de la presión que ella ejercía sobre su cuello.

Su labio se curvó con disgusto.

—*¡Mis dos manos están envueltas alrededor de tu garganta!*

—Eso no lo hace más claro —respondió él, parpadeando por debajo de ella y dejándola caer hacia adelante sobre sus

manos. Un segundo después estaba de pie sobre ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ella se levantó para abalanzarse sobre él de nuevo, pero antes de que pudiera golpear, él la agarró por la muñeca, apretándola con firmeza pero con suavidad. Estaba a punto de lanzar otro insulto cuando el medallón alrededor de su garganta comenzó a despertarse, y una sensación estática cálida y familiar emanó del lugar donde su piel tocaba la de ella.

¿Es este tu intento de coqueteo, ángel?

Ángel. Ese ridículo puto apodo, el latido constante del corazón del medallón, el extraño poder que pulsaba en el aire a su alrededor...

Toda su energía se desinfló al darse cuenta.

—¿Blackwell?

Una de sus cejas se alzó.

—Obviamente. Tú me convocaste.

Se puso de pie.

—No lo hice intencionalmente. Se me olvidaba, en realidad.

Inclinó la cabeza.

—¿No dijiste mi nombre tres veces?

Ella cerró los ojos avergonzada. —Lo hice.

—¿Por qué decías mi nombre si no para...

Cuando sus palabras se apagaron, dejó que sus ojos se abrieran de nuevo, y en el momento en que volvieron a enfocarse en su rostro, se arrepintió. Su sonrisa podría haber cegado a las estrellas.

—¿Quiere saber cuál es el objetivo de este nivel?

—Teniendo en cuenta la ridícula sonrisa en tu rostro, tengo la sensación de que *absolutamente no* —refunfuñó.

—La prueba te da a elegir un tipo de lujuria. Por toda la sangre que hay en el suelo, voy a suponer que has elegido la sed de sangre —comentó mientras miraba a su alrededor la orgía sangrienta que seguía teniendo lugar a su alrededor. Ni un alma parecía haberse dado cuenta de su enfrentamiento con el impostor o con Blackwell.

—Sin saberlo —razonó.

—La prueba entonces te presenta una ilusión de la persona que más deseas —su expresión se tornó burlona—, con el fin de incitarte a perder de una de estas dos maneras: cediendo al tema de la lujuria que elegiste, o manteniéndote aquí hasta que la campana suene por cuarta vez distrayéndote con dicha “ilusión”. No bebiste sangre, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué hay del antídoto? ¿Estaré bien ahora?

—¿Antídoto?

—Sí, tú, eh, la ilusión, me diste este antídoto. Despejó la neblina del primer trago. Ya sabes, el que me hizo pensar que todo el mundo apuñalándose unos a otros para abastecer a la fiesta con refrescos no parecía tan malo.

Blackwell se encogió de hombros.

—Si te daban algo para despejar la cabeza, era puramente estratégico. Nunca he tenido un concursante al que *no* intentara ahogar en un aturdimiento lleno de lujuria, la verdad sea dicha.

—Fue para atraerme para que confiara en él —se dio cuenta. Luego murmuró—: Pensar que pensé que este juicio conduciría a algo mucho más sexy que luchar contra una versión impostora de ti y beber sangre.

—¿No me digas que estás *decepcionada* de no haber podido vivir una ilusión salvaje de otra naturaleza? —Comenzó a burlarse, antes de hacer una pausa pensativa y decir—: En realidad, cuéntalo. Estoy desesperado por saber qué tipo de fantasías perversas viven en tu cabeza.

Su rostro se sonrojó por la forma en que su voz se hizo más profunda con esas últimas palabras, una sensualidad que nunca antes había experimentado. La única persona que había compartido su cama no había sido ni sensual ni apasionada. Elliott Trahan, el sobrino de la pareja de ancianos que poseía la finca frente a la Mansión Grimm, había estado de visita en Nueva Orleans durante el verano mientras sus padres estaban en el extranjero. Ophelia estaba bastante segura de que había estado esperando encontrar a Genevieve el día que llamó a su puerta tres julios atrás. En cambio, encontró a Ophelia, aburrida, frustrada y sola en casa.

Su breve romance terminó con poca ceremonia el día en que él salió de Nueva Orleans a finales de agosto. Se había sentido más transaccional que otra cosa; Dos veinteañeros dispuestos a ver de qué se trataba todo este alboroto y descubriendo que era mucho más mediocre de lo que las novelas lo hacían parecer. Ahora, tenía la clara sensación de que podría haber sido la persona y no el acto o la falta de experiencia.

Blackwell soltó una carcajada.

—¿Qué te pasa, ángel? ¿Demasiados escenarios salaces para elegir? ¿O son demasiado escandalosas para que las digas en voz alta?

Tragó saliva.

—No, simplemente no te conciernen.

—Tal vez lo creería si no estuviera muy seguro de que casi dejaste que alguien con mi cara...

—No termines lo que sea que estés a punto de decir —añadió ella, llevándole un dedo al pecho—. Solo haz tu trabajo y ayúdame a salir de aquí. La pista del demonio decía que la llave de la libertad estaba debajo de una de las camas, ¿verdad?

Sus labios se curvaron divertidos mientras asintió.

—Hay una trampilla escondida debajo de una de las camas. Es aleatorio cada vez.

Comenzaron con la cama más cercana a ellos, trabajando juntos para empujar el pesado colchón a un lado. Nada. Se movieron a otra, Blackwell pateó sin ceremonias a una pareja en medio de su pasión, la mujer sentada a horcajadas sobre el hombre en posición inversa, gimiendo mientras él ahuecaba sus pechos por detrás. Ophelia apartó los ojos y volvió a su tarea. Inclino el colchón hacia un lado con cierto esfuerzo. Nada.

Revisaron dos camas más sin éxito.

En el colchón de al lado había un hombre solitario, con sus ojos negros penetrando en ella desde detrás de su máscara.

—¿No eres impresionante? —la miró con lascivia, incorporándose de donde estaba descansando para rodearle la cintura con un brazo no deseado y arrastrarla hacia él—. Déjame probarlo, ¿no es así, cariño?

Ella empujó su pecho con ambas manos, tratando de zafarse de su agarre.

Aplasta su cara. Sácale los ojos. Rómpele la nariz. Arráncale el cabello.

Se quedó paralizada ante la repentina aparición de la Voz de la Sombra, y el hombre no perdió el tiempo en atraparla. Luego comenzó a cambiar, su rostro se transformó lentamente en uno con una mandíbula cuadrada y familiar.

Los ojos detrás de su máscara cambiaron de negro a verde a medida que su cabello se volvía del color de la nieve fresca.

—Déjame besarte —suplicó el hombre con la voz de Blackwell, con la boca de Blackwell—. Puedo hacerte sentir un éxtasis como nunca antes lo habías sentido.

Su boca se abrió con asombro mientras él acercaba su rostro al de ella. Sabía que no era real, que era una ilusión, pero no pudo controlar su reacción a las palabras “*déjame besarte*” que salían de los labios de Blackwell. Aunque fuera un impostor.

—Espero no haber sonado nunca tan ridículo —dijo el verdadero Blackwell detrás de ella, sacándola de su momentáneo lapsus de juicio.

Ella se aclaró la garganta mientras respondía:

—Oh, definitivamente lo has hecho.

Luego metió la rodilla entre las piernas del impostor, tan fuerte como pudo, haciendo que la soltara mientras aullaba de dolor. Desvió los ojos hacia el verdadero Blackwell, y él le dedicó una pequeña sonrisa.

—Muy bien hecho —elogió—. Aunque, para que conste, me gustaría que se supiera que, personalmente, me gusta bastante la asfixia como método de ataque si alguna vez te ves obligada a volver a pelear conmigo.

Su mirada de exasperación fue completamente ignorada mientras él se movía para patear la cama a un lado. El impostor Blackwell sigue gimiendo de dolor encima de él. Y debajo del colchón, allí estaba.

Blackwell abrió la trampilla. Él le ofreció una mano y le dijo:

—Saltaré contigo.

Hizo una mueca hacia el oscuro abismo más allá de la trampilla, recordando el desagradable choque con el suelo del

comedor desde el primer nivel.

—Te tengo —la tranquilizó.

Su medallón se calentó contra su cuello mientras ella asentía y agarraba su mano aún extendida. Dejó que él le rodeara la cintura con un brazo seguro para arroparla.

—¿Lista? —preguntó.

—Sí —dijo ella.

Saltaron. Y mientras caían por el portal, la última campana sonó en lo alto.



TU LLAMASTE

Cuando aterrizaron de vuelta en el comedor, no hubo un estruendo doloroso como antes, Blackwell los mantuvo a ambos en pie. No perdió el tiempo en guiarla de vuelta a su habitación.

—Bueno, supongo que el debate sobre si crees o no que sería terrible besarme se ha zanjado —declaró mientras cerraba la puerta de una patada tras ellos.

Le clavó un dedo en el pecho.

—No me tomes el pelo ahora mismo. Eso fue *horrible*.

—Por supuesto que lo fue —asintió—. Ninguna ilusión podría reemplazarme...

—Eso *no* es lo que quería decir —exclamó—. Imagina que crees, con cada fibra de tu ser, que algo es real, y de repente tienes la sensación de que no lo es. ¡Tengo que vivir esa pesadilla todos los días en mi propia mente! ¿Tienes alguna

idea de lo aterrador que es tener tu realidad tan distorsionada que no puedes confiar en tus propios pensamientos, en tu propia *vista*?

—No —contestó él con sinceridad—. Pero se acabó. Lo descubriste antes de que fuera demasiado tarde. Terminaste el nivel.

—¡Pero cómo sé eso! —exclamó, con miedo en su voz—. ¿Cómo sé *que esto* es real y que no estoy siendo engañado por otra ilusión para que tenga una falsa sensación de seguridad?

Observó cómo ella empezaba a caminar de un lado a otro, la diversión en sus ojos se disipaba lentamente a medida que se ponía más ansiosa.

—Era demasiado fácil salir de allí. —Ella negó con la cabeza—. No puedo confiar en mi propio juicio, claramente. Tengo que salir, tengo que...

—Ophelia. —Blackwell se interpuso en su camino, haciéndola detenerse en seco—. Ese es el objetivo de este lugar. Está desesperado por hacerte cuestionar tu cordura. Esa prueba está configurada de la manera en que está para volverte paranoica el resto del tiempo que estás aquí. Es un juego mental.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —resopló, negándose a hacer contacto visual—. Tú también estuviste allí. Estabas allí y fingías protegerme, me besaste, pero *no fuiste* tú...

—Mírame —exigió él, extendiendo la mano para pellizcarle ligeramente la barbilla e inclinar su cara hacia la suya.

Ella tragó saliva mientras dejaba que su mirada volviera a deslizarse hacia la de él.

—Esto es real —prometió—. Soy real. Lamento que la ilusión haya usado mi imagen para engañarte. Necesito que sepas que si alguna vez me permitieras tocarte, de alguna

manera, en el momento en que quisieras detenerte, lo haría. Sin dudar.

Hablaba con una intensidad tan vehemente que ella no tenía la menor duda de que eran ciertas.

Tragó saliva.

—Está bien.

Sus hombros se relajaron un poco y las comisuras de su boca se inclinaron hacia arriba nuevamente.

—Trataré de no sentirme insultado por el hecho de que creyeras que cualquier placer rancio que ese impostor te estaba dando podría haber venido de mí. Creo que en el futuro sería objetivamente beneficioso dejarme demostrarte exactamente lo que se siente al ser besada por mí, en caso de que algo así volviera a suceder.

—Está bien, tal vez me incline a creer que esto es real. — Ella puso los ojos en blanco mientras refunfuñaba—: Tu rostro podría ser replicado, pero tu ego no. ¿Y si hubiera dicho que fue el mayor placer que he conocido en mi vida?

El brillo travieso de sus ojos volvió con toda su fuerza mientras se inclinaba.

—Si pensabas que ese era tu umbral de placer, imagínate ser adorada por la cosa real.

Su respiración se atascó en su garganta y cualquier habilidad que tenía para formar una réplica coherente se perdió en ese momento. De todos modos, no fue necesaria una respuesta, ya que su atención se centró en su boca. Extendió la mano y frotó el pulgar sobre el labio partido de ella, provocando un dolor rápido y agudo. Se llevó el pulgar a la boca, ahora pintada con una mancha de sangre de ella, y la lamió para limpiarla. Tuvo que tragarse el gemido que le subió por la garganta. Algo en el hecho de que él consumiera cualquier parte de ella le calentaba el vientre.

Contrólate, se reprendió internamente.

—Parece que al menos le diste una buena pelea a ese impostor. Buena chica. —Las yemas de los dedos de él se calentaron al extenderlos para rozar la herida una vez más, y ella saboreó el alivio de su magia al curarla—. Ya está.

—El impostor no fue la que hizo eso —corrigió ella, rozándose ligeramente con las yemas de los dedos el lugar donde había estado la división momentos antes—. En realidad, me había olvidado por completo de eso.

Se puso rígido cuando preguntó:

—¿Quién fue el responsable, entonces?

Ella se encogió de hombros.

—Uno de los otros concursantes.

Entrecerró los ojos.

—¿Cuál?

—¿A quién le importa? Estoy bien. Me sanaste. Tenemos que volver a nuestra búsqueda.

—Me importa. Tenemos un acuerdo. Se supone que debo protegerte de cualquier daño mientras estés aquí —le dijo, con un tono demasiado casual—. Así que otra vez. ¿Quién te hizo eso?

—El que se llama Cade —admitió ella—. ¿Feliz?

Sin decir una palabra más, Blackwell desapareció.



La biblioteca de Phantasma había vuelto a su estado original y ordenado. Después de la abrupta partida de Blackwell, Ophelia había pasado una hora paseando por su habitación, con demasiada energía ansiosa acumulada en su interior para quedarse quieta. Y en el momento en que la Voz de la Sombra comenzó a susurrar, supo que tenía que ocuparse de algo más que preocuparse por Genevieve y revivir su beso con el falso Blackwell una y otra vez. Especialmente porque esto último la llevó directamente a pensar en besar al verdadero Blackwell, y eso era oficialmente territorio prohibido en su mente.

—No ha hecho nada *especial* —murmuró para sí misma mientras se pavoneaba por la biblioteca—. Y me tiene en una búsqueda inútil. No hay razón para dejar que permanezca en mi mente de esta manera.

Alguien se aclaró la garganta.

—Vaya. —Ophelia se detuvo cuando vio a Luci, acurrucada cerca de la chimenea con un libro—. No te vi allí.

—*Golpéale la cara, rómpete la nariz. Ella no te ayudó, es una cobarde* —la Voz de la Sombra siseó en su mente al ver a la chica—. *Sería tan fácil hacer que le duela, hacerla sangrar...*

—*Cállate.* —Ophelia ordenó la presencia intrusiva, sacudiendo vigorosamente la cabeza como si fuera a hacer que la voz la dejara en paz. Luci le dirigió una mirada extraña.

—¿Estás bien? —preguntó Luci.

—Sí —respondió Ophelia, la respuesta automática, practicada—. ¿Qué estás leyendo?

Luci se encogió de hombros y se levantó.

—Un romance sobre ángeles y demonios. Fue el primero que elegí.

Ophelia asintió con la cabeza, como si estuviera escuchando, pero ya tenía ganas de darse vuelta e irse. Luci se dio cuenta.

—Espera —suplicó la muchacha—. Quería decirte que lo sentía. Por lo que hizo Cade.

—No eres tú quien debe disculparse —le dijo Ophelia.

Luci se mordió el labio.

—Lo sé, pero todos nos quedamos parados y dejamos que sucediera. Nos tenía convencidos de que...

—Lo sé. —Ophelia rechazó las palabras que sabía que vendrían a continuación—. Pero no importa. Aquí nadie le debe nada a nadie, ¿verdad? Todos vamos a hacer lo que sea necesario para sobrevivir. Cuando vuelvas a ver a Cade, puedes recordárselo al bastardo de mi parte.

Los ojos de Luci se abrieron un poco ante la oscuridad que se había desangrado en el tono de Ophelia. La influencia de la Voz de la Sombra supuso. Pero para esto, no le importó. Esperaba que Luci tomara en serio sus palabras y transmitiera el mensaje.

—Es solo que... yo, de todas las personas, debería haber sabido más de ti. Pero Leon dijo que hiciste algo en el primer nivel —reveló Luci—, para hacer que el sabueso del infierno...

—Por el amor de Dios. —Ophelia se pellizcó el puente de la nariz—. La forma en que la gente encontrará la manera de cotillear incluso en las circunstancias más terribles. Supongo que Leon es el chico escuálido que tuve que sacar de allí. Tal vez debería hablar menos de mí y trabajar en su resistencia. Apenas podía seguirme el ritmo, y yo llevaba un corsé.

—No es escuálido —lo defendió Luci, sonrojada—. Es simplemente delgado...

—Oh, no... —Ophelia la interrumpió—: ¿Te gusta ? ¿Si pudiera darte algún consejo? A este lugar parece gustarle retorcer cosas buenas y dulces hasta que se rompen. No lo permitas.

Los corazones blandos no sobreviven aquí.

La chica se puso visiblemente nerviosa por las palabras de Ophelia, pero a Ophelia no podría haberle importado menos. Tenía razón. Blackwell tenía razón. No sabía qué riesgos en la vida de Luci la habían llevado a este lugar, pero cualquiera podía ver el suave corazón de la chica a cien millas de distancia.

—Es solitario aquí —confió Luci—. Y los fantasmas... Nunca antes había tenido pesadillas como esta. Hicimos un pacto para turnarnos para dormir y cuidarnos las espaldas. No es nada más.

Antes de que Ophelia pudiera decir *que sí*, alguien más entró en la habitación.

—Hablando de un demonio.. —murmuró Ophelia.

Pero no era el Demonio; era León. Su mirada se deslizó entre las chicas mientras se acercaba. Tenía gotas de sudor en las sienes y su respiración era un poco entrecortada, y Ophelia se preguntó si acababa de correr.

—Había un refugio en el comedor —jadeó—. Arañas y serpientes y...

—Conozco la escena —interrumpió Ophelia antes de que él conjurara la grotesca visión en su cabeza—. ¿Alguien muerto?

Sus ojos se abrieron un poco ante la franqueza de la pregunta, pero respondió:

—No que yo sepa. Pero Mason renunció. La habitación de su hermana está justo al lado de la mía, cuando salió del

nivel dos, lo encontró desaparecido. Nunca antes había escuchado un llanto así.

—Yo también me iría si me sellaran la boca mágicamente —dijo Luci con simpatía—. Me siento mal por Edna.

Leon asintió con la cabeza.

—Está sobre sus hombros traer de vuelta a su hermano ahora.

Ophelia levantó una ceja y Luci explicó.

—Perdieron a su hermano menor hace un par de meses en un accidente de hidrodeshlizador. Su familia organiza excursiones por los pantanos para los turistas en la cuenca de Atchafalaya. Fue una experiencia desagradable.

Ophelia hizo una mueca.

—¿Aquí se conocen todos?

Luci y Leon compartieron una mirada, luego Luci dijo:

—Muchos de nosotros nos hemos conocido anteriormente, sí. Nosotros nos movemos en los mismos círculos sociales, o nuestros padres lo hacen. Tengo algunos amigos que entraron en grupos anteriores.

—Yo también —intervino León.

—Y tú... eres la hermana de Genevieve Grimm —finalizó Luci.

Ophelia retrocedió un paso.

—¿Conoces a Genevieve?

—Es por eso por lo que quería presentarme —reveló Luci—. Es por eso por lo que no debería haber dejado que Cade influyera en nadie para que pensara que podrías ser algo insidioso. Conocí a Genevieve el año pasado en una reunión frente al río en el Barrio Francés. Estaba siendo cortejada por un buen amigo mío en ese momento. Pensé que era tan

encantadora, aunque un poco bulliciosa, y nos hicimos amigas rápidamente. Siempre le dijimos que te invitara cuando hacíamos planes, pero ella dijo que no eras de las que salían de casa. Me sorprendió verte aquí esa primera noche.

Ophelia miró a Luci en estado de shock y, como si las palabras de la chica hubieran hecho que algo hiciera clic en su mente, un recuerdo de repente volvió rápidamente. De ella y Genevieve saliendo de la oficina del forense y Genevieve entrando en el café para saludar a una amiga...

—¿Sabías que iba a venir aquí? —preguntó Ophelia, ignorando los celos que de repente ardían en su vientre al recordar la forma en que Genevieve había corrido hacia Luci y la había abrazado—. ¿Habló alguna vez de este lugar?

Luci se quedó boquiabierta.

—No, ella nunca... ¿Quieres decir que ella también está aquí?

—¿No ha dicho nada sobre Phantasma ni una sola vez? —Ophelia siguió adelante.

—Lo juro. —Luci negó con la cabeza—. El Phantasma no estaba en la mente de nadie hasta hace poco, pero aun así, Genevieve nunca nos habló mucho sobre su vida familiar. Parecía ser muy reservada en esa área y nunca la presionamos.

—¿A quiénes? —Ophelia entrecerró los ojos.

—Éramos cinco. Yo, Genevieve, Iris Saloom, Farrow Henry y Basile Landry.

Farrow, Henry. Genevieve dijo que él la había plantado para el baile. El nombre era inconfundible. Ophelia se preguntó cuánto sabía Luci de esa situación, pero aún más se preguntó por qué era la primera vez que escuchaba que Genevieve tenía un grupo cercano de amigas. ¿Acaso su hermana no confiaba en ella lo suficiente como para contarle ese tipo de cosas? ¿O

simplemente había estado demasiado encerrada en sí misma como para darse cuenta de que Genevieve tenía toda una vida social fuera de la mansión Grimm de la que no sabía nada?

—*Ella te odia* —rió la Voz de la Sombra—. *Ella te odia y siempre te odiará y probablemente morirá aquí y...*

Ophelia se acercó a una de las estanterías de roble y la golpeó. *Uno, dos, tres.*

La Voz de la Sombra desapareció.

Leon se rascó la nuca.

—Um, debería volver a mi habitación y descansar un poco. Ha sido todo un día. Las dejo a ustedes dos para que terminen su conversación...

—No —replicó Ophelia—. Nuestra conversación ha terminado. No sé qué tan cerca estabas tú y Genevieve, pero eso no nos convierte en aliadas. Si fueras inteligente, no estarías haciendo aliados en absoluto. Solo conducirá a la angustia.

Luci no miró a Ophelia a los ojos mientras empujaba el libro que había estado leyendo de nuevo a las estanterías de la estantería y corría detrás de Leon sin decir una palabra más. Leon colocó su mano en la parte baja de la espalda de Luci con comodidad mientras la guiaba hacia afuera, lanzando una mirada cargada a Ophelia antes de que desaparecieran.

Tontos.

Por fin, sola, empezó a hurgar en las estanterías de nuevo, pero esta vez siguió el consejo de Blackwell y profundizó más. Usando la escalera rodante abandonada en el lado oeste de la habitación, subió para comenzar a limpiar primero los estantes superiores. Gruesas novelas caían al suelo con fuertes *golpes* y nubes de polvo, y aunque tratar los libros con tanta crueldad era, sin duda, una forma de sacrilegio no tuvo

precisamente tiempo de colocar suavemente cada una de ellas en una pila ordenada debajo.

Tan pronto como se vaciaron los estantes, comenzó a pasar las manos por los paneles de madera del interior, buscando cualquier cosa fuera de lo común: interruptores, tableros irregulares, botones, bisagras. La biblioteca de la mansión Grimm tenía bastantes compartimentos ocultos propios, y ella y Genevieve siempre habían hecho un juego para ver cuántos podían encontrar. Estaba segura de que había muchos que aún no habían descubierto.

Casi una hora después, finalmente lo sintió. Dos cajas a la izquierda de la chimenea, tercer estante desde la parte superior. Un cuadrado ligeramente dentado, de aproximadamente una pulgada de ancho, con algo elástico debajo. Un botón. Sin embargo, antes de que pudiera mover su peso hacia adelante lo suficiente en la escalera como para presionarla hasta el fondo, la temperatura de la habitación bajó cinco grados.

—Bueno, bueno —retumbó una voz profunda detrás de ella—. Mira lo que he encontrado.

Ophelia se mantuvo lo más quieta posible mientras Jasper se desvanecía a la vista. Afortunadamente, su inquietante tercer ojo estaba cerrado, pero su mirada, demasiado observadora, no era mucho mejor mientras evaluaba su situación actual.

—¿Vas a redecorar un poco? —Sonrió—. ¿Te gustaría que te ayudaran?

Ella retiró su mano extendida del mecanismo oculto que había encontrado y lo miró.

—Déjame en paz.

—¿O qué? —se burló—. ¿Llamarás a Blackwell? Por favor, hazlo. Me vendría bien el entretenimiento de cabrearlo.

Ophelia tragó saliva.

—¿Ustedes dos son amigos?

—Los demonios no tienen amigos, cariño. No en el mismo sentido que lo hacen los mortales.

—Pero parece que se conocen bien —razonó ella.

Se cruzó de brazos.

—Cuando compartes un espacio con los mismos seres durante tanto tiempo como lo hemos hecho nosotros, tiendes a encontrar a aquellos que te molestan menos que a los demás.

—Entonces, los otros fantasmas de aquí deben de ser *muy* molestos —murmuró, sobre todo para sí misma.

Jasper se echó a reír.

—Tienes una lengua de plata. Veo por qué le gustas.

—No le *gusto* —resopló ella—. Me está utilizando. Como lo estoy haciendo yo.

Un extraño destello de algo que no podía leer entró en los ojos del demonio, pero todo lo que dijo fue:

—¿Alguna vez has pensado en... ¿Otros arreglos?

No le gustaba hacia dónde se dirigía esta conversación.

—No.

Nunca debí haber pensado en el primero.

—¿Cuántos años le prometiste?

—No es asunto tuyo —murmuró ella.

—Una década es mucho tiempo —afirmó—. ¿Y si te dijera que puedo sacarte de tu trato y hacerte una oferta por mucho menos?

Ella frunció el ceño.

—Te diría que vuelvas al infierno. No hago tratos con demonios.

Abrió la boca para lanzarle una réplica, pero antes de que tuviera la oportunidad, algo apareció de repente de la nada y se estrelló contra el diván en el centro de la habitación. No, nada así. Dos *personas*.

Reconoció a los diablillos de los dos primeros niveles, Drima y Zel, en cuestión de segundos, incluso con ambos tratando de comerse la cara el uno al otro. Oficialmente estaba sola con tres diablillos, y dos de ellos no tenían una sola puntada de ropa.

Ella se sonrojó y apartó los ojos del espectáculo. Jasper solo se rio.

—Si cambias de opinión, la oferta se mantiene. Disfruta del espectáculo. —Con un guiño burlón, desapareció.

Los gemidos comenzaron a resonar en la habitación y, por un momento, Ophelia se quedó paralizada en estado de shock. La forma en que los dos diablillos se movían juntos hizo que su piel estallara en un sudor febril. Su actuación fue de alguna manera más lasciva de lo que habían sido los emparejamientos en el segundo intento. Sabía que debía mirar hacia otro lado, escandalizada, pero una parte de ella era... curiosa. La misma parte de ella que había quedado tan fácilmente fascinada en el segundo nivel.

Hasta que salieron las garras.

Drima tiró de la cabeza de Zel hacia un lado junto a su cabello, dejando al descubierto su cuello para poder rasgar sus afiladas uñas a través de su piel.

—*Es hora de irse* —se dijo Ophelia mientras comenzaba a planear su ruta de escape.

—*Presiona el botón antes de irte* —exigió la Voz de la Sombra—. *Presiónalo, presiónalo, presiónalo.*

Ophelia se giró hacia la estantería. Había pasado todo este tiempo buscando y finalmente había encontrado algo... Bien podría ver lo que era, ¿verdad? Además, no es que vaya a doler nada, teniendo en cuenta que los demonios probablemente no se darían cuenta si la habitación a su alrededor estallara en llamas.

Se arrastró hacia adelante todo lo que pudo por la escalera, agarrándose a un peldaño para mantener el equilibrio con una mano mientras extendía la mano para apretar el botón con la otra. Se oyó un chasquido agudo seguido de un gemido metálico y, un momento después, el suelo comenzó a moverse. Ophelia maldijo cuando uno de sus pies se deslizó de la escalera y se tambaleó hacia adelante para aferrarse a ella mientras todo el estante comenzaba a *girar*. Antes de que pudiera parpadear dos veces, la estantería había hecho un completo giro de ciento ochenta grados. Ahora estaba en el interior de las entrañas de Phantasma, y estaba tan oscuro que apenas podía ver sus propias manos frente a ella, lo que hizo que el descenso fuera torpe. Cuando sus pies tocaron el suelo, los tablones debajo de ellos crujieron.

Avanzó un poco, con las manos extendidas para tantear el camino. Tardó casi quince pasos en llegar a lo que parecía un muro de piedra, pero mientras pasaba las palmas de las manos por los fríos ladrillos, no pudo localizar ni un candelabro ni una linterna. La ansiedad se hundió en su estómago como una piedra. La última vez que había estado sola en un pasillo oscuro y secreto...

La risa crepitante de la Voz de la Sombra resonó en su cabeza.

—*Será mejor que te prepares para correr.*

—No —suspiró, con el pecho apretado por el miedo.

Te va a atrapar, te va a...

—Blackwell, Blackwell, *Blackwell* —recitó apresuradamente.

La Voz de la Sombra siseó.

—*Si no encuentras una fuente de luz en los próximos diez segundos, te va a devorar.*

Su pecho se agitó mientras intentaba quitarse las palabras de la mente. Necesitaba mantenerse alerta y encontrar el camino de regreso a la escalera. Con suerte, presionar el botón devolvería el estante a su posición original en la biblioteca sin ningún problema. Girando y contando sus pasos hacia atrás en la dirección en la que había venido, solo llegó al número siete cuando sintió que la estática reveladora le erizó los vellos de la nuca.

—¿Dónde demonios estamos? —La voz de Blackwell resonó a su derecha, clara y fuerte. Cualquier indicio de la Voz de la Sombra que persistía en su mente se evaporó como humo.

La tenue neblina blanca que siempre se aferraba a la forma de Blackwell iluminaba el espacio y la llenaba de una sensación de alivio tan fuerte que, antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, se lanzó en su dirección. Él la atrapó contra su pecho con facilidad, y ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello con tanta fuerza que menos mal que no necesitó respirar.

Ella enterró la cara en el hueco de su garganta.

—Has venido.

—Llamaste —respondió.

Después de un largo momento, ella respiró hondo y desenrolló los brazos de su cuello.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué pasó? —preguntó—. ¿No me digas que la ausencia realmente hace que el corazón se encariñe?

—Nada en particular —admitió—. Entre los diablillos que se atacaban uno al otro como conejos en la biblioteca y accidentalmente me quedé atrapada aquí, es posible que haya entrado un poco en pánico.

—Suenas como una gran prueba. —Sus ojos brillaban de diversión. No sabía si por la mención de los diablillos y sus aventuras sexuales o por quedarse atascada—. ¿Y dónde es *aquí*, exactamente?

—Encontré un mecanismo en esa estantería de la biblioteca —señaló la estantería en el centro de la pared—, y se transformó en lo que sea que sea este lugar. Un túnel secreto que atraviesa las entrañas de la mansión, supongo.

—Pequeña y astuta nigromante. —Sonrió.

Chasqueó los dedos y aparecieron dos candelabros de bronce en sus manos. Colocó una de ellas en sus manos, y se apresuró por segunda vez a encender las diez velas cónicas, iluminando una buena cantidad de espacio a su alrededor. Lo suficiente como para ver que su atuendo estaba salpicado de carmesí. La razón de su anterior desaparición se precipitó.

—¿Es sangre de Cade ? —Ella se quedó boquiabierta. Sabía que él era más que capaz de cambiar su ropa, lo que significaba que la había dejado en su estado actual intencionalmente—. ¿Qué hiciste ?

—Nada permanente. —Se encogió de hombros—. Al menos no físicamente.

—Bueno, no es que no se lo mereciera —murmuró ella.

—Estamos en la misma página, entonces —aceptó antes de hacerle señas para que lo siguiera.



22

PLACER

Resultó que el pasillo no era muy grande. Solo una habitación hueca de piedra.

—Tiene que haber algo más —murmuró Ophelia desde un extremo mientras Blackwell examinaba el otro—. ¿Por qué habría un pasaje secreto a la nada?

—Aquí —llamó.

Ella corrió a ver lo que había encontrado, y él inclinó las velas hacia la pared para revelar tres marcas talladas en una de las piedras.

—Mmm. —Entrecerró los ojos mientras pasaba las yemas de los dedos por cada uno de los surcos. Una vez. Dos veces. Tres veces. Blackwell no la apuró, esperando en silencio su evaluación—. Me pregunto si...

Presionó el ladrillo rectangular y la roca se retiró ruidosamente. Su respiración se entrecortó con anticipación, pero cuando miraron a su alrededor, no sucedió nada más.

Un momento después, la piedra volvió a su lugar como si nunca hubiera sido tocada.

—Tres líneas —se dio cuenta una vez que el ladrillo se recolocó por completo. El medallón alrededor de su garganta comenzó a cobrar vida mientras la emoción latía por sus venas. Se volvió hacia Blackwell y le instruyó—: ¡Empieza a buscar otros con el mismo tipo de marcas!

Se pusieron a trabajar en extremos opuestos, escudriñando las piedras a la tenue luz de sus velas. Ophelia estaba agradecida por su altura superior a la media durante esta tarea, capaz de estirar el brazo lo suficiente como para ver las piedras que recubrían el techo. No pasó mucho tiempo para que Blackwell encontrara otra piedra marcada y segundos después encontró una tercera.

—Cinco líneas —declaró.

—Dos —respondió ella—. Lo que significa que nos faltan los números uno y cuatro por lo menos.

Un rato después dijo:

—Cuatro.

Revisaron cada ladrillo varias veces, pero todo lo que encontraron fueron piedras numeradas del dos al cinco. Ophelia estaba cada vez más agotada y estaba a punto de sugerir que se fueran por la noche, hasta que pisó algo en el centro de la habitación y sintió que se movía. Miró hacia abajo, apartando sus faldas para ver el suelo que había debajo. Suspiró al ver la marca en el centro de la baldosa bajo sus pies.

—Ahora apretamos el resto en orden —ordenó cuando Blackwell se agachó a su lado para inspeccionar la placa móvil en el suelo.

—¿Siente que puede bajar más? —preguntó.

Se levantó sobre las puntas de los pies para rebotar todo su peso unas cuantas veces y, efectivamente, el botón pudo bajar más. Blackwell se puso de pie y se acercó más, hasta que la parte delantera de su cuerpo quedó completamente al ras de la espalda de ella, para usar su fuerza combinada sobre la baldosa. Se tambaleó un poco mientras se hundía en el suelo, bajando casi medio pie, y Blackwell le puso una mano firme en la cintura antes de inclinarse hacia un lado.

—¡Rápido! —imploró mientras salían del agujero poco profundo y se dirigían a los siguientes números. Volvió sobre sus pasos para reubicar la piedra número dos y la empujó hacia adentro—. ¡Dos está hecho!

—Tres... cuatro... —Contaba en voz alta mientras presionaba cada uno de ellos.

Ella se encontró con él en el último ladrillo, y él le hizo señas para que hiciera los honores. Sonriendo, proclamó:

—Cinco.

La habitación comenzó a temblar. Ophelia se meció de nuevo hacia Blackwell, y él le rodeó la cintura con un brazo mientras sus miradas se lanzaban de un lado a otro. Los escombros rocosos llovieron desde el techo y cayeron al suelo. Levantaron la vista y descubrieron que el tejado estaba lleno de pequeños agujeros.

Extraño.

—¿Es eso? —susurró, mirando por encima del hombro para medir la reacción de Blackwell.

Levantó la barbilla para señalar algo que estaba unos metros más adelante.

—Mira.

Ella recorrió su mirada hasta que sus ojos se posaron en una abertura en la parte inferior de la pared. Tenía unos

cinco pies de ancho, pero solo tres o cuatro pies de alto. Aun así, había mucho espacio para que se arrastraran, aunque realmente no tenía ganas de hacer tal cosa. Se acercaron y se bajaron al suelo para mirar dentro. No pudo distinguir ningún detalle distinguible. Solo un abismo profundo y oscuro.

Dirigiendo sus ojos a Blackwell, bromeó:

—¿Piedra, papel o tijera para ver quién va primero?

Resopló y empezó a desabrocharse el abrigo arruinado. Dejando a un lado la pesada prenda de vestir, comenzó a colocar los puños de su camisa, aflojándolos hasta que pudo enrollar el costoso material hasta los codos en cada brazo. Ella la observó con lo que seguramente era una atención demasiado embelesada, pero él solo levantó una ceja divertido mientras terminaba de quitarse la corbata alrededor del cuello.

—Mucho mejor —murmuró—. Ahora podré...

Algo goteó desde el techo y salpicó la piel ahora expuesta del antebrazo de Blackwell, interrumpiendo sus pensamientos. Su piel se volvió de un rojo enojado y manchado en un instante. Las ampollas burbujearon bajo la misteriosa sustancia, y aunque Blackwell no indicó que tuviera ningún dolor, solo mirar la forma en que hervía su carne le revolvía el estómago. Un instante después, la herida se derritió, su piel clara volvió a estar inmaculada.

—Ophelia —dijo mientras su forma pasaba de su estado corpóreo al transparente—. Muévete. *Ahora*.

La gravedad de su tono le resultaba extraña. Y cuando todo atisbo de diversión desapareció de su rostro, su pecho comenzó a tensarse. Echó la cabeza hacia atrás para mirar al techo.

Fue entonces cuando comenzó la embestida.

Blackwell se volvió sólido el tiempo suficiente para empujarla hacia el túnel. Avanzó sobre las manos y las rodillas, apenas agachando la cabeza y los hombros fuera de la habitación a tiempo antes de que el ácido comenzara a caer. El líquido ardiente le hizo agujeros en el corpiño y las faldas, pero afortunadamente las capas ayudaron a mantenerlo alejado de su piel. Blackwell maldijo mientras se transportaba al túnel justo delante de ella y se agarraba a cada uno de sus bíceps para arrastrarla de cabeza a través del espacio de arrastre con él.

Blackwell la dejó ir el tiempo suficiente para patear la pequeña puerta de madera al final del pasillo antes de arrastrarlos a ambos a otro espacio completamente oscuro.

—Espera, ángel —la tranquilizó.

Se esforzó por tragar bocanadas de aire, tratando de alejar el pánico que se instalaba en sus huesos al estar a punto de escapar. Blackwell chasqueó los dedos y dos candelabros de bronce aparecieron en sus manos. Se apresuró a dejarlos a ambos en el suelo para poder ver lo que estaba haciendo.

—Tenemos que quitarte ese vestido antes de que el ácido toque tu piel —le dijo.

Ni siquiera un segundo después de que las palabras salieran de su boca, algo comenzó a arder en la parte baja de su espalda. Ella siseó y él entró en acción.

Arrodillado detrás de ella, Blackwell desató su corsé con habilidad, tirando de las cintas y aflojando el artilugio lo suficiente como para tirar de él sobre su cabeza y tirarlo a un lado. A continuación, rasgó los botones de lino de la parte posterior de su camisa, haciendo que los pequeños trozos repiquetearan por el suelo. El vestido fue descartado con el corsé, así como la amenaza restante de que su carne se derritiera de sus huesos. El aire frío golpeó su piel expuesta y suspiró aliviada. Un destello dorado brilló en su visión

periférica, y notó que el tatuaje de la estrella del primer nivel se había unido a otro para el segundo nivel.

—Gracias —dijo mientras se giraba para mirar a Blackwell, observando cómo la luz de las velas bailaba sobre su expresión sombría mientras él se cernía sobre ella—. ¿Qué pasa?

—Debería haber sido capaz de transportarte. Pero malgasté demasiada energía en la venganza —admitió.

—¿A Cade, te refieres?

Él apartó los ojos de los de ella mientras asintió.

—No volveré a cometer ese error, no te preocupes.

Ella inclinó la cabeza.

—Me sacaste de ahí. Podría haber sido peor.

—No lo entiendes —dijo él, fijando la mirada en la de ella—. Cada vez que permito que te lastimes, el vínculo se deshace un poco. Eventualmente, hará que sea más difícil escuchar cuando me convoques. Eso podría haber sido catastrófico.

—Oh —suspiró—. ¿Por qué no me dijiste ese pequeño detalle antes?

—Debería haberlo hecho —admitió—. Sobre todo teniendo en cuenta tu capacidad para encontrar problemas.

Una vez más, luchó contra el impulso de sacarle la lengua.

—No más errores, entonces.

—No —asintió él, firme—. Lo que significa que debería llevarte de vuelta a tu habitación antes de que desencadenemos más trampas mortales...

—¿Qué? No —argumentó—. ¡No me arriesgué a que me lloviera ácido para rendirme ahora! Tenemos que ver a dónde nos lleva esto.

Blackwell levantó los ojos hacia el techo con exasperación, pero no se molestó en refutar su petición mientras se inclinaba para agarrar uno de los candelabros para iluminar más la habitación. El espacio era la mitad del tamaño de donde habían venido y, a diferencia de la habitación anterior, el techo y las paredes estaban revestidas con tablones de roble oscuro al natural. Al otro lado de la habitación había una única estantería.

—Me atrevería a hacer una suposición que nos lleva de vuelta a la biblioteca —comentó.

—*Maldita sea* —exclamó furiosa—. ¿Todo eso para nada? ¿Solo un gran camino a ninguna parte? ¡Odio este lugar!

Una pequeña sonrisa volvió a sus labios.

—Bienvenida al club.

Agitó las manos con convicción mientras hablaba.

—¿Todo ese dolor y esfuerzo y es solo una habitación fea y desnuda? *No*. Voy a destrozar cada una de estas tablas si tengo que hacerlo.

—¿Ángel? —murmuró Blackwell.

—Juro que quemaré este lugar abandonado hasta los cimientos —prosiguió ella como si él no hubiera hablado.

—Ophelia.

—¿*Qué?*

Un brillo perverso familiar iluminó sus iris esmeralda mientras reflexionaba:

—Por mucho que esté disfrutando de esta diatriba, tal vez resultaría más amenazante si no estuvieras prácticamente desnuda.

Al darse cuenta de que estaba sentada allí solo con su ropa interior, la golpeó como un martillo. Un chillido salió de su

boca mientras se apresuraba a cruzar los brazos sobre su torso.

—¡Date la vuelta! —ordenó.

Levantó una ceja.

—Creo que es un poco tarde para la modestia, ¿no es así?

—¡Dice el que no está casi desnudo! —replicó ella.

Su sonrisa se convirtió ahora en una sonrisa completa.

—Podría cambiar eso si quieres.

—Eres una espina en mi costado. —Ella frunció el ceño—. Honestamente, me sorprende que me hayas quitado el corsé tan fácilmente en primer lugar.

Se acercó lo suficiente como para que las puntas de sus narices casi se tocaran mientras hablaba.

—No hay prenda de vestir que no sepa cómo quitar de manera eficiente.

Un escalofrío recorrió su espalda ante la sensualidad entretejida en sus palabras, y sus ojos se dirigieron involuntariamente a su boca furiosa.

—Sabes, todavía estoy esperando saber exactamente qué pasó con ese impostor durante el juicio anterior, ángel —dijo arrastrando la voz—. Me ha asaltado la curiosidad de saber exactamente qué experiencias necesito reemplazar en tu mente.

Ella se sonrojó, pero inclinó la nariz hacia él, negándose a darle la satisfacción de una respuesta.

—Si no quieres decírmelo, me limitaré a imaginar mi propia versión de los hechos. Estoy seguro de que sería más creativo de todos modos.

Ella entrecerró los ojos y dijo:

—Está bien. Adelante.

Una chispa de conmoción revoloteó sobre su expresión, perseguida por una perversa determinación.

—¿Y bien? —preguntó ella—. Vamos a escucharlo. ¿Cómo habrían ido las cosas si realmente hubieras sido tú y no una ilusión?

—¿Estás seguro de que quieres que *te lo diga*? —Se movió hasta que sus labios prácticamente se tocaron—. ¿O quieres que te lo enseñe?

Ophelia no estaba segura de lo que se le venía encima. Su proximidad embriagadora, los últimos tres días de experiencias cercanas a la muerte, o tal vez el hecho de que presenciar tanta lujuria esta noche le hizo darse cuenta de que nunca se había acercado a sentirse así por nadie. Quería desesperadamente sentir *pasión*, aunque solo fuera por un momento. Y la forma en que Blackwell encendió sus nervios la hizo estar segura de que él sería el perfecto para la tarea.

—Muéstrame —imploró ella.

Si estaba sorprendido por la convicción en su voz, no había ninguna indicación. Y tan pronto como el permiso cayó de su boca, él se puso en movimiento. Capturando sus labios con los suyos, sin vacilación, sin timidez. Como si esto hubiera sido inevitable para él todo el tiempo.

Dejó que sus ojos se cerraran y se hundió en la sensación de su boca contra la suya.

Electrizante.

Sus labios *eran* cálidos, a diferencia de los de la ilusión, y los dedos de los pies de ella se curvaron a medida que la estática que había llegado a asociar con él atravesaba todo su cuerpo, abrasándola de adentro hacia afuera. Cuando él se acercó más para profundizar aún más el beso, sus manos se

levantaron por sí solas para sumergirse en los suaves mechones de su cabello iluminado por la luna.

El beso, la seriedad absoluta del beso, le quitó todo el aire de los pulmones. No sabía si su ardor era real o si simplemente era un actor increíble, pero no le importaba. Nunca antes había sentido algo tan crudo. Era como si de repente la hubiera despertado y le hubiera hecho darse cuenta de lo intacta que había estado todo este tiempo y ahora se moriría de hambre sin que sus manos y su boca recorrieran cada centímetro de su piel. El hambre ardía en su corazón mientras su lengua se enredaba con la suya con pericia, y tuvo que retroceder por un momento, jadeando por aire. Blackwell cambió de rumbo sin problemas, dejándola recuperar el aliento mientras él agachaba la cabeza para presionar una línea de besos abrasadores en su clavícula. Sintió que una de sus manos se deslizaba lentamente hasta la parte posterior de su muslo, la otra se deslizaba hacia arriba para acariciar suavemente la parte posterior de su cabeza.

En un movimiento fluido, se movió hacia adelante y presionó su espalda contra el suelo para que quedara flotando sobre ella. Levantó su pierna y la enganchó alrededor de su cintura, mientras usaba la mano detrás de su cabeza como amortiguador contra el duro suelo de piedra.

—En cualquier momento, si quieres parar —dijo, con la voz cargada por su excitación—, nos detenemos. ¿Entiendes?

—Sí —confirmó ella, tirando suavemente de su cabello para acercar su boca a la de ella.

Sus labios se chocaron una vez más, y sus gemidos fueron tragados con igual fervor. Por una vez, su cabeza se sintió cristalina. No se permiten voces intrusivas ni pensamientos de peligro y violencia. Solo estaba Blackwell y la sensación de su peso presionándola mientras sus manos recorrían sus costados mientras su boca aprendía la forma de sus besos.

Un sonido profundo y primitivo salió de su garganta cuando ella le mordió suavemente el labio inferior, algo entre un gemido y un gruñido, y encendió una necesidad en lo profundo de su corazón. Podía sentir cómo crecía la resbaladiza entre sus muslos mientras arqueaba el pecho hacia él, desesperada por fricción. Él respondió arrastrando una mano entre sus cuerpos, frotando su pulgar sobre uno de los capullos apretados que asomaban por debajo de la camisola de encaje cortante que aún usaba. Era su turno de gemir.

Sintió que él tarareaba de satisfacción por los sonidos entrecortados que salían de su garganta y rodó suavemente su pezón entre sus dedos, haciendo que todo su cuerpo se retorciera debajo de él de placer. Sus manos comenzaron a rasgar su camisa mientras rompía su beso, jadeando. Quería *quitársela*. Quería saber cómo se sentía su piel desnuda cuando se movían juntos así.

Él soltó una carcajada ante su entusiasmo y chasqueó los dedos. La camisa había desaparecido antes de que pudiera parpadear.

—Eso es increíblemente conveniente —anotó.

Él le sonrió con una alarmante cantidad de picardía.

—¿Como esto?

Volvió a chasquear y su camisola desapareció, dejando que el aire frío golpeará su pecho y enviara una onda de piel de gallina a través de su piel. Luego observó cómo él se deslizaba fuera de su forma corpórea y sintió que su propio cuerpo se volvía más ligero que el aire. Antes de que entendiera lo que estaba pasando, se encontró a horcajadas sobre su regazo, con la espalda apoyada en la pared para apoyarse.

—¿Qué...? —Ella parpadeó, colocando las palmas de las manos planas contra sus pectorales para mantenerse erguida.

—Transportarse puede ser desorientador —le dijo mientras inclinaba su cuerpo hacia atrás contra sus rodillas levantadas para poder tener un mejor acceso a su pecho desnudo—. Dale un momento a tu cabeza para que se despeje.

—Realmente estás haciendo que eso sea una tarea fácil en este momento —replicó ella mientras él se inclinaba para darle un beso en la parte inferior de la mandíbula.

Sintió su sonrisa contra su piel, pero él no detuvo sus atenciones. Su boca continuó bajando y bajando y bajando hasta que ella sintió su aliento contra su pezón. Cuando no presionó inmediatamente sus labios allí, un sonido de molestia zumbó en el fondo de su garganta.

—Exquisito —comentó mientras sus ojos recorrían su cuerpo desnudo.

Ella siguió su mirada para mirarse a sí misma. El rosa pálido de sus pezones contrastaba con su piel de marfil, a pesar de que estaba enrojecida por la excitación. Siempre se había preguntado cómo sería tener las curvas voluptuosas que creía tan hermosas en su hermana, pero la forma en que Blackwell la miraba en ese momento erradicó cualquier pensamiento de timidez de su mente. También se dejó llevar descaradamente por cada centímetro de su cuerpo, por la forma en que sus músculos estaban tan bien definidos, por los planos cincelados de su abdomen.

La autosatisfacción en el rostro de Blackwell al ver que ella se quedaba boquiabierta la hizo querer sacarle la lengua. Nunca se había visto tan afectada por el atractivo de alguien como lo estaba por el suyo, y le enloquecía que él pareciera saberlo. Se sorprendió al encontrarse más audaz, más segura de sí misma de lo que imaginaba que podría ser en ese momento. Pero algo en el frenesí que sentía en ese momento anuló cualquier modestia que pudiera haber tenido antes. Sin

mencionar el hecho de que, de todos modos, nunca volvería a ver a Blackwell después de esta semana.

Una punzada de algo que no podía nombrar la atravesó en ese último pensamiento, pero desapareció un segundo después cuando la lengua de Blackwell golpeó uno de sus pezones.

Mierda.

Le rozó suavemente con los dientes el sonrosado brote del pecho, se lo metió en la boca y le arrancó un gemido de felicidad. Ella se retorció en su regazo, buscando la presión donde más la necesitaba, y enseguida sintió la longitud de él tensándose contra sus pantalones. Se dirigió hacia el otro pecho y repitió el espeluznante movimiento de su lengua hasta que su piel se calentó tanto de placer que le preocupó la posibilidad de combustionar.

Cuando volvió a acercar su boca a la de ella, enredó las manos en los largos mechones de su cabello, tirando de él con cariño mientras ella seguía retorciéndose contra él. Levantó ligeramente las caderas para apretar la dureza de sus pantalones contra los movimientos de ella y, al poco rato, ambos estaban cada vez más excitados. La ropa interior de ella estaba completamente empapada entre los dos.

Las manos de él no dejaban de moverse. Le rozaban los puntos de pulso, le tiraban del cabello, le frotaban círculos en lugares del cuerpo que no se imaginaba que pudieran producirle sensaciones tan deliciosas. Ella gimió y se apretó aún más contra él, que la correspondió con una embestida de igual fervor.

—Buena chica —murmuró mientras lamía y mordisqueaba la piel sensible detrás de su oreja derecha. Ella se pavoneó ante el elogio—. Suéltate.

Las palabras rompieron algo dentro de ella. Era demasiado. Demasiado intenso, demasiado caliente, demasiado *bueno*. Y

pronto hubo una sensación aguda y carnal que se apretaba profundamente en su núcleo, trepando y retorciéndose hasta que alcanzó un crescendo y se desplomó en una ola de placer.

Su pecho se agitó mientras parpadeaba para abrir los ojos y encontrar su rostro engreído mirándola.

—Me imagino que eso es justo donde habrías perdido el nivel si realmente hubiera sido yo —le dijo—. Y eso fue apenas una probada.

—Creo que podría odiarte —dijo ella, pero no salió con tanto calor como quería—. Eso fue... ¿Siempre se siente así?

Levantó las cejas.

—¿Nunca...?

—He tenido un amante —interrumpió ella antes de que él pudiera sacar conclusiones precipitadas—. Pero él nunca me obligó a hacer eso.

—Entonces era un inútil y una pérdida de tiempo —le dijo Blackwell mientras apretaba sus brazos alrededor de su cintura y los levantaba del suelo. La bajó lentamente hasta que se puso en pie, como si la hubiera complacido tan intensamente que le preocupaba que ahora no pudiera valerse por sí misma. Ella resopló y se alejó.

Entonces ella dudó.

—Espera, ¿tú...?

—No. Eso no era para mí —le dijo mientras recogía su camisa y se la tendía—. Toma. Vamos a llevarte a tu habitación. Seguro que necesitas descansar. —Le guiñó un ojo mientras se ponía la camisa y ella le lanzaba una mirada despectiva.

—No viviré contigo después de esto —murmuró—. Eso... eso no puede volver a pasar.

Levantó una ceja.

—¿Intentas convencerme de eso a mí o a ti misma, ángel?

De mí misma, pensó ella, pero en voz alta insistió:

—Hablo en serio. Nuestra relación ya es bastante complicada con el trato de sangre y todo eso.

Le levantó la barbilla con un solo dedo hasta que ella le miró directamente a los ojos.

—Digas lo que digas, pero no te sorprendas cuando tengas que resistirte a rogarme más.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Nunca te rogaré nada —dijo ella.

Él sonrió.

—Famosas últimas palabras.

Ella le ignoró mientras recogía la ropa desechada, con mucho cuidado de no tocar el lado que se había estropeado con el ácido. Cuando retrocedió un paso para asegurarse de que lo había cogido todo, tiró accidentalmente uno de los candelabros. Se apresuró a recogerlo antes de cumplir su promesa de quemar este lugar hasta los cimientos y notó algo extraño en el lugar donde había caído. En el suelo de roble había varias palabras grabadas. La primera era ilegible, ya que había sido arañada tantas veces que el suelo tenía una profunda hendidura, pero las que estaban debajo eran claras como el cristal.

Y Gabriel para siempre.



EXTRAÑAMENTE RECONFORTANTE

CUARTA NOCHE EN PHANTASMA

Blackwell estaba apoyado en el tocador, observando cómo Ophelia se paseaba de un lado a otro por su habitación. Ya había explicado todo el calvario de los diarios de su hermana con un detalle insoportable “más de lo que probablemente él quería, pero tuvo la paciencia suficiente para no quejarse” y ahora estaba tratando de relacionar esas piezas con lo que acababan de encontrar.

—Gabriel es un nombre común —razonó Blackwell.

—Mi hermana albergó en secreto una obsesión con Phantasma durante *años* y escribió que necesitaba encontrar a alguien llamado Gabriel, y luego encontramos el nombre Gabriel tallado en una tabla del piso dentro de Phantasma, ¿y

crees que debería descartarlo como *un nombre común*? —dijo con incredulidad.

—Punto tomado —admitió—. Pero no hay nada más que puedas averiguar esta noche. ¿Por qué no descansas un poco y veré si puedo localizar a uno de los diablillos y averiguar dónde se guardan los registros de los concursantes?

Ella se animó.

—¿Registros de concursantes?

Blackwell asintió.

—Sí. Los Diablillos están atentos para hacer un seguimiento de cada alma que pasa por aquí, pero no comparten ese tipo de información con cualquiera. Tendré que ver qué puedo hacer, si es que puedo hacer algo.

—Por favor —susurró ella—. Por favor, inténtalo.

Se apartó de la cómoda para poner sus manos en su hombro, dándole la vuelta y llevándola a la cama.

—Lo haré. Ahora, duerme un poco. Lo vas a necesitar para el siguiente nivel.

Se retiró el edredón y se metió debajo, todavía con la camisa que antes vestía. El material era lujoso y suave contra su piel y, lo mejor de todo, olía a él. Vainilla y tabaco. Se estaba volviendo extrañamente reconfortante.

Estiró las mantas sobre los hombros e hizo ademán de darse la vuelta, pero ella alargó la mano y se la agarró.

—¿Te vas? ¿Y si hay un fantasma en mitad de la noche?

—Puedo quedarme hasta que te duermas —le dijo él, apartando suavemente su mano de la de ella para instalarse en el sillón que había a unos metros.

Cerró los ojos e intentó dormirse. Pero fue inútil. Su mente iba a mil por hora. Pensaba en Genevieve y en el misterioso

Gabriel y en lo que todo aquello podía significar. Pensando en los labios de Blackwell sobre los suyos. Que se convirtió en pensar en lo que los llevó a ese momento en el primer lugar. El ácido ardiendo a través de su ropa, la próxima prueba de tortura que pronto tendría que soportar. Era suficiente para mantenerla despierta el resto de su vida.

Y entonces, justo a tiempo, la Voz de las Sombras hizo su aparición nocturna.

—Tienes que golpear la cabecera —le dijo—. Tres juegos de tres. A continuación, nombra a las personas a las que quieres mantener a salvo durante la noche. O morirán todos. Hasta la última.

Tan discretamente como pudo, estiró la mano por encima de su cabeza para golpear con los nudillos la cabecera. *Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres.*

—Genevieve —susurró para sí misma.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Blackwell en voz baja.

Maldita sea. No es lo suficientemente sutil.

Su madre y Genevieve eran las dos únicas personas que habían sabido de la extensa lista que era el ritual nocturno de la Voz de la Sombra. Y no porque se lo hubiera contado, sino porque habían pasado todas las noches presenciando por sí mismas. Había algo en ello que siempre la había avergonzado profundamente. Estar a merced de golpear su cabecera o la pared o hacer cualquier otra tarea ridícula que la voz le exigía solo para que se callara y pudiera dormir sin el ominoso manto del terror existencial.

—Estaba complaciendo a mis demonios internos —dijo finalmente, solo medio en broma.

—¿Hay algo que pueda hacer para vencerlos, para que puedas dormir? —le ofreció.

La autenticidad de su tono hizo que su pecho se tensara con una emoción que nunca antes había sentido y que no podía nombrar.

—Ojala —susurró ella—. Además, si todos mis demonios internos fueran destruidos, no quedaría mucho de mí.

Permaneció en silencio durante un largo momento. Luego:

—Nada te va a hacer daño mientras esté aquí, Ophelia. Descansa.

Respiró hondo y se hundió aún más en el colchón, contando los latidos del medallón, que no había cesado desde su beso. Muy pronto, el collar y el zumbido constante de la energía de Blackwell la sumieron cada vez más en el subconsciente, y por fin se dejó llevar.



A la mañana siguiente, Blackwell no aparecía por ninguna parte, pero Poe estaba acurrucado a su lado, ronroneando satisfecho. Ophelia acarició la cabeza fantasmal del gato antes de estirarse y prepararse para el día. Se decidió por un sencillo vestido blanco de gasa y un corsé de tirantes con lazada delantera. Ambos relativamente fáciles de llevar.

El reloj de pared le indicaba que aún faltaban horas para la cena, y eso significaba que tenía tiempo de sobra para escabullirse hasta la habitación secreta antes de que Blackwell y ella volvieran a cruzarse. Quería ir a inspeccionarla ella sola y tomarse un momento para lamentar la falacia que había estado viviendo: su creencia de que

conocía a Genevieve mejor que nadie en el mundo. Desde luego, Genevieve la conocía mejor que nadie. Al menos, antes de Phantasma. Ahora, Ophelia sentía que eran extrañas la una para la otra. Tal vez fuera un poco dramático, pero el dolor que se había escondido bajo la adrenalina de los últimos días por fin salía a la superficie, y aumentaba cada matiz de traición en su mente.

Ophelia iba por ahí haciendo tratos de sangre con Fantasma, siendo mordida por serpientes venenosas y arriesgando su vida cada noche, y probablemente a Genevieve ni siquiera se le pasaba por la cabeza que Ophelia se atreviera a ir tras ella.

Lo cual quizás no era darle suficiente crédito a Genevieve, pero en ese momento Ophelia no tenía ni idea de lo que su hermana podía estar pensando. Lo peor era que, ahora mismo, lo único que quería Ophelia era hablar con Vivi. A pesar de los secretos, de su pelea o de la ira que Ophelia sentía por la naturaleza impulsiva de Genevieve, deseaba desesperadamente saber que su hermana estaba a salvo. Y contárselo todo. Lo que había pasado dentro de Phantasma, lo extraña que era su nueva magia, el extraño latido del medallón y, sobre todo, Blackwell.

Quería contarle a Vivi su desacertado trato y lo exasperante que le parecía Fantasma. Quería contarle el fastidio que le producía cuando le daba respuestas a medias a cada una de sus preguntas y las ganas que tenía de apuñalarlo, sólo para que se diera la vuelta y le salvara la vida o la hiciera reír. Y quería contarle a su hermana, desesperadamente, la forma alucinante en que la tocaba, los embriagadores que eran sus besos y cómo un encuentro erótico con el Fantasma le había hecho darse cuenta de que, después de todo, tal vez no estaba rota. Todo lo contrario de cómo Elliott la había hecho sentir durante su breve aventura.

Una parte de ella se sentía desolada por no poder volver a vivir esa experiencia con Blackwell. A menos que quisiera ser una hipócrita.

—¿Qué te hace pensar que él querrá volver a sentirte así? —siseó la Voz de las Sombras—. ¡Eres patética, indeseable. Eres espeluznante. Probablemente pensó que la forma en que actuaste anoche era vergonzosa.... Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza.

—¡Alto! —exclamó en voz alta, golpeándose la frente con las manos como si pudiera desalojar físicamente la voz de su mente. Pero no se detuvieron. La palabra se repitió una y otra vez hasta que Ophelia prácticamente se arrancó el cabello del cuero cabelludo.

Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. .

—Ophelia —dijo una voz profunda.

La Voz de la Sombra se escabulló en las profundidades de su mente y finalmente se quedó en silencio.

Blackwell apareció de repente, apartándose suavemente las manos del cabello.

—¿Qué está pasando?

—No se detenía —gimió ella.

—¿Qué no se detendría? —insistió.

—La Voz de la Sombra —gritó, apretando las manos en puños para resistir la tentación de hundirlas de nuevo en sus cabellos despeinados—. No paraba de decirme que debía

darme vergüenza anoche, cuando nosotros, ya sabes, y no paraba. Una y otra y otra y otra y otra vez...

—Oye. Mírame.

Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados.

—Respira hondo —le ordenó cuando ella finalmente abrió los ojos—. Dentro. Fuera.

Ella hizo lo que él le dijo.

—Otra vez.

Dentro. Fuera.

—Una vez más.

Dentro. Fuera.

—No tienes nada de qué avergonzarte —juró—. La próxima vez que tu mente trate de convencerte de lo contrario, recuerda esto: no hay nada en ti que me parezca indeseable. ¿De acuerdo?

Ella desvió la mirada. No quería creer nada más.

—*Pero no puedes, ¿verdad?* —La Voz de la Sombra se rio—. *Son solo palabras bonitas de una cara bonita. Sin embargo, puedes creerme, pequeña Nigromante.*

—Ophelia —le devolvió Blackwell—. Cada vez que tus ojos se ponen vidriosos de esa manera... ¿A dónde vas?

—A ninguna parte —mintió ella.

Entrecerró los ojos.

—¿Quién es la Voz de la Sombra?

Su sangre se congeló al oír que alguien más nombraba a la entidad insidiosa en su cabeza. No podía hablar. No sabía qué decir, e incluso si lo sabía, no quería explicarle algo tan íntimo, por miedo a que la hiciera derrumbarse. El pánico en

sus ojos debe haber sido flagrante porque él decidió dejarlo pasar, cambiando de tema.

—Hice un trato con Jasper —le informó—. Pronto podremos ver los registros de los concursantes.

Respiró sorprendida.

—¿Así de fácil?

Hizo una mueca.

—No diría que *fácil*. Pero ya está hecho.

—¿Qué le prometiste?

Él negó con la cabeza.

—Nada sabroso. No te preocupes por eso.

Ella Suspiró.

—Bueno, ¿cuándo podemos verlos?

—Dentro de una hora, así que tenemos algo de tiempo para matar.

Ella no podía mencionar que había tenido la intención de escabullirse al pasillo secreto sin él. Tendría que dejar esa idea para otro momento.

Agarro el cepillo y empezó a alisarse los rizos enmarañados.

—¿Qué sugieres que hagamos para esperar?

Una sonrisa malvada.

—Nada que implique dejarnos la ropa puesta.

—Por favor, no me lo pongas difícil.

La mueca se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, técnicamente tú eres la que...

—Si estás a punto de hacer alguna insinuación ridícula con la palabra duro —le señaló con el cepillo—, trágate la lengua.

Hizo ademán de suspirar pesadamente, como si no poder terminar su chiste le resultara profundamente inconveniente.

—Bien. ¿Qué tal si aprovechamos este tiempo para algo de lo que quería hablar: tu magia?

Inclinó la cabeza.

—¿Qué pasa con mi magia?

—Necesitas aprender a manejarla mejor, a controlarla. Me está volviendo loco ver cómo la desperdicias. Además, quiero que aprendas a controlar tu pequeño acto de desaparición antes de los próximos niveles.

—Creo que pasaré. No estoy segura de poder tolerarte como profesor. ¿Y qué implica exactamente el siguiente nivel?

—Mucha muerte si no aprovechas todas las ventajas —dijo él.

—Tan útil como siempre —bromeó ella.

—Bueno, yo estoy tratando de ser útil, y tú estás siendo difícil —contraatacó—. Las dos primeras pruebas fueron un juego de niños comparado con lo que viene a continuación. Sólo puedo ayudar hasta cierto punto en algunos de estos niveles. El resto dependerá de ti. Quiero que sea una perspectiva esperanzadora, no arriesgada.

—Aw. —Se llevó una mano burlona al pecho—. ¿Estás diciendo que te entristecería que me mutilaran o muriera?

Él le dirigió una mirada extraña e inescrutable.

—Dime, ángel, ¿crees que no tengo corazón?

La gravedad de su tono la hizo retorcerse un poco, pero se limitó a señalar:

—Técnicamente, no tienes corazón.

—Hasta que completes con éxito nuestro trato, por supuesto —dijo él. Una broma inteligente teniendo en cuenta

los objetos que estaban buscando—. ¿Verdad?

Ella no estaba segura de a dónde quería llegar.

—Sí...

—Entonces déjame entrenarte para que no acabes pereciendo trágicamente —insistió.

—Bien. Supongo que tu tutoría no puede ser peor que cualquier muerte creativa que tenga planeada el siguiente nivel.

Blackwell se rio.

—Ese es el espíritu.



24

LECCIONES

A favor de Blackwell, era un instructor decente. Aunque podía prescindir de las sonrisas arrogantes cada vez que intentaba algo contrario a sus sugerencias y le salía el tiro por la culata.

Aunque su magia no era la misma, fue capaz de desglosar la mecánica de sus lecciones lo suficientemente bien como para darle una idea de qué buscar dentro de sí misma. Cómo sentir las diferentes sensaciones en su cuerpo para concentrar su poder de una manera que le diera más control. Sin embargo, ese esfuerzo se enturbiaba por las mariposas en su estómago cada vez que se acercaba demasiado para demostrar algo.

Era un poco más firme en sus instrucciones de lo que había sido su madre, probablemente porque su madre no había sido capaz de hacer otra cosa que describirle la magia, y ahora Ophelia era capaz de sentirla de primera mano. Pero todas las

críticas de Blackwell fueron constructivas de una manera que la animó a elevarse a su nivel, en lugar de derrumbarla.

—Estás perdiendo la concentración justo antes de expulsar —le dijo—. No puedes dejar de concentrarte solo porque sientas que tu magia está lista para disparar. Asegúrate de seguirla hasta el final. Hazlo otra vez.

Llevaban poco más de una hora en el salón lleno de telarañas, uno frente al otro a unos metros de distancia para que ella tuviera algo a lo que apuntar. Invocaría su magia, apuntaría y expulsaría, luego Blackwell se volvería transparente justo a tiempo para que las chispas azules de su poder pasaran a través de él y quemaran la pared. La parte de invocación se había vuelto más fácil cuanto más flexionaba ese músculo en su núcleo. Era la parte de la puntería con la que tenía dificultades. Por mucho que lo intentara, los destrozos de poder siempre salían dispersos en lugar de aerodinámicos, y aunque Blackwell nunca pareció quedarse sin paciencia con ella, se estaba quedando sin paciencia consigo misma.

—Estoy cansada —le dijo—. Y no me queda mucho en mi embalse.

Además, la habitación había empezado a oler fuertemente a petricor y sal, un efecto secundario de toda la magia que empezaba a marearla.

Él asintió.

—Muy bien. ¿Por qué no cambiamos nuestro enfoque a la desaparición?

—Te lo dije —dijo ella, suspirando—. Eso fue un *accidente*. No sabría por dónde empezar.

—¿Qué lo desencadenó antes? —preguntó.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Cade atacándome con un cuchillo...

Antes de que pudiera terminar el resto de su frase, Blackwell chasqueó los dedos y de repente apareció un cuchillo en su mano. No hubo ni un segundo de vacilación cuando lanzó el cuchillo directamente hacia ella.

Se atragantó con un chillido mientras intentaba apartarse del camino, pero no se movió lo suficientemente rápido y el cuchillo... atravesó su pecho ahora invisible. Ella miró boquiabierta a Blackwell, mitad incrédula, mitad rabia. Él la miró a los ojos, bastante satisfecho de sí mismo.

—Definitivamente es un mecanismo de autodefensa — confirmó con un guiño.

—¡Eres una *amenaza*! —le ladró—. ¿Y si eso no hubiera funcionado?

—Funcionó, así que no tiene sentido estar molesta por eso —replicó mientras tomaba otro cuchillo, lanzándolo al aire y atrapándolo por la empuñadura.

—Te juro que si me tiras eso...

Agitó el cuchillo en su dirección. Esta vez, ella logró apartarse del camino, pero él ya tenía otro cuchillo a la mano. Ni siquiera se molestó en protestar mientras él apuntaba al siguiente, sino que se concentró en la forma en que se le erizó la piel mientras trazaba la trayectoria del cuchillo en el aire. Cuando se acercó, una inyección de terror recorrió sus venas y una extraña sensación, que solo podía describir como lo que imaginaba que se sentiría al evaporarse, la recorrió. El cuchillo le atravesó el pecho.

—Lo tengo —se dio cuenta.

Esta vez, cuando él lanzó el cuchillo, ella plantó los pies a la altura de los hombros y se preparó.

Con un fuerte movimiento de cabeza, instruyó:

—Apunta a un lugar diferente esta vez.

Lo empujó hacia su hombro izquierdo. Ahora que sabía qué sensación anticipar, se concentró en ese cálido cosquilleo, y antes de que el cuchillo estuviera al alcance de la mano, hizo desaparecer todo su brazo izquierdo.

—Demonios —jadeó mientras levantaba su miembro invisible. En lugar de que volviera inmediatamente a su estado sólido, como lo había hecho cuando esto sucedía involuntariamente, vio que tenía que hacer que volviera a aparecer. Tardó un poco más de lo que esperaba, pero finalmente regresó, completamente intacta.

Volvió a mirar a Blackwell y encontró un brillo cómplice en sus ojos, así como otra emoción que no pudo ubicar.

—¿Viste eso?

—Sí —cruzó los brazos sobre el pecho—. Ahora, solo tienes que seguir practicando hasta que puedas aparecer y desaparecer en una fracción de segundo.

—¿Alguna vez has oído hablar de un Nigromante que pudiera hacer algo así? —se preguntó, mirándose las manos con asombro.

—No —le dijo—. Creo que tal vez...

—Blackwell —una voz retumbó de repente en la habitación.

Ophelia se giró para descubrir que el dueño de la voz era Jasper. En las manos del Diablillo había un libro encuadernado en cuero tan grueso que se preguntó cómo era posible que el lomo aguantara todas las páginas sin despegarse. Los registros de los concursantes.

—Tienes veinticuatro horas —advirtió Jasper mientras Blackwell se transportaba para quitarle el libro de las manos al Diablillo—. Si le ocurre algo, será *ella* quien se atenga a las consecuencias. ¿Entendido?

Blackwell bajó la barbilla en un solo movimiento de cabeza y luego ambos hombres dirigieron sus ojos hacia ella, esperando la confirmación de que ella entendía lo que estaba en juego. Ella asintió profusamente y Jasper desapareció. Corriendo hacia Blackwell, ella captó con avidez cada detalle del libro mientras él abría la tapa. Un idioma que no podía leer estaba escrito en letras gruesas y negras en la portada. Unas cuantas páginas más y la lista comenzó. Los nombres en lenguas de todos los rincones del mundo, incluidos los que habían sido olvidados, se enumeraron uno por uno. La mayoría estaban tachadas con tinta roja, aunque algunas estaban tachadas en negro, y cada cien más o menos, una estaba encerrada en un círculo. No necesitó una clave de respuestas para juntar las piezas. Muerto, perdido, ganado.

—Esta competición debe tener siglos de antigüedad —susurró.

—Sí —murmuró Blackwell.

—Pero si Genevieve conoce a esta persona Gabriel, entonces no puede ser *tan* viejo —razonó—. Lo que significa que podemos llegar hasta el final, ¿verdad? —Volteó un gran trozo del libro hacia la izquierda mientras hablaba—. Y Gabriel tenía que haber sido un concursante. Genevieve nunca estaría en contacto con alguien que trabajara aquí, alguien de la variedad paranormal. A ella no le gustaba mucho la práctica de nuestra madre. Tan pronto como tuviera la edad suficiente para ir sola a la ciudad, aprovecharía cualquier oportunidad para salir de la mansión Grimm.

Y hacer un montón de amigos que no conocía.

Blackwell asintió, el movimiento era extrañamente tenso.

—Si estás segura, empezaremos por el final.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, una campana repicó en la habitación. Era la hora de la cena, y del nivel tres.

Blackwell suspiró y cerró el libro de golpe, metiéndolo bajo su brazo.

—Volveremos a esto después del nivel. Escucha, de aquí en adelante, en el momento en que atraveses los portales, necesitas convocarme, ¿de acuerdo?

—Entendido. —Ella le hizo un gesto con la mano e hizo ademán de acercarse a la puerta, pero él se apartó frente a ella.

—Lo digo en serio, Ophelia. —La seriedad con la que pronunció su nombre le hizo detenerse un poco—. Si no me invocas rápidamente y te distraes, podrías ser asesinada fácilmente.

Ella sostuvo su mirada mientras prometía:

—Entiendo.

Con eso, tomaron caminos separados: ella hacia el comedor y él fuera de la vista para esconder el libro y mantenerlo a salvo. Mientras caminaba por los pasillos, arrastró un dedo por el intrincado papel pintado de damasco, observando cómo dejaba un rastro en el polvo a su paso. En los pasillos abiertos siempre corría una corriente de aire, pero sorprendentemente el aire no estaba viciado. El rico aroma de algo cálido y almizclado, con notas de magnolia, le recordó al perfume favorito de su madre. Se preguntó si sería uno de los trucos de Phantasma.

No pudo evitar pensar que con un poco de agua y jabón, y menos diablillos, este lugar podría ser realmente magnífico. Por un momento, se imaginó que Phantasma no era una horrible competición, sino una opulenta finca donde se celebraba un baile anual de carnaval. Un lugar en el que podría ponerse una máscara ornamentada y un vestido atrozmente lujoso y bailar y beber hasta desmayarse.

Le vino a la mente una visión en la que un apuesto pretendiente la hacía girar alrededor de un salón de baile.

Las amplias faldas de su vestido bermellón se agitaban sin esfuerzo con cada giro y estaban superpuestas como delicados pétalos de rosa. La parte superior del vestido era un corsé estructurado de cintura caída hecho de seda rica, que apuntaba hacia abajo en una “V” justo debajo de su ombligo antes de que comenzaran las faldas. Los guantes de ópera de seda a juego se extendían hasta sus codos, y su cuello brillaba con una gargantilla de rubíes brillantes. Cuando el baile llegó a su fin, su pretendiente la sacó de la pista de baile y la llevó, riéndose, a una oscura habitación de invitados al final del pasillo. Lentamente le quitó los guantes por los brazos y los arrojó a un lado. A continuación, se deshizo del vestido y de su ropa interior de encaje, hasta que todo lo que quedó fue el collar de rubíes...

Mientras la sumergía, con los brazos alrededor de su cintura y los labios apretados contra el pulso de su cuello, Blackwell susurró:

—Te ves deslumbrante esta noche.

Ophelia volvió bruscamente al presente. Justo a tiempo para chocar contra la espalda de alguien.

No, no solo alguien. Cade.

La miró como un cazador mirando a un zorro. A Ophelia le preocupaba que lo que fuera que Blackwell hubiera hecho había reforzado el deseo de Cade de erradicarla más de lo que había inspirado al hombre a mantenerse alejado.

—Puedes engañar a tus amigos demonios todo lo que quieras, perra —le gruñó—. Pero te prometo que una de estas noches tendré la última risa.

Ella frunció el ceño.

—Me estoy cansando mucho de que me llamen perra. No te he insultado intencionadamente, pero puedo hacerlo si quieres.

Él se burló de su amenaza, pero no se detuvo, giró sobre sus talones y entró en el comedor. Mantuvo la distancia mientras la seguía, deseando en silencio que Blackwell hubiera sacado más sangre. Cade definitivamente se convertiría en un problema si su odio por ella influía en los otros concursantes y tenían la oportunidad de unirse contra ella en una de las pruebas.

En el comedor, sin embargo, los otros concursantes, aparte de Beau y Eric, parecían tan cautelosos con la presencia de Cade como con la suya. Se preguntó qué tenía Cade sobre los dos hombres para que le fueran tan leales. O tal vez era solo ese insípido sentido de camaradería que los imbéciles siempre parecían tener con otros imbéciles lo que los hacía mantenerse unidos. De todos modos, le gustó que eliminaran las conjeturas sobre a quién necesitaba evitar.

La única persona que se molestó en saludarla fue Luci, levantando la mano en un pequeño gesto mientras Ophelia se acercaba a la mesa para tomar algo de fruta. Leon estaba incómodamente rígido al lado de Luci, y Ophelia se preguntó si Luci le habría contado sobre el resto de su conversación en la biblioteca.

El silencio mientras todos comían era espeso, y el apetito en la habitación se había reducido notablemente. La mayoría de la gente tenía unas uvas o una rebanada de pan francés con mantequilla en sus platos. Dejando los platos más ricos, como el étouffée de cangrejos, las judías rojas y el arroz con pan de maíz con miel, el boudin frito y el budín de pan de praliné, completamente intactos. Cualquiera otra circunstancia y a Ophelia se le habría hecho la boca agua, pero la imagen de la mesa del comedor repleta de gusanos y arañas todavía

estaba demasiado fresca para hacer tentadora incluso su cocina favorita de su cocina local.

—Creo que la tortura más cruel que se comete en este lugar es alimentarnos justo antes de cada prueba —murmuró James mientras sacudía las migajas de su única rebanada de pan de su bigote.

Algunos gruñidos y murmullos de acuerdo resonaron antes de que el tenso manto de silencio volviera a caer sobre la habitación. Ophelia miró el reloj en la pared del fondo, deseando que el tiempo pasara más rápido mientras recogía uvas de sus tallos y las distraía distraídamente ordenadas por tamaño en el plato frente a ella. Comenzó a llevárselas a la boca, desde la más pequeña hasta la más grande, una por una, dejando que el jugo dulce corriera por la parte posterior de su garganta mientras su rodilla rebotaba debajo de la mesa.

Tic, tac, tac. Tic, tac, tac. Tic, tac, tac.

Estaba ansiosa por que comenzara la prueba y no estaba segura de por qué. Tal vez era la advertencia que Blackwell le había dado. O tal vez era la anticipación de volver a verlo tan pronto como atravesara ese portal...

Lleva menos de una hora fuera, contrólate.

Besarlo había sido un error astronómico.

—*Vuelve a encontrarlo molesto* —se dijo a sí misma. Pero el problema no era que ella hubiera dejado de encontrarlo molesto, el problema era que había comenzado a encontrarlo tentador.

Un relámpago recorrió la habitación, y Ophelia tragó lo último de su fruta, retorciéndose para echar un buen vistazo a su nuevo anfitrión. El Diablillo llevaba poco más que un rollo de tela dorada estratégicamente atado alrededor de su cuerpo, y su cabello platinado era tan largo que se acumulaba

en el suelo a sus pies descalzos. Con tan poco puesto, su Marca del diablillo era fácilmente distinguible: una serie de picos de color hueso que recubrían sus antebrazos. Una sonrisa maliciosa.

—Me llamo Devon. Bienvenidos al nivel tres —dijeron mientras invocaban el portal y revelaban la pista de este nivel. La rutina se estaba volviendo familiar hasta el punto de que la gente se daba codazos por un sitio en la parte delantera para poder ver mejor el incendiario guion.

SOBRE UN ABISMO ARDIENTE, TU JAULA DORADA DEBE ELEVARSE, PERO CUANDO LO HAGA, OTROS SE ZAMBULLIRÁN.

PESOS DORADOS, ALREDEDOR DE TUS CADENAS, LA CANCIÓN SEDUCTORA DE LA CODICIA, UN JUEGO PELIGROSO.

UN MAR DE TENTACIONES, UNA ELECCIÓN A DESPLEGAR, DECIDE SI TU VIDA, VALE SU PESO EN ORO.

Observó cómo uno de los otros concursantes conseguía un bolígrafo y papel para garabatear las pistas. Inteligente. Al menos, lo habría sido, si las palabras no se hubieran desvanecido tan pronto como se anotaron. Ophelia observaba con curiosidad por encima del hombro del concursante mientras intentaban una y otra vez que la tinta se quedara en la página, sin éxito. Phantasma no dejaba que se escribieran las pistas.

Devon comenzó a llamarlos, y Ophelia aprovechó la oportunidad para actualizar la lista del grupo en su cabeza mientras se preparaba para entrar ella misma. El hecho de que se mencionara un abismo ardiente en la primera línea de su pista no auguraba nada bueno. Tampoco el darse cuenta de que solo quedaban diecisiete de ellos y que solo habían completado dos niveles.

—*Invoca a Blackwell de inmediato* —se recordó a sí misma mientras tomaba su turno para atravesar, dejando que la magia del portal la envolviera.

Sin embargo, en el momento en que salió, todo, excepto la nítida sensación de miedo voló de su mente. Estaba atrapada en una enorme jaula dorada que colgaba en el aire. Y mil pies más abajo, había un océano de lava hirviendo. Un abismo de fuego.



23

NIVEL TRES

CODICIA

Lo único que hacía más repugnante que el olor a lava quemada era el olor a cabello y carne quemados. Ambos impregnaban el aire brumoso que rodeaba el acantilado.

Su jaula dorada flotaba justo al alcance de una ladera rocosa sobre el gran mar de fuego. Al entrecerrar los ojos a través del vapor ondulante a su izquierda, pudo distinguir el brillo de otra jaula a unos treinta metros de distancia y sólo pudo suponer que contenía a otro concursante. Antes de que pudiera invocar a Blackwell, la jaula se sacudió violentamente. Se tambaleó hacia delante y se agarró a los barrotes para mantener el equilibrio.

Por encima de un abismo ardiente, su jaula dorada debe elevarse, pero cuando lo haga, otros se sumergirán.

Por un segundo, una parte de ella se sintió impresionada por su creciente capacidad para recordar las pistas bajo tanta presión. La otra parte de ella era plenamente consciente de que la estaban bajando lentamente hacia el mar de lava.

Al escanear el recipiente dorado en busca de algo que pudiera hacer que dejara de moverse, quedó claro que no había nada especial dentro de la jaula: ni palancas ni manivelas para volver a subirla. Detrás de ella había una gruesa cadena que descendía hasta el fuego, pero cuando estiró la mano para tirar de ella, el metal le abrasó la piel y un grito de agonía salió de su garganta.

—*Mierda* —siseó entre sus dientes apretados cuando finalmente logró recuperar el aliento del dolor abrasador. Una desagradable quemadura burbujeaba en la palma de su mano, la piel carbonizada se volvía de un grotesco marrón moteado, y por un momento se preocupó de que el calor le hubiera derretido la piel hasta los huesos. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y las apartó con su mano buena.

—*Nunca dejé que el dolor se apoderara de mí* —la voz de Genevieve atravesó su pánico—. *Prefiero dejar que me aporte claridad.*

Su jaula volvió a caer, y esta vez la hizo caer de rodillas.

Respiró hondo y empujó el fuego palpitante en su mano hacia el fondo de su mente. Se preguntó si las jaulas de todos los demás también se moverían, y cuando unos pocos gritos de pánico resonaron en algún lugar de la espesa niebla un momento después, obtuvo su respuesta. Basta de esto.

—*Blackwell* —invocó ella, repitiendo su nombre dos veces más mientras la jaula rebotaba por otro pie.

Su estómago comenzaba a revolverse por el calor sofocante de la atmósfera, su cabello se le pegaba a la nuca por el sudor.

—Tendré que desnudarme solo para evitar un golpe de calor —jadeó para sí misma, limpiándose la frente con el dorso de la mano buena.

—Por mucho que me duela decir esto —resonó la voz de Blackwell—, sigue con la ropa puesta, ángel.

Se giró para mirar en la dirección de su voz, pero él no se veía por ningún lado. Una ola de paranoia se apoderó de ella.

—¿Blackwell?

—Sí, estoy aquí —le aseguró—. La magia de las jaulas equilibra la masa exacta de cada concursante. E incluso en mi forma más fantasmal, la energía tiene peso. Lo que significa que solo puedo proyectar mi voz aquí.

—¿Y cómo sé que realmente eres tú? —Entrecerró los ojos ante el espacio vacío que tenía delante.

—¿Cómo voy a probarlo? Haz una lista de todos los comentarios mordaces que me has hecho en los últimos días. —Podía oír la diversión en su tono—. O tal vez pueda entrar en detalles sobre las expresiones que haces cuando te llevo al borde del placer...

—Está bien, suficiente. —El ardor de su mano comenzaba a dolerle insoportablemente y su paciencia se estaba agotando—. Yo creo...

La jaula volvió a caer, esta vez dos pies, cortando el resto de su frase mientras sus dientes rechinaban por la brusca parada.

—El muro que tienes delante —ordenó Blackwell con prisa—. Tendrás que meter la mano entre los espacios de las barras y subir para encontrar pesos circulares incrustados en la roca. Sujetarás esos pesos alrededor de la cadena detrás de ti, con cuidado, y el sistema de poleas encantado levantará tu jaula. Sin embargo, cada vez que subas una yarda, la magia contrarrestará el movimiento bajando a los otros

concurstantes. Y teniendo en cuenta la velocidad a la que está cayendo este artilugio, apostaría a que varios otros ya han comenzado a descubrir su tarea.

Su respiración se entrecortó.

—¿Quieres decir... ¿Sobrevivir podría significar matar a alguien?

—Si los demás no son lo suficientemente rápidos para recuperarse. Pero eso no es asunto tuyo —le dijo—. Recuerda lo que te dije acerca de tener un corazón blando. Ahora no es el momento ni el lugar.

—Mi mano —soltó ella, acercándola a su voz distante para mostrarle la roncha furiosa y ampollada—. Toqué el...

—*Por eso tu convocatoria me pareció tan débil* —murmuró—. ¿Qué te dije sobre lesionarte? ¿Y convocarme de inmediato?

—No sé qué decirte si no crees que distraerse con un abismo gigante de lava es una excusa razonable para cometer un par de errores —replicó ella.

Él se quedó callado por un momento, y ella pudo imaginar la expresión de exasperación en su rostro. Luego:

—No puedo curarte.

Tragó saliva.

—Pero... tengo que usar mi mano para trepar.

—Lo sé. —Una pausa cargada—. Solo puedo curarte en mi estado completamente corpóreo, y esa cantidad de peso haría que la jaula cayera demasiado.

Su voz sonaba ahora tensa, sus palabras tensas con algo que ella no podía ubicar del todo, y se preguntó si era ira o frustración por su tontería por tocar la cadena caliente, o si era... algo más. Algo considerado peligroso aquí.

Ella negó con la cabeza. Había demasiadas otras cosas en las que concentrarse en este momento que lo que estaba sucediendo entre los dos. Respiró hondo y echó los hombros hacia atrás, se preparó.

Metió las manos a través de los barrotes de la jaula, agarró una roca que sobresalía del acantilado y tiró hacia abajo tan fuerte como pudo. El movimiento impulsó la jaula hacia arriba sobre su polea. El dolor que le arañaba la mano herida por la roca áspera y el esfuerzo de arrastrarse a sí misma y a la jaula hacia arriba fueron casi suficientes para hacerla desmayarse. Incluso la piel de su mano ilesa se estaba irritando con el agotador esfuerzo, y justo cuando se preguntaba si era capaz de hacer esta prueba, vio algo que brillaba dentro de la roca de arriba.

Luchando por la agonía, se elevó un pie más, hacia el peso dorado que asomaba por la ladera del acantilado, y comenzó a cavar para desenterrarlo. Pedazos y pedazos de la ladera de la montaña se desmoronaron hasta sus pies y se incrustaron bajo sus uñas. La pesada pieza en forma de anillo era gruesa, casi más grande que su cabeza. Y cuando finalmente se soltó de peso, su orgullo se disparó con el logro.

Sintió que la jaula se sacudía y rebotaba unos metros al atravesarla con la nueva masa añadida. La pesa tenía bisagras que le permitían abrirla antes de cerrarla con abrazaderas alrededor de la cadena hirviente del exterior de la jaula. Cuando lo dejó caer por la cadena, como un enorme amuleto alrededor de un collar, varios estruendos vibraron por los eslabones metálicos, hasta que el inconfundible sonido de un silbido reverberó desde abajo cuando el aro dorado se sumergió en el mar de lava.

La jaula se elevó varios metros.

—Lo estás haciendo excelente —elogió Blackwell—. Sigue adelante.

Su aliento la hizo esforzarse más. Por mucho que odiara admitirlo, anhelaba la confirmación cuando hacía algo bien. Algo con lo que su madre no se había molestado a menudo.

Se las arregló para subir por la superficie rocosa unos metros más antes de que su mano lesionada comenzara a sangrar profusamente, enviando un dolor relámpago por su brazo. Pero ella lo ignoró.

—Eso es todo, ángel —continuó Blackwell—. El próximo está un poco más lejos.

No se molestó en secarse las lágrimas que corrían por sus mejillas, cualquier reparo por ser vulnerable frente a Blackwell fue reemplazado por el orgullo que sus palabras estaban encendiendo en su vientre.

Unos minutos más tarde encontró otro peso. Sin embargo, esta vez, cuando lo envió al mar ardiente de abajo, el chapoteo que hizo fue acompañado por una serie de gritos agonizantes. Lo peor era el olor a cabello y carne carbonizada que penetraba a través de los barrotes de la jaula un momento después.

No.

Ophelia se asomó a los barrotes y recogió el contenido de su estómago.

No.

Podía sentir que la Voz de la Sombra comenzaba a desplegarse en el fondo de su mente, ansiosa por alimentar cualquier espiral que estuviera a punto de apoderarse de sus sentidos. Si los gritos de los concursantes no la perseguían por el resto de su vida, la Voz de la Sombra seguramente lo haría.

—*Mataste a alguien, pequeño monstruo. ¡Qué pecado tan terrible el de tener para siempre estropeando tu alma! Pero si*

golpeas la roca tres veces, puedes absolverte de asesinato —
tentó la Voz de la Sombra.

Y que se condenara al infierno si no se apresuraba a volver
a golpear con los nudillos la ladera de la montaña.

Uno, dos, tres.

—*De nuevo* —se rio.

Uno, dos, tres.

Otra vez.

Uno, dos, tres.

—Ophelia.

Al sonido de *su* voz, la Voz de la Sombra se marchitó y
desapareció. Un sollozo se atascó en la garganta de Ophelia al
ver la sangre que ahora cubría sus nudillos.

—La Voz de la Sombra.. —susurró ella—. No se detendrá a
menos que haga lo que dice.

—Dime quién es la Voz de la Sombra —insistió Blackwell
suavemente.

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Ángel?

—No lo sé —respondió finalmente, olfateando—. A veces,
pienso que soy *yo*. Todas las partes malas de mí. Pero las
cosas que me dice que haga... sé que nunca querría esas
cosas. Lo *odio* .

—Oye —murmuró él, y de repente sintió que una cálida
sensación estática la envolvía, como si la estuviera rodeando
con sus brazos aunque no estuviera físicamente allí—.
Escúchame. Somos solo nosotros dos aquí en este momento,
¿de acuerdo? Respira hondo.

Lo hizo.

—Dos más —dijo, a sabiendas.

Dio dos bocanadas más de aire como se le había indicado, algo dentro de ella se hinchó con una emoción extraña por el hecho de que él hubiera observado con tanta astucia un detalle tan específico. Siempre de tres en tres. Su medallón comenzó a calentarse.

—Ahora, llegaremos al fondo de esta Voz de la Sombra más tarde, pero en este momento quiero que escuches *mi* voz y solo mi voz —le ordenó—. Solo necesitas unos cinco pesos más. Vamos por todas.

Dejó que su voz calmara sus nervios, se aferró a la tranquilidad que impregnaba su tono. Si él pensaba que ella estaría bien, ella estaría bien. No le mentiría. Necesitaba que ella saliera ilesa de esta competencia. Para tener éxito. Con él era el lugar más seguro en el que podía estar.

—Está bien —susurró ella.

—¿Lista? —preguntó—. Empieza a escalar.

Lo hizo. Cuando Ophelia se levantó un pie a la vez, sus bíceps le gritaban que se detuviera, y se regañaba a sí misma por tener tanta falta de fuerza en la parte superior del cuerpo. Después de esto, iba a empezar a levantar libros de la biblioteca.

Unos minutos más tarde, encontró otro peso. Luego otro. Cuando se encontró con un tercero, sus huesos se sentían como gelatina por la tensión, pero el aliento y la confianza de Blackwell nunca flaquearon.

—Dos más —prometió.

Cuando se detuvo un par de metros más, en busca de la siguiente pieza de oro, llegó a una espesa mancha de niebla. Tosiendo, se apartó de la niebla blanca y húmeda y salió al aire despejado de arriba. Se quedó sin aliento cuando vio al

menos seis jaulas ya sentadas en lo alto del acantilado, vacías.

—¿Cómo se levantaron tan *rápido*? —se quejó.

Entonces, inmediatamente a su izquierda, vio nada menos que a Cade, abriéndose paso por encima de la bruma. De hecho, se sorprendió bastante al ver que él, estando en tan buena forma, aún no había completado la prueba. Entonces vio lo que estaba sentado a sus pies. Al menos seis de los pesos de oro.

—¿Por qué iba a guardarlos...? Espera.

... DECIDE SI TU VIDA VALE SU PESO EN ORO, había dicho la pista. Al parecer, Cade pensó que el suyo lo era.

—Nivel tres. *Codicia* —dijo Blackwell—. Los pesos son de oro puro. Si puedes llevarlos contigo, puedes quedártelos, pero es un riesgo. Los que tienen más peso caen más lejos cuando alguien más sube.

Y como si Cade hubiera oído las palabras de Blackwell (que, por lo que ella sabía, él *las había oído*) su mirada se clavó en la de ella. Con la boca retorcida por la determinación, comenzó a levantarse al doble de la velocidad que antes se movía, las venas de sus brazos sobresalían tan claramente que parecían estar en peligro de estallar a través de su piel. Volviendo a la acción, comenzó a trepar por el costado, su palma herida casi inútil en este punto. Aun así, siguió adelante, lenta y firmemente, y muy pronto encontró otro peso. Este estaba tan profundamente incrustado en la roca que se rompió las uñas tratando de sacarlo. Pronto, ya había salido suficiente, y aunque Cade ya había aumentado su peso y subido un piso por encima de ella, en el momento en que ella envió el suyo hacia abajo, lo vio caer en picada con un grito bajo la niebla.

Blackwell se rio con deleite mientras una pequeña punzada de culpa le atravesaba el corazón. Sin embargo, solo una

pequeña.

—Ya casi has llegado —anunció Blackwell mientras la jaula se levantaba—. Una más.

Podía ver el glorioso borde del acantilado con tanta claridad que casi lloraba. Bueno, ella ya estaba llorando, pero esta vez sería de alegría.

Cuando encontró el último peso dorado, otras dos jaulas surgieron a lo lejos a su derecha, pero no permitió que su mirada se detuviera en ellas. Blackwell tenía razón, no podía tener un corazón blando en este momento.

—*Puedo hacerlo* —se dijo a sí misma mientras apretaba la mandíbula por la tensión de sus movimientos—. *Puedo redimir mi alma más tarde. Genevieve me está esperando en alguna parte. Volveré con ella.*

La carne se desgarró alrededor de los tendones de sus manos y la sangre salpicó la tierra color carbón que tenía delante. Le dolía el cuerpo como nunca antes, los miembros y los músculos cada vez más tensos, hasta que temió que se agarrotaran y dejaran de funcionar. Pero no dejó de cavar. La presencia de Blackwell nunca vaciló en el aire que la rodeaba.

Con un tirón gutural, arrastró el último peso desde el acantilado y lo arrastró hasta la cadena. Forzando la bisagra, dejó que se cerrara y cayera al abismo, impulsándola hacia la libertad. Cuando los gritos resonaron bajo la niebla, ni siquiera se inmutó. Sólo se concentró en la salida.

Arrastrándose por el portal que la sacaba del nivel, Ophelia apenas llegó al borde de la entrada arqueada del comedor antes de desmayarse.



26

GUSTO

—Vamos —murmuró una voz profunda, unas manos frías recorriéndole la cara, cepillando el cabello de su frente—. Despierta para mí.

Ophelia no quería que quienquiera que la estuviera tocando se detuviera nunca.

—¿Mmm? —murmuró ella, tratando de abrir los ojos, pero eran demasiado pesados.

—Voy a empezar a curarte —le dijo la voz.

Ella tarareó una respuesta incoherente mientras comenzaban a pasar las yemas de los dedos por la piel dañada de sus manos y brazos. Una sensación estática y vibrante recorrió los lugares que tocaron, y ella se encontró riéndose.

—Eso hace cosquillas —jadeó.

No pasó mucho tiempo para que la fuerza regresara a sus extremidades, el dolor se desvaneció tan rápido que casi olvidó cómo se sintió solo unos segundos antes, y cuando finalmente abrió los ojos, una sonrisa radiante se extendió por su rostro mientras miraba los ojos esmeralda de Blackwell.

—Creo que debes haber sido un enviado del cielo —le dijo cuando su cabeza finalmente se aclaró.

Levantó una ceja divertido.

—Ese es un sentimiento nuevo para mí. Aquí.

Le tendió la mano y la puso en pie. Extendió los brazos por encima de ella, inspeccionando la piel, ahora lisa, de la palma de la mano, donde las heridas habían estado supurando apenas un momento antes. Totalmente nueva. Mientras tanto, las manos de Blackwell estaban ahora cubiertas de su sangre.

—Lo siento —le dijo tímidamente.

Él levantó un hombro con una sonrisa de satisfacción.

—Sólo es sangre.

Ella le apretó la mano.

—Gracias. Me has ayudado a superarlo.

Dio un paso hacia ella, levantándole la barbilla con el dedo para poder mirarla directamente a los ojos.

—Lograste superar eso. Estoy orgulloso de ti.

Su respiración se entrecortó. Nadie le había dicho esas palabras antes. No es el caso de Genevieve. No su madre. Su madre podría haberle dicho que había hecho algo bien, pero nunca que estaba *orgullosa*. Tessie Grimm nunca había sido de las que se dejan llevar por los sentimientos floridos.

Con la misma rapidez con que sus palabras la habían calentado, su siguiente frase le heló la sangre.

—Quiero hablar sobre la Voz de la Sombra.

Ella le arrancó la barbilla de las manos y negó con la cabeza.

—No. De hecho, ¿por qué no borras todo lo que sucedió en ese nivel de tu memoria para siempre?

Había algo en sentir un dolor insoportable que había pospuesto su vergüenza. Pero ahora que sus sentidos habían regresado, agudizados por el poder de su magia, no podía evitar sentirse mortificada por todo lo que acababa de presenciar. Había *llorado*.

—*La próxima vez, simplemente toma la caída en picado en el océano de lava* —se reprendió a sí misma.

Su expresión se tornó de frustración.

—Si esta voz te está haciendo lastimarte...

—Puedo arreglarme a mí misma sin tu ayuda. —Ella resopló—. Estaba bajo mucho estrés. Se hace más fuerte cuando estoy estresada.

—Ophelia. —Su tono era ahora firme—. No hace falta que te arregles. No estás rota. Pero está bien buscar ayuda externa si se vuelve demasiado ruidosa.

—Puedo controlarlo —insistió—. Simplemente déjalo.

—Te estaba haciendo golpear tu mano hasta convertirla en una pulpa sangrienta —afirmó sin rodeos—. Discúlpeme por estar preocupado.

—No lo entiendes —susurró ella—. Nadie lo entiende. Solo juzgan. La chica que tiene que golpear las paredes antes de salir de una habitación, o todas las personas con las que ha hablado, morirá. La chica que no puede hacer un simple recado porque se le ocurrió un oscuro pensamiento de que

algo catastrófico sucedería si se iba de la casa ese día. Mientras tanto, solo estoy tratando de satisfacer la voz el tiempo suficiente para tener un descanso de tener que escuchar cada uno de los pecados que he cometido una y otra vez.

—Escucha, si necesitas golpear una pared para aliviarte de cualquier voz insidiosa que esté en tu cabeza, no te *voy a juzgar*. Esa es una de las cosas menos extrañas que he encontrado en Phantasma, te lo aseguro. —Entrecerró los ojos—. Pero permitirte creer que has hecho algo tan pecaminoso que mereces sentir dolor es otro sentimiento completamente diferente. Y si estás molesta por lo que les pudo haber pasado a los demás en ese juicio... cuidarse a sí mismo primero no es un pecado. Lo entiendes, ¿verdad?

Se miró las manos.

—Es solo que... toda mi vida la gente ha tenido pensamientos sobre lo que fue mi madre, qué es lo que *soy* ahora. Nigromante. Blasfemo. Demonio. A algunas personas les da lo mismo. A veces, es fácil escuchar la voz en mi cabeza cuando me dice que no merezco algo. ¿Quién quiere estar cerca de alguien tan estrechamente ligado a la muerte y la oscuridad? Es morboso.

—¿Porque yo, de todas las personas, no entendería lo que es estar rodeado de muerte y morbo? —respondió secamente.

Punto tomado.

—¿Podemos, por favor, hablar de otra cosa? —imploró—. Después de todo lo que acaba de pasar, demonios, solo quiero sentirme *bien* de nuevo.

La intensidad de sus ojos se calentó ante sus palabras.

—¿Y qué te haría sentir bien ahora mismo, ángel?

Tragó saliva. La respuesta estaba en la punta de su lengua, pero no se atrevía a decirla. Era inequívocamente una mala

idea incluso pensarlo. Y él se burlaba de ella, la desafiaba. Ella lo sabía. Sin embargo, aun así... carajo, merecía un poco de diversión después de toda la sangre y el sudor que acababa de derramar, si todo lo que tenía garantizado en este lugar era dolor, ¿por qué no buscar el placer cuando y donde pudiera?

Él se acercó un paso más y ella retrocedió contra la pared detrás de ella. Todavía estaban en el pasillo justo afuera del comedor.

Colocó una mano sobre su cabeza para mantener el equilibrio mientras se inclinaba y se burlaba:

—Vamos, ángel. Dime qué puedo hacer para que te sientas *bien*. Al fin y al cabo, estoy a tu servicio.

Ella inclinó la cabeza hacia arriba y sus labios rozaron los suyos con la ligereza de una pluma, pero aun así no dijo nada. Un sonido bajo y sensual zumbó en el fondo de su garganta, y levantó su mano libre hasta los cordones delanteros de su corsé, rozando el dorso de sus dedos sobre el material de su estómago. Tiró lentamente de los cordones que sujetaban su corsé cerrado, desabrochándolos ágilmente, un tirón a la vez, la sangre aun cubriendo sus manos manchando la delicada telaraña blanca del vestido debajo.

—Dime lo que *quieres* —murmuró.

Su respiración se entrecortó cuando el corsé finalmente se desprendió y él comenzó a abrir los botones que corrían por la parte delantera del vestido debajo uno por uno. Todo el camino hasta su ombligo. El aire fresco del pasillo abierto golpeó su piel febril, y sus dedos se movieron para deslizarse suavemente entre sus pechos, dejando una tenue línea carmesí a su paso.

—Tú primero —susurró ella—. ¿Qué quieres?

Él se acercó, girando la cabeza para poder tocar ligeramente con los labios la parte inferior de su mandíbula.

—Quiero que me dejes verte. —Su boca empezó a recorrer la mandíbula, lánguida y tortuosamente. Sus palabras le hacían cosquillas en la piel—. Toda tú. Aún no he visto nada que me haga apartar la mirada. Ninguna atrocidad que pudieras cometer para que dejara de desearte así. Por prohibida que esté. —Clavó un beso en el punto sensible al final de su rastro—. Quiero saberlo todo. Quiero ver todos los rincones más oscuros de tu mente. —Levantó la cara para susurrarle las siguientes palabras al oído—. Quiero probar tus pecados.

En el momento en que esas palabras salieron de su lengua, algo la poseyó. Se inclinó brevemente hacia atrás y sus manos se aferraron a la parte delantera de la camisa de él para estabilizarse antes de balancearse sobre las puntas de los pies y estrechar su boca contra la de él. Este beso no fue suave ni tímido. Lo consumió todo. El fuego, el bueno, surgió en su interior cuando él atrajo su cuerpo hacia el suyo con avidez, enroscándole una mano en el cabello mientras le rodeaba la cintura con el otro brazo como una prensa. Ella gimió al sentir cómo él profundizaba aún más el beso, le metía la lengua en la boca y le rozaba el labio inferior con los dientes. Cuando se apartó para dejarla respirar, tenía la boca hinchada y palpitante.

Le besó la garganta y le tomó el pulso antes de arrodillarse ante ella. Su corazón retumbaba en su pecho, su medallón casi se fusionaba con su piel que ardía tanto caliente, y miró frenéticamente alrededor del pasillo para asegurarse de que no tenían ningún testigo. Él soltó una carcajada por su nerviosismo mientras recogía sus faldas y se las subía por encima de las caderas.

—Reto a alguien a que nos moleste ahora mismo —amenazó.

Su voz era temblorosa cuando preguntó:

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo?

Él le dirigió una mirada perversamente pícara.

—*Degustación.*

Estuvo a punto de ahogarse por la conmoción, pero no hubo tiempo de responder antes de que él se inclinara y empezara a besar la sensible piel de sus muslos internos expuestos. Un escalofrío recorrió su espina dorsal a medida que su boca subía, y su pecho se agitó con respiraciones entrecortadas de anticipación. Deslizó una mano lentamente por el costado de su pierna, hacia el delicado material de su cadera, y lo siguiente que supo fue que estaba rasgando el encaje de sus bragas y desechándolas.

Fue entonces cuando sintió que volvía la mirada oscura. La misma que juró haber sentido la vez que conoció a Blackwell en Phantasma, y la otra vez después de que se estrellara contra el techo del comedor. Cuando Blackwell se volvió paranoico sobre quién podría estar escuchando y la arrastró a un armario de escobas...

Se quedó completamente quieta, escudriñando el pasillo, pero no había nadie a quien pudiera ver.

Blackwell congeló instantáneamente sus movimientos cuando su lenguaje corporal cambió, levantando la vista para evaluar qué la había puesto tensa.

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿Quieres que pare?

Respiró hondo y se sacudió la paranoia. No había nadie allí. Volvió a mirar a Blackwell.

—No. No te detengas.

Ese era todo el permiso que necesitaba. Colocó besos alrededor de su ombligo mientras su mano se acercaba al lugar que le había estado doliendo desde su primer beso.

Cuando sintió que la yema de su pulgar le rozaba el torso, más ligero que una pluma, emitió un sonido entre un gemido y un ronroneo mientras apoyaba los hombros en la pared y se arqueaba más cerca de él, desesperada por ejercer más presión. La humedad entre sus piernas crecía a medida que él dibujaba círculos perezosos alrededor del manojito de nervios en su centro, su boca se acercaba más y más.

Dejando caer la mano, sacó la lengua para saborear su excitación, y ambos gimieron al unísono. Empezó a jadear, necesitando más, más, más. Pero se estaba tomando su tiempo. Metiendo y sacando la lengua en ella, pero nunca contra ese punto, y al cabo de un minuto ya estaba harta de sus burlas.

—Solo puedo imaginar que la muerte es más amable que tú. —Ella miró su rostro engreído mientras prácticamente se retorció contra la pared.

Él se rio y continuó con sus bromas hasta que ella comenzó a gemir por alivio.

—Sabes a *cielo* —murmuró.

—Blackwell —le suplicó, tirándole del cabello con impaciencia. Necesitaba alivio. Esta burla era demasiado.

Finalmente, él se lo dio. Su lengua acarició su clítoris, enviando una penetrante oleada de placer a través de su cuerpo, haciendo que se le doblaran los dedos de los pies y se le apretara el estómago. Le agarró el pelo con fuerza, como si quisiera retenerlo allí para siempre. Él movía la lengua en perezosos círculos y succionaba suavemente hasta que sus piernas casi cedieron bajo ella. Con cada caricia, con cada gemido de satisfacción de la garganta de él en respuesta a los sonidos de éxtasis de ella, el cuerpo de ella se acercaba a ese hermoso ápice de felicidad, pero justo antes de que ella llegara al lugar hacia el que estaba escalando, él se apartó.

Iba a matarlo.



27

NUEVO SUSTENTO

Los hombros de Blackwell se sacudieron con una risa silenciosa ante su expresión asesina mientras se apartaba, dejándose caer las faldas y poniéndose de pie. Volvió a capturar su boca en un acalorado beso antes de que ella pudiera lanzarle el millón de palabrotas que tenía en la punta de la lengua. Le rodeó la cintura con los brazos y los transportó.

Cuando parpadearon en su dormitorio, ella tardó un momento en sacudirse la desorientadora sensación de haber sido transportada. Pero Blackwell no se perdió ni un instante. Se despojó de la chaqueta y se desabrochó la camisa, y ella quedó de nuevo sorprendida por su belleza.

—Dios —susurró ella mientras aplastaba sus manos contra los seis músculos distintos de su abdomen, trazando la yema de un dedo sobre la “V” perfectamente cortada de los huesos de su cadera—. Eres tan hermoso. Es bastante irritante.

—Lo sé —dijo con ironía.

Ella puso los ojos en blanco, pero antes de que pudiera derribarlo de nuevo, él se inclinó rápidamente para levantarla por la parte posterior de sus muslos, enganchando sus piernas con fuerza alrededor de su cintura. Ella apretó sus labios con avidez contra los suyos y dejó que la besara hasta que su cabeza quedó nadando por la falta de oxígeno. La llevó hasta la cama y la recostó suavemente contra el edredón de felpa. Ella desenvolvió sus piernas de su cintura, dejando que sus rodillas cayeran abiertas mientras él se apresuraba a quitar el vestido de su cuerpo, dejándola completamente desnuda ante él.

La expresión de su rostro mientras estaba allí, mirándola, era de sincero asombro.

—Eres... —se frotó la boca con una mano, asombrado—, impresionante. Angelical.

Ella resopló, pero resistió el impulso de cubrirse la cara sonrojada con las manos. Sólo había dejado que su último amante la viera brevemente, entre las sábanas. Con Blackwell, le había dejado claro que no tenía nada que ocultar. Él ya había visto algunas de las peores partes de ella, y al final de esto, estaba segura de que lo vería todo. La mujer. El Nigromante. El monstruo.

—Ven aquí —susurró, acercándose a él.

Se desabrochó el cinturón de los pantalones con una sola mano y lo tiró a un lado antes de levantar una rodilla sobre la cama, colocándola entre sus piernas. Le plantó un beso en el vientre, justo encima del ombligo, antes de lamer y mordisquear hasta llegar a sus pechos. Apretó suavemente sus labios sobre uno de sus pezones y su espalda se arqueó fuera del colchón mientras el fuego dentro de ella se reavivaba.

Le levantó de la cabeza por el cabello y acercó sus labios a los suyos. Ella lo agarró por los costados y lentamente rodó sus cuerpos hasta que quedó acostada encima. Empujándose hacia arriba, con las palmas de las manos apoyadas en su pecho, maniobró hasta quedar a horcajadas sobre la parte superior de sus muslos.

Ella Sonrió.

—Es mi turno de probar.

Escenas del segundo nivel pasan por su mente. De amantes que se daban un festín el uno al otro de formas que nunca antes había imaginado. Y quería probarlo por sí misma.

Había algo muy dentro de ella que todavía no estaba segura de cuánto más iba a llegar en esta competencia. Sobre todo después de ese último nivel. Había otra parte de ella que sabía que probablemente esta sería la única vez que podría permitirse estar cerca de él de esta manera. Lo que significaba que iba a aprovechar la oportunidad para hacer todo lo que quería hacer antes de que desapareciera para siempre.

Metiendo la mano entre sus cuerpos, le desabrochó los pantalones antes de levantarse lo suficiente como para que él los pateara y los cayera al suelo. Ella miró hacia abajo.

Santo. Mierda.

La impresionante longitud era considerablemente mayor de lo que se había dado cuenta la noche anterior, cuando se había puesto a punto de llegar al clímax contra él. A una parte de ella le preocupaba que lo que estaba a punto de intentar no funcionara. Ella extendió la mano, vacilante, y envolvió su puño alrededor de su polla (su mano era demasiado pequeña para rodearlo por completo) luego le dio un solo golpe a la dura longitud.

Sus caderas se balancearon.

—*Mierda* —gimió—. Me retracto de lo que dije acerca de que eres angelical.

Se aclaró la garganta.

—¿Está bien si yo...?

—Puedes hacer lo que quieras, ángel —intervino con voz ronca—. Dejaría que me arrastraras a las profundidades del infierno ahora mismo si eso te complaciera.

—Esta es una versión de ti con la que puedo trabajar —bromeó mientras le daba otra caricia.

—*Mierda* —siseó de nuevo.

Ella apoyó su mano libre en su estómago para estabilizarse mientras se inclinaba y lamía tentativamente la punta de su polla.

—*Ophelia*.

Siempre había adorado la forma en que pronunciaba su nombre. Como una plegaria malvada.

Ella le dio otro lametón, y su mano voló hacia la parte posterior de su cabeza, envolviéndose en los mechones de su cabello, casi involuntariamente, mientras bajaba lentamente la boca por los primeros centímetros de su polla. Tardó un momento en acostumbrarse a la sensación, pero pronto encontró un ritmo entre la boca y la mano, ajustando su velocidad y presión a sus respuestas. No pasó mucho tiempo antes de que pudiera sentir que los músculos de su estómago se apretaban cada vez más, y cuando estuvo segura de que lo había llevado tan cerca del borde como él la había llevado a ella en el pasillo, se detuvo.

Una sensual maldición cayó de sus labios.

Ella levantó la cabeza, se limpió la boca con el dorso de la mano y le Sonrió.

—Venganza.

—Eres un demonio —le dijo, con la voz cargada de lujuria y afecto.

En un abrir y cerrar de ojos, los transportó a ambos a una nueva posición, presionando su espalda contra las almohadas de la cabecera de la cama, su cuerpo flotando sobre el de ella. Metió una mano entre sus cuerpos, moviéndola hasta el centro de ella para frotar círculos contra su clítoris con la yema del pulgar, besándola hasta que apenas pudo recordar su propio nombre o el hecho de que tenía que respirar para vivir. Él era su nuevo sustento.

Ahora no había nada lento o perezoso en sus atenciones mientras la convertía en un lío retorcido y quejumbroso. Podía sentir cómo empapaba el edredón de felpa que había debajo, empapando sus dedos con su humedad mientras deslizaba dos de ellos dentro de ella. Él curvó los dedos en un movimiento de señas, golpeando un punto que hizo que ella apretara los dientes contra su hombro desnudo para evitar gritar de placer. Un gemido gutural salió de su garganta al morderla, y usó su mano libre para inclinar su cara hacia la suya, besándola con el hambre de un hombre que se muere de hambre. Añadió un tercer dedo dentro de ella, y ella gimió mientras él los bombeaba hacia adentro y hacia afuera, tan lento que era casi agonizante. Y justo cuando ella se preguntaba si él iba a esperar a que ella le rogara, decidida a demostrar que lo que ella había dicho sobre nunca rogarle nada eran, de hecho, las famosas últimas palabras, él retiró los dedos y colocó la punta de su polla en su entrada.

Él rompió su beso y se apartó lo suficiente para leer su rostro en la oscuridad.

—Dime que quieres esto.

—Quiero esto —juró ella, sin aliento—. Mucho.

Suspiró aliviado y movió las caderas hacia delante, envolviéndose dentro de ella, hasta la empuñadura. La forma

en que la estiró fue pecaminosa, eufórica. Era tan profundo que juró que podía sentirlo en su *alma*. Sus ojos se pusieron en blanco mientras él se alejaba, lentamente, antes de balancearse hacia adelante en otro movimiento lánguido. Retorció los puños contra el edredón que tenía a los costados mientras cabalgaba cada ola de placer.

No sabía que podía ser así... Demonios, si tan solo lo hubiera hecho. No habría perdido el tiempo con nada menos. Y ahora comprendía por qué algunas personas vendían su alma para experimentar incluso una fracción de este sentimiento.

La sensación de que nunca sería capaz de conseguir suficiente, de que necesitaba más o de que iba a explotar, la abrumaba. Cada empuje de sus caderas y ella veía las estrellas. Tan clara en su mente que había olvidado cuánto los extrañaba estas últimas noches hasta ahora.

—Blackwell —gimió ella, su cuerpo empezando a tensarse bajo el de él—. Más. Más. *Más*.

—Puedes tenerlo todo, ángel. —Apoyó su frente contra la de ella mientras la penetraba, más fuerte, más rápido, volviéndolos locos a ambos con cada golpe. Ella gimió mientras levantaba las caderas de la cama y respondía a su siguiente embestida con la suya. El sudor le corría por las sienes cuando finalmente se deshizo. Completamente deshecho.

Cuando ella comenzó a flotar de regreso a la tierra, él cambió su posición en un movimiento fluido, preparándola para que se sentara a horcajadas sobre él una vez más. Ella se inclinó hacia delante para equilibrar su peso contra su pecho. Su polla se había deslizado hasta la mitad cuando se movieron y, sin embargo, ella de alguna manera sintió que era aún más profunda que antes. Se mordió el labio y se deslizó lentamente hasta el fondo de su polla, tomándolo por

completo a pesar del ángulo más intenso, gimiendo cuando sus cuerpos se juntaron.

Blackwell alzó la mano para apartarle el cabello de la cara, empujando sus largos rizos sobre sus hombros para poder verla completamente. No pudo evitar sonrojarse cuando se encontró con su mirada y lentamente movió sus caderas hacia adelante antes de volver a bajarlas. Una y otra vez ella se movía arriba y abajo de su polla, sus manos subían para agarrar su cintura y guiarla a un ritmo suave y constante. Enseñándole a montarlo a la perfección.

Esta vez, cuando comenzó a subir de nuevo a ese lugar de éxtasis, se dio cuenta de que él estaba escalando con ella. Balanceándose todo el camino hacia adelante, hasta que solo quedó la punta de él dentro de ella, se golpeó de nuevo un segundo después, provocando un ruido de él que no era del todo humano.

—Eres una jodida buena chica —gruñó él cuando ella volvió a moverse hacia delante, moviendo una de sus manos entre sus cuerpos para frotarle el clítoris con el pulgar—. Córrete para mí otra vez, ángel.

—Blackwell —gimió ella mientras el pulgar de él frotaba cada vez más rápido entre sus piernas, provocando un frenesí de lujuria en cada nervio de su cuerpo.

—Fóllame —le dijo—. Más fuerte, ángel.

Ella se abalanzó sobre él con más fuerza aún, hasta que el sonido de los dos uniéndose una y otra vez retumbó en la habitación.

Y entonces un trueno resonó a su alrededor.

Los movimientos de Ophelia se ralentizaron mientras los dos miraban al techo y la maldición que salió de la boca de Blackwell no fue dicha con euforia. Porque sobre ellos empezaron a manifestarse nubes de lluvia carmesí, una

tempestad premonitoria y arremolinada. Cuando llovió la primera gota de sangre, salpicando el pecho de Blackwell, Ophelia se pasó el dedo por la gota roja brillante, incrédula.

—Me olvidé de esta guarida —dijo, furioso, con más sangre repiqueteando sobre su piel—. Si me dejas subir, puedo ocuparme de ello.

La lluvia se convirtió en llovizna, las cálidas salpicaduras de escarlata tiñendo su cabello de rosa, deslizándose por el puente de su nariz, recorriendo zonas más sensibles...

Ophelia comenzó a moverse contra él de nuevo, y sus cejas se alzaron en total shock.

Rápidamente se recuperó y una sonrisa ladina se curvó lentamente en las comisuras de sus labios ante su atrevimiento.

—¿Estás segura?

Ella se encogió de hombros y repitió sus propias palabras de antes.

—Sólo es sangre.

Él tarareó en señal de aprobación y enredó las manos en su cabello húmedo, inclinando la cara de ella hacia abajo lo suficiente para que él la besara con arrebató. No tardaron en volver a su ritmo anterior, con la piel untada de sangre haciendo que sus cuerpos se deslizaran juntos de una forma totalmente pecaminosa. La tormenta arreciaba con más fuerza a cada segundo que pasaba, alcanzando un crescendo al mismo tiempo que ellos alcanzaban el suyo, y esta vez, cuando ella llegó al límite, él se precipitó sobre él con ella. Ni siquiera los truenos pudieron ahogar el sonido de su nombre brotando de sus labios.

Cuando ambos bajaron por fin, él separó suavemente sus cuerpos y la hizo girar para que se recostara contra las almohadas antes de levantarse de la cama. Sus ojos se

abrieron de par en par al contemplar la escena que rodeaba la habitación sin la bruma del sexo en su mente. Parecía una masacre.

—Dios —exclamó al ver aquello.

Blackwell sonrió satisfecho.

—Supongo que podría acostumbrarme a ese nombre.

Ella puso los ojos en blanco.

—Por favor. Tu ego ya es bastante grande.

Soltó una carcajada mientras se giraba para limpiar la carnicería. Cuando terminó, no había ni una sola mancha roja en la habitación ni en la piel de ella. Cuando empezó a vestirse, poniéndose los pantalones y abrochándose el botón con una sola mano, ella se incorporó sobre los codos para mirar.

Con toda la calma que pudo, preguntó:

—¿Te vas?

Él la miró mientras se inclinaba para recoger la camisa del suelo, donde había quedado desordenadamente tirada.

—¿Quieres que me quede?

Un latido.

Ella se sintió extrañamente más vulnerable en aquel momento que durante su pasión, pero tragó saliva y susurró:

—Sí.

—Entonces, me quedaré —confesó él.

Dejó la camisa desabrochada y volvió a la cama a su lado, colocando uno de sus brazos bajo su cabeza y levantando el otro para que ella pudiera apretarse contra su costado. Mientras ella apoyaba la mejilla en su pecho, sobre el lugar

donde debería haber estado el latido de su corazón, ninguno de los dos pronunció palabra.

Blackwell trazó cariñosos círculos por su espalda y su columna vertebral y, al poco rato, ella se quedó dormida. Pero no antes de que algo prohibido empezara a echar raíces en su interior. Y pronto se daría cuenta de que no podría evitar que siguiera creciendo.

Enamórate en Phantasma bajo tu propia responsabilidad.



28

DIVULGAR

Cuando Ophelia despertó, bien entrada la noche, Blackwell seguía a su lado. De vuelta a su forma fantasmal, se había sentado contra la cabecera de la cama, con el libro de los concursantes de Phantasma abierto ante él. Agitó la mano en el aire y la página que estaba leyendo giró a la vez.

—Está claro que no te he cansado lo suficiente si ya estás despierta —dijo.

Ella se sonrojó un poco ante sus palabras, tan despreocupadas para lo que habían vivido juntos. Pero supuso que eso era bueno.

Sólo había sido sexo, se recordó a sí misma. Mucha gente sólo tiene sexo y nada más.

Genevieve siempre había sido partidaria de que las mujeres disfrutaran de la intimidad con la misma naturalidad que los hombres. Un rasgo que Ophelia siempre había admirado,

aunque ahora pensaba que para ella sería más fácil decirlo que hacerlo. Probablemente había sido un error pedirle a Blackwell que se quedara a dormir, sobre todo porque despertarse junto a él era más reconfortante de lo que le gustaría admitir.

Así que se obligó a matar todas las mariposas que revoloteaban en su estómago mientras se sentaba y se estiraba, apretando contra su pecho desnudo las mantas que él le había puesto en algún momento. Se sorprendió al comprobar que el cansancio que había persistido en sus huesos durante la última semana había desaparecido. Parecía que, por primera vez desde la muerte de su madre, había dormido bien. Se negó a mirar demasiado de cerca por qué podía ser, se distrajo con la lista de nombres que Blackwell estaba escaneando.

—¿Cuántas páginas has leído? —se preguntó.

—Unos doscientos —contestó él.

—Puedo hacerme cargo por un tiempo si necesitas un descanso —ofreció ella—. Solo necesito vestirme...

Chasqueó los dedos y, de repente, ella quedó completamente vestida bajo las sábanas. El vestido de seda era de un sensual color burdeos, como las semillas maduras de una granada, y era definitivamente más lujoso que cualquier cosa que hubiera traído consigo, o que hubiera tenido. El corpiño se amoldó a ella como una segunda piel y empujó su pecho hacia arriba de una manera tan favorecedora que logró darle una apariencia de escote. Las mangas estaban drapeadas de una manera que colgaba de sus hombros y el mismo detalle meticuloso de drapeado se presentaba en las faldas, que tenían una abertura en un lado que llegaba hasta la mitad de su muslo. Nunca se había puesto nada tan atrevido. Incluso le había añadido una cinta a juego en el cabello.

—Esto es precioso —dijo mientras miraba boquiabierta la elaborada prenda, rozando con las manos la suave tela de mantequilla de las faldas—. ¿De dónde es?

—Mis fantasías. —Guiñó un ojo.

Ella se aclaró la garganta,

—*De todos modos*. ¿Quieres que te ayude a buscar o no?

—No es necesario —dijo—. Ya he encontrado unos puñados de entradas con el nombre de pila de Gabriel; Los he marcado todos para que puedas revisarlos y ver si alguno te resulta familiar. Sin embargo, deberías descansar un poco más, ni siquiera es el amanecer. Necesitas unas horas más por lo menos.

Ella suspiró.

—No podré volver a dormir ahora, además de que todo mi horario de sueño ha sido arruinado por este lugar de todos modos. ¿También algunos *puñados*? Esto va a ser una pérdida de tiempo si ya hay tantos.

—Te dije que era un nombre bastante común. Sin embargo, no es tan malo como William o James. Los seres humanos se han vuelto cada vez menos creativos en las últimas décadas.

Ella resopló y extendió una mano que la hacía señas.

—Muéstrame las páginas que has marcado.

Hizo ademán de acercar el libro a ella cuando un chillido ondulante sacudió el pasillo fuera de su habitación. Levantó las cejas ante el espeluznante sonido.

—Hay otra embrujo programada en este momento —explicó—. Me ocupé del tuyo antes de que te despertaras.

Ella no se molestó en darle las gracias. Era lo menos que se suponía que debía hacer como parte de su trato. Otra cosa que necesitaba recordarse constantemente. El infierno solo sabía qué tipo de violaciones perversas cometían al tener

relaciones sexuales entre ellos con un juramento de sangre en su lugar. La tumba de su madre probablemente tenía casi dos metros de profundidad debido a la cantidad de veces que había hecho que la mujer se diera la vuelta en la última semana.

Ella preguntó:

—¿Hay algún lugar más tranquilo al que podamos ir? Los gritos me van a dar migraña.

—Tu deseo es mi orden. —Él sonrió mientras tomaba su mano y los transportaba.



Blackwell terminó llevándolos primero al comedor, que rápidamente se había convertido en su habitación menos favorita de la casa. Pero él insistió en conseguirle algo de comida, con cuidado de que entraran y salieran sin ser atrapados por ningún diablillo o aparición errante, ya que no había logrado digerir la última comida que había comido. Después de asegurarse de que todo estaba arreglado, la llevó a lo que ella empezaba a sospechar que era su lugar favorito en la mansión: el viejo y polvoriento salón de copas.

Mientras él se afanaba en decidir qué licor de ámbar servirse, ella hojeaba las páginas que él había borrado. Trazando sus ojos sobre cada letra de cada entrada de un extraño llamado *Gabriel*, esperó a que uno de ellos saltara hacia ella, para sentirse familiar de alguna manera. Una parte de ella incluso esperaba que su medallón respondiera y le diera una pista sobre qué pista seguir, pero no tuvo tanta

suerte. Ni uno solo de los nombres inspiró nada. Cerró el libro de golpe con un resoplido de derrota.

—Revisaré un poco más la próxima vez que estés descansando —le dijo Blackwell mientras tomaba un sorbo de su vaso, el hielo tintineaba con el movimiento.

—¿De qué sirve? —Ella negó con la cabeza—. Deberíamos dedicar tiempo a buscar tu llave. E incluso si descubriéramos quién era, ¿qué haría realmente con la información sin Genevieve aquí? Ella es la pieza que falta en este rompecabezas ahora.

—¿Siempre han estado en desacuerdo? —preguntó, con genuina curiosidad en su tono—. No parece que sean muy parecidas.

—No nos parecemos —admitió Ophelia—. Pero nunca pensé... nunca pensé que estuviéramos *tan* distanciadas. Me ha guardado secretos tan intrincados. Sabía que a veces podía ser un poco impulsiva, pero todo esto es francamente *estúpido*.

—Tal vez solo parezca una tontería porque no tienes todas las piezas del rompecabezas —razonó.

—¿Y de quién sería *la culpa*? —Ella arrugó la nariz—. Durante los últimos veintiún años, Genevieve se ha esforzado por evitar todo lo que fuera remotamente *extraño*: la práctica de nuestra madre, las visitas a los parientes en el cementerio, cualquier mención de la magia de nuestra familia... ¿Pero *Phantasma*? se lanza de lleno. Y luego descubro que tiene toda una vida social de la que no sabía nada. ¡De una concursante de aquí, de todas las personas...! —Su voz se volvió más ronca ahora—. Genevieve y yo nos entendimos. Llegó a ser la única que la sociedad consideraba *normal*. Y nunca me quejaría de tener que hacerme cargo del legado de nuestra familia si ella me dejara vivir ese tipo de vida a través de ella. No sé cuándo dejó de contarme todo. Y duele pensar

que todo este tiempo pensé que sabía exactamente dónde estábamos, y que ella estaba en otro lugar completamente diferente.

Él bebió constantemente de su vaso durante su perorata, sin ofrecer ninguna reacción en su expresión, pero ella podía decir que estaba escuchando cada palabra con atención. Cuando por fin terminó, se volvió hacia la jarra de cristal de la barra y volvió a llenar su vaso.

—Aquí. —Le tendió el bourbon—. Bebida.

Cogió el vaso.

—Lo único que he bebido realmente ha sido absenta que mi hermana y yo robamos del armario de licores de nuestra madre.

—Esto debería ser suave, comparativamente —le dijo—. Pruébalo. Solo puedo imaginar que tus pobres nervios están al límite de su ingenio.

Ella tomó el vaso con un murmullo a regañadientes en voz baja, y él observó con abyecta diversión cómo ella se lo llevaba a la boca para tomar un sorbo tentativo. Sintió que su expresión se agriaba tan pronto como el licor marrón golpeó su lengua, sus profundos matices de vainilla no eran suficientes para enmascarar su ardor. Inclino la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

Sus labios se curvaron, horrorizada.

—¿Cómo demonios puedes beber estas cosas?

—Aprendes a tolerarlo —dijo.

—¿Algo así como tu personalidad? —bromeó.

Sonrió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Estás admitiendo que no soy tan malo?

—Jamás —respondió ella mientras tomaba otro sorbo—. El líquido me quemó la garganta.

—Por si sirve de algo —comenzó—, ser normal es increíblemente aburrido. Casi tan aburrido como vivir indirectamente a través de otra persona. ¿Por qué confiar en que tu hermana te revele sus aventuras por el resto de tu vida cuando puedes vivir las tuyas propias?

—¿Y cuándo puedo hacer eso? —Otro sorbo—. ¿Cuándo estoy encontrando una manera de pagar la deuda de mi madre, otra cosa que Genevieve sabía que no me dijo, o cuando recibo llamadas de los ciudadanos de Nueva Orleans día tras día para resucitar a sus parientes muertos. Mi madre pasó su juventud viajando y viendo el mundo antes de atarse al negocio familiar. Nunca podré hacer eso.

—Entonces no te ocupes de tu negocio familiar —se encogió de hombros—. ¿Quién va a morir si decides no quedártelo? No es un juego de palabras.

—Yo —le susurró ahora a un vaso vacío—. Veinte generaciones de mujeres Grimm han asumido la responsabilidad de ser nigromantes, y yo estaré condenada si las decepciono a todas porque soy demasiado egoísta para continuar.

Ella tuvo hipo y le tendió el vaso. Empezaba a sentirse cálida y confusa y quería más. Él accedió. Inclino el vaso hacia atrás, vaciándolo en tres tragos esta vez.

—Bueno, esa es una forma de beber bourbon que ha tardado tres décadas en envejecer —anotó.

Volvió a levantar el vaso.

—Más.



Aproximadamente una hora y dos tragos más tarde, Ophelia se sentía increíble. Blackwell, sin embargo, casi parecía estresado mientras la acompañaba al sofá de seda jacquard en el centro de la habitación, con una mano en su cintura mientras ella se tambaleaba un poco sobre sus pies. Se hundió en los cojines del sofá, con una risita burbujeando en su garganta mientras le sonreía.

—Creo que tal vez estoy borracha.

Se agachó frente a ella, hasta que estuvieron a la altura de los ojos.

—Sí, creo que tal vez lo estás. ¿Te sientes mejor al menos?

—¿Sobre qué? —preguntó ella, lo único que tenía en mente era el calor que se extendía por su sangre y el vibrante color esmeralda de sus ojos.

—Perfecto. —Sonrió, contento.

Le pasó el dedo por la mejilla.

—Tienes unos ojos bonitos.

Extendió la mano y le acarició la cara, pasando el pulgar por la manzana de su propia mejilla.

—Tú también.

Ella negó con la cabeza.

—Todo el mundo piensa que mis ojos son espeluznantes. Solían ser diferentes, antes de que yo tuviera mi magia, quiero decir. Como turquesa en lugar de hielo.

—¿Y ti qué te parece? —le preguntó.

—Creo... —Ella lo miró fijamente a los ojos, tan claramente que podía ver su propio reflejo—. Creo que se parecen a las de mi madre. —Se inclinó hacia adelante y apoyó su frente

contra la de él, dejando que sus párpados se cerraran—. ¿Por qué me siento así?

—Serían los cuatro vasos de licor que te has bebido —murmuró mientras se echaba hacia atrás para poder apartarle el cabello de la cara.

—No es de eso de lo que estoy hablando —susurró ella, luego abrió los ojos y levantó la barbilla hasta que sus labios rozaron ligeramente los suyos—. Tú... y yo...

—Necesito recuperar la sobriedad antes de que haya más besos —dijo con firmeza, apartándose.

Ella trató de protestar, pero él la ignoró, se levantó para levantarla y tenderla horizontalmente en el sofá. Parpadeó por un momento y regresó con una manta. Una vez que la hubo acomodado, él se apoyó en el suelo contra el reposabrazos cerca de su cabeza, apoyando la espalda contra él y apoyando los codos en las rodillas dobladas. Ella se retorció en una posición de lado para mirarlo, o más bien, la parte posterior de su cabeza. En el silencio, ella le pasó suavemente los dedos por el cabello, examinando los mechones de la nuca para admirar toda la plata enhebrada en el blanco. Nunca había conocido a nadie con rasgos tan llamativos como los suyos, y algo en su interior se entristecía de que pronto ya no lo vería más. Que un día podría olvidar el verde vibrante que eran sus ojos. La forma en que su sonrisa era ligeramente torcida a la izquierda. El sonido de su nombre en sus labios. La forma en que él la llamaba ángel. La forma en que la besó y cómo ella estaba segura de que nadie más sería capaz de estar a la altura de esa experiencia.

—Vuelve a dormir, ángel —murmuró—. Ahora mismo, estoy aquí.

No se había dado cuenta de que sus ojos ya estaban cerrados y, por un segundo, se preguntó si habría estado

hablando en voz alta, pero antes de que pudiera preguntar, se estaba deslizando hacia abajo.



TEATRO DE VILLANOS

QUINTA NOCHE EN PHANTASMA

Para cuando Ophelia despertó de nuevo, sobria pero con un fuerte dolor de cabeza, Blackwell había leído otras cien páginas del libro. Le había preparado un vaso de hielo, agua fría mientras ella se abría paso entre los latidos de las sienes para sentarse en el sofá, y aceptó su aluvión de insultos por servirle el tercer y cuarto vaso de bourbon sin quejarse.

—El agua ayudará. O al menos eso he oído —dijo.

—¿Nunca has tenido resaca? —preguntó ella.

—No que yo recuerde —respondió con una sonrisa—. A los muertos no les da resaca.

Se tragó la mitad del vaso.

—¿Cómo es no recordar nada más allá de este lugar? Siento que eso me volvería loca.

Él se encogió de hombros, levantando las piernas extendidas de ella para poder sentarse en el cojín a su lado antes de volver a bajarlas sobre su regazo.

—No conozco nada diferente, así que es difícil decirlo.

—¿Cuál es tu primer recuerdo aquí? —preguntó ella, acercándose a él hasta que sus muslos descansaron perpendicularmente sobre los suyos.

—No estoy seguro —murmuró—. Si lo pienso lo suficiente, puedo recordar muchos concursos y concursantes específicos, especialmente los más recientes, pero cuando trato de buscar demasiado atrás, todo simplemente... se desvanece. Es como si me estuvieran atormentando mis propios recuerdos, pero no sé qué es lo que los está carcomiendo aparte del tiempo.

Una punzada de tristeza le dolió en su interior al oír sus palabras.

—¿Cómo es ser un Fantasma? —susurró ella—. ¿Es terriblemente solitario?

Dirigió sus ojos hacia ella, con una emoción cargada en ellos.

—La mayor parte del tiempo. —Se acercó para acariciar su mejilla con la mano, pasando el pulgar por sus labios fruncidos—. Pero no siempre.

Se le apretó el pecho.

—¿Los concursantes anteriores con los que hiciste tratos intentaron conocerte?

—No.

Tragó saliva, tratando de armarse de valor para hacer su siguiente pregunta.

—¿Ni siquiera los otros que besaste?

—Ni siquiera ellos —contestó él—. Pero no había muchos concursantes a los que besara de todos modos. Y no había ninguno que yo...

Los celos que se habían estado hinchando en sus entrañas se disiparon muy ligeramente cuando sugirió audazmente:

—¿Follado?

Lanzó una sola carcajada sorprendida, y los ojos se iluminaron con su picardía habitual.

—Eso no es exactamente lo que iba a decir.

Quería preguntarle qué iba a decir, pero antes de que tuviera la oportunidad, algo fantasmal apareció en el extremo opuesto del sofá.

—Poe. —Ella sonrió—. Hace tiempo que no te veo.

Poe maulló y trotó hasta donde estaban envueltos el uno sobre el otro, abriéndose paso hasta su regazo y frotando su cabeza bajo la barbilla de Blackwell.

—Hola, malhechor —dijo Blackwell con afecto, rascándose detrás de las orejas del gato.

Ophelia suspiró. Deseaba que pudieran quedarse así el resto del día, pero con menos de una semana de Phantasma, sabía que no podían perder más tiempo. Lo dijo en voz alta.

—Deberíamos empezar otra lección de magia si te apetece —convino él—. Nuestro tiempo se está agotando. Probablemente no debería haberte servido ese cuarto trago. O la segunda o la tercera.

Empujó a Poe de su regazo para que pudiera ponerse de pie.

—Sabes, mi madre me enseñó lo básico de su práctica. Cómo invocar a un alma, cómo comunicarse con ellos en el Otro Lado, todos los diferentes tipos de Fantasmas y otros seres paranormales. Pero tu lección fue mucho más táctil.

Nunca me di cuenta de que era capaz de usar mi magia de esa manera.

—¿Significa esto que tengo tu permiso para tirar los cuchillos esta vez? —dijo arrastrando la voz.

Ella puso los ojos en blanco.

—Dentro de *lo razonable*.

La sonrisa que comenzó a extenderse por el rostro de Blackwell cuando se puso de pie hizo que ella se arrepintiera instantáneamente de su solicitud.



Horas más tarde, Ophelia estaba hecha un desastre adolorido y desaliñado. Una y otra vez, habían practicado invocar su energía bruta y apuntarla con precisión a varios objetos de la habitación. Unas cuantas gafas rotas más tarde y descubrió que se estaba volviendo bastante buena en eso. Sus reflejos seguían sin ser tan rápidos como Blackwell esperaba a la hora de expulsar su magia, tardando un momento en calentarse cada vez que la usaba, y cuanto más bajaba su reserva, más se prolongaba ese retraso, pero era paciente, y cada vez que ella hacía un tiro particularmente bueno, la recompensaba con una sonrisa deslumbrante.

Entonces entraron en juego los cuchillos. El músculo que usaba para volver invisibles partes de su cuerpo se estaba volviendo más fuerte, y si no fuera por el hecho de que pensaba que Blackwell se estaba divirtiendo demasiado lanzándole cuchillos, podría haberle agradecido por descubrir cómo ayudarla a desarrollar esta nueva habilidad.

Justo en ese momento, un cuchillo particularmente grande atravesó su esternón y se incrustó en la moldura del marco de la pared detrás de ella. Blackwell emitió un sonido de satisfacción.

—Creo que estás lista para el nivel cuatro —elogió.

—¿Cuál es el tema del nivel cuatro? —cuestionó.

—*Gula*. —Enunció la palabra con estilo—. Hay todo este lío con collares y cadenas... No te gustaría que te asfixiaran, ¿verdad?

Ella farfulló un poco.

—Yo...

—Estoy bromeando, ángel —resopló—. Pero si alguna vez te entra la curiosidad, siempre estoy dispuesto a probar *cualquier cosa*.

Sus mejillas se calentaron profusamente. Tenía la habilidad de hacer que todo sonara sensualmente atractivo. La volvía loca de deseo. Algo que debió de intuir porque un parpadeo más tarde estaba justo delante de ella, estirando la mano para sacar la cuchilla de donde estaba encajada en la moldura y desechándola para poder presionarla contra la pared.

—Eso es suficiente entrenamiento por ahora —murmuró él, golpeteando debajo de su barbilla con el dedo índice hasta que ella inclinó su boca hacia la suya—. Creo que te mereces una recompensa por lo bien que lo hiciste hoy.

Sintió que las comisuras de sus labios se curvaban.

—Si tengo que elegir la recompensa, ¿puedo sugerirte que te pongas de rodillas de nuevo?

—Hmm —tarareó mientras deslizaba sus manos para acariciar su—. Primero, quiero...

Las luces de la habitación parpadearon de repente, cortando el resto de las palabras de Blackwell y haciendo que se congelara ante ella.

—Hagas lo que hagas —le dijo Blackwell en voz baja, con una calma espeluznante en su voz—, no le muestres ni una pizca de vulnerabilidad.

Ophelia no se molestó en preguntar a quién se refería con *él*, no lo necesitó cuando un segundo después apareció un Demonio en el centro de la habitación en una nube de humo negro. El hombre era solo una o dos pulgadas más alto que Blackwell, con el cabello peinado hacia atrás como un cuervo y una tez de porcelana aún más clara que la suya. Aunque la mayoría probablemente lo describiría como peligrosamente guapo, sus ojos granates eran inquietantes, y cuando comenzó a merodear más cerca de ellos, vio que sus pupilas eran hendiduras verticales, que le recordaban a las de un felino. Había algo en la pesadez de su mirada que le resultaba inquietantemente familiar.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —ronroneó el Demonio mientras sus astutos ojos cambiaban entre Ophelia y la posición comprometedora de Blackwell—. Un bonito juguete que has elegido, Blackwell.

Blackwell soltó las manos de su cuerpo y fijó su expresión en una de aburrimiento.

—Sinclair. Estábamos por irnos.

Los ojos de Sinclair se iluminaron con el tipo de astucia que prometía dolor.

—No parecían que fueran a salir. ¿Qué te pasa, Blackwell? ¿No te gusta compartir tus juguetes?

Ophelia permaneció completamente congelada, sus ojos rastreando cada movimiento que hacía el Demonio. No estaba particularmente interesada en estar en presencia de ningún

demonio, pero había algo muy diferente en *este*. Algo vengativo bajo la superficie. Una gran diferencia entre la incómoda presencia de Jasper y la oscuridad palpable que Sinclair parecía emanar.

Como si pudiera oír sus pensamientos, los ojos de Sinclair se deslizaron hacia su rostro, las rendijas de sus pupilas se dilataron a medida que la absorbían. Mantuvo su rostro inmóvil, la advertencia de Blackwell de no mostrar ningún indicio de vulnerabilidad en el fondo de su mente.

Los ojos escarlata de Sinclair se entrecerraron mientras su sonrisa se ensanchaba.

—¿Nos hemos visto antes en algún lugar?

Eso pareció empujar a Blackwell al límite.

—Nos vamos.

Blackwell la rodeó con su brazo y suavemente, pero con firmeza, comenzó a alejarla. Pero fue una jugada equivocada. Sinclair notó la familiaridad entre ellos en un instante, y Ophelia tuvo la sensación de que algo muy malo estaba a punto de suceder.

Sinclair soltó una risa amenazadora.

—Dime, Blackwell, ¿es ella un buen polvo?

Ophelia apenas sintió el insulto, más concentrada en la rabia apenas contenida que salía de Blackwell.

—Si ella me diera una oportunidad, ¿crees...?

Blackwell estalló. Colocándola detrás de su espalda, se lanzó hacia adelante y golpeó con el puño la cara del Demonio. La cabeza de Sinclair se giró hacia un lado, pero sus pies permanecieron firmes en su lugar. El Demonio ahora sonreía, sus pupilas se expandieron tanto que tragaron el bermellón de sus iris por completo.

—Eso fue un error. —Sinclair se rio.

En una fracción de segundo, Blackwell desapareció de entre ellos, la cálida energía de su presencia se apagó por completo. Entonces, un espeso humo negro comenzó a filtrarse por el suelo, ondeando en el aire a su alrededor, hasta que Sinclair fue lo único que pudo ver con claridad.

—Blackwell —susurró en voz baja lo más bajo posible—. Blackwell...

—No te molestes en llamarlo, chica —amenazó Sinclair—. Solo le causará daño cuando no pueda acudir a ti.

En su punto, se oyó un fuerte golpe en la puerta de la habitación. Podía oír a Blackwell gritando su nombre, pero su voz estaba apagada, como si estuviera gritando bajo el agua.

—¿Qué demonios quieres de mí? —escupió ella, levantando la barbilla con bravuconería.

—No es de ti de quien quiero algo —confesó Sinclair—. Pido disculpas por mi crudeza; No pude evitar que se levantara. Y desafortunadamente para ti, pareces ser algo que le importa. Lo que significa que tú eres la clave de su perdición.

—¿Perdición? —Soltó una carcajada burlona—. ¿Podrías ser más cliché con la teatralidad villana?

Sinclair se deslizó más cerca de ella hasta acobardarla contra la pared. Con una mano le agarró la cara y con la otra le apartó el cabello. La sangre se le heló como el hielo.

—Podría —le aseguró—. ¿Quieres una demostración?

Ophelia no dijo nada ni se atrevió a moverse, apenas se atrevía a respirar.

Sinclair sonrió, satisfecho.

—Tengo una propuesta para ti.

—No... —comenzó, pero sus palabras fueron rápidamente ahogadas por un doloroso apretón de la mano del Demonio.

—No me interrumpas —le espetó—. Mi propuesta es simple. Renuncias a esta competencia, y yo te concederé un solo favor.

Ella retrocedió con incredulidad.

—Se rumorea que estás buscando a tu hermana —continuó Sinclair—. Te diré *exactamente* dónde está. ¿O tal vez prefieres el dinero? ¿Fama? Nómbralo y será tuyo.

—¿Por qué quieres que renuncie tanto? —preguntó ella, entrecerrando los ojos—. Nunca nos habíamos visto antes. ¿Qué te importa que me quede en esta competencia?

La expresión de Sinclair se agrió.

—*Solo acepta el trato.*

Sus labios se curvaron con desdén mientras le arrancaba la barbilla de la mano.

—Vete a la mierda.

—¿De verdad crees que si ganas este concurso hay un final feliz para los dos? —canturreó, pero su tono suave y aterciopelado estaba teñido de malicia—. Blackwell no puede irse. Renuncia ahora, y no solo te concederé un favor, sino que también romperé tu juramento con él.

Ella tragó saliva, ignorando la forma en que sus palabras atravesaban su corazón. Ella y Blackwell se usaban el uno al otro como distracciones frívolas. Nada más.

—¿De dónde viene esto? ¿Por qué de repente estás en esta ecuación?

—Porque ha habido rumores sobre la linda nigromante que está ayudando a Blackwell y encontrando cosas en esta mansión que no deberían encontrarse. —Él la miró con el ceño fruncido—. Es solo cuestión de tiempo antes de que descubras algo en lo que no tienes por qué hurgar. Y estoy dispuesto a hacer lo que los otros demonios no hacen.

Se dio cuenta de algo.

—Sabes dónde está la llave... ¿No es así? Sabes cosas sobre él, y por qué está aquí, y no quieres que esté aquí el tiempo suficiente para averiguarlas.

—Y dicen que los mortales son tontos —se burló.

Ella le dedicó una sonrisa burlona.

—Soy una amenaza para ti. ¿Es por eso por lo que me has estado observando todo este tiempo? Has sido tú, ¿no es así?

La oscuridad de sus ojos se profundizó y su expresión se volvió hostil.

—Soy la última persona a la que quieres convertirte en enemigo.

—Cierto, porque un Demonio amenazado por la presencia de un mortal es el epítome de lo aterrador —replicó ella—. Como dije antes, *vete a la mierda*.

A eso, le hizo algo sorprendente. Dio un paso atrás y le dedicó una sonrisa.

—¿Crees que lo conoces tan bien? Página ochocientos ochenta y dos. Pregúntale por qué no te la enseñó.

A Ophelia se le cayó el estómago, pero tuvo cuidado de no mostrar ninguna reacción a sus palabras.

—Hacerle una pregunta requeriría que lo dejaras entrar de nuevo aquí.

Sinclair se inclinó.

—Nos volveremos a encontrar pronto.

Con esa amenaza persistente, desapareció, junto con el humo, y apenas hubo tiempo para que ella tomara un respiro aliviado antes de que Blackwell abriera la puerta de la habitación, enviando fragmentos de madera volando en todas direcciones. En un abrir y cerrar de ojos, estaba de nuevo

frente a ella, con preocupación visible mientras recorría frenéticamente con sus ojos cada centímetro de ella, sus manos se acercaban para limpiarse los mechones despeinados de su cabello de la cara.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Te tocó?

—Estoy bien. —Ella se apartó un poco, y había un destello de dolor en sus ojos cuando dejó caer las manos—. Muéstrame la página ochocientos ochenta y dos.

Tragó saliva y apartó la mirada.

—Ophelia.

Respiró sorprendida. Era verdad. Había algo que le estaba ocultando intencionadamente.

—Muéstrame —ordenó de nuevo—. *Ahora.*

Apretó la mandíbula antes de parpadear un momento para agarrar el libro del suelo, junto al sofá, y cuando regresó con él, se lo entregó en silencio.

Ella contuvo la respiración mientras hojeaba las páginas hasta dar con la que buscaba. Escaneó cuidadosamente cada nombre, y cuando llegó a uno de ellos, la adrenalina corrió por sus venas.

Gabriel White.

Su respiración se entrecortó mientras continuaba leyendo el resto de la lista. Y el nombre que vio unas líneas más abajo.

Tessie Grimm.



30

SECRETOS

El problema de los secretos era que se enconaban y abrían heridas que empezaban a formar costras. Arrodillada allí, con los ojos llenos de lágrimas, Ophelia empezaba a preguntarse si todo lo que había sabido era cierto. O si sólo había estado siguiendo los pasos de una realidad distorsionada durante toda su vida.

Al crecer, no había cuestionado a su madre a menudo. Después de todo, Tessie Grimm había vivido mucho más que ella, había sido amable incluso cuando no era necesariamente cariñosa, y sólo insistía en sus extrañas reglas para proteger a sus hijas.

No hagas tratos con demonios. No te quedes en Nueva Orleans después del anochecer. No duermas con un óculo frente a tu cama. La voz en tu cabeza te ignorará si la ignoras. Un día, estarás al frente de esta familia, Ophelia, y sé que continuarás nuestro legado con gracia.

La voz de su madre la seguía a todas partes, coloreaba todo lo que hacía. Y cuando se sintió asfixiada por el peso de lo que significaba ser la heredera mayor de las Grimm, se recordó a sí misma que su madre renunció a una vida de aventuras cuando la abuela murió para ser leal a su destino dotado por nacimiento. ¿Cómo podía Ophelia estar tan resentida por ser la primogénita cuando la magia era un *honor*? ¿Cómo podía estar celosa de su propia hermana, que siempre era brillante, de ojos y cariñosa? Pero algo en todos estos secretos hizo que los lentes de color rosa, ya de por sí apagados, se hicieran añicos por completo. La única razón por la que estaba en Phantasma era porque su familia no le confiaba sus secretos, y ella *lo odiaba*.

Odiaba no haber sabido nunca que su madre había sido una de las concursantes de Phantasma, pero estaba claro que Genevieve sí. Su hermana había pasado años obsesionada con la Mansión del Demonio, y parecía que estaba intentando ponerse en contacto con otro concursante que presumiblemente su madre había conocido. Y Ophelia sospechaba que todo esto era mucho más íntimo para su familia que el hecho de que Gabriel White fuera un jugador cualquiera. Algo que no podía mirar demasiado de cerca por el momento o le preocupaba perder otra comida por el suelo.

Odiaba que Genevieve también hubiera sabido de la deuda de su familia y hubiera falsificado la firma de su madre en el banco para mantener a Ophelia en la oscuridad. Se vio obligada a hacer sólo el infierno sabe qué para conseguir el dinero para ayudar. Y Ophelia tuvo que preguntarse si su madre y su hermana no creían que pudiera manejar semejante información. Que su mente ya era demasiado frágil, que la Voz de las Sombras la había saturado demasiado como para asumir cualquier otra cosa que pudiera considerarse estresante.

Pero lo que más odiaba era que la única persona a la que quería ver ahora, con la que quería hablar de todo aquello, era Genevieve. Y Genevieve había desaparecido. Por culpa de Ophelia.

[illegible]

—¡*Uf!* —gritó Ophelia. Se levantó del suelo y clavó un dedo en el pecho de Blackwell—. Fui un tonta por venir aquí, y fui aún más tonta por confiar en una sola palabra de lo que dijiste.

Enroscó su mano suavemente alrededor de su muñeca para mantener la palma de la mano contra su pecho.

—Ángel, por favor, escucha...

Ella se soltó de su agarre y tropezó con el libro olvidado en el suelo.

Enderezándose rápidamente, dijo:

—No soy *tu* ángel, pero seré tu pesadilla. Si sabotear mi oportunidad de recuperar a mi hermana, encontraré la manera de perseguirte hasta que cada uno de tus demonios internos se parezca a mí. Nunca volverás a conocer un momento de paz.

Apretó la mandíbula, pero no ofreció una réplica. Simplemente se quedó allí y se preparó contra el veneno de sus palabras.

—¿No te molestaste en mostrarme el nombre de mi madre porque pensabas que eso me distraería de nuestro trato?

—No. No es así. Solo necesitaba más tiempo para decírtelo.

—¿Decirme *qué*? —exigió ella.

Blackwell respiró hondo.

— Supe que algo en ti era especial desde la primera vez que te vi. Por supuesto, sé que no recuerdo nuestro verdadero primer encuentro, pero sospecho que si entonces yo era de algún modo un ser diferente, uno con todos mis recuerdos, estaba claro que me atrajiste lo suficiente como para hablarte de la llave que me traería la libertad. Hay algo en ti que me llama de un modo que no puedo explicar, y tu esencia siempre me ha resultado *familiar*, pero no he podido averiguar por qué. Mencionaste que buscabas a alguien llamado “Gabriel” —volvió a respirar hondo—, y las cosas empezaron a encajar poco a poco.

Su mirada era aguda como una navaja cuando preguntó:

—¿Quién es Gabriel?

Hizo una mueca.

—Gabriel White es tu padre.

Ophelia sintió como si el suelo se le hubiera caído bajo los pies y estaba en caída libre mientras las palabras resonaban en su mente una y otra y otra vez. Ella cerró los ojos con fuerza.

Gabriel White es tu padre.

Encuentra a Gabriel.

Cuando volvió a abrir los ojos, exigió:

—Cuéntamelo todo.

Extendiendo una mano, imploró:

—¿Puedo llevarte de vuelta a tu habitación primero?

Ella asintió con la cabeza y lo agarró de la mano, odiando la forma en que su estómago se agitaba cada vez que su piel se tocaba. Los transportó de vuelta a su habitación, y ella retiró

su mano de la suya en el instante en que llegaron, retrocediendo unos pasos para poner algo de distancia entre ellos mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—Unos días antes de que Phantasma llegara a Nueva Orleans, Gabriel perdió su segundo intento en esta competencia. —Blackwell se pasó una mano por el cabello mientras buscaba sus próximas palabras—. No estoy seguro de lo que pasó exactamente porque a mitad de los niveles, él había dejado de convocarme y le perdí el rastro por completo. Lo que quedó muy claro al final, sin embargo, fue que perdió.

—¿Te convocaba? —Ophelia jadeó, llevándose la mano a la boca—. ¿Quieres decir?

—Le ofrecí mi trato y él lo aceptó —confirmó—. Supe que reconocía algo en tu esencia cuando nos conocimos aquí. La mitad de tu esencia proviene de él y la fuerza vital que me debía es lo que actualmente me sostiene.

—¿Es por eso por lo que no pudiste dejarme en paz? —preguntó—. ¿Algo de mi esencia te llamó por él?

Vaciló un momento. Entonces dijo:

—Quizás.

—No puedo hacer esto —susurró ella—. Has conocido a mi padre y, sin embargo, hasta ahora, ni siquiera sabía su nombre completo. Mi madre siempre se negó a hablar de él. Simplemente no lo entiendo.

—Hay más —le dijo—. ¿Tu acto de desaparición? Eso lo obtienes de él. Así es como supe que los cuchillos no te harían daño.

—¿Qué?

—Tu padre era un Espectro —explicó Blackwell—. Fue la razón por la que lo elegí para mi trato. En retrospectiva, fue uno de los peores concursantes a los que se lo he ofrecido.

Terco. Distraído. Pero podía entrar y salir de la visibilidad y pasar a través de objetos sólidos y paredes si así lo deseaba. Los espectros son seres increíblemente raros, y sospecho que si conoció a tu madre durante su primera experiencia con Phantasma... Bueno, no me sorprende que dos seres paranormales puedan encontrar una conexión entre sí.

—Necesito... procesar esto —le dijo ella—. ¿Me has estado poniendo a prueba todo este tiempo? Para probar tu teoría de que él y yo estábamos conectados. Y no te molestaste en decírmelo.

—Lo sé. No hice las cosas en el orden correcto. —Se acercó—. Solo necesito que entiendas que Sinclair quiere crear una división entre nosotros para que sea más difícil para ti tener éxito. Y eso debe significar que él cree que tú eres realmente capaz de descubrir cómo liberarme.

—¿Cuál es la venganza de Sinclair contra ti?

—No estoy del todo seguro —admitió—. Los agujeros en mi memoria no me permiten ir tan atrás. Todo lo que sé es que cada vez que me he acercado remotamente a entender las cosas aquí, él intercede y se asegura de que falle.

Ophelia se quedó callada durante un largo momento. Su mente no sabía en qué información concentrarse primero. Su padre, su madre o el Demonio decidieron convertirla en una nueva enemiga. Finalmente, ella dijo:

—Todavía no estoy segura de cómo me siento por el hecho de que no me ibas a decir quién era mi padre.

—Al principio solo tenía una fuerte sospecha, por eso sugerí revisar los registros de los concursantes en primer lugar. Fueron nuestras lecciones juntos que finalmente me sentí muy seguro de lo que estaba pasando. Y luego encontré la página mientras estabas sobria en la sala de bebidas para confirmar mi teoría antes de disgustarte sin motivo. Cometí el error de mencionarle mi corazonada a Jasper cuando lo

estaba convenciendo de que me dejara ver el libro. Sinclair debió de enterarse de lo que yo buscaba y esperó la mejor oportunidad para hacerte lo más paranoica posible. Él nos estaba observando. La única razón por la que iba a esperar hasta después del siguiente nivel para decírtelo era para que tu cabeza estuviera despejada.

—Lo entiendo —dijo ella.

Suspiró aliviado.

—Solo tengo una pregunta más. ¿Por qué no lo buscaste cuando dejé de convocarte? ¿Por qué no lo observaste en las pruebas del Otro Lado, como lo has hecho conmigo?

La luz de sus ojos se atenuó un poco cuando respondió:

—Creo que había empezado a rendirme. Esa última ronda en la que estaba claro que no lo intentaba... yo tampoco tenía ganas de intentarlo más.

La tristeza en su voz hizo que le doliera el corazón. Tanto que sintió el impulso de abrazarlo con comodidad. En lugar de eso, ella dijo:

—Necesito estar sola. Necesito pensar.

Él asintió con la cabeza.

—Cuando comience el nivel cuatro, llámame.

—Está bien —dijo ella y luego él se fue.

Finalmente sola, se tiró en la cama, boca abajo, y se permitió llorar la versión de su vida que una vez conoció y que nunca volvería a tener. La idea de no conocer nunca a su padre nunca le había molestado de la forma en que parecía haberle molestado a Genevieve. Lo que hizo que el hecho de que su hermana hubiera desentrañado todo esto fuera la parte menos impactante. Pero la idea de que su padre hubiera estado allí, de todos los lugares, de que hubiera conocido a Blackwell, de todas las personas, hacía que su participación

en este juego fuera casi inevitable. Tal vez siempre estaría destinada a la oscuridad, sin importar lo que hiciera o a dónde fuera.

Sorbió y se secó la cara, tratando de recomponerse, a pesar de que la evidencia de su devastación empapó la manta bajo sus mejillas. La próxima prueba estaba a punto de comenzar, y la anticipación de un tipo diferente de dolor le retorció los nervios en un nudo. Sabía que tenía que mantener la moral fuerte hasta que superara esta competencia y tuviera más espacio para llorar. Pero no pudo evitar sentir que los muros se iban a cerrar sobre ella mucho antes de que tuviera la oportunidad de escapar.



31

NIVEL CUATRO

GULA

Para cuando sonó la campana de la cena, Ophelia había ido y vuelto al infierno en su mente. Sabía que tenía que levantarse de la cama y llegar al comedor, pero su apetito había desaparecido por completo y parte de su pensamiento pensaba que tal vez si se descalificaba, todo sería mucho más fácil. La otra parte de ella quería demostrar, *necesitaba* demostrar, que era capaz de hacer esto.

Se levantó de la cama. Frotándose la cara con una mano, esperó que sus lágrimas no hubieran manchado sus mejillas tan notablemente como habían manchado la seda de su vestido donde cayeron. Sin embargo, no había razón para molestarse en cambiarse, así que se enderezó las faldas y se preparó para enfrentarse a una multitud de personas.

—Puedo hacerlo —se dijo a sí misma—. Solo seis días más.

La cena había pasado más de la mitad cuando finalmente llegó al comedor. Luci la vio y se acercó corriendo.

—Me preocupaba que no lo lograras —susurró Luci, mirando el extravagante vestido que Ophelia aún usaba. El vestido se veía muy fuera de lugar entre el atuendo informal de las otras concursantes, pero se mezclaba perfectamente con la oscura opulencia de la decoración de Phantasma.

—No deberías preocuparte por mí —dijo Ophelia rotundamente.

Luci se estremeció un poco, con el dolor brillando en sus ojos, pero Ophelia no se disculpó. ¿Cuántas veces tendría que advertirle a la chica que no se apegaría? No eran amigos.

Mientras Luci regresaba a su lugar junto a Leon, Ophelia se colocó contra la pared, observando a cada concursante mientras comían. Señaló que tres personas estaban desaparecidas después del último nivel, lo que dejaba solo a trece miembros de su grupo, incluidas ella misma, Luci, Leon, Cade, Beau, Eric, Edna, James y Charlotte. Los cuatro concursantes restantes, cuyos nombres no conocía, no se habían destacado antes, cuando había más gente entre la que perderse, pero ahora memorizaba sus rasgos. Se preguntó cuántos concursantes quedaban en Phantasma en total. Si alguno de los otros grupos ya se había disuelto por completo.

El Diablillo finalmente llegó. Ophelia no esperaba que fuera Jasper. Entró silbando, con la misma melodía de jazz que siempre parecía tener en la punta de la lengua, y cuando sus ojos se posaron en ella, le guiñó un ojo. Por el rabillo del ojo vio a Cade, Beau y Eric ponerse rígidos ante la interacción. Su rostro permaneció cuidadosamente en blanco.

Jasper aplaudió.

—Está bien, miserables almas, es hora de *mi* juego. Si pensabas que el último nivel era difícil, bueno... —inclinó la

cabeza hacia atrás y se rio—, tal vez quieras salir de este ahora.

Todos se miraron unos a otros, preguntándose si esto sería el nivel que alguien finalmente perdió antes de entrar. Pero todos parecían igual de decididos a seguir adelante. Después de todo, no pasaron por ese último nivel agotador por nada.

Jasper hizo un gesto con una mano a su lado y llamó a la puerta de este nivel, revelando su siguiente pista y provocando algunos murmullos entre las diferentes alianzas que se habían formado en el transcurso de los últimos días. Ophelia era la única que estaba sola.

UN JUEGO MORTAL SE DESPLIEGA, SOBRE UN TABLERO RETORCIDO, OBSERVA CADA PASO QUE DAS, O TU DESTINO SERÁ DESAFORTUNADO.

PARA GANAR VENTAJA, LAS PALANCAS ESTÁN EN JUEGO, PERO TEN CUIDADO CON LO QUE ELIGES, EL PÉNDULO OSCILA EN AMBOS SENTIDOS.

TENTACIONES EN NÚMEROS, NO CONTAR DEMASIADO, HACIA ADELANTE O HACIA ATRÁS, UNA SOLA LLAVE PARA SALIR.

—Me llamo Jasper —se presentó mientras giraba el pomo de la puerta y abría el portal—. Tengo la sensación de que algunos de nosotros estamos a punto de conocernos muy bien. Espero que todos sepan cómo negociar bajo presión. — Los ojos del Diablillo volvieron a encontrar los de ella, una sonrisa se apoderó de sus labios—. Ophelia, tú eres la primera.

Inclinó la barbilla hacia arriba mientras caminaba hacia la puerta, ignorando las miradas penetrantes que la atravesaban por la forma en que el Diablillo decía su nombre. Demasiada familiaridad.

Cuando se acercó al portal, Jasper susurró:

—Buena suerte.

Al principio, no había nada a su alrededor más que gris. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los detalles de la habitación salieran a la vista. Estaba hecha completamente de ladrillos de piedra sin brillo y tenía un tamaño similar a la opulenta sala de fiestas del segundo juicio. Una gran rejilla estaba grabada en el suelo. Como un tablero de ajedrez.

Los únicos otros detalles notables eran los trece pares de palancas en la pared del fondo. Cada juego de palancas tenía una sola placa dorada debajo con el nombre de uno de los concursantes. Todas las palancas de la izquierda estaban marcadas con marcas de verificación, las de la derecha con cruces.

Ophelia trató de dar un paso adelante, pero descubrió que sus pies estaban congelados en su lugar. Otros concursantes comenzaron a aparecer, uno por uno, e inmediatamente sus defensas subieron. Esta era la primera vez que comenzaban un nivel en el que todos podían verse desde el principio. Cuando el último de su grupo de trece cruzó el portal, Ophelia se dio cuenta de que habían sido dispuestos en una sola línea en el centro de la habitación, frente a la pared de palancas. Cada uno de ellos se colocó en el centro exacto de uno de los cuadrados de la cuadrícula, con cinco cuadrados vacíos entre cada persona para que estuvieran espaciados uniformemente. Mientras todos los demás miraban a su alrededor con nerviosismo, Ophelia recordó de repente algo que Blackwell había dicho.

Hay todo esto con cuellos y cadenas... No te gustaría que te asfixiaran, ¿verdad?

Tan pronto como el pensamiento entró en su mente, el collar de hierro apareció alrededor de su garganta. Sonidos de alarma resonaron en la habitación, y escuchó una oración susurrada apresuradamente a su izquierda. Miró de reojo

para ver que era James, sudando profusamente, tirando del collar de metal. Él captó su mirada, y antes de que ella pudiera apartar la mirada, vio el terror absoluto en sus ojos.

—*Si golpeas el suelo tres veces sobrevivirás* —le susurró la Voz de la Sombra.

A pesar de saber que tal cosa no tendría ningún efecto en sus posibilidades, se agachó al suelo para golpear la piedra. Mientras estaba agachada, dos cadenas cayeron del collar, una en la parte delantera de su garganta y otra en la parte posterior. Los pesados eslabones metálicos repiquetearon contra el suelo y serpentearon hacia lados opuestos de la habitación. La cadena que tenía delante atravesó la pared por debajo de las palancas, y cuando se giró para mirar hacia atrás, vio que la segunda mitad de la cadena se había enganchado en el otro lado. El límite era claro: solo podrían moverse por sus caminos designados.

Frente a ellos, flotando en el aire, aparecieron tres lingotes de oro macizo.

—No lo entiendo —dijo una voz profunda a su derecha. Eric—. ¿Qué se supone que debemos hacer?

Para sorpresa de nadie, Cade fue el primero en moverse. El collar encadenado solo le permitía dar un paso adelante, por supuesto, y en el momento en que se apartó de su ordenada línea y pisó la plaza antes que él, la plaza se hundió casi un metro. Uno de los lingotes de oro desapareció delante de ellos y reapareció en las manos de Cade. Hubo una pausa cargada mientras el resto de ellos se miraban unos a otros. Entonces tres personas se movieron a la vez: James, Eric y la concursante llamada Becca. Las fichas de James y Eric se hundieron primero, y cada uno de ellos recibió su propio lingote de oro, al igual que Cade. Sin embargo, algo extraño sucedió con Becca. Su teja no se movió y no quedó más oro que reclamar.

La muchacha les frotó la garganta donde el collar de hierro se clavaba en su cuello, confundida.

—¿Qué hago yo...?

Fue entonces cuando la hoja circular dentada, balanceándose como un péndulo, cayó del techo. Los concursantes que aún estaban de pie sobre sus baldosas hundidas pudieron encorvarse fácilmente fuera del camino de la sierra, pero Becca apenas evitó ser partida en dos. Se aplastó contra el suelo justo antes de que el péndulo pasara por su torso. Su grito llenó el tenso silencio de la sala mientras todos se quedaban boquiabiertos ante el espectáculo con horror.

—¡Becca! —gritó una de las otras concursantes. Ophelia no pudo ver quién era.

Becca sollozó mientras intentaba arrastrarse hacia la siguiente casilla de la fila que tenía delante y apartarse del camino del péndulo. Pero cuando pasó a la plaza, su peso hizo que otro péndulo cayera. Este péndulo oscilaba perpendicularmente al otro, creando un camino de muerte en forma de cruz. Todos miraron, horrorizados, cómo ella se arrastraba hacia adelante de nuevo, y otra sierra caía, balanceándose paralela a la primera.

Luego solo empeoró. Las sierras caían más abajo con cada golpe, solo una pulgada en cada pasada, pero pronto Becca no podría evitar sus hojas, y tampoco lo harían las demás. Y si continuaba moviéndose a las otras plazas, la habitación se convertiría rápidamente en una cuadrícula de sierras y muerte.

—¡Ayuda! —exclamó ella—. ¡Ayuda!

—¡Llama al Diablillo antes de que convoques más y nos maten a todos! —gritó alguien. Galán.

Becca respiró hondo mientras miraba el péndulo, con la cara manchada y roja por las lágrimas.

—¡Jaspe! ¡Ayuda! ¡Por favor!...

Ni un instante después, Jasper estaba allí, levantando a la chica y poniéndola por encima del hombro como si fuera un saco de patatas y desapareciendo. Para consternación de todos los demás, las dos sierras adicionales que Becca activó no desaparecieron con ellos, aunque la primera sí lo hizo.

Antes de que ninguno de ellos tuviera la oportunidad de comprender lo que acababa de suceder, apareció otro grupo de lingotes de oro. Esta vez, había cuatro para reclamar. Seis personas se apresuraron a avanzar, incluida, para sorpresa de Ophelia, Luci. Afortunadamente para Luci, ella fue una de las cuatro que llegaron a las barras lo suficientemente rápido. Cade y James fueron los que fueron demasiado lentos esta vez, teniendo que salir del agujero en el que se habían hundido primero, y al igual que antes, dos sierras de péndulo cayeron del techo tan pronto como se movieron demasiado tarde. Los hombres cayeron al suelo, James inmediatamente comenzó a entrar en pánico, pero Cade parecía ferozmente decidido. Cade comenzó a arrastrarse hacia adelante, con el lingote de oro que había ganado del primer grupo encajado en el pliegue de su codo, activando un péndulo tras otro, y pronto Ophelia apenas pudo ver nada más que líneas y líneas de espadas oscilantes. De ida y vuelta. De ida y vuelta. De ida y vuelta.

Cada péndulo oscilaba en diferentes momentos, creando un tablero de ajedrez de la muerte, todo debido a su glotonería colectiva. Que era, por supuesto, el objetivo de este nivel. El resto de ellos consideraron sus próximos movimientos. A medida que las cosas se volvían cada vez más peligrosas y otra pila de oro parecía atraer a todos, Cade se había deslizado por el suelo hasta el muro de palancas. Y fue entonces cuando Ophelia se dio cuenta de que el espacio

alrededor de la cuadrícula estaba libre de sierras: todo el perímetro era una zona despejada. Una vez más, Cade había logrado ponerse a salvo mientras dejaba al resto de ellos en la peor situación posible.

Cade inmediatamente tiró de una de sus palancas y luego se giró para buscar a alguien. Ophelia. Su sonrisa era siniestra mientras sostenía su mirada, alcanzando la palanca a la derecha sobre su nombre, la que tenía la “X” y la golpeaba. Entonces todos vieron cómo su collar y sus cadenas desaparecían.

La habitación se sumió en un caos enfurecido. Ophelia no perdió ni un segundo más y comenzó a corear el nombre de Blackwell. El metálico y cortante estrépito de las cuchillas atravesó la habitación y los gritos comenzaron segundos después. Había tanto caos a su alrededor que era difícil saber dónde podía moverse con seguridad. Entonces recordó la rejilla en el suelo. Escudriñando el suelo bajo sus pies, rápidamente dedujo que las líneas eran los caminos de las espadas. Mientras permaneciera en medio de las plazas vacías, estaría a salvo.

Cuando Blackwell apareció, estaba en su estado no corpóreo. Él la recorrió con los ojos, de la cabeza a los pies, y aunque ella sabía que solo la estaba evaluando por las lesiones, su estómago seguía revuelto. Necesitaba encontrar una manera de hacer que eso se detuviera.

Se aclaró la garganta.

—¿Cuál es el mejor curso de acción?

—Tienes dos opciones —le dijo Blackwell mientras evaluaba la situación a su alrededor—. En la pared detrás de ti está la llave que necesitas para soltarte del collar y abrir la puerta para salir de este nivel.

Ophelia agitó la mano con impaciencia.

—¿Y la segunda opción?

—Vas por las palancas que tienes delante —continuó—. Cada concursante tiene dos palancas; Tira del que tiene la marca de verificación y le dará a ese concursante una ventaja en un nivel futuro. Tira del que tiene la cruz y les dará una desventaja. Si se tira de ambas palancas, se neutralizará el resultado.

—Cade acaba de tirar de dos palancas.

Blackwell asintió como si no se tratara de una noticia impactante.

—Es hora de moverse, entonces.

—Lo primero es lo primero —dijo ella, bajando la vista hacia el cuello.

Se concentró en su cuerpo desde el cuello para abajo, invocando la sensación de hormigueo que necesitaba para volverse invisible. Lentamente, centímetro a centímetro, comenzó a desaparecer, y el collar golpeó el suelo con estrépito. Suspiró aliviada mientras se frotaba la sensible piel de su cuello.

—Resulta que no me gusta que me ahoguen —murmuró.

Blackwell se encogió de hombros.

—Al menos no por cuellos metálicos.

Ella le lanzó una mirada dura y pasó junto a él hacia el camino del péndulo oscilante frente a ella. Contaba los segundos entre cada golpe, y Blackwell estaba benditamente callada mientras ella se concentraba. Recogiendo sus faldas, esperó a que la sierra pasara frente a ella tres veces antes de dar el salto.

Uno.

Dos.

Tres.

Saltar.

Aterrizó fácilmente en la siguiente casilla vacía, con Blackwell pisándole los talones. El único problema era que su movimiento provocaba que otro péndulo cayera hacia su derecha.

—Adelante uno, luego a la izquierda dos —ordenó Blackwell.

Ella corrió a través de la cuadrícula con su ayuda. Adelante... izquierda... esperando a que el siguiente péndulo alcanzara el punto más alto de su trayectoria, saltó sobre su camino y luego giró para mirar hacia atrás desde donde acababa de llegar...

—*Ophelia* —gritó Blackwell.

Se tambaleó otro cuadrado hacia adelante, su brazo derecho desapareció en el último momento antes de que una de las cuchillas que caían lo cortara de su hombro. Hizo una pausa, con el pecho agitado mientras comenzaba a entrar en pánico.

Blackwell apareció justo delante de ella.

—Oye. Estás bien. Usaste tus habilidades perfectamente.

Un aullido de agonía sonó a pocos metros de distancia, y ella azotó la cabeza para ver a James caer al suelo, agarrándose el hombro derecho mientras la sangre brotaba al suelo. Respiró hondo ante el dolor del pobre hombre. Comenzó a llamar a Jasper por su nombre sin dudarlo.

—Tengo que ayudarlo —dijo ella, arrastrando los pies un paso hacia adelante, pero ya era demasiado tarde.

Jasper apareció frente a James y le hizo un tonto.

—Eso se va a desangrar.

James estaba más pálido que un fantasma mientras miraba al Diablillo, sus ojos suplicando misericordia.

—Me quiero ir. Sácame de aquí.

Jasper sonrió y extendió su mano en ofrenda.

James tragó saliva y su herida arrojaba más y más sangre. Luego, con gran esfuerzo, estrechó la mano del Diablillo.

Y luego fueron once.

—Tienes que moverte —le dijo Blackwell—. Los demás concursantes ya están a mitad de camino.

Ophelia respiró temblorosa y se volvió hacia la rejilla.

—Dos delanteros, dos derechos —evaluó Blackwell por ella—. ¿Listo?

Ella asintió y se fue. Su vestido no era lo más cómodo para moverse, y después de despejar los siguientes cuadrados, Blackwell se agachó para agarrar su dobladillo. Rasgó la tela hasta dejarla justo por encima de las rodillas y la tiró. Se sentía prácticamente desnuda, pero eso hacía que fuera mucho más fácil moverse que ni siquiera le importó.

—Gracias... —comenzó, pero sus palabras fueron interrumpidas por el chorro de agua que brotaba del techo.

—De las palancas que tiraba Cade —le dijo Blackwell—. Cada uno desencadena más obstáculos. Este juicio se trata de no ceder a la gula. Exceso que no necesitas. Y castiga a todos colectivamente cada vez que lo haces.

Se puso seria y volvió a la acción, casi resbalando sobre la piedra húmeda bajo sus pies, pero Blackwell estaba allí para sostenerla, una mano firme en su cintura, una presencia constante a su lado. Con suerte, los otros concursantes estaban demasiado distraídos para verlo en los breves segundos que estuvo sólido.

—Justo al lado —dijo él mientras ella saltaba por el camino de la siguiente espada—. Dos adelante.

Se preparó para seguir sus instrucciones, pero mientras contaba los vaivenes del siguiente salto, alguien la embistió de repente por detrás. Golpeó el suelo y Blackwell maldijo, sin haberse dado cuenta de que Eric se acercaba sigilosamente a ellos.

Ophelia se puso en pie a duras penas, despejando por poco el camino antes de que la sierra la partiera por la mitad. Se giró para ver a Eric mirándola con la mirada al otro lado de la trayectoria del péndulo.

—¿Qué mierda te pasa? —siseó ella, apartándose el cabello empapado de los ojos. El agua que venía de arriba no había cesado ni un segundo.

—Vi lo que acabas de hacer. Cade tenía razón, te has vuelto *invisible*... —acusó Eric, alzando la voz por encima del ruido de la lluvia—. Y has estado hablando con alguien. Alguien a quien ninguno de nosotros puede ver, excepto que yo lo acabo de ver. Te están ayudando. Eres un demonio y tienes amigos aquí.

—Pensé que ya lo habíamos establecido. Mi sangre es *roja* —replicó ella.

—Entonces es un truco —dijo Eric—. De cualquier manera, me voy a encargar de que tu sangre se derrame por todo el piso, solo para estar más seguro. Y si me equivoco, es solo una persona menos en esta competencia, ¿verdad?

—Ángel, tienes que correr —le dijo Blackwell—. Deshacerme de él yo mismo drenará demasiado de mi magia de una vez.

—Los hombres siempre son *inútiles* —gruñó a los dos, medio exasperada, antes de girar y correr hacia la siguiente casilla.

Eric la siguió, las cadenas de su cuello tintineaban al moverse. Al menos tenía esa ventaja. Ella se movió hacia la izquierda y él trató de seguirla, pero sus cadenas se tensaron. Sin embargo, su alivio no duró mucho, ya que otro de los péndulos la obligó a girar hacia la derecha, de nuevo al alcance de Eric. Podía ver el muro de palancas justo delante de ellos, el espacio frente a ellas despejado. Se preparó para saltar, pero ya era demasiado tarde.

Eric volvió a chocar contra ella y ella luchó contra él durante un minuto, pero era demasiado fuerte. Ophelia seguía retorciéndose con los brazos y las piernas mientras Eric intentaba empujarla al suelo.

—Olvida lo que dije, voy a matarlo —gruñó Blackwell mientras comenzaba a cambiar a su estado corporal.

Pero antes de que Blackwell tuviera la oportunidad de poner una mano sobre Eric, Ophelia logró retorcerse en el agarre de Eric lo suficiente como para golpear su rodilla entre sus piernas; Él aulló y la soltó mientras se encorvaba hacia adelante. Se puso de pie y recuperó el rumbo.

Había un columpio de sierra detrás de ella.

Se giró para mirar a Eric mientras recuperaba la compostura y se enderezaba. Retrocedió un paso, directamente en el camino de la bajada del péndulo. Eric se preparó para lanzarse.

Cuando él saltó hacia adelante, demasiado distraído por su rabia para darse cuenta de la trampa que ella había tendido, Ophelia dejó que él se apoderara de ella. Y cuando la cuchilla volvió a bajar, nunca la vio venir.



32

DISTRACCIÓN

La sangre salpicó la cara de Ophelia y la parte delantera de su vestido mientras retrocedía a trompicones y volvía a su estado sólido. El cadáver mutilado de Eric cayó al suelo con un ruido sordo y nauseabundo. A medida que la sangre de él se acumulaba bajo sus pies, la culpa la golpeó con toda su fuerza.

—Bueno, eso me ahorra la molestia —murmuró Blackwell.

—¿Qué acabo de hacer? —susurró.

—Lo que tenías que hacer —afirmó—. No puedes parar ahora. Un camino más para despejar y ya está.

Ella asintió aturdida, alejándose del cadáver. La lluvia se convirtió en granizo, lo que indicaba que se había tirado de otra palanca, pero apenas sintió el hielo golpeando su piel.

¿Qué hice?

—*Ophelia* —imploró Blackwell—. Tienes que moverte, ángel.

Tragó saliva y dio un solo paso hacia adelante. Le temblaban las manos a los costados, y no podía decir si era por la repentina caída de la temperatura cuando el hielo caía por la habitación, o si era por el horror de lo que acababa de suceder. Un paso más.

Esperó a que la sierra se balanceara hacia abajo y finalmente saltó a la franja de espacio libre frente a la pared. Miró a su alrededor, pero no había nadie más.

—¿Dónde están los demás? —preguntó—. ¿Han limpiado el campo?

—Todavía están a merced de sus collares o apostando por el oro —contestó Blackwell—. Parece que solo eres la cuarta en llegar aquí.

Observó las palancas que tenía delante con una buena dosis de escepticismo, sabiendo que lo que estaba a punto de hacer añadiría otro obstáculo mortal a la habitación.

Aparte de la suya y la de Cade, hasta ahora se habían tirado otras dos palancas: la de Edna y la de Charlotte. Ambas comprobaciones.

Vio su propia palanca hacia la izquierda y corrió hacia adelante para tirar de la que estaba revisada y neutralizar lo que Cade había hecho. El castigo por tocarlo descendió sobre la habitación en un instante. Una bola y una cadena aparecieron alrededor de cada uno de sus tobillos. Alguien gritó. Otro maldito. Pero *Ophelia* se liberó de las cadenas en segundos.

—Vamos —instó Blackwell—. Tienes que volver a cruzar por la llave...

Ophelia se acercó a la palanca de Cade y golpeó el que tenía la cruz.

Todos los péndulos de la habitación comenzaron a acelerarse, y Blackwell la miró en estado de shock por un momento antes de que una sonrisa orgullosa se extendiera por su rostro.

—Mira quién encontró los dientes.

Ella no respondió, ya que se volvió hacia el tablero de ajedrez de la muerte y se preparó para protegerse de la sangre que encontró allí. No se detuvo. Simplemente despegó a través del claro, corriendo alrededor del perímetro seguro de la habitación hasta que llegó a la pared opuesta.

—La herramienta para abrir la puerta —le recordó Blackwell, señalando un punto de la pared donde colgaba de un gancho una pequeña herramienta de forma extraña.

En el momento en que lo agarró, apareció otro para reemplazarlo por el siguiente concursante y una puerta apareció ante ella. Deslizó la pequeña pieza de metal en un agujero de forma similar en el centro de la puerta y observó cómo se abría brillando. Volvió al comedor de Phantasma, Blackwell no se veía por ningún lado, pero descubrió que no estaba sola. Sin embargo, la última persona que esperaba era Luci.

De hecho, ahora que lo pensaba, aparte de las bolsas violáceas debajo de los ojos de Luci que sugerían una grave falta de sueño, Luci había parecido flotar a través de la competencia hasta ahora. Correr con Leon, tomarse el tiempo para leer libros en la biblioteca.

A menos que la chica tuviera su propio guía fantasmal, Ophelia no pudo evitar preguntarse cómo Luci, con su comportamiento dulce y su naturaleza tímida, estaba tomando esta competencia con tanta calma. Era casi como si...

Los ojos de Ophelia se entrecerraron en una herida en la parte superior del hombro derecho de Luci. Se veía reciente,

la piel a su alrededor resbaladiza y brillante con algo, ¿opalescente? Sin embargo, el corte ya había comenzado a formar costras. Mientras tanto, Luci se quedaba boquiabierta ante la aparición de Ophelia.

—Hay tanta sangre —susurró Luci—. ¿Es...?

—Es de Eric —interrumpió Ophelia—. No la mía.

Una mano voló a la boca de Luci con sorpresa.

—¿Esta...?

Ophelia asintió. Entonces hizo algo impactante. Ella se echó a reír.

—Lo maté. —Otra risita, está saliendo un poco sin aliento—. Intentó matarme primero, por supuesto. Pero yo... yo lo maté.

Luci se quedó de pie, con los ojos muy abiertos, mientras Ophelia empezaba a romper en un ataque de risa.

—¿Intentó matarte?

Ophelia se secó las lágrimas de la cara mientras recuperaba la sobriedad.

—Sí. Todavía están convencidos de que soy una especie de Diablillo. Supongo que no ayudé a mi caso.

Luci se quedó callada durante un largo momento.

—Entonces, me alegro de que no le hayas dejado salirse con la suya.

Ophelia alzó las cejas, sorprendida por el apoyo de la chica. Luci parecía tan callada, tan reservada, sin una pizca de amenaza en su comportamiento. Pero tal vez Ophelia tenía a la chica clavada en cierto. Tal vez porque le resultaba difícil imaginar a Genevieve siendo amiga de alguien tan indiferente a una muerte. Genevieve odiaba lo oscuro y lo macabro.

Luci, sin embargo, ni siquiera se inmutó ante la idea de que Ophelia hubiera cometido un asesinato. Lo que no hizo más que aumentar la sospecha de Ophelia de que la otra chica no era todo lo que parecía en la superficie.

Ophelia se aclaró la garganta.

—¿Estás esperando aquí por alguna razón?

Luci se mordió el labio y apartó los ojos.

—Leon todavía no ha salido.

A Ophelia se le apretó el pecho, pero no ofreció ninguna crítica. Sería hipócrita teniendo en cuenta lo que ella misma estaba a punto de hacer.

Sin embargo, antes de dejar que la chica se preocupara sola, no pudo resistirse a decir:

—Parece que fue una herida desagradable.

Fue, siendo la palabra clave.

Luci se mordió el labio y apartó los ojos de Ophelia.

—¿Fue uno de los péndulos? —preguntó Ophelia, aunque las dos sabían que era retórico. Luci no había tenido la lesión antes del nivel.

Un tenso latido de silencio transcurrió entre ellos.

Finalmente, Luci susurró:

—Por favor, no se lo digas a nadie.

—¿Qué habría que contar? —se preguntó Ophelia, esta vez con verdadera curiosidad.

Luci negó con la cabeza mientras alzaba la mano para peinarse el largo cabello por encima del hombro y ocultar el corte. Ophelia notó que las manos de la chica estaban manchadas con la misma sustancia extraña y opalescente que su clavícula y su camisa.

—Espero que Leon salga sano y salvo —fue todo lo que Ophelia ofreció mientras salía del comedor.



Cuando Ophelia regresó a su habitación, lo único que quería era una distracción. Algo que le quitaría de la cabeza la imagen del cadáver masacrado de Eric.

Se quitó el vestido destrozado antes de ir al baño a bañarse. Se metió en la bañera y se frotó hasta quedar en carne viva hasta dejarla en carne viva. Hasta que se sintió limpia de sus pecados. Cuando terminó, tiró del desagüe y regresó a su habitación, dejando un rastro de agua a su paso.

De pie en medio de su habitación, sin una puntada de ropa, coreó el nombre de Blackwell.

Tardó casi un minuto entero en llegar.

—Lo siento, iba a volver...

Se detuvo en seco cuando la vio. Su mirada se calentó al instante, pero permaneció plantado en su lugar.

Cada palabra que decía a continuación era lenta y deliberada.

—¿Qué haces, ángel?

—Distráeme —le dijo ella.

Se pasó una mano por la boca en contemplación.

—Yo... no creo que sea una buena idea.

Ella se acercó y su expresión se volvió dolorosa.

—Necesito una distracción.

Necesito que esa prueba se borre de mi memoria para siempre.

—En la última conversación real que tuvimos, estabas muy molesta conmigo —razonó—. Solo lo haces por lo que pasó en ese nivel. Solo me quieres después de experiencias cercanas a la muerte.

—¿Y qué?

Se inclinó hasta que sus ojos quedaron nivelados.

—*Entonces*, tal vez no quiero ser solo una distracción para ti.

Agitó los puños a los costados.

—Muy bien. Vete. Yo me encargaré de mi propia distracción.

Cruzó los brazos sobre el pecho, divertido.

—Muy bien, entonces. Adelante.

Vaciló un poco.

—Lo haré tan pronto como te vayas.

—¿Y perderme el espectáculo? —Sonrió—. Creo que me quedaré.

Entrecerró los ojos.

—¿No creerás que me complaceré contigo aquí?

—No, no lo sé —se burló.

Algo dentro de ella se había deshecho aún más esa noche, y él no tenía idea de lo audaz que se sentía. Pensó que estaba fanfarroneando, pero no sabía que estaba a punto de jugar todas sus cartas. Ella le dedicó una sonrisa burlona mientras hacía ademán de subirse a la cama y acomodarse contra las almohadas. Su piel aún brillaba con gotas de agua, y podía

ver el hambre en sus ojos mientras observaba cada movimiento que hacía, embelesado.

Se mordió el labio mientras ahuecaba suavemente sus pechos, haciendo rodar sus pezones tensos y rosados entre los pulgares y los índices hasta que se animaron. Ella soltó un gemido entrecortado mientras continuaba pellizcándolos, el placer recorriendo su vientre hasta el vértice de su núcleo. Sentía que se mojaba. Blackwell la observó atentamente, y ella sostuvo su mirada, dejando claro que no iba a detenerse.

Pasó los dedos por la piel del estómago y los muslos, rodeando su ombligo, antes de ir bajando, bajando, bajando. Cuando tocó ese punto sensible entre sus piernas, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza, gimiendo con dulce alivio. Hizo círculos lentos y lánguidos sobre su clítoris, sus dedos se volvieron resbaladizos con su humedad mientras su cuerpo se derretía de placer. Por un momento, olvidó que tenía una audiencia o dónde estaba: solo estaba el éxtasis creciendo en su núcleo y el sonido de sus gemidos.

A medida que se acercaba más y más al borde, deslizó dos dedos dentro de sí misma y los bombeó hacia adentro y hacia afuera.

—*Joder*. —La voz de Blackwell se había vuelto ronca, y abrió los ojos lo suficiente para verlo acercarse a los pies de la cama—. ¿Por qué me torturas?

Ella solo bombeó más rápido en respuesta.

—*Joder*, eso es todo —gruñó.

Lo siguiente que supo fue que él estaba flotando sobre ella, arrodillado entre sus piernas. Él la agarró de la muñeca y apartó su mano de ella. Hizo un ruido de protesta, pero una inyección de emoción la recorrió mientras esperaba su próximo movimiento. Llevó sus dedos, resbaladizos por la excitación, a su boca y los chupó suavemente. Algo primitivo estalló dentro de ella al verlo.

—*Delicioso* —dijo.

—Tócame —suspiró—. Por favor.

Levantó una ceja.

—¿Creía que habías dicho que nunca me pedirías nada?

Ella apretó los labios mientras lo miraba, indignada. Se echó a reír.

—Mmm —tarareó mientras se inclinaba para pasar sus labios por la parte inferior de su mandíbula, triturando la dureza de sus pantalones entre sus piernas hasta que ella gimió de necesidad—. Creo que *debería* hacerte rogar. Como castigo por haberme provocado.

—Te odio —dijo ella, pero le faltó el aire para resultar convincente.

—Bien —murmuró—. Trata de aferrarte a eso mientras hago esto. Adoro los desafíos.

Una cosa acerca de tener un Fantasma como amante: cambiar de posición siempre fue suave. Ella estaba de espaldas un segundo y al siguiente él había cambiado de posición.

—Estira la mano y agarra la cabecera —exigió.

Ella no discutió. Estirándose, se aferró a la parte superior del marco barroco que se desplazaba, con las rodillas a ambos lados de él. Estiró la mano para agarrar la parte posterior de sus muslos, usándolos como palanca para deslizarse más abajo de la cama hasta que su boca tuvo un acceso perfecto al vértice entre sus piernas. Cuando su lengua rozó su clítoris, sus piernas casi se rindieron, y sus brazos tuvieron que soportar su peso para que ella permaneciera erguida. A él no pareció importarle.

Él le dio otra lamida, esta vez lamiendo la rendija de su entrada, y ella pudo sentir que se mojaba más y más con

cada golpe de su lengua. Hasta que el calor que se acumulaba entre sus piernas goteaba por sus muslos. Su pecho se agitó con el esfuerzo de acallar los gemidos y gemidos que clamaban por su garganta, y Blackwell hizo un ruido de descontento.

—Deja de contenerte —ordenó él debajo de ella, moviendo una de sus manos entre sus piernas para deslizar un solo dedo dentro de ella—. Quiero escucharte.

Cuando él añadió un segundo dedo y lo enroscó dentro de ella, golpeando ese punto sensible en lo más profundo de su interior, ella lo soltó. Un gemido se escapó de sus labios mientras echaba la cabeza hacia atrás en éxtasis, usando su agarre en la cabecera para levantarse sobre sus dedos, necesitando desesperadamente más fricción.

—Blackwell —gimió ella mientras golpeaba su mano cada vez más fuerte.

—Buena chica, úsame para follarte a ti misma —elogió, su voz se hizo más profunda por la lujuria—. Más rápido.

A medida que ella aceleraba sus movimientos, él añadió un tercer dedo. Mientras ella cabalgaba sobre su mano, él acercó su boca a su clítoris y la chupó hasta que ella pensó que iba a arder de deseo.

—Sí —le instó ella—. Por favor... por favor, no te detengas.

Su lengua hizo círculos perezosos alrededor del sensible manojito de nervios, y no pasó mucho tiempo para que ella alcanzara su clímax. Los músculos de su núcleo se apretaron alrededor de sus dedos, y mientras ella bajaba lentamente de su subidón, él desapareció debajo de ella. Un momento después, sintió su pecho desnudo contra su espalda, sus brazos envolviéndose hacia la parte delantera de su cuerpo para acariciar sus pechos mientras sus labios dejaban besos abrasadores contra su hombro derecho.

—Por favor —susurró ella mientras él le pellizcaba los pezones sin importarle la desesperación en su voz.

—¿Por favor, qué? —murmuró mientras levantaba una mano para recoger su cabello y pasarlo por encima de su hombro izquierdo, dando acceso a su boca al lado de su garganta. Él mordisqueó y lamió su piel febril, y ella se estremeció. Podía sentir la cabeza de su polla presionando contra su entrada y la estaba volviendo loca.

—Te necesito —jadeó—, dentro de mí.

—Me necesitas. Como distracción. —Había algo en su tono que lo hacía sonar como una prueba.

—Necesito una distracción, sí —admitió ella—. Pero más que eso te *quiero*. Aunque no debería. Me haces sentir...

Podía sentir los planos de su cuerpo tensos detrás de ella mientras él le indicaba cautelosamente:

—Te hago sentir...

—Bien. —Su medallón se calentó, su pulso se volvía más errático con cada palabra que confesaba—. No tan sola. Te quiero.

—Entonces me tendrás —le dijo, y sin preámbulos, se envainó dentro de ella, hasta la empuñadura.

—*Blackwell* —exclamó.

Una de sus manos se extendió sobre su estómago mientras la otra descansaba en su cadera, ayudándola a mantenerse firme mientras tiraba hasta la punta y luego se estrellaba hacia adelante una vez más. Pronto él estaba bombeando dentro de ella con un ritmo constante y su cabeza se arrulló contra su hombro mientras disfrutaba de la sensación de que él la llenaba tan completamente.

—Ophelia —gruñó—. Joder, ángel, no quiero estar en ningún otro lugar que no sea aquí. Dentro de ti.

Ella gimió de placer mientras se miraba a sí misma, hacia donde las manos de él estaban extendidas sobre los planos de su estómago, y pudo ver la oleada de su longitud moviéndose dentro de ella debajo de ellas.

—Creo que podrías ser lo más cerca del cielo que jamás estaré —susurró.

Giró su rostro hacia el suyo lo suficiente como para que su boca capturara la suya en un beso descuidado. Lamió y mordisqueó hasta que sus labios se hincharon, y mientras sus lenguas se enjabonaban el uno al otro, sus caderas bombeaban más rápido, más profundamente. La mano que él había extendido sobre su estómago se acercó para masajear su pecho, haciendo rodar su pezón entre el pulgar y el índice lo suficientemente fuerte como para que el placer se mezclara con el dolor, y ella dejó escapar un grito contra sus labios. Los sonidos que provenían de ella lo estimularon más rápido y pronto un fino brillo de sudor cubrió su piel, pero el ritmo de Blackwell no disminuyó. Conduciéndolos a ambos al límite al mismo tiempo.

—Córrete para mí —imploró mientras la mano en su pecho bajaba hasta su clítoris, sacudiendo el bulto hinchado con su dedo índice y haciéndola retorcerse ante la abrumadora estimulación.

—Estoy cerca —le dijo ella.

—Buena chica —animó—. Córrete hasta el final por mí.

—¿Blackwell?

—¿Sí, ángel? —preguntó, casi sin aliento.

—Creo, creo que tal vez yo... —ella se quedó callada mientras sus dedos le pellizcaban el clítoris y todo su cuerpo se iluminaba con un placer sin precedentes. Una oleada de chispas brotó de sus manos ante la sensación, su unión creó una magia literal.

Había estado a punto de desmoronarse durante un tiempo, pero ahora se estaba estrellando de cabeza y estaba decidida a llevarlo allí con ella. Se estrelló contra su cuerpo, frotándose con fuerza contra él y haciéndole soltar una serie de improperios. Sintió que los músculos de sus brazos se tensaban, y supo que él también estaba a punto de caer por el borde, así que se soltó por segunda vez, justo a su lado.

Cada hueso de su cuerpo se sentía como gelatina mientras él se alejaba lentamente de ella y se desenredaba. Su pecho se agitó mientras intentaba recuperar el aliento, y él los tiró suavemente a ambos sobre el colchón, acolchando la cabeza de ella contra su pecho mientras las últimas olas de placer se disipaban. Permanecieron así durante mucho tiempo, disfrutando del silencio del resplandor del crepúsculo.

Blackwell fue el primero en hablar.

—Yo también me siento menos solo contigo.

Su pecho se hinchó con una emoción peligrosa y las lágrimas brotaron de las comisuras de sus ojos. Lo que ella había estado a punto de admitirle...

Creo que tal vez me estoy enamorando de ti.

Una profunda sensación de temor comenzó a hundirse en sus entrañas de que estar dentro de Phantasma no iba a ser lo que la rompiera.

Se levantó del pecho de Blackwell y se levantó de la cama. Se acercó a hurgar en su maleta, sacó su camisón carmesí del baúl y se lo puso apresuradamente. Blackwell la miró con una expresión en blanco.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó.

—No puedo perder el tiempo dando vueltas cuando debería volver a buscar tu llave —contestó ella—. Últimamente hemos estado demasiado distraídos.

Se puso de pie, chasqueando los dedos para reponerse. Como siempre, tenía un gusto impecable. Pantalón alto de raso negro de talle alto con un brocado monocromático bordado sobre ellos. Su camisa era de color crema, de corte limpio, abotonada, que se metía cuidadosamente dentro de sus pantalones y apenas era ligeramente grande en su cuerpo delgado y musculoso. Había gemelos de ónix caros en cada una de sus muñecas y un collar a juego debajo del cuello abierto de su camisa.

Tenía un aspecto tan endiabladamente atractivo que ella estuvo a punto de mandar todo al infierno y arrastrarlo de vuelta a la cama, y ese era exactamente el problema.

—Algo va mal —dijo él mientras ella se ocupaba de arreglarse el sexo, el cabello despeinado—. ¿Qué hice?

—No hiciste nada —respondió ella con facilidad—. No pasa nada. Como dije, no puedo perder el tiempo acostada por ahí.

Suspiró.

—Muy bien, entonces. ¿Por dónde vamos a empezar a mirar esta noche?

—Esta noche no hay un *nosotros* —le dijo ella, inflexible—. Quiero explorar sola.

—¿No hay un *nosotros*? —Levantó las cejas—. Solo me estabas rogando que te follara...

—No te rogué.—Ella arrugó la nariz, cortándolo antes de que pudiera terminar de pensarlo—. Pero... no estamos teniendo cuidado. Todo lo que acaba de pasar... Lo que se dijo... considéralo la última vez. No podemos apegarnos. No puedo quererte así. Te vas por una hora, y yo anhele tu compañía. Eso no solo es una tontería, es *peligroso*. Y no puedo contar contigo para salvarme de todo cuando en menos de seis días no te volveré a ver.

La esmeralda de sus ojos se profundizó con ira.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos? ¿No hablar por el resto de la competencia?

—Como si pudieras pasar dos segundos sin aparecer para molestarme —murmuró—. No digo que no podamos *hablar*. Estoy diciendo que no más besos, toques o dormir en la misma cama. Necesitamos espacio.

Hizo un único y agudo movimiento de cabeza.

—Entendido.

Luego desapareció.



33

FANTASIA FRIVOLA

SEXTA NOCHE EN PHANTASMA

Esta vez, cuando Ophelia volvió a la habitación secreta para volver a visitar la talla del nombre de su padre, se aseguró de no quemarse con el ácido. Arrastrándose por el estrecho túnel, pudo oír el golpeteo de la lluvia ardiente detrás de ella, pero llegó a la pequeña habitación con paneles sin incidentes. Trató de no imaginar la última vez que ella y Blackwell estuvieron allí juntos, borrando la escena íntima de su mente antes de seguir en espiral esa noche.

—*Finalmente* —sola, la Voz de la Sombra siseó en su mente, sobresaltándola. No se había dado cuenta, pero la voz la molestaba cada vez menos con cada día que pasaba en Phantasma. Un pros impactante entre una enorme lista de contras.

Apartó la Voz de la Sombra de su mente y dejó la lámpara encendida que había traído consigo. La suave y danzante luz de la hoguera iluminaba los tablones de madera que tenía delante, revelando las palabras talladas que había venido a buscar.

Recorrió con los dedos las letras de *Gabriel por Siempre*, una por una, deseando sentir algún tipo de conexión mágica en ellas, pero no lo hizo. Su medallón tampoco reaccionó, solo permaneció silencioso y frío contra su garganta. Dirigiendo su atención a las palabras talladas en la parte superior, se inclinó, tratando de descifrar qué letras podrían haber estado allí antes de que fueran arrancadas hasta quedar irreconocibles. Si no lo supiera, habría jurado que la primera letra era una “T”.

Un sollozo recorrió su pecho.

—Mamá —susurró mientras sus lágrimas tocaban el suelo—. ¿Por qué estabas aquí?

Se acurrucó junto a las palabras y se permitió llorar. Derramando lágrimas por la prematura muerte de su madre. Demasiado repentino, demasiado pronto. Lágrimas por la relación con su hermana, se preguntaba si alguna vez tendría la oportunidad de enmendarse. Lágrimas por el padre que nunca llegó a conocer.

Pero, sobre todo, derramó lágrimas por sí misma. Y el corazón tierno que nunca volvería a tener.



Ophelia se despertó a la luz gris de una vela casi apagada. La cera de la columna afilada se había derretido hasta la saciedad, y se preguntó cuántas horas habría estado dormida. Estirando las extremidades, se levantó del suelo, con la vara en la mano izquierda, y avanzó hacia la estantería de la pared más alejada de la habitación.

Dejó el candelabro de latón en una de las estanterías vacías y pasó los dedos por los paneles de la alcoba de cada estantería, buscando un botón que accionara el mecanismo de giro como el que la había llevado hasta allí. Al principio, no encontró nada, e hizo un ruido de molestia en su garganta de que una vez más tendría que convocar a Blackwell para que la ayudara a salir de una situación difícil. Sin embargo, tras una segunda inspección, encontró una pequeña hendidura en el estante justo por encima del nivel de sus ojos. Rodó hasta las puntas de los pies, saltando un poco para empujarlo hacia abajo.

La estantería empezó a girar, girando ciento ochenta grados hasta que la devolvieron a la biblioteca. No parecía haber nadie cerca, y suspiró aliviada. Pero no dio ni dos pasos hacia la salida antes de que el humo comenzara a arrastrarse por el suelo desde debajo de los estantes, ondeando a través de la habitación como nubes de tormenta ondulantes. Sintió la presencia de Sinclair antes de verlo.

—Hola, Nigromante —la saludó el Diablillo mientras se apagaba toda la luz de la habitación.

—«Vete a la mierda» no parece tener la misma potencia aquí que en el Barrio Francés —murmuró mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Vengo en paz —dijo mientras empezaba a rodearla—. He decidido que no había causado la mejor impresión antes.

—¿A qué te refieres? —dijo ella, con un tono lleno de sarcasmo—. Eras francamente *encantadora*.

Echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Tienes un sentido del humor decente para ser un mortal.

Ella no respondió. No tenía ningún deseo de mantener la conversación. Se aclaró la garganta ante su silencio, un gesto falso destinado a fingir un aura de humanidad que no poseía. A los diablillos les encantaba jugar a ser humanos para bajar las defensas de los mortales.

—Pensé que tal vez te demostraría que no soy tan terrible como podrías pensar —ofreció—. Darte un pequeño respiro de la tristeza que te atormenta aquí y ofrecerte un poco de diversión.

Las paredes de Ophelia se levantaron de inmediato ante la mención de la *diversión*. Estaba segura de que sus definiciones de esa palabra variaban drásticamente.

—No me interesa la diversión. Ahora, si no te importa, o incluso si te importa, me gustaría volver a mi habitación.

—¿No tienes un poco de curiosidad por lo que tengo en mente? —bromeó—. Te juro que no te causará ningún daño físico y ni siquiera pediré nada a cambio. Solo quiero mostrarte lo que alguien como yo puede darte. ¿Alguna vez has visto realmente lo que un Diablillo puede hacer? ¿Uno *poderoso*, quiero decir?

Ella vaciló. No había tenido una sola experiencia con un diablillo antes de Phantasma debido a las estrictas reglas de su madre y al toque de queda aún más estricto. Solo había oído hablar de sus habilidades de segunda mano, que iban desde los trucos de salón hasta la omnipotencia. No estaría de más preguntarle al menos qué tenía en mente, ¿verdad? ¿Para saciar su curiosidad?

—Hazlo —instó la Voz de la Sombra—. *Esto debería ser bueno.*

—¿Qué es exactamente lo que quieres mostrarme? —preguntó ella.

La sonrisa de respuesta de Sinclair fue deslumbrante.

—Cuéntame tu fantasía más frívola.

Tardó un momento en pensar en esa petición. A decir verdad, durante la mayor parte de su vida, su sueño favorito consistía en explorar la campiña francesa o italiana con Genevieve, un lugar completamente desconocido para ambas. La nueva escena que se formaba en su mente, sin embargo, era mucho más alarmante. Era de ella y Blackwell, sentados en el salón de la mansión Grimm. Él sentado con un libro en la mano, ella acostada de lado con la cabeza apoyada en su regazo mientras leía su propia novela.

Su respiración se entrecortó por la sorpresa y se sacudió la imagen tan rápido como pudo.

—Un baile —soltó ella, eligiendo el siguiente pensamiento aleatorio y frívolo que se le ocurrió en la cabeza—. Nunca he ido a uno. Lo cual es prácticamente blasfemo para un ciudadano de Nueva Orleans. Quiero ponerme un vestido ridículamente lujoso y bailar con pretendientes guapos.

Sinclair se acercó.

—Cierra los ojos.

Ella vaciló.

—*Hazlo* —ordenó ahora la Voz de la Sombra—. *¡Hazlo!*

Sus ojos se cerraron de golpe. Una ráfaga fría recorrió la habitación, haciendo que su piel se erizara mientras temblaba. Entonces, una luz brillante **brilló** detrás de sus párpados y el sonido sedoso de los violines comenzó a sonar en algún lugar a lo lejos, las notas románticas acariciaron su mente.

—Abre los ojos —murmuró Sinclair.

Ophelia estuvo a punto de desmayarse de conmoción en la habitación que tenía delante.

Atrás quedó la biblioteca, reemplazada por un deslumbrante salón de baile barroco dorado. Una fantasmagoría de esplendor y grandiosidad. El suelo a cuadros era de mármol dorado y crema, y la moldura de filigrana que trepaba por las paredes y por el techo de quince metros estaba cubierta con láminas de oro. Entre las molduras había varias escenas pintadas de ángeles y demonios en naranjas y rosas pastel entre nubes de azul arremolinado. En el centro de la habitación colgaba un enorme candelabro hecho de lo que tenían que ser al menos mil cristales colgantes de lágrimas. Toda la pared del fondo era de cristal, la orquesta se colocó delante de ella a la izquierda, y Ophelia respiró hondo al ver las estrellas centelleantes.

Si no lo supiera, habría jurado que eran reales. Lo dijo en voz alta.

—Son tan reales como crees que son —respondió Sinclair—. Ahora, ¿te gustaría bailar?

Él le tendió una mano y ella entrecerró los ojos mientras la tomaba. Inmediatamente la estrechó en sus brazos, el movimiento fue suave y fluido, y pronto se enzarzaron en un suave vals por la pista de baile. La música comenzó a sonar más fuerte, y pronto otros bailarines emergieron de las sombras más allá de los pilares que bordeaban el costado del salón de baile. Mientras otras parejas se arremolinaban y bailaban a su alrededor, Sinclair la giraba con una mano antes de enrollarla de nuevo con pericia, y mientras giraba y giraba, sintió que la tela de su camisón se volvía más pesada hasta transformarse por completo en un vestido que ni siquiera sus fantasías más salvajes podrían haber inventado.

El vestido estaba hecho de seda rubí y bordados dorados brillantes. El corpiño parecía como si hubiera sido pintado en su piel. El escote corazón del corsé rojo se hundía escandalosamente, y los apliques de brocado dorado se superponían en un intrincado patrón arremolinado, acentuando su pecho. El aplique trepó por las correas y cayó sobre sus hombros, barriendo su espalda en forma de "U" profunda. La falda amplia del vestido estaba hecha de la misma seda escarlata que el corpiño, plisada de la manera más favorecedora, dando curvas de reloj de arena a su figura generalmente informe. Unos guantes de ópera dorados se extendían desde la punta de los dedos hasta los codos y un colgante de rubí del tamaño de una moneda de veinticinco centavos colgaba de su garganta, justo debajo de su amado medallón.

—Es bastante especial, ¿verdad? —Sinclair señaló el vestido con la barbilla—. Te ves realmente *exquisita*.

—Sí —suspiró mientras él la hacía girar de nuevo y observó cómo su falda giraba como si fuera más ligera que el aire.

—Todo esto me quitó menos de una onza de energía —reveló—. Imagínate las cosas que podría darte si realmente me tomara mi tiempo.

—No voy a hacer ningún trato contigo —le informó una vez más, con un tono absoluto—. No me importa cuántos vestidos bonitos me regales.

—¿Pero hiciste un trato con *él*? —imploró, mientras las rendijas de sus pupilas se tensaban ligeramente por la frustración—. ¿Por qué? ¿Cuál fue su secreto para convencerte de que aceptaras?

—Para empezar, no es un Diablillo.

Sinclair puso los ojos en blanco.

—Son los diablillos que odias. Original.

—Autopreservación —replicó ella—. Ningún trato contigo conduciría a nada bueno. Pero Blackwell me está ayudando tanto como yo a él, o más, en realidad.

—Hasta que te robe una década de tu vida —le recordó Sinclair—. ¿Es eso realmente algo que estás dispuesto a perder?

Tragó saliva. No, no lo era. Pero ella nunca se lo admitiría a él.

—No voy a perder —afirmó.

Sinclair se echó a reír y sus ojos granates se iluminaron de diversión.

—Oh, cariño, pero lo harás. No tienes ni idea de a lo que te enfrentas.

—Entonces dime —insistió ella—. ¿A qué me enfrento? ¿Y por qué odias tanto a Blackwell? ¿Qué podría haberte hecho?

La mano en su cintura se tensó mientras su rostro se agriaba con su última pregunta.

—Me han robado mi libertad. Estoy atado a este maldito infierno durante los próximos siglos por culpa de ese bastardo.

—¿A qué te refieres? ¿Creía que los Diablillos que dirigían este lugar estaban aquí por su propia voluntad?

—El resto lo están. Solo yo y el creador de Phantasma, Salemaestrus, no estamos aquí por elección —le dijo Sinclair.

Salemaestro. Archivó ese nombre para más tarde.

—¿El creador de la mansión también está obligado a estar aquí? —cuestionó.

Sinclair suspiró profundamente y los sacó de la pista de baile, empujando a la multitud de bailarines sin rostro hacia uno de los enormes pilares en el borde de la habitación. Se

recostó contra la columna de mármol, cruzando los brazos sobre su ancho pecho mientras comenzaba su relato.

—Nadie en Phantasma puede hablar del creador con nadie.
—Le dirigió una mirada cargada—. Excepto yo.

Apoyó una mano en la cadera y golpeó el pie con impaciencia.

—¿Por qué?

—Es parte de su contrato. Yo, sin embargo, no estoy sujeto al mismo tipo de contrato: estoy endeudado, no tengo empleo. Y los límites de mi deuda no incluyen ningún tipo de cláusula que me impida hablar sobre el propio Salemaestro —explicó—. Sólo algunos detalles de su situación.

—¿Cómo te endeudaste —se preguntó.

—Fui lo suficientemente tonto como para considerar a Salemaestrus como un amigo. —Se enfureció al recordarlo, sacudiendo la cabeza mientras pronunciaba la palabra *amigo*—. Cuando su padre lo encadenó a este lugar como castigo por traición, me dieron una sentencia por conspirar con él.

—¿Su padre?

La sonrisa de Sinclair era toda dientes, un espectáculo diabólico.

—El Rey de los demonios.

Ella se quedó boquiabierta de horror y retrocedió un paso.

—¿Qué? Phantasma está dirigido por...

—El mismísimo Príncipe de los demonios —terminó Sinclair, asintiendo en señal de confirmación—. Salemaestrus se enamoró irrevocablemente y eligió a su amante en lugar de a su padre. Como castigo, su padre mandó matar a su amante, y Salemaestrus se ve obligado a llevar la Mansión del Demonio por la eternidad como lección. O hasta que su padre

se aburra y termine su condena antes de tiempo. Lo que ocurra primero.

—¿Y cómo *encajas* en eso?

Su labio superior se curvó.

—Traté de ayudarlo a esconder a su amante.

Ella frunció el ceño. No esperaba nada tan noble de un Demonio.

—¿Y Blackwell? —preguntó ella—. ¿Dónde encaja en la historia?

Sinclair se enderezó, la furia revoloteó en su expresión al mencionar el nombre de Blackwell.

—Ese bastardo fantasma me ha *saboteado* una y otra vez.

Casi se echó a reír.

—¿Cómo?

—Los detalles no importan. Lo que pasa es que tuve la oportunidad de irme de aquí, y ese maldito Fantasma la arruinó. Voy a asegurarme de que nunca vea la luz al final del túnel mientras yo esté atrapado aquí.

—Por eso quieres que me rinda —se dio cuenta, mientras las piezas del rompecabezas encajaban—. No quieres que lo liberen, como venganza.

La sonrisa de Sinclair se tornó tensa.

—No es nada personal, cariño.

—Mira, yo iba a decirte lo mismo. —Hizo ademán de apartarse de él—. Perdón por tu venganza, pero tengo una propia y no pienso fallar. Encontraré la llave de Blackwell, te guste o no.

Su risa la hizo detenerse. Se giró hacia atrás justo a tiempo para ver que él comenzaba a desvanecerse.

—Ya veremos —susurró.

La inquietud se hundió en su estómago mientras se daba la vuelta, buscándolo. El Diablillo no estaba a la vista, pero el salón de baile seguía perfectamente intacto. Comenzó a sonar otra canción, otra ronda de baile se extendió a través de la multitud. Se volvió hacia las sombras, justo después de las columnas, e intentó entrar en ellas, pero una fuerza invisible la golpeó contra ella. Ese imbécil la había atrapado aquí.

Se subió la falda con las manos y echó a correr. Atravesando la pista de baile, apartando los cuerpos de su camino, intentó en cada rincón de la habitación otra salida, pero su búsqueda fue infructuosa.

—*Maldita sea* —exclamó furiosa antes de corear el nombre de Blackwell. Detestaba que lo necesitara para sacarla de allí. Excepto que él no vino.

Intentó convocarlo de nuevo.

No hubo respuesta.

Otra vez.

No hubo respuesta.

No, esto no puede estar pasando. ¿Por qué no viene? ¿Dónde está?

La Voz de la Sombra soltó una carcajada.

Esto es lo que te mereces, niña tonta. ¿Por qué no intentas romper las ventanas? Salta a tu perdición.

Se giró para mirar hacia la pared de cristal. El cielo nocturno más allá todavía estaba tan claro. Las estrellas le sonrieron, parpadeando en señal de saludo mientras ella se acercaba, su falda de seda rozando el suelo. ¡Oh, cómo había echado de menos las estrellas! Cuando llegó a la ventana, colocó la palma de la mano contra su superficie fría. ¿Romper el cristal rompería la ilusión?

—*Aquí no hay nada* —pensó mientras retiraba el puño, preparándose para el dolor que estaba a punto de venir.

Sin embargo, una fracción de segundo antes de que pudiera lanzar su puñetazo, alguien le tocó el hombro. Dio la vuelta para encontrar al hombre más guapo que había visto en su vida. Con ojos de un azul cristalino y cabello oscuro que se enroscaba en su frente.

Extendió una mano en ofrenda.

—¿Te importaría bailar?

Ella se quedó mirando su mano durante un largo momento. Por alguna razón, ella sí quería bailar. A pesar de que estaba bastante segura de que no debería.

—Te prometo que no muerdo. —El hombre sonrió amablemente, las comisuras de sus ojos se arrugaron adorablemente.

Ella levantó lentamente su mano y la colocó en la suya.

—Claro...

La tomó en sus brazos y la hizo girar por la pista de baile. Canción tras canción bailaba el vals, pasando de pareja en pareja. Pronto sintió que se cansaba, el agotamiento se instalaba más profundamente en sus huesos con cada giro, cada ritmo de la música. Los rostros de cada pretendiente comenzaron a mezclarse, y había un dolor de vacío profundo en su interior.

¿Cuánto tiempo llevaba bailando? Le dolían tanto los pies...

Otro giro, otro...

De repente, estaba siendo arrancada de los brazos de su pareja de baile y abrazada por otra persona. Tropezó, los ojos se abrieron de par en par mientras levantaba la vista y se encontró con un Blackwell muy cabreado.

—¿Estás loca? —le reprochó—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Yo... —empezó a decir, pero su mente seguía confusa y no sabía cómo explicarse. Entonces, un nombre volvió a su mente—. Sinclair.

Blackwell soltó una serie de maldiciones que habrían hecho sonrojar al mismísimo Rey de los demonios.

—Entonces, ¿Qué es lo que estás viendo ahora mismo?

—¿A qué te refieres?

—A tu alrededor, ¿qué es exactamente lo que ves?

Echó un vistazo a su alrededor.

—Un salón de baile. Hay una banda, y bailarines, y...

—Maldito infierno —interrumpió—. Está bien, prepárate. Lo siguiente no va a ser divertido para ti.

Antes de que ella pudiera preguntarle a qué demonios se refería, él se agachó y la levantó, arrojándola sobre su hombro derecho como si fuera un saco de harina. Caminó hacia el extremo opuesto del salón de baile, y cuanto más se acercaban a la pared, más se retorció en sus brazos para que la soltara. Su agarre nunca flaqueó.

—¡No lo entiendes! —le gritó mientras golpeaba su espalda con los puños—. No hay salida. Hay un campo de fuerza...

Blackwell llegó a la pared y la atravesó, cortando sus palabras mientras la ilusión a su alrededor se hacía añicos y un dolor punzante explotaba a través de su cuerpo.



34

NIVEL CINCO

IRA

El grito que salió de su boca mientras el salón de baile se disolvía a su alrededor podría haber convertido un lugar menor en escombros. Solo se calló porque su voz se volvió demasiado ronca, y cada centímetro de su piel se sentía como si hubiera sido herida por mil cortes. Por no hablar de la migraña punzante que la hacía rodar hacia un lado y acumular bilis. Blackwell maldijo desde algún lugar de arriba.

Se agachó a su lado y extendió la mano para pasarle la espalda con una mano tranquilizadora.

—Romper ese tipo de magia causa estragos en tus sentidos. Te vas a sentir como una mierda por un poco más de tiempo, pero tienes que levantarte.

—No —gimió ella, apretando la frente contra el suelo frío—. Déjame en paz.

—Ophelia —dijo él, volviéndose firme en su voz—. Tienes que levantarte. El nivel cinco está comenzando.

Eso la sacó de su dolor, la indució una neblina.

—¿Qué? ¡Deberían pasar *horas* a partir de ahora!...

—La ilusión de Sinclair realmente te hizo perder la noción del tiempo —dijo—. La cena ya terminó. Tengo que llevarte al comedor *ahora*, antes de que te descalifiquen.

Gruñó con incomodidad mientras se levantaba del suelo, haciendo una mueca de dolor por los golpes en sus sienes.

—Está bien, está bien. Llévame allí.

La atrajo hacia él por la cintura y los sacó del pasillo frente a la biblioteca. Cuando aparecieron en el arco del comedor segundos después, no había otros concursantes a la vista. Solo la puerta que la transportaría al nivel cinco, y una Diablilla de aspecto engreído apoyado en la pared de al lado. La mujer tenía casi la estatura de Blackwell, con el cabello negro y lacio y un flequillo despuntado, y un rostro por el que la gente empezaría guerras.

—Sin perder un segundo —comentó la Diablilla mientras Ophelia corría hacia el portal—. ¿Necesitas mantener a tu pequeña mortal con una correa más apretada, no crees, Blackwell?

—Que te jodan, Rayea —le dijo Blackwell a la Diablilla, pero las palabras no tuvieron tanto molestia como a Ophelia le hubiera gustado.

—¿Te estás ofreciendo? Porque mi respuesta sería sí —ronroneó Rayea, haciendo que Ophelia se detuviera, con la mano en el pomo de la puerta—. Al fin y al cabo, ha pasado un tiempo.

Una oleada de celos quemó las venas de Ophelia por la sensual forma en que la Diablilla observaba a Blackwell, por la implicación de esas últimas palabras. Ophelia miró a Blackwell, pero su expresión estaba cuidadosamente en blanco.

Rayea miró a Ophelia.

—Será mejor que te vayas, chica —escupió ella—. O te encontrarás fuera de las puertas de Phantasma.

—¿Y la pista? —exclamó Ophelia.

Rayea se encogió de hombros.

—Deberías haber llegado a tiempo si necesitabas ayuda. Ahora, si quieres darnos a Blackwell y a mí algo de privacidad... —La Diablilla hizo un gesto de despedida con la mano.

Ophelia frunció el ceño mientras abría la puerta y entraba, sacudiéndose la envidia que no tenía derecho a sentir mientras se preparaba para enfrentar lo que estaba por venir. Al salir del portal, se encontró en una habitación estrecha, de no más de cinco pies cuadrados. La habitación no tenía puerta ni ventana. Era simplemente una caja hueca, y la respiración de Ophelia se aceleró ante la ausencia de una salida obvia. Realmente estaba empezando a odiar esos espacios cerrados.

Mientras inspeccionaba la pequeña habitación, escudriñando las paredes de alabastro liso en busca de algún tipo de indicación de que pudiera haber una salida, su mente vagó hacia la forma en que Rayea había estado mirando a Blackwell. No le había gustado la forma en que la Diablilla había pronunciado su nombre. Como si fuera un nombre que una vez había gritado en medio de un orgasmo.

—¿Y viste su cuerpo? —la Voz de la Sombra se rio—. *Como si pudieras competir.*

Ophelia apretó los dientes. No. No se dejaría distraer por lo que podría o no estar sucediendo con Blackwell y su vida sexual. Esta era precisamente la razón por la que quería espacio. Distraerse en medio de una prueba de vida o muerte no era la forma en que iba a dejar este lugar.

Volvió a centrar su atención en las paredes que la rodeaban, resistiendo la tentación de pedir ayuda a Blackwell. Uno, porque aquí no había suficiente espacio para dos personas, incluso si una de ellas era un fantasma. Y dos, porque necesitaba empezar a averiguar las cosas por sí misma. Después de un minuto de estar perpleja en cuanto a qué movimiento hacer, y de darse cuenta de que probablemente tenía un suministro limitado de aire, el raspado de roca contra roca retumbó a través del pequeño espacio, y giró para encontrar un pequeño panel cuadrado en la pared que se levantaba para revelar una alcoba oculta. El espacio dentado contenía dos cadenas de las que colgaban asas metálicas. Debajo de la de la izquierda estaba la palabra *rendirse*, y debajo de la derecha, *ira*.

Suspiró.

—Bueno, aquí va.

Tiró de la manija de la derecha.

Un panel de botones se volteaba hacia arriba debajo de las manijas. Cada botón tenía el nombre de un concursante grabado debajo. Ophelia tragó saliva.

No tenía ninguna pista de la que partir. Solo podía asumir, después de haber elegido la ira, que ahora se suponía que debía elegir contra quién promulgar esa ira...

Sus dedos se posaron sobre el botón que estaba marcado con el nombre de Cade.

Dos respiraciones más tarde, las paredes a su alrededor comenzaron a temblar y agrietarse. Una por una, cada una

cayó al suelo, revelando una habitación más grande detrás de ellos, y los otros siete concursantes de pie en los escombros de sus cámaras de piedra. A medida que observaba sus rostros, pudo determinar las cinco personas que murieron o aceptaron un trato con el Demonio en el nivel cuatro. James, Eric, Becca y dos de los otros concursantes que nunca se había molestado en recordar se habían ido oficialmente. Las últimas personas que quedaban en pie en su grupo eran ella, Cade, Beau, Luci, Leon, Edna, Charlotte y un hombre tranquilo con un desafortunado mechón en su cabello castaño enjuto. Tal vez se enteraría del nombre de este antes de que se fuera.

—Todos eligieron la ira —observó Luci, con una voz apenas superior a un susurro.

Cade se burló de ella.

—No digas ni una mierda, prima.

Leon se tensó visiblemente por el tono de Cade.

—No le hables así.

—Somos familia, puedo hablar con ella como me plazca —escupió Cade al chico.

—¿Querrían callarse de una puta vez? —preguntó Charlotte—. Dios, la parte más tortuosa de este puto lugar ha sido estar atrapada escuchando sus insípidas conversaciones.

—¿Quién mierda te hizo el jefe? —gruñó Cade.

—Mejor que tú, imbécil —bromeó Edna, cruzando los brazos sobre el pecho mientras miraba a Cade. Algo en ella era diferente, y Ophelia tardó un momento en reconstruirlo; Se había cortado todo el cabello largo y rubio. Ahora ni siquiera le rozaba la parte superior de los hombros, agitándose con cada pequeño movimiento que hacía.

—Cuidado, perra, o perderás la capacidad de hablar, igual que tu hermano —replicó Cade.

Edna siseó al mencionar la desafortunada mutilación de su hermano, dando tumbos a través del círculo hacia Cade.

Beau, siempre el buen secuaz, se interpuso entre ellos, señalando algo más allá del grupo.

Todos giraron en sincronía. Siete pedestales de piedra se habían levantado del suelo. Hubo un momento de intenso silencio, todos mirándose unos a otros mientras hacían los cálculos en sus cabezas.

—Eso significa que todos eligieron a la misma persona —dijo Leon.

—¿Cuáles eran las pistas? —preguntó Ophelia, la pregunta se dirigía sobre todo a Luci.

—Fue algo así como una decisión unánime —le dijo Luci—. Si seis de los siete elegimos a la misma persona, solo uno de nosotros no sería capaz de pasar al siguiente nivel. Si las decisiones se hubieran dividido de otra manera, habría que hacer algo más de elección.

—Cade era la elección obvia —dijo Charlotte entonces—. Hasta sus amigos lo sabían, al parecer, así que creo que está claro que él es el que no se pone en un pedestal.

Los labios de Cade se curvaron mientras escupía,

—Sobre mi maldito cadáver.

Y entonces llegó la prisa.

Cade no se anduvo con rodeos, empujando a la gente fuera de su camino con una fuerza brutal mientras se abalanzaba hacia los pedestales. Edna echó a correr tras él, haciendo un esfuerzo por golpear sus palmas en su espalda cuando los alcanzó, haciendo que ambos cayeran al suelo en un lío de extremidades retorcidas. Beau se abalanzó sobre Edna, la

agarró por el cabello y la apartó de Cade. Cade golpeó con el puño el estómago de Edna, haciéndola gruñir de dolor, y mientras enrollaba la mano hacia atrás para hacerlo de nuevo, el hombre de cabello rubio tiró de Cade hacia atrás por la camisa.

—Detente... —ordenó el hombre, con voz serena pero firme—. ¿Qué te pasa?

Cade se dio la vuelta. Era aproximadamente un pie más alto que el otro hombre, una ventaja que se aseguró de aprovechar mientras se cernía sobre él amenazadoramente.

—Solo siete de nosotros podemos salir de aquí. Lo que significa que uno de nosotros no lo está logrando. Y me importa una mierda si todos ustedes votaron que debería ser yo, eso fue cuando todo lo que tenía que hacer era presionar un botón. Ahora es la verdadera prueba. Intenta sacarme. Te reto —gruñó Cade.

—En serio vas a asesinar a alguien, Cade —dijo Luci, horrorizada—. ¿Qué te pasa? Sé que las cosas han sido difíciles en casa. Sé que tu padre te dio un ultimátum, pero esto es más que luchar para ganar. Esto es *malvado*. ¿Cómo podías esperar que a este paso todos nos pusiéramos de acuerdo unánimemente en alguien que no fueras *tú*?

—¿Maldad? —soltó una sola risa áspera—. ¿Todas las cosas que has visto en este lugar, primo, y crees que yo soy el malo de aquí? ¿Porque no soy un cobarde? ¿Porque estoy dispuesto a hacer lo que el resto de ustedes no harían? —Cade se giró para mirar a todos en la habitación con desdén—. ¡Todos ustedes deberían darme las gracias!

Y cuando vio a Ophelia, como si recordara que ella estaba allí, se detuvo. Ophelia no rompió su mirada acerada ni siquiera para parpadear.

—Beau —gritó Cade a su amigo, que todavía se aferraba a Edna—. Suelta esa. Tengo un mejor objetivo en mente.

Los puños de Ophelia se agitaron a su lado mientras levantaba la barbilla en señal de desafío.

—Me gustaría que lo intentaras.

—Has matado a Eric, *perra* demoníaca —acusó Cade, acercándose a ella—. Beau te vio.

—Entonces también vio que tu amigo era un puto tonto —resopló ella—. Consiguió lo que se le venía encima por *atacarme*. Y tú lo harás si te acercas más.

Cade intentó cargar contra ella, pero Leon saltó entre ellos antes de que Cade pudiera alcanzarla.

—*Detente* —insistió Leon—. No vamos a saltar al asesinato, Cade.

—Mira a tu alrededor y dime qué otras opciones tenemos —añadió Beau.

—Alguien podría llamar a un Diablillo y hacer un trato —dijo Luci con voz suave—. ¿No sería eso mejor que el asesinato o la muerte?

—Oh. —Beau parpadeó. Como si ese pensamiento nunca se le hubiera ocurrido. Probablemente no lo habría hecho.

—¿Dónde está la diversión en eso? —Cade se burló—. Después de todo, todos nos pusimos *furiosos*, ¿no?

—Lo digo con sinceridad —dijo Ophelia, frunciendo un labio con disgusto hacia Cade—. Necesitas un exorcismo.

—No actúes como si alguien aquí fuera a renunciar voluntariamente después de llegar tan lejos —replicó Cade—. Estoy seguro de que no.

Ophelia hizo ademán de llevarse una mano al corazón en fingida sorpresa, retrocediendo un paso tambaleándose mientras exclamaba:

—¡Verdaderamente impactante!

—Vamos a ver *cómo* te pierdes, entonces —se burló Cade.

Leon dio un suspiro de frustración mientras se dirigía a todo el grupo esta vez.

—Levante la mano si está dispuesto a perder.

Todos se miraron unos a otros. Ni una sola mano se levantó.

—Parece que estamos en un callejón sin salida, entonces —dijo Charlotte.

—No mientras yo esté por aquí. —Cade sonrió.

Y antes de que nadie pudiera detenerlo, envolvió un brazo alrededor del cuello de Edna en una llave de estrangulamiento. Toda la cara de la chica se puso roja en un instante cuando golpeó con su puño el bíceps de Cade, arañando su piel con las uñas, pero Cade solo apretó más fuerte. Todos estaban congelados, mirando la grotesca escena frente a ellos con horror, ninguno de ellos se movió hasta que Edna quedó casi morada por la falta de oxígeno.

Cade miró a cada uno de ellos a su vez, con los ojos desorbitados.

—Si todos ustedes la ven morir, ustedes son tan responsables de su destino como yo. Que alguien renuncie, o todos tendremos las manos manchadas de sangre.

Ophelia tragó saliva. Por una vez, tenía razón. Pero ella seguía sin moverse. Ni siquiera cuando Edna se quedó inerte en los brazos de Cade. Ni siquiera cuando pudo ver que la luz comenzaba a escurrirse de los ojos de la chica.

Y tal vez era porque sus manos ya estaban manchadas de sangre después de lo que dejó que le sucediera a Eric. O tal vez simplemente decidió que llegar a Genevieve valía la pena para unos cuantos extraños.

—*O tal vez eres tan monstruoso como yo* —susurró la Voz de la Sombra.

O eso.

—*Déjala morir* —insistió la Voz de la Sombra—. *Que le drene la vida. Es lo que se merece.*

—No —susurró Ophelia.

Todos dirigieron sus miradas incómodas hacia ella.

—¿Qué fue eso, puta fantasma? —preguntó Cade—. ¿Te rindes?

—No —gruñó Ophelia, lo suficientemente fuerte como para retumbar esta vez en la habitación—. Ahora.

—¿O qué? —replicó Cade.

Ophelia sonrió lentamente, asegurándose de mostrarle todos sus dientes.

—O te daré una demostración de exactamente de lo que soy capaz.

Cade entrecerró los ojos.

—No te creo.

—*¡No! ¡Déjala morir!* —gritó la Voz de la Sombra—. *¡Eres un monstruo!*

—*A lo mejor soy un monstruo* —pensó—. *Pero no del mismo tipo que tú. Eso, nunca.*

Los ojos de Edna empezaban a cerrarse para siempre. Fue entonces cuando Ophelia se volvió completamente invisible. Se oyeron algunos jadeos ahogados mientras miraban fijamente el lugar donde había estado parada momentos antes. Cade palideció visiblemente.

—¿Dónde está? —preguntó, con un matiz de pánico en su tono—. ¿Dónde mierda está ella? ¡Les dije a todos que era un

demonio!

Su agarre sobre Edna se había aflojado, y Ophelia se colocó detrás de él, sin saber cuánto tiempo podría mantenerse en ese estado, y le dio una fuerte patada en la parte posterior de las rodillas. Gritó sorprendido, cayendo como un saco de patatas, el cuerpo inerte de Edna golpeó el suelo con un fuerte golpe momentos antes de que él lo siguiera.

—¡Necesita aire! —les gritó Ophelia—. ¡Que alguien le tome el pulso!

Todos entraron en acción a la vez, Luci, Leon y Charlotte fueron por Edna, comenzando los movimientos para resucitar a la pobre chica. Mientras tanto, el hombre de cabello alborotado y Beau observaban atentamente el próximo movimiento de Cade.

Cade se giró en su dirección, agarrando el aire para encontrar dónde estaba. Ella esquivó fácilmente sus brazos antes de retirar el puño y clavarlo tan fuerte en su cara que sintió que la piel de sus nudillos se abría. Gruñó de dolor cuando su nariz comenzó a brotar sangre, pero cuando saltó hacia adelante, ella lo esquivó de nuevo. Le dio otro buen golpe, en la mandíbula, antes de que no pudiera aguantar más su invisibilidad, y se encontró volviendo a su estado sólido. Ahora que Cade podía verla, su rabia se multiplicó por diez, reflejando perfectamente el tema de este nivel.

—¡Oye! ¡Está respirando! —exclamó alguien. Leon.

Ophelia oyó a Edna ahogarse con una respiración entrecortada, farfullando mientras un sollozo ronco salía de su pecho mientras intentaba aspirar todo el oxígeno que podía. Pero Ophelia no apartó los ojos de Cade ni por un momento. Decepcionantemente para Cade, no tuvo la oportunidad de lanzar otro ataque.

—¡Me rindo! —exclamó Edna—. ¡Por favor! ¡Ya terminé! ¡Haré un trato! ¡Cualquier oferta! Déjame *irme*. Lo siento

mucho, Michael. Perdóname, por favor. Lo siento. Lo siento.
¡Rayea! *¡Sácame de aquí!*

En el momento en que las últimas palabras salieron de la boca de la chica, apareció Rayea. Sin molestarse en saludar ni en ningún tipo de ceremonia, la diablilla se aferró al brazo de Edna y transportó a la chica fuera de la habitación.



35

LOCURA MORTAL

El resto del nivel transcurrió sin incidentes, un silencio sombrío se asentó sobre la habitación de todos, excepto de Cade, cuya rabia aún rodaba por el aire a su alrededor. Cada uno de ellos se subió a uno de los pedestales de piedra, y cuando todos estuvieron en su lugar, una sola puerta apareció ante ellos.

Nadie dudó en salir, y fueron rápidamente depositados de nuevo en el comedor donde habían comenzado, aunque con más paranoia que con la que habían empezado. Todos se miraban con aprensión, pero especialmente vigilaban a Cade. Sus verdaderos colores estaban a la vista de todos. Afortunadamente, Cade no se molestó en quedarse por mucho tiempo, Beau pisándole los talones.

—Ese tipo es un... —comentó Charlotte, y luego miró a Luci—. ¿Te llamo prima?

—Nuestras madres son hermanas —confirmó Luci a regañadientes—. Pero nunca estuvimos cerca. Estoy segura de que puedes adivinar por qué.

Ophelia resopló.

—Me siento fatal por Edna.—Luci se mordió el labio—. Su hermanito Michael... era la única que podía de traerlo de vuelta.

—*Lo siento mucho, Michael* —la chica había sollozado. El pecho de Ophelia se apretó con empatía. Conocía muy bien la sensación de impotencia ante la muerte de un miembro de la familia. Esperaba que la chica encontrara la paz.

Luci se volvió entonces hacia Ophelia.

—Tú... te volviste invisible.

—Sí, supongo que ese gato está fuera de la bolsa —murmuró Ophelia.

—Sabía que tu familia eran nigromantes, pero no me daba cuenta de que podías hacer algo así —dijo Luci—. A Genevieve nunca le gustaba que le hiciéramos preguntas sobre magia y cosas así.

—Suenas como Genevieve. Pero para ser justos, ni siquiera sabía que era capaz de tal habilidad hasta hace un par de días —admitió Ophelia.

—Bueno, hiciste algo bueno, ¿sabes? —dijo Luci—. Cuando ninguno de los demás lo hacía.

Ophelia se encogió de hombros.

—La idea de que Cade consiguiera algo que quería no me sentaba bien. Y nadie merece morir así.

Luci asintió y luego, sin decir una palabra más, todos salieron de la habitación. Ophelia se detuvo. En parte porque estaba absolutamente hambrienta ya que se había saltado la cena, y en parte porque sentía que una mirada familiar se

posaba sobre ella y no tenía ninguna intención de atraer al dueño de esa mirada a su habitación para que la arrinconara en el único lugar en el que se sentía un poco cómoda en esta mansión.

Arrancó un racimo de uvas de la mesa y se metió en la boca una de las dulces esferas verdes mientras decía:

—Hola, Sinclair.

Sinclair apareció en el extremo opuesto de la mesa del comedor, inclinado hacia delante, con las manos agarradas sobre el respaldo de una de las sillas mientras la observaba comer.

—Por favor, cariño, llámame Sin.

Ella lo fulminó con la mirada.

Él la miró perezosamente.

—Veo que lo lograste.

—¿Del nivel? ¿O tus trucos? —Inclinó la cabeza y se metió otra uva entre los labios.

—Ambas cosas —admitió—. Pero no puedes culparme por intentarlo, ¿verdad?

—Ten en cuenta ese sentimiento para el día en que intente desterrarte a los pozos del infierno —bromeó ella—. Aunque, realmente espero que estés atado aquí por el resto de tu miserable eternidad.

Su sonrisa de respuesta fue maliciosa.

—Mientras Blackwell esté atado aquí conmigo.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Solo pensé que sería divertido ser yo quien te informara que si estás buscando a nuestro amigo Fantasma antes mencionado, se escapó con Rayea poco después de que

atravesaras el portal. ¿Te dijo alguna vez que fueron amantes durante bastante tiempo?

Los celos volvieron con toda su fuerza. Dejó las uvas, sin apetito.

—Ah, veo que no lo hizo. —Sinclair se rio—. De hecho, Rayea siempre afirmó que era uno de sus favoritos. Algo en la forma en que se la come...

—*Detente* —gruñó ella—. No quiero oír esto. Déjame en paz.

Sinclair se encogió de hombros.

—Solo pensé que deberías saber con quién has estado compartiendo tu cama y con quién él ha estado compartiendo su cama. Has estado compartiendo tu cama con él, ¿verdad? Los vi en el pasillo esa noche.

Ella se sonrojó furiosamente, pero no dignificó nada de eso con una respuesta.

—Puede que pienses que los dos están muy unidos —advirtió Sinclair—. Pero nada en Phantasma es lo que realmente parece... estoy bastante seguro de que ya te enseñé esa lección lo suficientemente bien.

—Oh, no lo sé —bromeó ella—. Pareces un completo bastardo y eso se mantiene hasta ahora.

Él frunció el ceño, abriendo la boca para devolverle su comentario mordaz, estaba segura, pero un silbido revelador comenzó a recorrer el pasillo justo fuera de la habitación y el diablillo desapareció. Como se predijo, Jasper pasó por la entrada momentos después, solo se detuvo cuando la vio parada allí, sola.

—Hola, cariño. —Jasper la recorrió con los ojos de la cabeza a los pies, mientras apoyaba un hombro en el marco de la puerta—. Escuché que casi te pierdes ese último juicio después de una escena desafortunada en la biblioteca.

—¿Y de quién has oído eso? —preguntó—. ¿Hay algún tipo de molino de chismes de Demonios aquí?

—A los diablillos nos gusta seguir la insignificante locura de los mortales tanto como a tu especie. —Sonrió con satisfacción—. Pero esto lo escuché directamente de la fuente.

—¿Blackwell?

Jasper sacudió la cabeza.

—Sinclair. Blackwell está... ocupado.

Se quedó helada.

—¿Ocupado?

Los tres ojos del Diablillo la evaluaron de cerca, escrutándola en busca de algo que ella esperaba que no encontrara.

—Sí.

Iba a obligarla a preguntar.

Puso el tono más despreocupado posible.

—¿Ocupado en qué?

—En realidad no es asunto mío contarle —respondió Jasper—. Que es lo que más me gusta contar. Está con Rayea, creo. No es inusual.

Se le revolvió el estómago. Los celos se retorcían ahora bajo cada centímetro de su piel, y no sabía qué hacer al respecto. Esto era malo. Muy, muy mal.

El hecho de que Blackwell se folle a una Diablilla en algún lugar no debería provocar este tipo de respuesta en ella. De hecho, debería sentir *alivio*. Cuanto más tiempo pasaba complaciendo a otra persona, menos tiempo pasaba distrayéndola. Desafortunadamente, el dolor en su pecho no se calmó con esa lógica.

—Tengo que irme —murmuró ella.

De regreso a su habitación, no quería nada más que meterse en un baño caliente y frotar el sentimiento de traición que no tenía derecho a reclamar.



El agua de la bañera no estaba tan caliente como ella quería, pero tendría que ser suficiente. Se hundió en la bañera de porcelana, sumergiéndose hasta la barbilla, dejando que sus oscuros mechones flotaran a su alrededor. Por un momento dulce y dichoso, su mente se quedó en silencio. El único sonido era el suave chasquido del agua contra su piel.

Pero la Voz de la Sombra nunca perdía la oportunidad de perturbar su paz.

—Probablemente esté follando con ese demonio contra una pared en algún lugar de la mansión —dijo la voz insidiosa—. Si golpeas el costado de la bañera tres veces, tal vez puedas evitar que suceda.

Sus puños se apretaron a los costados. Se negó a ceder a tan ridícula compulsión. Si Blackwell *estaba* follando con alguien contra la pared en este momento, ¿por qué debería detenerlo? Él no le pertenecía y nunca lo haría.

—¿Viste lo bonita que era? —la Voz de la Sombra continuó—. Cabello de ébano, ojos violetas, sonrisa pecaminosa. ¿Cómo crees que suena su nombre en su lengua?

Cállate. Cállate. Vete.

—*Toca tres veces y lo haré* —exigió.

Su mano tembló y rechinó los dientes. No. Ella no se rendiría.

—*Golpe* —siguió gruñendo—. *Golpe. Golpe. Golpe. Golpe. Golpe.*

Ella cedió.

Tres golpecitos rápidos de sus nudillos contra la porcelana y la voz se disipó como humo, haciéndola enfurecer. *Odiaba* que ceder a ello lo hiciera callar. Preocupada de que un día resbalara y cediera accidentalmente a algo imperdonable que le pedía. Odiaba no ser lo suficientemente fuerte como para apagarlo por completo. Y que cada vez que no lo hacía, pensaba un poco menos de sí misma.

Ahora, se sumergió por completo bajo el agua, dejando que sus ojos permanecieran abiertos para ver cómo las burbujas flotaban hacia la superficie. Permaneció así, con el cabello flotando a su alrededor, haciéndole cosquillas en la piel, hasta que sus pulmones ardían y pedían oxígeno a gritos. Justo antes de que se levantara, una cara apareció sobre la bañera. Uno con penetrantes ojos verdes.

Tirando de la superficie, jadeó en busca de aire, las gotas rodando por su piel y cayendo de sus gruesas pestañas, su cabello pegado a su espalda, pesado por el agua. Blackwell estaba de pie junto a la bañera, con los brazos cruzados y una expresión reservada en su rostro mientras recorría su cuerpo desnudo.

—Me alegro de ver que saliste de otra prueba —comentó—. ¿Pensabas hacérmelo saber?

Ella alzó las cejas ante su audacia.

—¿Avisarte? No me di cuenta de que era una obligación de nuestro pacto.

Él no reaccionó a la enojo en sus palabras. En todo caso, parecía aburrido.

—La última vez que fui a buscarte a algún lugar, te encontré atrapada en la ilusión de Sinclair, bailando por la biblioteca, sola, en un trance completo. No creo que sea injustificado que me gustaría que te registraras y me hicieras saber que todavía estás viva después de completar un nivel en el que no me convocaste para ayudarte.

Suspiró profundamente y se hizo un gesto a sí misma.

—Ya ves que estoy viva, ¿no? En cuanto a no convocarte, no necesité tu ayuda. Entonces, no te convoqué. ¿Ves cómo funciona eso?

Su tono estaba impregnado de sarcasmo, y un destello de algo que no podía precisar cruzó su mirada.

—¿Te vas a negar a hablar de lo que pasó con Sinclair?

—No veo por qué eso importa —dijo ella.

—¿No ves por qué importa? —se burló—. Te engañaron porque necesitabas *espacio*, y casi te descalificaron por ello.

—Pero no lo hice —señaló ella, moviéndose hacia adelante en la bañera para sentarse sobre sus rodillas y salpicando agua por los lados mientras se movía—. ¡Y si realmente te importara que me quedara atrapada en el truco de Sinclair, habrías venido una de las tres veces que intenté convocarte!

Su voz se quebró en ese último momento, y su expresión finalmente se quebró, transformándose de apática a dolorida.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella—. ¿*Dónde estabas?*

—No pude oír tu llamada a través de la magia de Sinclair —le dijo, sacudiendo la cabeza de arrepentimiento—. Él es... él es mucho más poderoso que yo.

—Se supone que tenemos un vínculo —sollozó—. Ese es el trato. Te llamo, tu vienes.

Se arrodilló ante ella y le agarró la cara con las manos, penetrando en los suyos con sinceridad.

—Necesito que sepas que si te hubiera escuchado, no habría habido *nada* que me hubiera impedido llegar a ti, demonios, nada me impidió llegar a ti. Fui a buscarte porque tuve la extraña sensación de que algo andaba mal. Tenía toda la intención de respetar tu solicitud de espacio hasta entonces.

—Tenía miedo —susurró—. Cuando me di cuenta de que me atrapó. Te llamé y te llamé, y no apareciste y...

Apoyó su frente contra la de ella.

—Lo siento, ángel.

La verdad de sus palabras era palpable en el aire a su alrededor.

Tragó saliva.

—¿De dónde vienes? Justo ahora, quiero decir.

Sabía que no debería haberlo preguntado, pero allí estaba, desnuda, vulnerable y a punto de pedirle que la abrazara más, incapaz de quitarse una pequeña cosa de la cabeza.

Él se echó hacia atrás, buscando en su rostro el motivo subyacente detrás de la pregunta.

—¿Por qué?

Se echó hacia atrás una vez más, llevando las rodillas hasta el pecho y rodeándolas con los brazos para ocultarse, un movimiento que definitivamente no escapó a su atención.

—Sin dijo que estabas con la Diablilla del nivel cinco. Olvidé su nombre —mintió.

—¿Sin? —casi gruñó—. ¿No hemos aprendido aún la lección de escuchar al Sin?

—Jasper también lo confirmó.

Blackwell puso los ojos en blanco hacia el techo, murmurando algo que sonó como un *bastardo entrometido* en voz baja, antes de mirarla fijamente con una mirada penetrante.

—Rayea solo dijo esas cosas delante de ti porque sabía que podía sacarte un **susto**. Burlarse de los mortales la deleita, no le des la satisfacción.

—Así que estabas con ella.

Cuando la lenta sonrisa comenzó a acurrucarse en las comisuras de su boca, supo que había cometido un error.

—Los celos son un color sexy en ti. Casi tan sexy como la sangre.

—*No estoy celosa* —quería gritar, pero ya era demasiado tarde. Ya se había delatado. En lugar de eso, ella dijo:

—Por favor, vete. Necesito terminar de bañarme.

—¿Con qué jabón? —Miró a su alrededor—. ¿Y qué toallita?

Su rostro se calentó de frustración. Por supuesto, no podía simplemente robarle algo de dignidad.

—No te preocupes, lo tengo... —Guiñó un ojo mientras chasqueaba los dedos y apareció en su mano un pequeño frasco de vidrio con jabón líquido, junto con una toallita. Se arrodilló en el suelo y extendió la mano sobre el borde de la bañera para humedecer el paño antes de verter un poco de jabón en el centro y enjabonarlo—. Dame tu espalda.

Por un momento no se movió, queriendo protestar que no necesitaba que la bañaran como si fuera una niña. Pero cuando él le hizo un gesto con la mano impaciente para que se volviera, ella suspiró y cedió. Ella enroscó el torso hacia delante y apoyó la barbilla sobre las rodillas mientras él le recogía el cabello y lo retorció sobre su hombro izquierdo. Comenzó a frotar la toallita sobre sus hombros desnudos y

por su columna vertebral, provocando un escalofrío en la intimidad del momento. El dulce olor floral de las magnolias la golpeó, y recordó los paseos por la ciudad con su madre, el aroma de los árboles flotando a su lado. A medida que él continuaba con sus servicios, su cuerpo se relajó, el agotamiento emocional del día finalmente se hundió en sus huesos.

—Rayea me debía un favor, y la llamé para pagarle a Jasper por habernos prestado los registros de los concursantes —comenzó.

Empezó a mirarse las uñas mientras decía:

—No quiero hablar de ella.

—Rayea y yo no hemos tenido una relación íntima en mucho tiempo —insistió él como si ella no hubiera hablado—. E incluso cuando lo hicimos, fue puramente físico.

Ella se giró para mirarlo con dureza.

—Esto es *exactamente* de lo que no quería hablar. No necesito los detalles de tus libertinajes pasados, gracias.

Se encogió de hombros.

—De todos modos, no hay muchos detalles que dar. Fue todo muy olvidable; Apenas puedo recordar otra cosa que no sea distraerme de la soledad devoradora de vivir eternamente sin una sola persona que me conozca. Debido a mi limitada memoria, apenas me conozco a mí mismo.

La tristeza en su tono hizo sangrar su corazón. Ahora ella lo miraba de frente, y él llevó la toallita a un lado de su cuello, pasándola hasta su hombro, a través de su clavícula y luego más abajo, entre sus pechos.

—Pero tú... —le dijo mientras pasaba el trapo por debajo de las hinchazones de su pecho y por su suave vientre—. Al parecer, eres cualquier cosa menos olvidable.

—Olvidaste la primera vez que nos vimos —le recordó ella.

—¿Lo hice? —murmuró—. Porque te sentí en el *momento en* que entraste en Phantasma. Fue una atracción magnética innegable lo que me llevó a encontrarte ese primer día. Tirando de la puerta, conversando con un gato, vestida de rojo. —Una suave sonrisa comenzó a curvarse en las comisuras de sus labios al recordarlo—. Quería ofrecerte mi trato en ese mismo momento, pero sabía que tenía que ser paciente. Así que me obligué a dejarte, decidido a darte espacio para el resto de la noche, y entonces me encontraste. Porque parece que eso es lo que hacemos. Nos encontramos.

Las comisuras de sus ojos comenzaron a pinchar ante sus dulces palabras.

—Solo sentiste mi presencia ese primer día porque reconociste la esencia de mi padre. No a mí.

—No, eso es lo que te hice creer —le dijo él, decidido—. No quería asustarte más con la intensidad de todo en un momento tan vulnerable. La familiaridad de tu linaje ayudó con la parte de conectarte con tu padre, sí. Pero es *a ti* a quien me siento atraído, Ophelia. Afirmas que te dije que te mantuvieras alejada de aquí la primera vez que nos vimos. Entonces fuiste borrado de mis recuerdos y sin embargo... —sacudió la cabeza con ligera incredulidad—, Aun así, encontramos el camino de regreso. Porque incluso con mi memoria perdida, me marcaste de alguna manera.

—No tienes que endulzar nada —susurró ella—. Sé que lo que sea que estemos haciendo tiene fecha de caducidad.

Su mano se detuvo por un momento, apretando la mandíbula ante sus palabras.

—Te vi salvar a esa chica —le dijo, mirándola a los ojos—. Cuando no me convocaste, me preocupé y me fui al Otro Lado a ver cómo se desarrollaba el juicio. Salvaste a esa chica cuando ni una sola alma lo haría. Te uniste a esta

competencia sabiendo que te causaría daño, no porque quieras dinero, fama o un maldito premio estúpido, sino por tu hermana. Hay momentos en los que tienes miedo de ti misma, pero mirarás a un Diablillo directamente a los ojos y lo insultarás. Has aprendido mucho sobre tu magia en solo unos días que la gente lo hace en meses, incluso años. Tú... te diste cuenta de que el impostor en el nivel dos no era yo y apenas me conocías desde hacía tres días. No puedo pensar en ninguna otra persona que sepa una sola cosa sobre mí. Me siento honrado de haber podido pasar este tiempo contigo. Ojalá tuviéramos más.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Maté a alguien.

—Lo sé —le dijo mientras sus ojos seguían la lágrima sobre su piel y la introducía en la bañera.

—La voz en mi cabeza me ha dicho que haga algo peor —confió—. Siempre me está diciendo que le haga daño a alguien, por mucho que le ruegue que se detenga.

Inclinó la cabeza.

—¿Y tú?

—No —susurró ella—. Pero hace que sea fácil pensar que algo bueno de mí misma es simplemente neutralizar toda la oscuridad de mi cabeza. No he hecho nada extraordinario, toda mi energía se destina a tratar de expiar la energía negativa que pongo en el mundo cada vez que la voz despierta.

Él soltó una carcajada.

—Así no funcionan las cosas, ángel. La vida no se mide en buenos o malos *pensamientos*, sino en cómo tratas al mundo que te rodea a pesar de ellos. Todas las personas que solo hacen buenas obras por lo que eso podría ganarles en la otra

vida no son mejores que aquellos que se entregan a un pequeño pecado de vez en cuando.

—Eric *murió* por mi culpa —le recordó ella.

—Estaba tratando de matarte —dijo inexpresivo—. *Eso* es lo que yo llamo neutralizante.

Continuó enjabonando cada centímetro de su piel hasta que quedó cubierta de espuma. Metió la mano en el agua y la pasó por encima de la carne de guijarros para enjuagar el jabón.

—¿Blackwell?

—¿Sí? —murmuró.

—Una parte de mí quiere preguntarte más sobre mi padre. Pero otra parte de mí no quiere saber lo que se pierde si nunca llego a conocerlo. Nunca antes había pensado tanto en él. Mi madre y mi hermana siempre eran suficientes —le dijo.

Algo en sus ojos se apagó un poco ante sus palabras.

—No preguntar es probablemente lo mejor, entonces.

Ella asintió.

—Lamento haber caído en los trucos de Sinclair tan fácilmente. Y por... ponerme celosa. Sé que no tengo derecho a estarlo, especialmente después de decir que necesitábamos espacio. No me perteneces.

Su expresión se calentó y se levantó, ofreciéndole una mano para ayudarla a salir de la bañera. Ella la tomó.

—¿Sigues queriendo espacio? —le preguntó, recorriendo con la mirada desde la coronilla hasta los dedos de los pies mientras ella goteaba agua en el suelo ante él.

Respiró entrecortadamente.

—A estas alturas no debería tener elección.

—¿Pero ya que la tienes? —imploró.

—No. No quiero espacio —respiró ella—. Quiero cualquier cosa menos espacio.

Su colisión fue estremecedora.



36

MALDITO

Toda la parte delantera del traje de Blackwell se empapó con el agua de la bañera que permanecía en su piel mientras él juntaba su cuerpo contra el suyo para profundizar su beso. Este beso fue un poco más salvaje, un poco más desesperado de lo que había sido cualquiera de los otros. Sin terminarlo, la levantó en sus brazos, y ella enrolló sus piernas alrededor de sus caderas como una prensa. La punta de su lengua masajeó la de ella con largos y lánguidos movimientos mientras se volvía hacia el tocador y la colocaba en el borde del mostrador. Sus manos se retorcieron en su cabello mientras él se estiraba para desengancharla y separar sus rodillas. Cuando finalmente se alejó, ella emitió un sonido de decepción y él sonrió.

Besando la parte inferior de su mandíbula, aseguró:

—Te prometo que preferirás a dónde irá mi boca a continuación.

Ella gimió de anticipación mientras él daba un paso atrás y se desabrochaba el cinturón de los pantalones con una mano, abriendo el botón con la otra. Sus ojos no se apartaron de su rostro mientras liberaba su polla de debajo de su jaula de tela y le daba un solo golpe con el puño. Su sangre hervía con su necesidad mientras él se arrodillaba frente a ella, el mostrador en el que estaba sentada tenía la altura perfecta para que su boca accediera al ápice de su excitación.

Abriendo sus muslos con una mano mientras él continuaba bombeando la otra sobre su gruesa polla, se inclinó hacia adelante para saborear su excitación, y ella juró que su gemido de placer probablemente podría escucharse en toda la mansión. Él soltó un gruñido de placer mientras azotaba su lengua sobre su clitoris hinchado y bombeaba su dureza al mismo ritmo de sus lamidas a través de su sexo. No pasó mucho tiempo para que él la enviara al límite, y mientras el orgasmo la inundaba, ella gritó su nombre.

Él se puso de pie y ella agarró su camisa, acercando su boca a la de ella, amando el sabor de sí misma en su lengua. Alineó la punta de su cuerpo con su entrada y no perdió el tiempo envolviéndose dentro, tragándose sus gemidos mientras profundizaba su beso una vez más. Sus embestidas eran lentas, deliberadas. Sus manos recorrían su cuerpo como si estuviera tratando de memorizar su forma.

Ella rompió su beso, con los ojos entrecerrados y la boca hinchada, mientras decía:

—Déjame caer.

Él no dudó, se apartó de ella en un instante y dio un paso atrás para ayudarla a caer al suelo. La confusión revoloteó por su rostro sobre cuál sería su próximo movimiento, pero cuando ella se arrodilló, su expresión se volvió positivamente salvaje por la lujuria.

—No te contengas —le dijo ella antes de lamer lentamente su propia excitación de su pene, recorriendo su boca desde la base hasta la punta.

—Si no me contengo, no voy a durar —gimió él, una mano volando para hundirse en su cabello hasta la nuca.

Nunca lo había llevado por toda la garganta, pero ahora estaba decidida a intentarlo. Envolviendo una de sus manos en su base, succionó la punta de él en su boca, haciendo que sus caderas se movieran hacia adelante con una maldición y se deslizara unos centímetros más entre sus labios. Él usó la mano en su cabello para guiarse suavemente aún más profundamente, y ella lo tomó con avidez. Levantó su mano desocupada para posarla en su muslo y mantener el equilibrio mientras lo llevaba más y más lejos, centímetro a centímetro, hasta que golpeó la parte posterior de su garganta.

—*Joder*, ángel —jadeó—. Tu boca se siente como el puto cielo.

Adoraba la forma en que siempre la elogiaba cuando hacía algo que le gustaba, las pequeñas respiraciones ásperas que salían de su garganta mientras bombeaba en su boca para hacerle saber que se estaba divirtiendo tanto como ella. Él la hizo sentir segura para explorarlo sin preocuparse por el juicio o el miedo.

A medida que ella succionaba con más fuerza, manteniendo el ritmo constante que él había marcado, su mano comenzó a apretarse en su cabello y supo que se estaba acercando.

—Estás haciendo un buen trabajo —animó—. Ojos arriba para mí, ángel.

Ella elevó su mirada hacia su rostro, sosteniendo su mirada llena de lujuria mientras movía sus manos hacia la parte posterior de sus muslos para llevarlo lo más profundo posible durante las últimas caricias. Prácticamente gruñó de

satisfacción mientras se acercaba más fuerte que nunca antes con ella.

Se pasó el dorso de la mano por la boca mientras él la ayudaba a levantarse, rodeándole la cintura con un brazo mientras él le masajeaba la parte posterior de la cabeza, donde había estado tirando de su cabello. Ella tarareó con satisfacción mientras él le daba besos calientes en la base de la garganta y detrás de la oreja.

—Si alguna vez hubiera una entidad divina a la que adoraría —murmuró—, serías tú.

—Mi cuerpo, tu altar —ofreció ella.

Susurró su nombre, no, no lo susurró, lo *invocó*.

El baño desapareció mientras los transportaba al dormitorio. La inmovilizó debajo de él mientras se quitaba la ropa y, de un solo empujón, se enterró de nuevo dentro de ella. Sus besos se volvieron dulces, prolongados, y la conexión entre ellos se fortalecía con cada empuje de sus caderas, con cada respiración entrecortada. Era algo que trascendía los límites de los vivos y los muertos. Él no era un fantasma en ese momento, ni ella una mortal. Y esto no era una fusión de sus cuerpos, sino de sus almas.

—Ophelia, yo...

No tuvo la oportunidad de terminar. Alguien entró en la habitación, a los pies de la cama.

—Me encanta un buen espectáculo después de la cena. — Jasper se rio al verlos, con Poe descansando en sus brazos.

Ophelia estaba segura de que el gato les lanzó a ella y a Blackwell una mirada juzgándolos mientras chillaba un sonido de sorpresa y se apresuraba a cubrirse. Todo su cuerpo se sonrojó al ser atrapada en un momento tan íntimo.

Blackwell usó su magia para vestirlos a ambos antes de saltar de la cama para enfrentarse a Jasper.

—Llegas temprano.

—¿Lo hago? —preguntó Jasper con pesar, su tono sugería que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Temprano para qué? —preguntó, bajándose de la cama para alisar el delicado vestido negro con el que Blackwell la había vestido. Tenía cintas y lazos y pequeñas rosas rojas bordadas alrededor de los dobladillos.

—El Amante Fantasma, aquí, me pidió que rastreara lo que les pasó a tus padres —le dijo Jasper—. Me hizo una oferta que no pude rechazar. Me complace informarles a los dos que tengo la información que están buscando.

Ophelia miró a Jasper en estado de shock antes de dirigir su mirada a Blackwell.

—¿Qué ofreciste a cambio de esto?

—Nada importante. —Negó con la cabeza—. No te preocupes por eso.

—Está siendo modesto. —Jasper sonrió, aunque no era necesariamente amable—. Renunció a tres años de sus recuerdos por esta información. Cuando regreses a la cama, debes agradecerle amable y duramente...

—Cállate, Jasper. —Blackwell miró al Diablillo con el ceño fruncido antes de volver a mirarla—. No tienes que oír nada de lo que encontró si no quieres. No te preocupes por lo que pagué por él, es tu elección.

La observaron mientras pasaba por una serie de emociones. Por un lado, si su madre hubiera querido que supiera lo que hacía, ¿no se lo habría dicho ella misma? Por el otro...

—¿Es malo? —le preguntó a Jasper.

—Depende de tu definición de *lo malo* —dijo—. ¿Debo seguir recordándote que soy un diablillo, cariño? Dudo que tengamos el mismo sistema de medición para lo bueno y lo malo.

Respiró hondo.

—Está bien, ¿qué encontraste?

—¿Por qué no nos vamos a otro lugar para esta conversación? Un lugar que no huela a flores y sexo —sugirió. Volviéndose hacia Blackwell, dijo—: ¿La sala de bebidas?

Blackwell asintió, y Jasper desapareció, junto con Poe. Blackwell se volvió hacia ella, pellizcando suavemente su barbilla con la mano para inclinar sus ojos hacia arriba y encontrarse con los suyos.

—¿Estás segura de que quieres saber lo que ha encontrado? Todavía puedes cambiar de opinión.

—Estoy segura —dijo ella.

Él asintió en señal de aceptación, besando el puente de su nariz con afecto antes de atraerla hacia él para poder transportarlos tras Jasper.

—Espero que sepas que terminaremos lo que ese bastardo interrumpió, más tarde —prometió.

—Te mantendré en eso —respondió ella justo antes de que parpadearan.



Jasper tarareó mientras se preparaba una bebida a Blackwell y a él mientras Ophelia se acomodaba en el sofá

junto a Poe. Jasper le tendió un vaso de licor marrón en ofrecimiento, y la sonrisa de Blackwell fue cómplice mientras ella hacía una mueca y se negaba cortésmente.

—Muy bien, ¿por dónde empiezo? —dijo Jasper mientras revolvía su vaso.

—¿Qué tal el comienzo? —sugirió.

—Eso no es divertido. —Jasper negó con la cabeza—. ¿Qué te parece, quieres las buenas noticias o las malas primeros?

—Malas —dijo sin vacilar.

—Tus padres se enamoraron durante Phantasma —dijo alegremente.

Hizo una mueca.

—Entonces, ¿qué demonios es lo bueno?

—Tú fuiste concebida aquí durante ese tiempo. —Levantó su copa hacia ella—. ¿No es genial? Creo que por primera vez.

—No tenemos en absoluto las mismas definiciones de lo bueno y lo malo —le dijo ella, horrorizada—. Explicame todo el calvario de la gente que se enamora aquí. No lo entiendo.

Blackwell y Jasper intercambiaron una mirada cargada. Entonces Blackwell reveló:

—No se nos permite decirlo. Tiene que ver con el creador y...

—Esa persona de Salemaestro, ¿verdad? —interrumpió ella—. Sinclair me habló de él.

Blackwell retrocedió en estado de shock e incluso la mirada de Jasper se oscureció.

—¿De qué, exactamente, te habló... ¿De esa persona? —preguntó Jasper cuidadosamente.

—Es el Príncipe de los demonios, que dirige este lugar como castigo por haber elegido a la persona que amaba en lugar de

a su padre —recitó de memoria—. Supongo que por eso el enamoramiento es tan tabú, ¿entonces? ¿Porque eso es lo que lo metió en problemas en primer lugar?

—Precisamente —confirmó Jasper—. Y ya que Sinclair te dijo eso, me permito decir que no es solo un *tabú*. Es... desastroso. Tu madre y tu padre se enamoraron dentro de los muros de Phantasma y, posteriormente, fueron maldecidos.

—Maldecidos, ¿cómo? —Se inclinó hacia delante, ahora en el borde de su asiento.

—Se rumorea que la maldición hizo que tu madre, Tessie, ¿verdad?, se volviera más apática hacia tu padre con cada día que pasaba, pero tu padre se volvió más peligrosamente obsesivo con ella al mismo tiempo. Ambos perdieron la competencia, según un par de los diablillos que estaban aquí en ese momento. Luego, unos dos años después de que tu madre te diera a luz, cuando estaba embarazada de un segundo hijo, hizo un trato con una diablilla en Nueva Orleans llamado Andrea. La parte del trato de Andrea era hacer que tu padre olvidara que existían las tres para que tu madre pudiera dejarlo. Pero la maldición que Phantasma había infligido a tus padres, por desgracia, también afectó al trato que tu madre hizo con Andrea. Con el tiempo, la maldición erosionó la magia de Andrea y tu padre comenzó a recordar. Las maldiciones son así de corrosivas.

Ophelia se puso en pie y empezó a caminar mientras Blackwell añadía:

—Me pregunto si el nombre arrancado y tallado en el suelo era el de tu madre. Si lo hizo durante su segunda estancia aquí. ¿Por resentimiento, tal vez?

—¿Alguna vez has notado algo raro en él? —preguntó Ophelia—. Sé que dije que no quería preguntarte cómo era, pero ¿era...? ¿Como yo? ¿Tenía...?

—No es que yo pudiera decirlo. —Blackwell negó con la cabeza, comprendiendo al instante que se refería a la Voz de la Sombra y que no deseaba mencionarla delante de Jasper—. Al menos no había manierismos o tics visiblemente obvios como los tuyos. Pero fuera de buscar mi llave en la mansión y competir en los niveles, no salió de su habitación. Sólo me llamaba en las situaciones más desesperadas, y casi nunca se molestaba en pedirme que limpiara las guaridas de su habitación.

—¿Y nunca mencionó a mi mamá? —cuestionó más.

Blackwell hizo una mueca.

—Mencionó que una vez tuvo una esposa, y que estaba aquí para ganar el regalo del Demonio para recuperarla, pero hizo que pareciera que ella había muerto, no...

—¿Consiguió el equivalente a una orden de alejamiento mágica contra él? —Se rio, con un sonido un poco agudo—. Esto es... increíble. Y encima de todo, estoy eternamente atada a este lugar gracias a ellos. No lo soporto.

No, lo odio.

Su ritmo se había vuelto frenético. Sintió como si le hubieran inyectado adrenalina directamente en las venas. Blackwell estaba cada vez más preocupado por el segundo, mientras que Jasper se aburría.

—Todo esto es culpa de mi madre —susurró—. Todo esto es culpa suya. Si ella nos hubiera dicho la verdad desde el principio, ¡yo no tendría que estar aquí! Si de alguna manera no hubiera acumulado deudas y luego nos hubiera dejado con ellas, Genevieve nunca habría venido, y todavía estaríamos en la mansión Grimm.

—Ophelia. —Blackwell dio un paso hacia ella, con las manos levantadas frente a él como si fuera un animal asustado y no quisiera asustarla más—. Todo va a estar bien.

—¿Cómo? —ella lo encaró—. ¿Cómo está bien algo de lo que acabas de escuchar? ¡Especialmente cuando tú y yo aparentemente solo estamos repitiendo la historia!

Su boca se cerró en estado de shock. No había querido decir esa última parte. No había querido insinuar...

El interés de Jasper se reavivó de repente.

—Bueno, esto se ha vuelto mucho más entretenido.

Blackwell se volvió hacia el Diablillo y le ordenó:

—Vete. *Ahora*.

—No, quédate. —Ophelia retrocedió mientras miraba entre los dos hombres, el pánico se apoderó de ellos—. Me iré.

Corrió hacia la salida antes de que Blackwell pudiera discutir, y aunque sabía que él podía detenerla si realmente quería, no lo hizo. Abrió la puerta de par en par y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba pisando, estaba cayendo.

Había vuelto a invocar la Puerta de los Susurros.



37

LA PUERTA DE LOS SUSURROS

Ophelia no estaba segura de si alguna vez se acostumbraría a la sensación de caída libre. O a los susurros. Trató de aferrarse a las conversaciones mientras caía por el abismo sin esperanza, pero cada conversación en voz baja se deslizaba demasiado rápido.

Entonces oyó la voz.

La misma voz fuerte que había escuchado la primera vez que cayó a través de esta oscuridad interminable. Trató de tirar de él como si estuviera nadando por el aire.

Ophelia.

El corazón de Ophelia tronó y se impulsó de nuevo hacia adelante, o al menos hacia lo que creía que era hacia adelante.

Ophelia.

—¿Madre? —susurró en la oscuridad.

¡Ophelia!

—¡Mamá! —exclamó, nadando más rápido, incapaz de ver una sola cosa frente a ella y luego...

Un solo destello de luz. Un centelleo a lo lejos, llamándola. Empujó y empujó hasta que la luz se acercó, tomando lentamente la forma de una persona a medida que se acercaba.

La forma de su madre.

—Ophelia, querida mía.

Tessie Grimm era una visión radiante de la luz. Un sollozo recorrió el cuerpo de Ophelia mientras contemplaba el rostro de su madre, su rostro, por primera vez desde que vio a la mujer en un ataúd.

—Ophie, no deberías estar aquí por mucho tiempo. Este lugar no es para ti.

—No tenía intención de venir aquí —prometió Ophelia—. Sigo invocándolo accidentalmente.

¿En qué te has metido, niña?

Ophelia tragó saliva. No sabía cuánto tiempo podría quedarse aquí. Es mejor arrancar el vendaje rápidamente.

—Genevieve y yo, entramos a... Phantasma.

Si Tessie Grimm no estuviera ya muerta, Ophelia estaba bastante segura de que habría caído allí mismo.

—¿Qué? ¿Perdieron la maldita cabeza desde que me he ido?

—Sí. Más o menos lo hicimos. Nos dejaste.

—No voluntariamente.

—Lo sé. —Tragó saliva—. Pero mentiste voluntariamente. ¿Por qué nunca me hablaste de Phantasma? ¿O nuestro

padre?

Toda la ira que había estado ardiendo dentro de Ophelia desde que encontró el cadáver de su madre en la sala de su casa se desvaneció de repente ahora que estaba cara a cara con la mujer de nuevo. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió como una niña parada allí, no enojada sino decepcionada al darse cuenta de que los padres también son falibles. Toda su bravuconería de querer confrontar a su madre y gritar y gritar y culparla por todo lo que había sucedido se disipó en el momento en que se dio cuenta de que verla de nuevo era nada menos que un regalo, y ese regalo no debía desperdiciarse.

—Porque fue el mayor arrepentimiento de mi vida, y quería que evitaras todo el dolor que conllevaba. Las cosas con tu padre terminaron terriblemente. Y eso fue culpa nuestra. Sabíamos que no era así y nos enamoramos el uno del otro de todos modos. Traté de hacer que funcionara después. Te tuve a ti y luego a Genevieve con la esperanza de hacerlo feliz, pero Gabriel... se convirtió en un peligro. Y me quedé insensible. — Su madre parecía ahora arrepentida—. *No puedo decirte lo que tienes que hacer, Ophelia. Y si hay algo que siempre ha sido cierto, es que eres absolutamente mi hija.*

Otro sollozo amenazó con brotar de ella.

—Sí. Yo lo soy.

—Pero, por favor, por mí, ten cuidado.

—Yo... —empezó Ophelia, pero sabía que lo que iba a decir sería mentira. La verdad era que no había tenido cuidado. Había llegado a Phantasma a pesar de su buen juicio. Por no hablar de su relación con Blackwell...

—Recibiste tu magia —insertó su madre cuando se quedó callada por un poco de más—. Sabía que podías hacerlo.

No era un “*estoy orgullosa de ti*”, pero era lo más cerca que su madre llegaría a decir. Y además, Ophelia estaba orgullosa de sí misma. Y encontrando más y más que le importaba por encima de cualquier otra cosa.

Ophelia tragó saliva.

—Sí, tengo mi magia. Y odiarías lo que he hecho con ella.

—*¿Por qué no me lo dices?*

Así lo hizo Ophelia. Le contó a su madre cómo se enteraron de la deuda de la Mansión Grimm y de la pelea entre ella y Genevieve y su huida a Phantasma. Explicó cómo encontró los nombres de sus padres grabados en el suelo de la habitación oculta y por lo que había pasado en cada nivel. Confesó que mató a Eric. Y luego estaba Blackwell.

Su madre se quedó callada mientras Ophelia hablaba, con el rostro inexpresivo. Y si Ophelia pensaba que Tessie tendría mucho que decir sobre cada pequeño error que había cometido, se sorprendió.

—*Primero, quiero que sepas que debes labrarte tu propio camino en la vida, Ophie. Nuestro legado familiar significó mucho para mí, sí, pero es tu turno de hacer tu propio legado. No vivas tu vida de acuerdo a lo que piensas que me habría complacido. Fui demasiado dura contigo, creo. Pensé que te estaba haciendo fuerte, pero ahora veo que te presioné demasiado y fue demasiado duro. La muerte trae mucha claridad.*

Ophelia sintió que había estado esperando veintitrés años para escuchar esas palabras de su madre, y ahora que las había pronunciado, algo que se había roto dentro de ella durante tanto tiempo comenzó a repararse.

—*En segundo lugar, y esto es importante, mantente alejada de ese Fantasma.*

Ophelia negó con la cabeza.

—No me ha hecho daño. Te lo juro. De hecho, solo estoy viva gracias a él. Estoy preocupada por Genevieve.

—*No tienes ni idea de a lo que te enfrentas, Ophelia. Amarlo solo te arruinará. ¿Me entiendes?*

Ophelia se sorprendió. ¿Amar? No... no era posible que amara a Blackwell. Era un fantasma. Y solo se conocían desde hacía una semana. Eran pareja, incluso amantes, sí. Pero ella no estaba enamorada.

—*Oh, mi amor. Te ruego que te mantengas alejada de él.*

Ophelia tragó saliva. Por experiencia, sabía que no podía prometerle a su madre tal cosa. Mientras ella y Blackwell estaban cerca el uno del otro, parecían chocar juntos. El medallón alrededor de su garganta comenzó a latir. Ella lo miró.

—¿Madre? ¿De dónde sacó nuestra familia este medallón?

—*No estoy segura. Todo lo que sé es que mi madre me lo transmitió a mí, como la suya lo hizo a ella, y así sucesivamente durante generaciones de mujeres Grimm. No debes quitártelo nunca.*

—¿Por qué?

Antes de que su madre pudiera responder, la luz a su alrededor comenzó a parpadear.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ophelia.

—*Es hora de que me vaya. Buena suerte, Ophelia. Dile a Genevieve que la amo.*

—Lo haré. Pero algún día nos volveremos a encontrar... —juró Ophelia.

Su madre sonrió.

—*Pero no demasiado pronto, querida. Vive.*



38

PESADILLA

Esta vez, cuando se estrelló contra el suelo, no fue una gran sorpresa. Sin embargo, aterrizar directamente en los brazos de Blackwell *sí lo fue*. Los escombros llovieron desde el techo del comedor, exactamente el mismo lugar donde se había estrellado antes, lo que la hizo estornudar y farfullar.

—Espera —dijo Blackwell, acunándola contra su pecho antes de transportarlos a ambos a su habitación.

—¿Sabías que aterrizaría en el mismo lugar? —preguntó ella, atónita.

—Hice una conjetura —le dijo mientras la ponía en pie—. ¿Estás bien?

—Ummm... ¿Sí? —suspiró—. ¿Quizás?

—Volviste a convocar la Puerta de los Susurros —afirmó.

—Sí.

—¿Qué encontraste? —preguntó.

—Encontré... —La mano de Ophelia voló hacia su boca con incredulidad al asimilarla por completo.

La expresión de Blackwell no delataba nada.

—Debe haberte estado esperando.

A Ophelia se le cortó la respiración.

—¿A qué te refieres?

—Cuando las almas o los demonios están en el otro lado, invocan la Puerta de los Susurros para poder comunicarse entre sí a través de los diferentes planos lineales. Debido a que eres un Nigromante, y un Espectro, tu alma siempre ha estado atada entre la vida y la muerte. Supongo que eso es lo que te da acceso a la puerta, siempre y cuando haya una atracción lo suficientemente fuerte de alguien allí que quiera hablar contigo.

—¿Eso significa que podría volver a verla? —preguntó, esperanzada—. ¿Si alguna vez encontrara el camino de regreso?

Él negó con la cabeza.

—Eso, no lo sé.

Ahora, Ophelia se miró las manos, sin saber cómo abordar lo que estaba a punto de decir a continuación.

—Le conté todo. Sobre Phantasma y mi pelea con Genevieve y sobre... —Ella lo miró ahora—. Ella insistió bastante en que nos mantuviéramos alejados el uno del otro. Estoy segura de que teme por mí la misma suerte que ella y mi padre.

Blackwell no se inmutó. Como si lo hubiera esperado.

—Tiene razón.

Se le cayó el corazón y se acercó, agarrando ligeramente las solapas de su abrigo.

—Sé que entré en pánico después de lo que dije en la taberna. Sobre repetir la historia. Pero yo soy mi propia persona. No correremos la misma suerte...

—Tienes razón, no lo haremos —dijo él, con tono solemne mientras la agarraba por las muñecas y le apartaba suavemente las manos del abrigo—. Cuando Jasper reveló lo que les pasó a tus padres, cuando dijiste que estábamos repitiendo la historia, me di cuenta de que tenías razón al pedir espacio. No puede haber un "nosotros". Hemos estado coqueteando demasiado con el peligro. Es mi turno de tratar de ser el responsable.

Ella entrecerró los ojos.

—Después de que Jasper nos interrumpiera, *tú* eres el que dijo que terminaríamos lo que empezamos más tarde.

Cerró los ojos.

—Cambié de opinión. Este juego es demasiado peligroso para seguir jugando.

Cambié de opinión.

Esas palabras la atravesaron como una cuchilla.

—*Ni siquiera los muertos te quieren.* —La Voz de la Sombra se rio.

—Piensa en nosotros como... —hizo una mueca de dolor ante lo que estaba a punto de decir—, socios. Si no fuera tan egoísta como soy, te diría que dejaras Phantasma por completo, pero aun así necesito que me liberes.

—Socios —repitió como un loro, con el tono entumecido.

—Sí. —Tragó saliva—. Una vez te advertí que los seres de Phantasma no tendrían buenas intenciones ni motivos... nos cuidamos a nosotros mismos ante todo. Necesito cuidarme a mí mismo antes de que nos quedemos sin tiempo y falle en esta búsqueda una vez más.

—Discúlpame por pensar que tal vez todas las veces que estuviste en mi cama, en mi *cuerpo*, te harían mirarme de manera diferente a pesar de lo que dijiste entonces. Probamos lo del espacio. No funcionó. Porque nos encontramos, ¿recuerdas? Eso es lo que dijiste.

A sus ojos les faltaba su habitual chispa perversa cuando dijo:

—No puedo, ángel. Y deberías entenderlo, porque fracasar en esta búsqueda significaría que tendría que quitarte una década de tu vida. Y no *quiero* tener que hacer eso, realmente no lo hago, pero lo haré. Necesitas recordar eso.

Su labio se frunció con total desdén mientras su orgullo se llevaba la peor parte del golpe que sus palabras acababan de asestar.

—Eres tan bastardo como Sinclair. Los dos se odian, pero ustedes no son diferentes. Egoísta, egoísta. Ni una sola vez he sugerido que necesitabas *preocuparte* por mí, o que yo me preocupaba por ti más de lo que lo haría con un amigo. Pero pensé que me respetabas lo suficiente como para al menos abstenerme de recordarme, como si fuera una niña ingenua, que voy a perder diez años de mi vida por ti. Te prometo que soy muy consciente de lo que está en juego entre nosotros.

—¿Un amigo? Levantó una ceja. —¿Te follas a todos tus amigos como me has follado a mí? Pero tienes razón, no eres una niña. Ingenua, sin embargo...

—Vete al puto infierno —escupió.

Su sonrisa era tensa.

—¿No estamos ya aquí, ángel?

—Nunca, *nunca*, me vuelvan a llamar así —ordenó—. ¿Quieres que seamos *socios*? Bien. Pero vamos a mantener esto estrictamente profesional. A partir de ahora me puedes llamar señorita Grimm.

—Y usted, señorita Grimm —dijo—, sólo puede llamarme cuando sea absolutamente necesario.

—Probablemente ni siquiera, entonces. —Ella lo fulminó con la mirada—. Siéntete libre de irte ahora.

Sin una palabra más, ni siquiera una apariencia de arrepentimiento, desapareció.

Se acurrucó bajo las sábanas, desesperada por la dulce nada de la inconsciencia. Sin embargo, cuando finalmente se durmió, no encontró la paz.

La pesadilla siempre había sido la misma.

Ophelia estaba de pie en el gran estudio abierto de la mansión Grimm. Frente a ella había tres pretendientes sin rostro, mientras que su madre y Genevieve se hacían a un lado. Detrás de ella se asomaba la Voz de la Sombra, que ya no era un producto de su imaginación, sino una entidad humeante hecha de volutas retorcidas de color ébano. Zarcillos sombríos se envolvían alrededor de sus muñecas y garganta, como si fuera una marioneta macabra, y la Voz de la Sombra su titiritero.

—¿Por qué iba a quererla? —dijo el primer pretendiente—. Ni siquiera puede controlarse. Y yo no vivo con esa cosa en mi casa.

—Imagínate tener que compartir cama con semejante bicho raro —se rio el siguiente—. Y no de los buenos.

—Demasiado mantenimiento —coincidió el último—. Si fuera normal, supongo que no sería tan difícil de mirar. Si se liberara de esa criatura, la tomaría en consideración...

Su madre suspiró decepcionada e intercambió una mirada cargada con su hermana.

—Supongo que tendrá que seguir siendo nuestra carga.

—No quiero ser una carga, trató de gritar —pero la Voz de la Sombra apretó su garganta.

—Cállate, muchacha —dijo—. No dejaremos que te traten así.

Un cuchillo apareció de repente en su mano.

—Si no pueden vivir con nosotros dos, deben perecer.

—¿Qué? ¡No!...

Mátalos.

—¡No!, no lo haré.

—No tienes otra opción, me perteneces. —Los zarcillos alrededor de su muñeca se tensaron y tiraron de ella hacia adelante. Hazles pagar.

Se acercó al primer pretendiente y observó con horror cómo la Voz de la Sombra manipulaba sus extremidades y la hacía hundir el cuchillo en su corazón. La sangre salpicó su rostro mientras la persona sin rostro se desplomaba de rodillas.

La Voz de la Sombra soltó una carcajada.

—Próximo. —Les cortó la garganta.

Extendió la mano y arrastró la afilada punta del cuchillo por la garganta del segundo pretendiente, la sangre caía al suelo mientras se unían al primer pretendiente en el suelo. Para cuando se volvió hacia el tercer pretendiente, estaban acobardados, suplicando por su vida. La Voz de la Sombra solo se volvió más divertida.

—Corta el corazón de este —exigió la Voz de la Sombra.

Y así lo hizo. Dejó que el órgano palpitante cayera al suelo con un golpe enfermizo.

—Ahora, nosotros nos encargamos de ellas. —La Voz de la Sombra la volvió hacia su madre y su hermana.

Fue entonces cuando clavó los talones al piso.

—No.

—Sí —siseó—. Piensan que eres una carga. No te quieren cerca. Deshazte de ellas.

—¡No! —gritó mientras sus pies avanzaban involuntariamente. Su madre y su hermana se aferraron la una a la otra con miedo, mirándola como si fuera una completa desconocida. Un monstruo.

Lloró mientras intentaba resistirse a las sombrías ataduras levantando la mano y preparando su arma. Al bajarlo, un grito salió de su garganta y...

Se despertó de golpe. Con el pecho agitado, el medallón alrededor de su garganta estaba caliente al tacto, pulsando constantemente. Miró a su alrededor para ver qué la había despertado de la pesadilla, pero no había nada, excepto la sensación de estática familiar que persistía en el aire.



39

ALGO PROHIBIDO

SÉPTIMA NOCHE EN PHANTASMA

Había una sensación de desesperanza en lo más profundo de los huesos de Ophelia. Después de una noche inquieta, pasó toda la mañana siguiente destrozando todas las habitaciones a las que tenía acceso en esta ala de la mansión. Pero no había una sola cosa que ella pensara que podría ser la clave de Blackwell.

Sospechaba que el objeto que buscaban estaba en una parte de Phantasma a la que no podía llegar, o que se había perdido para siempre.

—*¿Si no, por qué nadie lo habría encontrado aún?* —razonó—. *¿Por qué si no, lo habría encontrado aún?*

Los dos lo sabían desde el principio, pero ahora que el tiempo se acababa empezaba a calar en Ophelia: había hecho

una apuesta muy arriesgada e iba a perder. La única opción que le quedaba era ganar el concurso y pedir que le perdonaran su deuda. Lo que significaba que todo esto era realmente en vano. Ella y Genevieve aún perderían la Mansión Grimm. Estarían exactamente donde comenzaron, solo que con un poco más de trauma.

Estaba tan entumecida mientras caminaba por el pasillo, de regreso a su habitación, que cuando Sinclair apareció a su lado, apenas lo reconoció.

—Veo que empiezas a darte cuenta de la gravedad de tu situación —se burló Sinclair—. ¿Has llegado ya al punto de reconsiderar mi oferta?

—No.

—Entonces, tal vez solo necesite esperarte unas horas más, ¿eh? ¿De verdad preferirías cederle una década antes que hacer un pequeño trato conmigo? —insistió Sinclair—. Si todos ustedes, los mortales, dejan de darle los años de sus propias vidas para sostenerlo, tal vez se desvanecería y sería incapaz de hacer esto con más víctimas.

Ophelia miró al Demonio a su izquierda con apatía.

—No asumiré la responsabilidad de si él hace tratos con otros o no en el futuro. No obliga a nadie a hacer un trato, y no quiere que todos sigan fracasando.

No estaba segura de por qué sentía la ardiente necesidad de defender a Blackwell, después de todo, todavía estaba furiosa con él, pero le hacía hervir la sangre que Sinclair tuviera la audacia de decir una sola cosa despectiva sobre su Fantasma, considerando el retorcido sentido de la moral del propio Diablillo.

Sinclair la miró como si pensara que era patética.

—A ti sí te importa él. Jasper dijo lo mismo.

—Los demonios son chismosos desvergonzados —murmuró ella sin reconocer su declaración.

—Los mortales son unos románticos lamentables —replicó él—. Enamorarse cueste lo que cueste.

—Yo no me *enamoré* —exclamó ella, un fuego comenzaba a encenderse en su vientre—. Desearía que todos dejaran de asumir cosas de las que no saben nada.

—¿Era un placer sin sentido, entonces? ¿*Una distracción?*
—Los labios de Sinclair se curvaron en una sonrisa burlona.

Sus propios labios se curvaron con desdén.

—¿Cuánto nos miraste?

Sinclair se deslizó frente a ella, deteniendo sus pasos.

—Lo suficiente como para saber que te estás mintiendo a ti misma sobre tus sentimientos como una especie de último recurso para ahorrarte el inevitable dolor que se avecina.

—No lo hago —insistió ella, pero incluso ella podía oír la temblorosa convicción en su voz—. Han pasado *siete días* —tragó saliva... y él ha sido una absoluta molestia para la mayoría de ellos.

Sinclair se echó a reír.

—Excepto cuando te hace gritar su nombre, ¿verdad?

—Sí —pensó, rechinando los dientes—. *Excepto cuando está dando grandes discursos sobre cada pequeña cosa que admira de mí, o haciendo callar la voz en mi cabeza, o dándome el tipo de placer sobrenatural que me hace ver estrellas.*

Sinclair extendió la mano y arrastró su dedo índice a lo largo de su mandíbula tensa y por debajo de su barbilla, inclinando su cara hacia arriba para mirar directamente a la suya.

—Pero si insistes en que fue solo una distracción, demuéstalo. Déjame distraerte. Te garantizo que puedo hacerlo mejor.

—Jamás —susurró ella.

Se echó a reír.

—¿Por qué? ¿Porque soy un diablillo?

—Entre otras cosas.

—¿Ni siquiera tienes un poco de curiosidad? —La hendidura en el centro de sus ojos se ensanchó, negro tragándose sus iris de color rubí—. ¿Sobre lo que puedo darte que *él* no puede?

Tragó saliva. A decir verdad, ella *tenía* curiosidad, pero probablemente no por las razones que él suponía.

Y como si viera ese mismo pensamiento en sus ojos, se echó a reír.

—Así es —ronroneó—. Solo di la palabra, cariño. Si no me pides que te toque, no lo haré.

Endureció su corazón a lo que estaba a punto de hacer.

—Bésame. Tócame.

Una risa maliciosa retumbó en el pecho de Sinclair cuando accedió a su petición, acercando sus labios a los suyos y recorriendo los suyos con una confianza que la hizo sentir completamente desprevenida para lo que había pedido. No era tierno ni gentil. Sus movimientos eran bruscos, su cuerpo duro, mientras la presionaba contra la pared y le pasaba una mano por el costado, hasta la cadera, hasta la parte posterior de la rodilla, levantando la pierna de ella para que lo rodeara.

Aunque había lujuria en su beso, no había absolutamente nada de calor. Su estómago no revoloteaba, su piel no se sonrojaba de anticipación. Y aunque podía sentir que se mojaba entre sus piernas, era simplemente por los

movimientos del acto en sí, una reacción impulsada biológicamente. No uno apasionado.

Su mano comenzó a moverse entre ellos, y se apartó lo suficiente como para preguntar:

—¿Puedo?

—Sí —contestó ella. Claro. Al punto.

—Puedes ordenarme que me detenga en cualquier momento —le dijo con sinceridad—. Nunca tomo nada que no sea dado libremente, como es la naturaleza de los diablillos y nuestros tratos. ¿Entiendes?

Un solo asentimiento.

—No —le dijo él—. Quiero oírte verbalizarlo. ¿Entiendes que puedes decirme que pare, y lo haré?

—Sí —confirmó ella.

Sin decir una palabra más, la besó de nuevo y subió el costado de su falda para deslizar su mano por debajo de ellos, empujando dos dedos dentro de ella cuando llegó a su núcleo. Enroscándolos hacia adelante con un movimiento de señas para golpear ese punto sensible en lo profundo de ella, usó la yema de su pulgar para frotar su clítoris al mismo tiempo. Su cuerpo apenas reaccionó, el placer era mucho menos intenso de lo que había sido con Blackwell.

Blackwell, que la hacía gemir y retorcerse de éxtasis, que le hacía hervir la sangre y que a menudo la tenía dispuesta a rogar más a pesar de su juramento de no hacerlo nunca.

Con Sinclair, parecía que sus sentidos se habían embotado.

Ella rompió el beso, haciendo una mueca mientras aplastaba sus palmas contra el pecho del Diablillo para alejarlo. Se apartó de ella en un instante, soltando su pierna y transportándose a varios metros de distancia.

—No. No puedo, no está bien. —Ella negó con la cabeza—. No está bien.

—Oh, no se veía tan mal desde aquí —dijo una voz sensual y femenina desde la derecha.

Ophelia giró la cabeza y vio a Rayea apoyando la cadera en la pared, observándolas. Sinclair le dedicó una lánguida sonrisa a modo de saludo.

—Entonces *lo* tienes a él —escupió Ophelia mientras se enderezaba las faldas para irse.

—He estado allí, he hecho eso —comentó Rayea—. Te estás perdiendo un buen rato. Pero lo entiendo. Blackwell tiene algo sobre él, ¿no? Esos ojos, esa boca, esa *lengua*...

—No voy a dejar que te metas en mi piel —le dijo Ophelia.

—Oh, cariño, no tienes que dejarme hacer nada. —Rayea se rio—. Creo que ya estoy ahí. Me aseguraré de hacerle saber a Blackwell que has seguido adelante perfectamente bien la próxima vez que lo vea. Asegurándome de que estoy ahí para... consolarlo.

Con un guiño, Rayea desapareció, dejándola sola con Sinclair una vez más.

—Que tengas un buen resto de la noche, cariño —dijo Sinclair arrastrando la voz.

Ophelia corrió a su habitación. Cerró la puerta tras de sí y se deslizó por el marco hasta el suelo mientras una profunda sensación de pavor la atravesaba. Algo había echado raíces en su corazón, algo prohibido, sin que ella se diera cuenta. Y ahora estaba demasiado entrelazado con su propio ser como para cortarlo. A su corazón finalmente le habían crecido dientes propios, y estaba listo para hacerse pedazos si llegaba el momento.



NIVEL SEIS

ENGANO

Ophelia tuvo una comida adecuada esta noche. En parte porque su ansiedad no le había permitido comer lo suficiente durante la última semana de la competencia, y en parte porque cuando llegó al comedor, estaba vacío, aparte de Charlotte, que la ignoró, como de costumbre. Realmente esperaba que Charlotte sobreviviera, aunque solo fuera porque el mundo necesitaba más personas que se ocuparan de sus propios asuntos y no tuvieran miedo de hablar cuando fuera necesario.

Para cuando la nueva Diablilla apareció para comenzar el nivel, todos los demás también se habían acercado para elegir la tirada en la mesa. Ni un solo concursante en la sala parecía estar bien descansado. El agotamiento era palpable, los moretones debajo de los ojos de todos hablaban de sus noches atormentadas y sin dormir. Incluso Cade parecía

haber perdido parte de su pelea. Aunque todos seguían dando un amplio margen al hombre.

La Diablilla les sonrió a los siete con deleite. Era la Diablilla de menor estatura hasta el momento, su corona apenas llegaba al hombro de Ophelia. Con rizos voluminosos y naturales y tez morena profunda, su Marca de Diablillo se destacaba: un delicado patrón dorado arremolinado que trepaba y se retorció sobre cada centímetro de su piel. Como si hubiera sido tatuado con tinta de oro puro.

La Diablilla se dirigió a ellos.

—Bienvenidos al nivel seis, y enhorabuena por superar la mitad del camino. Mi nombre es Phoebe.

Phoebe convocó al portal, y repasaron la canción y el baile demasiado familiares en espera de su pista.

UNA PRUEBA DE SECRETOS, DONDE LA SANGRE REVELA EL PRECIO,
CIERTO O FALSO, ASEGÚRATE DE QUE TU ELECCIÓN SEA SABIA.

UNA VERDAD APLASTANTE, SELLADA POR DESTINOS INCIERTOS, LAS
HISTORIAS FALSAS NO AYUDARÁN, PORQUE TU SANGRE SABE LO QUE
ESTÁ EN JUEGO.

Luego se pronunciaron los nombres. La rutina habría sido casi monótona si no fuera por los terrores desconocidos que esperaban al otro lado. Cade, Leon y *Baker*, el último concursante cuyo nombre no había podido recordar, todos pasaron. Luci miró a Ophelia con anticipación.

—Acabemos con esto de una vez —murmuró Ophelia cuando le tocó el turno.

Como de costumbre, el nuevo escenario tardó un momento en resolverse a su alrededor, y pronto se encontró sentada en una mesa redonda, con sus muñecas encadenadas a su parte superior. Sin dudarlo, usó sus habilidades de espectro para deslizarse fuera de las esposas, recibiendo algunos insultos

murmurados de otros alrededor de la mesa, infelices por tener tal ventaja.

Delante de cada uno de ellos había un juego de botones. Ophelia tenía dos: uno etiquetado como *verdadero* y el otro como *falso*, al igual que Leon, Baker y Cade. Luci, Charlotte y Beau tenían tres botones. Los de Luci y Charlotte fueron etiquetados como *verdadero*, *falso* y *omitido*. Los de Beau, sin embargo, fueron etiquetados como *verdadero*, *falso* y *aleatorio*.

Las palancas del nivel cuatro, Ophelia se dio cuenta. Todas las ventajas y desventajas se habían trasladado a este nivel, y estaba eternamente agradecida de haber logrado neutralizar sus propias palancas antes de salir de ese baño de sangre. Está claro que Cade también había conseguido neutralizar los suyos después de que ella saliera.

Los otros detalles frente a ellos no estaban tan claros. El centro de la mesa estaba cubierto por un charco de líquido negro y ominoso, y siete zanjas dentadas sobresalían de alrededor de la piscina y se extendían hasta la mano derecha de cada persona. Ophelia se inclinó hacia adelante para ver que había un pequeño pico parecido a una aguja en el extremo de la trinchera. Un pinchazo para sus dedos.

UN JUICIO DE SECRETOS, DONDE LA SANGRE REVELA EL PRECIO...

—Esto es casi más ominoso que el mar de lava —susurró Leon desde donde estaba sentado directamente a la izquierda de Ophelia. Baker estaba a su derecha y más allá Charlotte, Cade, Luci y, finalmente, Beau.

Un ruido de raspado resonó en el techo, y todos echaron la cabeza hacia atrás para ver cómo caían siete pilares cuadrados de piedra, uno que se alzaba sobre cada concursante, deteniéndose a unos diez pies por encima de sus cabezas. Luego, la de Ophelia bajó un pie más que el resto.

La adrenalina corría por sus venas, sin saber qué esperar en esta prueba, y por una fracción de segundo, consideró convocar a Blackwell. Sin embargo, inmediatamente extinguió ese instinto. Podía hacerlo por su cuenta, a pesar de que no tenía ninguna duda de que él estaba viendo el evento desde el otro lado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Luci mientras el silencio entre ellas se prolongaba incómodamente.

Ophelia volvió la vista hacia la columna que tenía encima. Más abajo que el resto. ¿Significaba eso...?

—Yo voy primero, creo —anunció. Volvió a mirar la espiga cerca de su mano derecha.

Aquí no va nada.

Presionó la yema del pulgar contra el pinchazo, tragando la pizca de dolor mientras le sacaba sangre, las gotas cayendo por la zanja y rodando en el charco negro de líquido. Un remolino nublado de color carmesí se deslizó a través de la piscina antes de formar letras sobre la superficie de ébano.

Entrecerró los ojos mientras leía las palabras en voz alta.

—Ophelia Grimm... besó a un demonio.

Palideció mientras todos la miraban boquiabiertos, escandalizados. Todos, excepto Cade, que parecía positivamente encantado.

—Mírala a la cara —se burló Cade—. No me cabe duda de que la puta demonio tiene demonios en su cama.

No dudó en presionar el botón *verdadero* frente a él, y se quedó aplastado contra la mesa. Beau fue a seguir su ejemplo, pero su botón de cierto se negó a bajar.

—¡Qué demonios! —gruñó, frustrado.

—Solo puedes elegir *al azar* —señaló Luci.

—¿Qué mierda? —gruñó.

—Alguien te ha saboteado —dijo Charlotte, sin molestarse en disimular su diversión por la situación.

Beau les enseñó los dientes mientras pulsaba a regañadientes el botón *aleatorio*. Todos observaron con anticipación cómo el *botón verdadero* finalmente se hundía. Beau suspiró aliviado.

Los demás vacilaron en dar sus propias respuestas, mirando a Ophelia, tratando de leer su rostro. Luci se mordió el labio mientras extendía la mano para posarse sobre su *botón falso*.

—*No lo hagas* —salió corriendo antes de que Luci pudiera presionarlo—. Es verdad.

Luci se resistió un poco. Charlotte, Baker y Leon pulsaron al instante sus *verdaderos* botones, Luci fue la última en dar su respuesta.

—Te lo dije —se jactó Cade.

Ella le hizo un gesto vulgar con la mano, pero antes de que él pudiera responder, la columna sobre su cabeza gimió mientras se hundía en el techo para alinearse con las demás. Luego fue el pilar de Baker el que bajó, indicando que era su turno, mientras los botones se reiniciaban solos.

—Está bien, bastante simple —declaró Leon—. Si todos nos ayudamos unos a otros, deberíamos poder salir adelante sin ningún problema. ¿De acuerdo?

Todos asintieron, incluido Cade, pero Ophelia no confió en él ni por un segundo. Él le dedicó una sonrisa salvaje mientras Baker ofrecía su sangre a continuación.

—Baker Broussard es daltónico —les leyó Baker.

—¿Estás bromeando? —refunfuñó Ophelia, y al mismo tiempo Cade comentó:

—*Aburrido.*

Baker frunció el ceño.

—No soy daltónico.

Todos echaron mano de sus falsos botones, pero Leon exclamó:

—*Espera.* Baker, ¿de qué color es el vestido de Ophelia?

Ophelia se miró a sí misma. Su vestido era obviamente rojo.

—Rojo —contestó Baker.

—¿Y qué hay de Luci? —insistió Leon.

Todos desviaron sus miradas hacia Luci, cuyo vestido era de un amarillo soleado. Baker vaciló ahora.

—Un color coral claro —respondió finalmente.

—¿Eres estúpido? —Cade miró a Baker.

—No, es daltónico —dijo Leon—. Recuerdo que una vez, durante la cena, dijiste algo sobre lo extraño que era que hubiera manzanas rosadas aquí, excepto que las manzanas en cuestión eran muy amarillas. Eres amarillo, azul, daltónico.

—¿Cómo demonios has pasado toda tu vida sin darte cuenta de eso?—dijo Beau.

Baker comenzó, una gama de emociones recorriendo su rostro.

—Antes de venir aquí, hace unos dos meses, tuve un grave accidente. Me caí dos pisos de una escalera y me golpeé la cabeza. El médico me dijo que tenía suerte de no haber muerto y que podía tener efectos secundarios duraderos. No me di cuenta de que perder ciertos colores era uno de ellos.

Todos dieron en el botón cierto, incluido Beau, que de repente funcionó.

Interesante, señaló Ophelia.

Los pilares sobre ellos se reinician. Charlotte fue la siguiente. Se pinchó el dedo y esperó la declaración.

—Charlotte Williams es una... —comenzó.

—¿Una *qué*? —preguntó Beau, impaciente.

Charlotte farfulló un poco.

—¿Una *gemela*?

—¿Quieres decir que no lo sabes? —preguntó Leon.

—No tengo hermanos —reveló Charlotte.

—Que tú sepas... ese sería el giro, ¿verdad? —sugirió Baker —. No me di cuenta de que era daltónico hasta ahora.

Luci extendió la mano y pulsó el botón de saltar. Charlotte hizo lo mismo, lo que no auguraba nada bueno para el resto de ellos.

—Tienes que estar bromeando —gruñó Cade—. ¿Cómo mierda se supone que debemos adivinar cuando tú mismo estás inseguro?

Ophelia respiró hondo y se llevó la mano a su botón *de cierto*. Su medallón se calentó y se detuvo.

Y si...

Movió la palma de la mano para pasar el cursor sobre el *botón falso*. El medallón se enfrió. Ella sonrió mientras presionaba con *cierto*.

Leon y Baker observaron su respuesta, con la sonrisa en su rostro, y decidieron dar el mismo salto de fe. Después de un momento, Cade copió a regañadientes, pero Beau descubrió que una vez más solo podía presionar su *botón aleatorio*.

—La desventaja debe alternar rondas —le señaló Leon a Beau.

Afortunadamente para Beau, o desafortunadamente, dependiendo de qué respuesta fuera realmente correcta, la opción aleatoria una vez más eligió *ser verdadera*. Los botones de todos se reinician, excepto los botones de salto de Luci y Charlotte. Parecía que su ventaja era de uno y listo.

Ahora era el turno de Cade, y parecía muy feliz por ello. Ophelia se movió al borde de su asiento mientras esperaba su revelación.

—Cade Arceneaux mató al marido de su hermana —leyó, manteniendo el tono a pesar de la declaración calumniosa.

Luci hizo una mueca, que Leon captó rápidamente.

—Supongo que deberíamos empezar preguntando si su marido está muerto... —Leon se remitió a Luci—. Porque creo que todos sabemos *que* es muy capaz de asesinar.

—Su esposo murió el año pasado en un accidente automovilístico —confirmó Luci—. Cade y Lainie *estaban* en el vehículo, pero sé sin lugar a dudas que Lainie conducía.

—Correcto —corroboró Cade—. Su esposo estaba en el lado del pasajero, el lado que golpeó el árbol. Yo estaba en la parte de atrás. Yo no tuve nada que ver con eso. —Sonrió.

Ophelia entrecerró los ojos.

—No le creo —declaró Baker, pulsando su botón de cierto.

Luci se estremeció ante la precipitada reacción, y Ophelia tuvo la sensación de que por fin iban a descubrir las consecuencias de responder incorrectamente.

—Yo tampoco —murmuró Charlotte.

—Creo en Luci —insistió Leon—. Si ella dice que sabe, sin duda, entonces es verdad.

—Probablemente el imbécil espera que ninguno de nosotros le crea, así que todos elegimos mal... —añadió Ophelia.

Baker palideció un poco al ver que todos golpeaban *en falso*. Trató de cambiar su respuesta, pero ya era demasiado tarde. Se miraron el uno al otro con anticipación, la sonrisa de Cade no se movió, y durante un largo y tenso momento no sucedió nada en absoluto.

Entonces, el pilar sobre Baker se estrelló contra el suelo, aplastándolo y salpicando de sangre por toda la habitación.



LA DEVASTACIÓN

El olor a sangre y vómito llenó la habitación mientras Leon, Charlotte, Luci y Beau vomitaban al mismo tiempo por la espantosa tragedia que se había desarrollado ante ellos. A Ophelia se le revolvía el estómago al sentir la sangre de Baker untada en su rostro. Usó la falda de su vestido para limpiarse la piel mientras todos los demás trataban de recomponerse.

—No, no, no —exclamó Luci, gimiendo—. Esto es una pesadilla.

Charlotte empezó a tirar de sus cadenas, igual de desesperada por marcharse.

Incluso Cade parecía serio, su postura dolorosamente rígida mientras miraba boquiabierto el pilar manchado de tripas que todavía estaba encima del cadáver destrozado de Baker. Ophelia esperaba que la pesada piedra no se moviera y revelara más de la espantosa vista que había debajo.

—Luci, es tu turno —animó Ophelia, tratando de animarlos para que no tuvieran que estar aquí ni un segundo más de lo necesario.

Luci todavía tenía arcadas mientras entregaba su sangre a la piscina.

—Luci Veil está enamorada de Leon Summers. —Luci se puso blanca de terror.

Ophelia hizo una mueca de dolor por la pobre muchacha. Este nivel era devastador.

Leon se aclaró la garganta.

—Eso es falso.

Luci seguía sin hablar, y Ophelia supo al instante la respuesta correcta.

—Eso es... eso es falso, ¿no? —insistió Leon.

—Es verdad —Ophelia habló por Luci—. Responde y sigamos adelante.

La expresión de Leon se tornó de dolor.

—Luci, *no*. Está en contra de las reglas enamorarse aquí. Es...

—*Aprieta tu puto botón* —ordenó Cade.

Leon presionó *verdad*. Luci se echó a llorar.

—*Esto es absolutamente encantador*. —La Voz de la Sombra se rio, y Ophelia inmediatamente lo apartó de su mente.

Mientras tanto, Beau tuvo que elegir al *azar* una vez más, y todos miraron con la respiración contenida. Cuando su *botón de falso* se hundió, comenzaron los chillidos. Beau estaba histérico, su desesperación era una tortura para escuchar, y Ophelia se tapó los oídos lo mejor que pudo.

Beau se ensució mientras rogaba y ansioso por que lo dejaran salir, tratando de formar las palabras para convocar a la diablilla para un trato, pero no pudo sacarlas y ya era demasiado tarde. Ophelia cerró los ojos cuando la piedra cayó y lo aplastó. Y cuando los volvió a abrir, incluso Cade, *Cade*, sollozaba de horror. El juego saltó hasta el turno de Leon.

—Vamos. —Ophelia le dio un codazo a Leon—. Por favor, por el amor de Dios, termina con esto ahora.

La mano de Leon tembló mientras presionaba su pulgar contra la punta frente a él. Cuando su mensaje fue revelado, él también comenzó a llorar.

—Leon Summers no está enamorado de Luci Veil —se ahogó.

Todos dan en cierto.

Nunca nadie ha salido de una habitación más rápido que Ophelia cuando apareció la salida, todos los demás clamando por hacer lo mismo tan pronto como sus grilletes los soltaron.

Los cinco se amontonaron de nuevo en el comedor.

Cinco, pensó. Joder.

Una serie de cosas sucedieron todas a la vez. Primero, Cade se desmayó, cayendo al suelo como un saco de patatas. Pero ninguno de ellos le prestó atención. No, estaban demasiado concentrados en lo que le estaba sucediendo a Luci. Había empezado a convulsionar. Su piel se enrojeció mientras se estrellaba contra la mesa inmóvil, haciendo que los platos de comida y los vasos de cristal cayeran al suelo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Leon, preso del pánico.

Ophelia negó con la cabeza, totalmente perdida.

—Es la maldición de Phantasma. Cualquiera que sea la magia que la esté afectando... Es poderosa.

Eventualmente, el ataque de Luci se disipó. Ninguno de ellos se movió mientras ella recuperaba el aliento, jadeando mientras intentaba enderezarse. Leon dio un tímido paso adelante.

—¿Luci? —susurró.

Ella le miró con desolación. Él se acercó y estiró la mano para agarrarla... y aulló de agonía en cuanto su piel entró en contacto.

—No —exclamó Luci—. *No. No. No.* Esto no puede estar pasando.

Ophelia se quedó paralizada y Charlotte se alejó lentamente de la escena.

Leon parecía horrorizado mientras decía:

—¿Qué has hecho, Luci?

Eso hizo hervir la sangre de Ophelia.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Ophelia—. ¡Tú tienes la misma culpa! A menos que se haya enamorado de una pared de ladrillos, ¡estoy seguro de que alimentaste esta relación tanto como ella!

—Teníamos un trato —empezó a decir Leon—. Dejaríamos de vernos en cuanto desarrolláramos sentimientos más profundos.

Ophelia se estremeció y luego apartó la mirada.

—No parece que haya funcionado. —Y ella sabía muy bien cómo era eso—. Pero ya está hecho.

—Quiero irme a casa —sollozó Luci—. Ya terminé. *Terminé.*

—Luci, *no* lo hagas —suplicó Leon—. Estamos tan cerca. Estamos...

—No me quieres —susurró Luci, y a Ophelia le dolía el corazón por la devastación en el rostro de la muchacha—. Y

no soporto estar aquí ni un segundo más. Yo, Lucinda Veil, me entrego a Phantasma.

En cuestión de segundos, la Diablilla, Phoebe, apareció.

—Es hora de irse —dijo Phoebe mientras tomaba a Luci por el hombro.

Leon trató de agarrar a Luci antes de que se la llevaran, pero por segunda vez, su toque lo quemó y tuvo que soltarla. Leon se metió las manos en el cabello, tirando de los mechones con angustia. Sus rodillas tocaron el suelo mientras Luci y la Diablillo salían de la habitación.

Ophelia se giró para ver si Charlotte se había quedado, pero no la veían por ningún lado y Cade seguía inconsciente en el suelo.

—*¿Cómo es posible que este sea mi problema?* —Se preguntó mientras colocaba una mano en el hombro del chico.

—Escucha... —empezó a decir ella, pero él le quitó la mano de encima.

—Déjame en paz —le dijo, con tono entumecido.

Ella vaciló, pero cuando su cuerpo comenzó a temblar con sus gritos silenciosos, salió de la habitación sin decir una palabra más.



Ophelia deambuló por la mansión, sin rumbo fijo, hasta bien entrada la hora de las brujas. Sabía que esa noche no se dormiría, al menos, nada que no implicara pesadillas, así que se distrajo con más búsquedas. En algún momento, Poe se

topó con ella y decidió acompañarla, y Ophelia tuvo que admitir que era agradable tener un compañero mientras trabajaba en una tarea tan tediosa.

Cuando estuvo segura de que había revisado casi todos los rincones y grietas, dos veces, finalmente se rindió y regresó a su habitación con Poe acunado en sus brazos. Al volver a su habitación, esperaba encontrar un refugio en progreso, o al menos los restos de uno que Blackwell no había ido a limpiar. Lo que no esperaba era al propio Blackwell, esperando en su sillón, con el cuerpo rígido con una furia apenas disimulada.

—Oh —dijo ella, dejando caer a Poe al suelo sorprendida. El felino aterrizó ágilmente sobre sus pies, saliendo de la habitación antes de que ella pudiera cerrar la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, recelosa.

Blackwell se puso de pie y, de alguna manera, pensó que ocupaba más espacio del habitual. Agitando la mano en el aire entre ellos, las pocas velas cónicas que había esparcido por la habitación se encendieron .

—Dejaste que te besara. —Parecía devastado.

Por un momento, sus palabras no calaron en su cerebro. Habían pasado tantas cosas en las últimas horas que había borrado completamente de su mente el lapsus de juicio que había tenido con Sinclair.

—¿Realmente necesitamos tener esta conversación? —preguntó—. ¿Cuál de ellos te lo dijo?

—Rayea me lo dijo primero. Pero, tenlo por seguro, Sinclair no dejó pasar la oportunidad de burlarse de mí con todos los detalles salaces. —Sus ojos verdes se oscurecieron—. Dejaste que te *tocara*.

Ahora estaba enfadada.

—¿Y? Sólo somos *socios*, ¿recuerdas? Por lo tanto, no te importa quién me toque o no.

Acortó la distancia que los separaba en dos zancadas y apoyó la mano en la puerta a su espalda.

—Mientras nuestro juramento siga intacto, tú eres de mi incumbencia. Cuando te pones en peligro inminente, me veo obligado a intervenir.

—No estaba en peligro inminente —se burló ella—. Me dijo que pararía en cuanto yo quisiera, y lo hizo.

—Ésa es la única razón por la que sigue existiendo —gruñó Blackwell.

Ella soltó una carcajada sin gracia.

—Oh, esto es bueno. Sabes, lo del calor y el frío se está agotando. Tú *tomaste* la decisión de dejar de coquetear con el peligro. Yo, sin embargo, no tomé tal decisión. Haré lo que me plazca.

—Con él no. No te volverá a tocar jamás.

—¿Y por qué no? —exclamó ella, con el pecho agitado por la ira—. No me volverás a tocar nunca más, ¿por qué no puede hacerlo alguien más?

Los músculos de sus mejillas se contrajeron mientras apretaba la mandíbula, y ella tuvo la sensación de que si hubiera sido mortal, sus dientes se habrían hecho añicos. Se quedaron allí, mirándose el uno al otro, la tensión entre ellos era lo suficientemente gruesa como para cortarla con un cuchillo.

—No lo soporto —le dijo, su voz se hizo más grave mientras luchaba por controlar sus emociones—. No *soporto* la idea de que él, o nadie, te esté complaciendo excepto yo. Preferiría dejar de existir antes que saber que has mirado a los demás como me miras a mí cuando te toco.

Toda la pelea se le escapó por la crudeza de esas palabras.

—¿Por qué? —susurró ella—. ¿*Por qué* me haces esto? Esto es *una tortura*, Blackwell. ¡Peor que cualquier cosa que Phantasma me haya hecho pasar!

—Maldita sea, no *lo sé*. —Sus ojos se cerraron mientras buscaba las palabras—. Sé que este es un camino peligroso. Sé que debería tener suficiente autocontrol para mantenerme alejado, pero tú eres lo único que me ha hecho sentir una apariencia de esperanza en esta eternidad del infierno. El sueño que he estado buscando, el que me despierta. La idea de perder un segundo más cuando te perderé para siempre en solo tres días me ha *arruinado*. Eres lo más cerca que estaré de experimentar el cielo, y no estoy listo para dejarlo ir.

—Blackwell —suplicó ella—. Acabo de ver cómo maldecían a Luci porque se había enamorado de alguien en este lugar abandonado por Dios. *No podemos*. Este tira y afloja... Tenemos que parar. Ya no lo soporto. Me está destrozando.

—Lo sé. —Él abrió los ojos, y ella casi sollozó por la devastación que vio en ellos—. Lo sé. Yo me iré.

Hizo ademán de alejarse de ella, y ella corrió hacia él para agarrarle la parte delantera de la camisa antes de que desapareciera.

—Necesito que sepas que eres la única persona que me ha hecho sentir que soy capaz de cualquier cosa —se lamentó—. La única persona que me ha hecho sentir vista de verdad. —Tragó saliva—. El toque de Sinclair no significaba absolutamente *nada*. Es por eso por lo que dejé que sucediera.

Sus rodillas casi se doblaron ante la mirada de sus ojos. Quería rogarle a los demonios, a los Ángeles, al universo, que le permitieran quedarse con él por un poco más de tiempo.

—¿Pero *tu* toque? —Su voz se quebró ahora—. Tu tacto significa joderlo *todo*. Y es por eso por lo que no podemos volver a cruzar esa línea.

Agarró su rostro con las manos.

—En otra vida, en una vida justa, te habría conservado hasta que mi alma eterna se marchitara hasta convertirse en polvo —le juró.

Luego se fue.



42

DOLOR

OCTAVA NOCHE EN PHANTASMA

Ophelia permaneció en la cama hasta que la tristeza de su alma disminuyó y sonó la campana de la cena.



43

NIVEL SIETE

VIOLENCIA

Saliendo de debajo de las sábanas, *Ophelia* se vistió para la prueba que le esperaba. No cualquier juicio, sino el que marcaría su liberación oficial de esta única ala de Phantasma y le permitiría buscar a Genevieve.

A decir verdad, era lo único que la sacaba de la cama.

Cuando llegó al comedor, Charlotte y Cade ya estaban allí, esperando en un silencio sepulcral. Leon, sin embargo, no aparecía por ninguna parte.

—Se dio por vencido —respondió Charlotte a su pregunta no formulada.

Ophelia enarcó las cejas.

—¿Viste lo que pasó?

Charlotte asintió.

—Anoche por la noche oí un grito en el pasillo de nuestras habitaciones, la suya estaba a dos puertas de la mía. Cuando fui a ver qué pasaba, estaba siendo acosado por un millar de cuervos. Estoy segura de que perdió un ojo. Nunca me había dado cuenta de lo horripilantes que pueden llegar a ser los pájaros. —Charlotte se encogió de hombros—. Se rindió en cuestión de minutos. Creo que los cuervos eran su mayor miedo, el único al que renunció al entrar.

—¿Pájaros? ¿Lo ahuyentaron unos malditos *pájaros*? —dijo Cade—. ¿Ese pequeño cabreo maldijo a Luci, ¿y no pudo con unos malditos cuervos?

—No siempre puedes evitar lo que temes —razonó Charlotte—. Me encontré con mi mayor miedo al cuarto día aquí. Yo también estuve a punto de rendirme entonces.

—Sin embargo, sigues aquí —replicó Cade—. Voy a hacerle la vida imposible a ese bastardo en el momento en que salga de aquí. Tendrá suerte si no lo ahogo en el río y dejo su cuerpo para los caimanes.

Charlotte y Ophelia no respondieron. Charlotte porque lo más probable es que no quisiera saber nada más de Cade, o en estado de shock de que el hombre estaba mostrando preocupación por alguien más allá de él por primera vez. Por la forma en que le había hablado a Luci, nadie podría haber adivinado que sentiría la necesidad de defender su honor. Pero Ophelia estaba distraída por algo completamente diferente. De repente se dio cuenta de que Phantasma aún no le había arrojado su mayor miedo. Un presagio cuanto menos.

Los tres, lo último de su grupo, esperaron el resto de la cena en silencio. Ophelia estaba mirando el reloj, esperando a que apareciera el Diablillo, cuando Blackwell parpadeó a su lado en su forma fantasmal.

—Oye —le susurró ella, palpitando el medallón ante su inesperada aparición.

Charlotte le lanzó una mirada de confusión, mientras Cade entrecerraba los ojos.

—No respondas —le dijo Blackwell cuando vio la forma en que Cade la observaba—. Cuando llegues a este nivel, asegúrate de convocarme, ¿de acuerdo?

Bajó la barbilla en un sutil movimiento de cabeza.

—Buena chica —murmuró—. Por la forma en que funciona este nivel, es absolutamente vital que pueda estar allí para darte información al principio.

Otro asentimiento de ella y desapareció.

Dos minutos después, llegó el Diablillo. Alto y delgado, tenían una tez morena claro y cabello castaño lacio y una piel lisa donde deberían estar las cuencas de los ojos. En el dorso de sus manos estaban incrustados sus globos oculares. La Marca del Demonio más extraña que Ophelia había visto hasta entonces.

Este Diablillo no se molestó en presentarse, ya que revelaron el portal y su pista.

UNA ELECCIÓN DE DOS FICHAS, UNA DECISIÓN QUE TOMAR, SI TODOS TOMAN SÓLO UNA, NO HAY NADA EN JUEGO.

SI DOS ELIGEN UNA, Y EL TERCERO TOMA TODAS, EL TERCERO SALDRÁ LIBRE, LOS OTROS SE PELEARÁN.

SI DOS ELIGEN TODAS, Y EL TERCERO TOMA UNA, EL TERCERO SERÁ LIBRE, LOS OTROS DOS ESTÁN ACABADOS.

Cade fue llamado primero. Luego Charlotte. Y finalmente Ophelia.

Como prometió, Ophelia no perdió ni un segundo invocando a Blackwell.

—Está bien —empezó Blackwell sin preámbulos—, voy a tener que volver al Otro Lado para ver qué es lo que están eligiendo. No toques ni una sola ficha hasta que yo vuelva.

—¿Tendré que convocarte de nuevo? —se preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Ahora que he estado aquí, debería poder venir a voluntad, pero si no vuelvo en cinco minutos, llama por si acaso.

Ella asintió y él parpadeó.

La sala de espera en la que se encontraba parecía idéntica a la que comenzó en el nivel cinco. Solo que, en lugar de dos manijas en la pequeña alcoba tallada en la pared, había dos fichas redondas hechas de obsidiana. Sus superficies estaban grabadas con lo que parecían ser rosas a ambos lados, y aunque tuvo la necesidad de extender la mano y alisar sus dedos sobre la superficie texturizada, se resistió, prestando atención a la advertencia de Blackwell de no tocar.

Llevaba la cuenta del tiempo en su cabeza mientras esperaba a que Blackwell volviera y había llegado a los siete minutos y cuarenta, dos segundos cuando volvió a aparecer.

—Está bien, hay un dilema —le dijo—. Charlotte tomó una ficha, Cade tomó las dos.

Ophelia repasó cuidadosamente en su cabeza las líneas de la pista que les habían dado. A diferencia de la vaguedad de los otros ensayos, la pista para este nivel había sido evidentemente sencilla. Una advertencia intencionada. O mejor dicho, una amenaza.

Tragó saliva.

—Así que eso significa...

—Escoge tu veneno —murmuró—. Cade o...

—Cade —intervino de inmediato—. Charlotte puede caminar libremente. Pero no se va a ir de aquí.

Blackwell sonrió.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto adoro a una mujer que no tiene miedo de mancharse las manos de sangre?

Ophelia ignoró la forma en que sus palabras le revoloteaban el estómago y respiró hondo mientras agarraba ambas fichas, midiendo el peso de ellas, de su decisión, en las palmas de sus manos.

—Sabes cómo usar tu magia —le dijo Blackwell—. No dejes que se acerque lo suficiente como para tocarte.

Las paredes alrededor de Ophelia temblaron y cayeron una por una para revelar una arena circular con un muro de piedra de seis pies que la rodeaba. En lados opuestos de la arena estaban Charlotte y Cade. Al instante apareció una puerta junto a Charlotte, que dirigió su mirada a Ophelia con sorpresa.

—Sabía que se llevaría las dos cosas —dijo Ophelia, mostrando sus propias fichas como ejemplo.

Charlotte bajó la barbilla en un gesto respetuoso y dijo:

—Buena suerte.

Con eso, ella desapareció, y Cade y Ophelia se quedaron solos.

Las fichas en sus manos se disolvieron en volutas de humo de obsidiana. Cade comenzó a caminar hacia Ophelia con determinación, entrelazando los dedos y separándolos de su cuerpo para crujir las articulaciones de los nudillos.

Su sonrisa maliciosa era demasiado segura cuando anunció:

—He estado esperando este momento.

—¿Qué momento es ese? —respondió ella en tono de broma —. ¿Tu muerte? Estoy segura de que toda Nueva Orleans ha estado esperando este momento.

Cade enseñó los dientes mientras continuaba merodeando por la arena.

—Supe que eras un problema el puto primer día. Puede que sangres rojo, pero tienes magia negra en tus huesos. Convocaste a un demonio para que me torturara en tu nombre. Te escondes hablando contigo misma y besas a los demonios. Juegas a ser tan humana como el resto de nosotros, pero ambos sabemos que no lo eres. Bajo la superficie eres un puto monstruo. Nunca me gustó que Luci anduviera con tu hermana. O que esta ciudad invita tan fácilmente a los de tu especie a vivir entre nosotros y fomenta la brujería como la que hizo tu madre. Es malvado. Antinatural. Toda tu familia tiene la sangre manchada.

La expresión de Blackwell se había vuelto más asesina con cada palabra que Cade pronunciaba, hasta el punto de que casi temblaba con su rabia no disimulada. Sabía que si estuviera en su mano arrancar al otro hombre miembro por miembro, Cade ya estaría muerto.

—Debería haberlo matado después de que te golpeará — Blackwell se enfureció, con un tono lleno de arrepentimiento —. Ver la luz escurrirse de sus ojos habría valido la pena el riesgo de que me odiaras por hacer tal cosa.

—¿Es por eso por lo que lo perdonaste? —preguntó ella, sorprendida.

La intensidad en los ojos de Blackwell se profundizó, pero no lo confirmó ni lo negó.

Cade se cocinó a fuego lento.

—¿Con quién *mierda* estás hablando? ¿Qué hechizos dices en voz baja, demonio?

Ophelia gimió.

—¡Por última puta vez, *no soy* un demonio! Y está claro que no sabes nada de seres paranormales, ¡así que deja de decir los nombres de aquellos con los que no estás familiarizado! ¡Los demonios residen en el infierno! ¡Ni siquiera pueden salir del infierno excepto un solo día al año! *Soy una nigromante*. —Ella sonrió ahora, mostrándole sus dientes—. Y yo no estaba recitando ningún hechizo, pero si quieres ver algo de magia, sería un placer.

Cade se había acercado lo suficiente, y era hora de que ella le mostrara exactamente a qué se enfrentaba. Invocó su magia en las yemas de sus dedos, las chispas azules estallaron en el aire mientras preparaba sus manos para atacar. Cade se quedó corto, mirándola con incredulidad mientras se hundía lentamente en lo que se había metido.

—Realmente deberías haber tomado solo una ficha —le dijo ella con una sonrisa. Y entonces golpeó.

Apuntó con su magia al centro de su pecho, un disparo aerodinámico tal y como Blackwell le había enseñado. Cuando la energía concentrada le alcanzó, se tambaleó hacia atrás con un grito, la magia le quemó la ropa y la piel, pero no fue suficiente para derribarlo, sólo para cabrearlo.

Apuntó y disparó dos veces más; el primer impacto le dio en el hombro derecho; él cargó contra ella con más fuerza, y el segundo disparo falló cuando él hizo una finta hacia un lado. Ophelia empezó a caminar hacia atrás, intentando poner más distancia entre ellos mientras él se esforzaba por acortarla. Podía sentir la energía de Blackwell en algún lugar detrás de ella cada vez más ansiosa.

—Vete —le dijo a Blackwell—. Necesito concentrarme.

—No —respondió él, firme.

—No seas pesado. —Ella se volvió para mirarlo durante un segundo, antes de fijar sus ojos de nuevo en Cade—. Me estás distrayendo. Yo me encargo.

Por un momento, no supo si iba a escucharla, pero cuando sintió que la estática de su energía se desvanecía, supo que había vuelto al Otro Lado para observar. Ya sin la atención dividida, se centró en Cade, que corría hacia ella, esperando su siguiente golpe. Se lo dio. Uno, dos, tres, en rápida sucesión. Él esquivó dos, pero fue golpeado por el tercero, y ella se dio cuenta de que estaba empezando a agotarlo. Podía ver la piel a través de los agujeros que había creado en su ropa, roja y furiosa, burbujeante por las ampollas de las quemaduras de su magia.

—¿Qué pasa? —le preguntó, con un tono cargado de inocencia—. Creí que habías dicho que esto te gustaría.

—Joder. Puta. *Perra* —escupió mientras el pecho le pesaba y se empujaba para avanzar.

—Ni siquiera estoy cansada —se burló—. Para mí, esta es la prueba más fácil que hemos tenido hasta ahora.

Eso le hizo levantarse. Él se abalanzó sobre él, y ella no hizo nada para detenerlo, esperando hasta que estuvo al alcance de la mano y entonces, justo antes de que se estrellara contra ella, se hizo invisible. Se zambulló a través de ella y aterrizó en el suelo con un ruido sordo de dolor, y Ophelia giró. Antes de que él pudiera levantarse, ella se arrojó sobre él, a horcajadas sobre sus caderas mientras presionaba ambas manos contra su garganta. Había una rabia en su interior que nunca antes había sentido por otro ser humano, pero Cade apenas se había comportado como un ser humano en todo el tiempo que habían estado allí. Había una culpa, en lo más profundo de su ser, que le decía que no saldría ilesa de esto, que quitarse la vida afectaría a lo que era como persona. Pero

la alternativa era dejarlo ganar, y eso simplemente no era algo que ella pudiera hacer.

Le apretó la garganta hasta bloquearle el oxígeno; Se retorció y se metió debajo de ella, tratando de derribarla. Se aferró con fuerza, los músculos de sus manos y bíceps se tensaron por la incomodidad, no acostumbrada a tal tensión. Sin embargo, no hubo tiempo para invocar más de su magia para terminar con todo en ese momento, porque logró usar sus piernas para hacer el empuje suficiente para voltearlas.

Gruñó mientras su columna vertebral y la parte posterior de su cabeza se estrellaban contra el suelo frío y duro. Su visión se oscureció por el impacto durante un momento alarmante, y cuando se desvaneció de nuevo, puntos de luz flotaron ante sus ojos.

—Esto te resulta familiar, ¿no? —dijo él, furioso, con la saliva de su boca golpeando su cara.

Bruto.

Ella no perdió el tiempo, volviéndose invisible para escabullirse de debajo de su agarre. Rugió de frustración por su capacidad para evadir sus ataques, aferrándose a todo lo que podía. Antes de que ella pudiera desvanecerse por completo, él logró agarrar su medallón y arrancárselo del cuello. Hizo rodar su forma invisible hacia un lado y se puso en pie con un movimiento fluido. Volvió a su estado sólido y se preparó para lanzarse hacia su collar cuando algo extraño sucedió.

Su ritmo cardíaco comenzó a disminuir. La temperatura en la habitación pareció bajar treinta grados y su cabeza comenzó a nadar. Cade levantó el medallón con una sonrisa triunfal.

Sigue a tu corazón. Aparentemente, eso es exactamente lo que había estado haciendo todo este tiempo. Enfatizado por la

forma en que el órgano dentro de su pecho estaba a punto de detenerse por completo.

Esto tenía que terminar ya. Cuanto antes terminara, antes podría encontrar a su hermana. Cuanto antes se fuera de allí para siempre.

Estaba demasiado débil para atacar en ese momento, pero estaba agradecida de que Cade no fuera el tipo de hombre que se anda con rodeos. Si ella ofrecía el cebo, seguramente lo tomaría. Entonces, dejó que su cuerpo cayera al suelo, fingiendo desmayarse antes de que realmente lo hiciera. En cuestión de segundos, Cade aprovechó la oportunidad para lanzarse sobre ella. Casi puso los ojos en blanco al ver lo predecible que era. Tan pronto como estuvo lo suficientemente cerca, con el medallón todavía agarrado en su mano, ella golpeó. Clamando por poner su mano en la baratija dorada, logró hacer que el medallón, y ella misma, fueran invisibles el tiempo suficiente para sujetarlo de nuevo alrededor de su cuello.

El corazón en su pecho comenzó a latir una vez más.

Cuando recuperó sus fuerzas, se solidificó y lanzó un puñetazo directo a la sien de Cade. Lo suficientemente fuerte como para hacer palpar sus nudillos, pero definitivamente nada bueno, practicado. Sin embargo, funcionó bastante bien, y se desplomó hacia adelante con un gemido. A continuación, se arrastró por debajo de él, poniéndose de pie para poder golpear su rodilla directamente contra su cara, rompiéndole la nariz y enviando sangre por el suelo mientras él gritaba de agonía. Ella no se quebró ni por un momento mientras lo derribaba al suelo, sus palmas se cubrían de la sangre que aún brotaba de su rostro.

—*Sí. Sí. Mátaelo, hazlo lento, sácale los ojos y arranca su carne de su cuerpo* —parloteó la Voz de la Sombra, ávida de violencia como siempre.

—Lo haré rápido —le prometió a Cade con sinceridad—. Una misericordia que no mereces después de lo que intentaste hacerle a Edna. Después del egoísmo mostraste toda esta competencia.

—No, no rápido, ni angustiosamente lento —siseó la Voz de la Sombra.

Trató de ahogar algo, pero los pulgares de ella estaban apretados en la sensible hendidura de su garganta y solo escapaban de sus labios bocanadas de aire tensas. Ella aflojó su agarre lo suficiente como para permitirle tener sus últimas palabras, y no decepcionaron.

—Un día te vas a quemar en el puto infierno —escupió.

—Y ahora te vas a desvanecer en la oscuridad —le dijo ella—. Muy pronto, ni una sola alma recordará tu nombre. No has dejado una huella duradera en este mundo. Sé qué destino preferiría tener entre los dos.

Algo parecido a la devastación brilló en sus ojos marrones apagados, pero no hubo más demora cuando ella deslizó sus manos sobre su rostro, reunió toda la magia que le quedaba en reserva y se la disparó. Estuvo a punto de atragantarse al ver y oler su carne deritiéndose, mientras su magia le quemaba el cráneo.

La Voz de la Sombra soltó una carcajada de placer mientras se apartaba del cuerpo sin vida de Cade y se paraba sobre sus piernas temblorosas. Cuando miró sus manos, las encontró cubiertas de escarlata. Pero a diferencia de Eric, la vergüenza y la culpa no fueron inmediatas.

Ophelia descubrió que le gustaba demasiado la sangre en sus manos.

—Sí, *Nigromante* —animó la Voz de la Sombra—. *Abraza tu llamado, heraldo de la muerte. Desata tu oscuridad sobre el mundo.*



44

ENTRELAZADOS

La carne de Ophelia se estremeció cuando una extraña vibración de energía la recorrió, haciendo que su sangre cantara con fuerza.

La fuerza vital de Cade se dio cuenta. La había robado y se había recargado con ella.

Una puerta dorada apareció en el centro de la habitación, y Ophelia se limpió las manos manchadas en el vestido antes de levantarse las faldas y marchar hacia ella, sin molestarse en mirar atrás mientras dejaba atrás a Cade y su olvidable legado.

Mientras se dirigía al portal para regresar a la mansión, cada centímetro de su médula se llenó de orgullo por la victoria que tanto le había costado conseguir. Pero su euforia se desvaneció rápidamente cuando vio el comedor a su alrededor.

Algo iba muy mal.

El cambio de ambiente fue tan visceral que sintió un cosquilleo en la columna vertebral al sentir el cambio en el aire que la rodeaba. Todo se había empapado de sombras, la comida que normalmente seguía sobre la mesa del comedor ahora no era más que fruta seca y cadáveres putrefactos de aves asadas. Si antes había pensado que la opulencia gótica de la mansión era algo digno de contemplar, ahora todo era más nítido, más oscuro, demasiado áspero para que se sintiera cómoda entre sus traicioneras paredes.

Frunció el ceño mientras atravesaba el arco del comedor y se adentraba en el pasillo. La oscuridad era total, ni uno solo de los candelabros del pasillo estaba encendido. Las sombras a su alrededor parecían *vivas*.

—Algo perverso viene por aquí —canturreó una voz insidiosa desde el fondo del pasillo.

Se quedó paralizada, su estómago era un pozo de miedo. Eso no se le había pasado por la cabeza.

—Hola, Ophelia —siseó la Voz de la Sombra al aparecer a la vista. Parecía sonreír mientras hablaba, aunque solo estaba hecho de sombras y zarcillos de humo arremolinados.

—¿Cómo saliste? —Luchó por contener el temblor en su voz.

—Me dejaste salir. Cuando cediste a mis malos deseos.

Era lo mismo que siempre había aparecido en sus sueños, la encarnación de la oscuridad, una manifestación de cada pecado en su mente. Su forma era casi humana, pero no había rasgos discernibles en su rostro, ni ojos, solo agujeros negros sin profundidad, y solo un corte de navaja: dientes afilados para su boca.

—Quieres decir...

—Mataste a Cade con tus propias manos y ahora me has liberado al mundo. —Su ronca carcajada hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo—. Oh, qué ganas tengo de cometer todas las fantasías pecaminosas que tanto he deseado llevar a cabo todos estos años.

Dio un paso atrás y la figura imitó su movimiento. Se detuvo y la figura hizo lo mismo.

Se rio al ver el horror en su rostro.

—Sí, empiezas a verlo. Yo soy tú y tú eres yo. Nuestra oscuridad está entrelazada.

—No —susurró ella—. No somos lo mismo.

—Oh, pero lo somos —insistió—. No pongas esa cara de decepción. Esto es lo que siempre has querido, ¿verdad? ¿Yo fuera de tu cabeza?

Apretó los puños.

—No si eso significa que serás libre de torturar a otros como lo has hecho conmigo.

—¿Dices que prefieres que vuelva a tu cabeza?—ronroneó.

La pregunta le cortó la respiración.

Toda su vida, todo lo que había querido era paz. Estar curada. No ser una carga para los que más quería. Pero si librarse de la voz en su cabeza significaba que nunca conocería la paz de una forma diferente... ¿merecía la pena?

No es necesario que te arregles a ti misma. No estás rota. Pero está bien buscar ayuda externa si se vuelve demasiado ruidoso.

Las palabras de Blackwell volvieron a golpearla y se dio cuenta de lo acertadas que eran. Cada vez que la Voz de las Sombras la instaba a hacer algo insidioso o viciosamente malvado y ella se resistía... era ella quien elegía quién era en realidad. Y desatar semejante fuerza sobre el mundo, donde

ya no podía mitigar las consecuencias de las acciones de la Voz, era una carga mucho mayor de la que estaba dispuesta a soportar si esas eran sus dos únicas opciones.

—Tic, tac —preguntó la Voz de la Sombra.

—No te voy a dejar libre —declaró ella, levantando la barbilla en señal de desafío.

—*Entonces ven a buscarme* —gruñó.

Se precipitó por el pasillo hacia la oscuridad y Ophelia salió tras él. Sus faldas ondeaban detrás de ella mientras corría por el pasillo y bajaba dos tramos de escaleras hasta el primer piso de la mansión, un lugar que no se le había permitido pisar desde que entró en Phantasma. El cabello le revolvió la cara mientras seguía el mismo giro brusco que la criatura sombría había dado en cuanto llegaron al último escalón, y corrió hacia el espacio abierto del rellano superior, donde las dobles escaleras en forma de media luna conducían al vestíbulo principal. La lechosa luz de la luna empapaba tanto el rellano superior como el vestíbulo a través de las enormes ventanas góticas, dibujando la silueta de la Voz de las Sombras mientras continuaba deslizándose por la noche y bajando por el lado izquierdo de la escalera en forma de media luna. Se apresuró a seguirla, abriéndose paso hasta el primer piso, pero al sumergirse en la oscuridad bajo el rellano saliente, donde ya no llegaba la luz de la luna, Ophelia se detuvo para descolgar el candelabro de latón del poste situado en el extremo de la barandilla al final de la escalera, dejando que la tenue luz la guiara hacia las partes inexploradas de la mansión.

Al fondo del vestíbulo encontró una alcoba en forma de U con tres juegos de puertas dobles. Sostuvo las velas ante cada una de ellas, tratando de ver si alguna estaba ligeramente entreabierta. Cuando se acercó a la de la derecha, el pulso de

su medallón empezó a retumbar y no dudó en abrir de un tirón las puertas y atravesarlas.

Lo que encontró fue una habitación llena de espejos enmarcados por exuberantes cortinas de terciopelo rojo. Cada reflejo de sí misma contenía algo diferente: uno en el que gritaba, otro en el que lloraba, otro en el que la sonrisa de su rostro se ensanchaba de forma antinatural. Una visión aterradora.

Su vestido estaba ensangrentado y desgarrado por su pelea con Cade, y la luz del fuego en su mano bailaba con un fervor hipnotizador mientras se giraba lentamente para mirar cada versión de sí misma.

—Sal, sal, estés donde estés —susurró ella.

Algo se movió rápidamente detrás de ella, salió de una de las cortinas y la derribó al suelo. El candelabro voló de su mano, rebotando ruidosamente por el suelo y deteniéndose al pie de una de las cortinas de felpa. Las llamas encendieron la tela al instante, el humo llenó la habitación a medida que el fuego lamía su camino hasta el techo. Su atención, sin embargo, estaba en la Voz de la Sombra que la inmovilizaba en el suelo por los hombros.

Luchó contra su agarre mientras sus manos retorcidas y humeantes, se alargaban hasta convertirse en algo parecido a garras.

—Ophelia Grimm —chilló, arrastrando una de esas afiladas garras por el costado de su mejilla mientras el fuego se extendía y la temperatura de la habitación se acercaba peligrosamente a la asfixia—. Siempre has contenido a tu peor enemigo.

Invocó su magia, usando el impulso de poder que había recibido de la muerte de Cade y haciéndolo estallar a través de los zarcillos de las sombras de la Voz. A medida que su magia atravesaba la oscura figura, sus garras se hundieron

en su pecho y se desgarraron. Gritó de agonía mientras su piel se desgarraba, desollada en pedazos dentados. Trató de darse la vuelta y alejarse de la criatura mientras su sangre se hinchaba a través de la tela arruinada de su camisa y corsé, pero presionó su peso contra ella aún más fuerte y luchó por mantenerla boca arriba. Trató de hacerse invisible, pero no funcionaba, y a medida que las llamas crecientes agotaban el oxígeno, comenzó a jadear, el humo se filtraba lentamente en sus pulmones.

Envió otra ráfaga de su magia al centro de la figura, y esta vez, abrió la sensible piel de su vientre, casi destripándola en el proceso.

—Blackwell —exclamó ella, desesperada—. *Blackwell*.

—No viene por ti, cariño. —rio la Voz de la Sombra—. Estás por tu cuenta.

—*Blackwell* —gritó hasta que se le quedó la garganta en carne viva.

Una y otra vez lo llamaba por su nombre. Pero no llegó.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que la única persona en la que puedes confiar es en ti misma? —escupió la Voz—. ¿Cuándo vas a renunciar a la idea de que él es tu salvador?

Continuó repitiendo el nombre de Blackwell hasta que fue todo lo que supo, y la Voz de la Sombra se enfadó más con cada llamada del nombre del Fantasma en sus labios.

—*Cállate* —siseó—. ¡*Cállate!*

La cuestión era que no necesitaba que Blackwell fuera siempre su salvador, pero empezaba a darse cuenta de que se había convertido en su refugio seguro, alguien que hacía que la Voz de la Sombra se callara cada vez que él estaba cerca. Y a pesar de sus heridas, y del hecho de que estaba a punto de ser incinerada, no quería que él viniera a salvarla en este

momento. Quería que él viniera a asegurarse de que la Voz de la Sombra no se escapara.

Está bien buscar ayuda externa...

Sí. Lo está. Había estado tan sola durante tanto tiempo. Atrapada en los confines de su propia mente. No veía por qué necesitaba estar sola ahora, sólo para demostrar que era la única persona en la que podía confiar. Porque sabía que no era cierto.

—*No vendrá, zorra* —chilló la Voz de las Sombras, y ahora Ophelia sabía que no sólo estaba enfadada, sino asustada.

—Él siempre vendrá a mí —susurró—. Siempre nos encontramos. Y tú no puedes soportarlo, porque significa que ya no estoy sola contigo.

La Voz de las Sombras gritó con furia mientras se preparaba para asestar su golpe final, y ella aspiró todo el aire que pudo para susurrar el nombre de Blackwell por última vez.

Y entonces todo se volvió negro.



43

CONSUMIDA POR COMPLETO

Algo frío se apretó contra la mejilla de Ophelia. Al abrir los ojos, se encontró todavía acostada en la habitación con espejos, pero las llamas y el humo habían desaparecido. Al igual que la Voz de la Sombra.

Y mirándola desde abajo como si todo su mundo acabara de desmoronarse, estaba Blackwell. Su mano acariciaba su mejilla y la yema de su pulgar le acariciaba la piel con suavidad y dulzura.

—Ángel —suspiró él, con la voz cargada de alivio cuando ella volvió en sí. La tomó en sus brazos y la aplastó contra su pecho, enterrando su rostro en su cuello—. Pensé que te había perdido. Pensé...

—¿Qué pasó? —susurró mientras miraba a su alrededor, notando que sus reflejos en los espejos ahora eran uniformes.

—Tú... —Tragó saliva—. Te lastimaste a ti misma. Te destrozaste el pecho y el estómago. Me preocupaba no haberte curado a tiempo... —Sus ojos se oscurecieron—. Nunca me había aterrorizado tanto ver tanta sangre.

—¿Qué? No... no lo hice... la Voz de la Sombra... estaba aquí...

La Voz de la Sombra la había atacado. Sus garras la destrozaron. El fuego...

—¿Qué quieres decir con que estaba *aquí*? Espera. ¿Qué miedo le diste a Phantasma como pago para entrar? —preguntó—. ¿Tenía algo que ver con la voz?

—Oh... —sollozó al darse cuenta.

Cuando las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, él las apartó, dejándola procesar sus pensamientos en silencio.

—Mi mayor miedo siempre ha sido hacerme daño accidentalmente por eso —susurró—. No era mi intención. Te lo juro. Se había sentido tan real...

—Oye —murmuró él, peinando una mano reconfortante sobre su cabello, el gesto lleno de afecto—. Lo sé. Era una ilusión. Phantasma te va a tirar todo lo que tiene ahora que estás casi hasta el final. Pero aquí estoy. Llegué a ti.

Empezó a llorar más fuerte.

—No sabía si podrías encontrarme.

—Tus heridas hicieron que al principio fuera difícil escucharte, nuestro vínculo con el pacto de sangre se ha ido debilitando... —admitió—. Pero sentí que me llamabas. Nunca antes había tenido ese tipo de conexión con ningún otro concursante. Te dije antes que nada me impediría llegar a ti si me necesitabas, y eso seguirá siendo así para siempre.

Destrozaría el universo por sus costuras si tuviera que hacerlo.

Quería poner los ojos en blanco ante el dramatismo de esa declaración, pero, a decir verdad, se le hinchaba el corazón en el pecho. Sabía en cada fibra de su ser que él le estaba diciendo la verdad.

Le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Déjame quedarme contigo esta noche. *Por favor.*

Ella sorbió.

—Siempre supe que tú serías el primero en mendigar.

—Me quedaría de rodillas toda la noche si quisieras —juró, con el calor brillando en sus ojos—. Déjame quedarme. Déjame abrazarte.

No hubo un instante de vacilación en su mente.

—Llévame de vuelta a mi habitación y hazme olvidar todo lo que acaba de pasar.

Él gimió ante la petición, sin perder un segundo para transportarla. De vuelta en su habitación, la colocó en el suelo y ella se soltó de sus brazos.

Hizo un gesto hacia su vestido.

—Deshazte de esto.

Chasqueó los dedos y la desnudó. Él gimió al verlo, sus ojos recorrieron cada centímetro de su cuerpo desnudo, su rostro diciéndole que había un millón de cosas diferentes que quería hacer. Pero primero, tenía una promesa que cumplir.

—Ahora, ruega —le dijo ella.

La conmoción revoloteó por su rostro, perseguido por una ferviente lujuria. Hizo ademán de arrodillarse ante ella, cada movimiento lento, deliberado. Levantó la vista hacia su rostro mientras colocaba las yemas de los dedos en su tobillo

derecho y las arrastraba por todo el costado de su pierna hasta llegar a su rodilla, haciéndola doblarla para poder enganchar su pierna sobre su hombro. Giró la cara para darle un beso en la parte interna del muslo, sin apartar su mirada de la de ella.

—Por favor —murmuró él contra su piel.

Ella le sonrió.

—Lo siento, no te escucho bien.

—Ángel malvado —le dijo, con los ojos encendidos de deseo —. *Por favor.*

—¿Por favor, qué? —preguntó ella, agachándose para hundir sus manos en su cabello, tirando suavemente con impaciencia.

—Déjame probarte —suplicó.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Es eso todo lo que quieres hacerme?

—Ni de cerca —gruñó—. Voy a devorar tu coño y beber hasta la última gota dulce que me des. Entonces te voy a follar hasta que lo único que puedas pensar o decir sea mi nombre. Voy a asegurarme de enterrarme tan profundamente dentro de ti que ninguno de nosotros pueda decir dónde termino yo y comienzas tú.

El calor recorrió su cuerpo y sintió que se volvía resbaladiza de excitación. Un movimiento de sus ojos hacia abajo, y ella supo que él también lo había notado. Respiró hondo, y aunque ella era la que estaba desnuda, vulnerable, en ese momento estaba completamente a cargo y ambos lo sabían.

—Te mojas tanto por mí —dijo, su voz se volvió ronca a medida que crecía su propia excitación—. Me encanta lo excitado que se pone tu cuerpo por mí.—Su agarre en la parte

posterior de sus muslos se apretó—. Sé que quieres mi polla dentro de ti, ángel. Sé una buena chica y di la palabra.

Él tenía razón, y aunque ella quería tener suficiente autocontrol para molestarlo por más tiempo, simplemente no lo hizo.

—Está bien —le dijo ella.

Gimió de alivio mientras se inclinaba y comenzaba a cumplir sus promesas. Y lo hizo. Lamió su clítoris hinchado, su entrada, sin perderse ni una sola gota que ordeñaba de su cuerpo. El primer orgasmo la golpeó sorprendentemente rápido, y apenas le dio tiempo suficiente para recuperar el aliento antes de que se pusiera a trabajar para exprimir otro. Con cuidado, con mucho cuidado, raspó sus dientes contra su apretado manojito de nervios, haciendo que sus caderas se movieran hacia adelante y sus piernas comenzaran a temblar. Él tarareó con satisfacción mientras la sostenía firmemente.

—Blackwell —gimió ella, apretando las manos en la nuca de él para mantenerse estable—. No aguanto mucho más. Es demasiado.

Él le sonrió mientras parpadeaba para colocarlos en una posición diferente. Ella recostada en la cama, con el encaramado en el borde para que él pudiera abrirla las piernas y acabar con ella una vez más con su boca. Cuando llegó esta vez, gimió su nombre.

—Esa es mi buena chica —dijo mientras merodeaba por su cuerpo, su boca dejaba un rastro de besos en su camino hacia sus pechos.

Cuando él succionó uno de los capullos duros y rosados en su boca, mordisqueándolo suavemente, ella pensó que podría perecer de placer. Su mano se acercó para hacer rodar el otro pezón de ella entre sus dedos, tirando cada vez más fuerte hasta que el dolor se volvió eufórico.

Cuando él soltó sus pezones, ella acercó su cara a la de ella, encontrándose con sus labios en una neblina, induciendo un beso antes de bajar sus manos a los botones de su camisa y abrirlos. Los hilos se rompieron y los botones salieron volando al suelo, y Blackwell soltó una carcajada de su entusiasmo mientras arrancaba la camisa de su cuerpo. Ella suspiró de satisfacción mientras él acercaba su boca a la parte inferior de su mandíbula y sobre la parte sensible de su garganta.

—Quiero que te quites los pantalones —le dijo ella—. Ahora.

Un segundo después habían desaparecido. ¡Oh, cómo le gustaba tener a un Fantasma como amante!

—Fóllame —exigió ella.

—Sí, señorita Grimm —dijo arrastrando la voz—. Cada uno de tus deseos son órdenes para mí.

Ella hizo un ruido de molestia fingida en el fondo de su garganta, golpeando ligeramente su hombro con el dorso de su mano.

—No empieces.

Él le dedicó una sonrisa lobuna.

—¿No te follo, entonces?

Ella miró y se retorció debajo de él hasta que llegó a la dura longitud de su polla con su mano derecha y la presionó contra su entrada.

—No me hagas volver a hacerte rogar. ¿Qué es lo que dijiste antes? ¿Te quedarías de rodillas toda la noche si quisiera? Tal vez cambie de opinión y podamos intentarlo en su lugar, ¿eh?

Le mordió el labio inferior con afecto.

—Eres una amenaza.

—Solo para ti. —Ella sonrió, engreída.

—Y será mejor que se quede así —le dijo mientras balanceaba sus caderas hacia adelante y le daba todo su cuerpo. Se acercó a la punta una vez más—. No quiero que otra alma te toque así. Solo yo. —Lo volvió a meter—. Te follaré hasta que me digas que no te acuerdas de ni un solo nombre de otro amante. Hasta que no puedas recordar tu propio nombre. —Dentro—. Hasta que no exista nada más que *esto*. —Fuera—. Nosotros. —Dentro.

—Sólo estás tú —juró mientras se retorció bajo él. Quería más, más, más. Él se lo dio—. Blackwell. Blackwell. Blackwell.

—En toda la oscuridad, en toda la soledad, has sido mi única fuente de luz —se lamentó cuando ella empezó a deshacerse—. Mi alma se irá a la tumba con tu nombre resonando en mi mente.

Sus palabras la hicieron caer al vacío, y él la siguió instantes después. En cuanto ambos se recuperaron, él cambió de posición: él se sentó contra la cabecera y ella se sentó a horcajadas sobre su regazo. Ella bajó lentamente sobre su miembro aún duro, agradeciendo al cielo que él no necesitara tiempo de inactividad mientras la llenaba por completo una vez más.

La besó y bajó las manos para agarrarla por la cintura, subiendo y bajando su longitud a un ritmo constante mientras ella apretaba el pecho contra el suyo, con los pezones desesperados por más fricción. Él pareció darse cuenta de lo que ella necesitaba, porque rompió el beso e inclinó la boca hacia abajo para llevarse a la boca uno de los sonrosados capullos mientras ella se arqueaba contra él.

—Joder —jadeó mientras aceleraba el ritmo—. Joder, *qué bien* sienta.

—Así es, ángel —murmuró él—. Te lo estás tomando tan *bien*.

—*Mmm* —gimió ella—. Más fuerte.

Apretó sus caderas y la guio sobre él más deprisa, llegando a un punto muy dentro de ella que se estaba convirtiendo rápidamente en su favorito.

—*Más fuerte* —exigió ella, con los pechos rebotando ligeramente por el esfuerzo.

Un gruñido de placer salió de la garganta de él mientras inclinaba las caderas, con las rodillas flexionadas golpeándole la espalda, para penetrarla hasta que se le pusieron los ojos en blanco de placer. Estaba completamente consumida. Quería quedarse aquí para siempre, envuelta en él. No había nada en el mundo que pudiera detenerla en ese momento.

Y entonces llamaron a la puerta.

—¿Ophelia? —alguien llamó. Alguien conocido.

Genevieve Grimm.



46

LA HIJA DE LA MADRE

Genevieve entró por la puerta justo cuando Blackwell se vestía con Ophelia.

Una mirada a su comprometedora posición y Genevieve resopló.

—Me seguirías hasta aquí y acabarías pasándotelo mejor que yo.

Ophelia se bajó del regazo de Blackwell. Su hermana llevaba un vestido que había traído de casa: gasa rosa que abrazaba dulcemente sus voluptuosas curvas. El cerebro de Ophelia se esforzó por comprender que Genevieve estaba realmente aquí, delante de ella, después de tanto tiempo.

—¿Ophie? ¿Te gustaría hacer presentaciones? —preguntó Genevieve con dulzura.

—Vivi, este Blackwell. —Ophelia hizo un gesto al Fantasma que las observaba con intriga—. Blackwell, esta es mi

hermana. Genevieve Grimm.

Genevieve le tendió la mano y él la cogió con una formal inclinación de cintura y le dio un casto beso en los nudillos.

Ophelia puso los ojos en blanco.

—Chúpate esa.

Blackwell le sonrió mientras se enderezaba.

—Dime, Blackwell —dijo Genevieve en tono acaramelado. Las campanas de alarma sonaron de inmediato en la cabeza de Ophelia—. ¿Qué intenciones tienes con mi hermana? Además de follártela a lo tonto, quiero decir.

Blackwell estuvo a punto de atragantarse por la brusquedad de las palabras de Genevieve, pero se recuperó rápidamente con una carcajada.

—Creo que debería dejarlas a los dos para que tengan una conversación.

El rostro de Ophelia se desplomó ante sus palabras, y supo que su hermana se había dado cuenta de la decepción de inmediato.

Blackwell se inclinó para darle un beso en la sien a Ophelia en señal de tranquilidad.

—Estoy a una llamada de distancia. Ustedes dos tienen mucho que ponerse al día y no necesitan que me meta en medio de eso.

Con eso, desapareció.

Ophelia y Genevieve permanecieron de pie, mirándose la una a la otra durante lo que pareció una hora antes de que Genevieve finalmente suspirara y rompiera el silencio.

—Me seguirías hasta aquí aunque dije que me encargaría de las cosas —se quejó.

Ophelia se quedó boquiabierta con incredulidad.

—¡Por supuesto, iba a seguirte! ¡Eres mi hermanita! ¿En qué demonios estabas *pensando* al entrar en un lugar como este? ¿Odias cualquier cosa remotamente relacionada con lo paranormal y, sin embargo, vienes *aquí*?

—Estaba pensando que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma y no iba a quedarme sentada viendo cómo te enfermabas de preocupación sobre cómo íbamos a seguir sin mamá. —Respiró hondo. Entonces—, Y no *odio* lo paranormal, Ophie. Lo que odiaba era que me obligaran a meterlo en todos los aspectos de nuestras vidas mientras crecíamos.

—Porque me pongo enferma de preocupación por tu bienestar... ¿estar en este lugar infernal es mucho mejor? —se burló Ophelia, ignorando ese último fragmento del discurso de Genevieve. Eso fue mucho más de lo que tuvieron tiempo de desempacar en este momento.

—No pensé que te enterarías de adónde iba —murmuró ella. Luego, como si acabara de darse cuenta, preguntó—: ¿Cómo *supiste* que había venido aquí?

—Yo... podría haber encontrado tu diario. —Ophelia se miró las manos con culpa.

—¿*Leíste mi diario*? —Genevieve medio chilló—. ¡Voy a matarte, Ophelia Grimm!

Los puños de Ophelia se apretaron a sus costados.

—¡No habría tenido que leerlo si fueras honesta conmigo! Sabías de nuestro padre y nunca me lo dijiste, Genevieve. ¿Cómo pudiste ocultarme algo así? Pensé que estábamos más cerca que eso, pero todo este tiempo has estado viviendo una vida completamente diferente.

El rostro de Genevieve se suavizó, con una expresión de arrepentimiento en sus ojos.

—No quería hacerte ilusiones. Nuestro padre... era muy difícil localizarlo. Me llevó un año entero rebuscar en los registros y diarios ocultos de mamá para determinar quién era y dónde se habían conocido. Y luego, cuando me enteré de que era este lugar...

Ophelia tragó saliva y asintió.

—Después de todas las reglas y advertencias de mi madre, este fue el último lugar al que pensé que nuestro legado estaría atado. Y para enterarse de las maldiciones...

Los ojos de Genevieve se abrieron de par en par.

—¿Sabes de esa parte?

—Sé mucho más de lo que piensas —afirmó Ophelia.

Genevieve suspiró.

—Muy bien. ¿Por qué no empezamos los dos desde el principio?

Y lo hicieron.



Las dos estaban sentadas, cara a cara, con las piernas cruzadas sobre el edredón de Ophelia. Igual que solían hacer cuando se suponía que debían estar dormidas, y Genevieve se colaba en la habitación de Ophelia para hablar hasta que se desmayaban hasta bien entrada la hora de las brujas.

Ahora, en lugar de cotillear sobre qué chico besó Genevieve en el Barrio Francés, o cuál de los clientes de su madre definitivamente asesinó a los mismos parientes que estaban

tratando de convocar, los dos divulgaron todos los detalles de su experiencia en la Mansión del Demonio.

Genevieve explicó cómo había estado rastreando a Phantasma desde que se enteró de que sus padres se habían conocido aquí, y la maldición que les había caído. Había interceptado varias cartas de un hombre llamado Gabriel White hace un par de años y desde entonces vigilaba cada uno de sus movimientos. La última vez que lo había rastreado fue en Nueva York, la ubicación anterior de Phantasma antes de que apareciera en Nueva Orleans.

Genevieve también explicó cómo se enteró accidentalmente de que estaban endeudadas financieramente por una amiga de una amiga cuya madre trabajaba en el New Orleans City Bank; Cuando se enfrentó a su madre al respecto, juró guardar el secreto.

—Temía que ya estuvieras bajo demasiada presión —admitió Genevieve—. Esperaba pagarlo todo en unos meses. Incluso me hizo entregar algunos de los cheques en el banco, para no avisarte, ya que las dos siempre iban juntas a la ciudad. Pero luego las cosas se pusieron ... peor.

—¿Qué cosas? —insistió Ophelia.

—Por más que le rogué a mi madre que me dijera por qué estábamos endeudados, no lo hacía. Solo que tenía prioridades que importaban más que la casa. Me estaba volviendo loca no saber la historia completa. Sabes lo entrometida que soy.

Ophelia resopló. Insuficiente.

—Así que la seguí.

—¿Qué quieres decir con que la seguiste?

—Fue hace varios meses. Estabas enferma de un resfriado, ¿te acuerdas? y ella dijo que iba a la ciudad a buscarte unas

hierbas curativas de ese boticario de Magazine Street que tanto le gustaba.

Ophelia sí recordaba aquel resfriado de cabeza. Le dio uno casi todos los años debido a las erráticas temperaturas invernales de Nueva Orleans.

—Bueno, supe que algo estaba pasando cuando encontré las hierbas exactas que ella decía que había sacado metidas en el cajón trasero de nuestro botiquín —continuó Genevieve—. Por no hablar de que había estado buscando al cartero cincuenta veces al día... no me cabía duda de que volvía a recibir cartas de nuestro padre y no quería que las cogiéramos accidentalmente. Así que, cuando me dijo que iba a la botica, la seguí.

—¿Y a dónde fue realmente?

El tono de Genevieve se volvió más serio.

—Encontrarse con un Demonio.

—¿Qué?

Genevieve asintió.

—Traía una especie de objetos raros que el Demonio había pedido en pago de su trato, el trato en el que borró la memoria que nuestro padre tenía de nosotros. Pero debido a la maldición de Phantasma, el Demonio no pudo erradicar por completo la memoria de Gabriel de nuestra madre. Lo último que Gabriel le escribió fue que iba a volver a ganar Phantasma y que pediría reunirse con ella como premio. Estamos endeudados porque ella usó la mayor parte de la fortuna de la familia para asegurar una segunda casa en caso de que necesitáramos irnos en cualquier momento. Una que le sería mucho más difícil de localizar.

—¿Quieres decir que tenemos una casa que no es la mansión Grimm? —preguntó Ophelia.

Genevieve asintió.

—Se aseguró de tenerla protegida por una magia extremadamente poderosa para que nuestro padre ya no pudiera pagarle a una bruja o a un vidente para que nos buscara. El único problema es que murió antes de poder contárnoslo y... nunca supe dónde se encuentra.

Ophelia suspiró profundamente. Otra búsqueda de gansos salvajes.

—¿Y cómo *te* enteraste de lo de nuestros padres? —insistió Genevieve.

—Blackwell —dijo Ophelia y luego respiró hondo—. Repasó cada punto de casi cada hora que había pasado en Phantasma durante la última semana, omitiendo algunos de los detalles más escandalosos aquí y allá, y se sintió bien al desahogarse.

Cuando terminó, Genevieve dio un silbido bajo.

—Mamá estaría sufriendo otro infarto si supiera que hiciste un juramento de sangre.

Ophelia hizo una mueca y apartó la mirada.

Genevieve retrocedió.

—¿Has hablado con ella?

—Esa parte... hay un lugar llamado la Puerta de los Susurros que aparentemente puedo invocar si hay alguien al otro lado esperando para hablar conmigo. Lo estaba.

Los ojos de Genevieve se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo estaba? ¿Estaba bien?

Ophelia asintió y agarró la mano de su hermana, apretándola con afecto.

—Quería que te dijera que te quiere. Mucho.

Genevieve asintió, recogiendo un mechón de su cabello dorado y castaño detrás de la oreja.

—Tendrás que explicarme más sobre eso más adelante. Ahora mismo, quiero saber más sobre el Fantasma y qué demonios estaban haciendo cuando los encontré a los dos.

Ophelia se sonrojó, pero solo preguntó:

—¿Cómo me encontraste?

—¡Oh! —exclamó Genevieve—. Un Diablillo me dijo que aquí había un nigromante cuya cara se parecía mucho a la mía. ¿No es extraño?

—Mucho. ¿Por qué un Diablillo te buscaría solo para decirte eso?

—Quise *decir* —corrigió Genevieve—, ¿no es extraño que se dieran cuenta de nuestro parecido? Nadie lo discierne a menos que estemos una al lado de la otra.

—Vivi. —Ophelia suspiró, exasperada. Por supuesto, eso era en lo que se estaba enfocando su hermana—. Retrocede el Diablillo. ¿Qué aspecto tenían?

—Caliente —sonrió Genevieve—. Cabello oscuro, cara guapa, un como no lo harías...

—Genevieve Grimm.

—Aunque tenía unos ojos espeluznantes —continuó Genevieve—. Escarlata, con las pupilas como las de un gato.

Ophelia se quedó paralizada. Sinclair.

—¿En qué consistió exactamente tu conversación con él? —preguntó Ophelia.

Genevieve dirigió a Ophelia una mirada extraña.

—Cuando salí de ese último nivel, me encontró en el pasillo. Me dijo eso de que nos parecíamos, y supe de inmediato que

estabas aquí. Me dijo en qué habitación estabas, así que vine a buscarte. ¿Qué pasa? ¿Lo conoces o algo así?

—O algo así... —murmuró Ophelia antes de preguntar—, ¿Cómo lograste superar todos esos niveles? Si yo no hubiera tenido a Blackwell...

Genevieve respiró hondo.

—Hay un secreto más sobre mí que nunca he compartido, Ophie.

Ophelia contuvo la respiración mientras esperaba la explicación de su hermana, pero Genevieve no habló. No, desapareció. Enteramente.

Ophelia jadeó.

—Tú también eres un espectro.

Genevieve reapareció con una expresión de sorpresa.

—¿Un espectro? ¿Quieres decir?

Ophelia demostró su propia habilidad, y luego explicó:

—La obtenemos de nuestro padre, según Blackwell.

—Todavía no puedo creer que el Fantasma con el que has estado follando haya conocido a nuestro padre.

—No seas grosera. —Ophelia se sonrojó.

—Uh... oh, conozco esa cara. —Genevieve la señaló, con una mirada de miedo en sus ojos—. No es solo follar. ¿Sientes *algo* por él?

—Tengo una gran variedad de emociones por él —murmuró Ophelia—. Puede ser todo un dolor de cabeza, te lo aseguro.

La sonrisa de Genevieve era absolutamente escandalizada.

—Oh, apuesto a que puede ser...

—¡*Vivi!* —regañó Ophelia, golpeando juguetonamente a su hermana en el hombro.

Genevieve echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Lo siento, Ophie, no puedo evitar bromear. ¡Nunca te había visto así! Lo más jugoso que has hecho ha sido Elliott Trahan, y yo he tenido más química con una rebanada de budín de pan que con ese palo en el barro.

Ophelia refunfuñó amablemente antes de redirigir la conversación a su pregunta original.

—Entonces, ¿pasaste los niveles desapareciendo todo el tiempo?

Genevieve se puso seria.

—Más o menos. Deberías haberme visto durante esa verdadera o falsa. Si no hubiera sido capaz de liberarme, definitivamente habría sido golpeada hasta convertirme en papilla. Resulta que no soy muy bueno para decir si la gente está mintiendo.

—¿Y qué hay de todos los lugares frecuentados por la mansión? —preguntó Ophelia.

Genevieve se encogió de hombros.

—Es fácil salir de ellas cuando se puede caminar a través de las paredes.

—¿Quieres decir que puedes controlar tus poderes tan bien? —preguntó Ophelia, un poco sorprendida.

Genevieve se mordió el labio.

—Sí. Lo he estado haciendo desde que éramos niñas. Es algo natural para mí ahora. Así es como siempre me salía con la mía en casa.

—¡Sabía que fuiste tú quien robó esa costosa botella de licor del gabinete durante el Mardi Gras hace tantos años! No es de

extrañar que mamá estuviera tan confundida: no necesitabas su llave para hacerlo.

—Bueno, esa vez casi me atrapa —murmuró Genevieve—. En realidad, estoy bastante segura de que se dio cuenta, pero ni siquiera se molestó en confrontarme al respecto. Supongo que no era el tipo de magia adecuada para que ella se fijara en mí.

—Vivi... —susurró Ophelia—. ¿Por qué nunca me dijiste que podías hacer esas cosas?

—Porque... —Genevieve parecía triste—. Confío en ti, Ophie, de verdad, pero cuando éramos más jóvenes, no podía arriesgarme a que te equivocaras y se lo dijeras a mamá. La forma en que te protegió, yo no quería eso. Siempre tuve miedo de que descubriera que tenía magia y me quitara mi libertad como hizo con la tuya. Si lo hubiera sabido, probablemente no le habría importado en absoluto.

—Ella no me quitó la libertad.

—Sí —interrumpió Genevieve—. Carajo, lo hizo.

—Tuve una buena infancia, Vivi. Sólo... tenía responsabilidades y expectativas diferentes a las tuyas.

—Nunca podrás entender del todo lo agradecida que estoy de que seas mi hermana mayor —dijo Genevieve—. Si hubiera sido alguien menos desinteresada que tú, no creo que hubiéramos estado tan cerca. Pero siempre me ha costado verte posponer tus sueños e intereses y... toda tu vida debido a su sentido del deber hacia el legado de nuestra familia. Quiero que seas quien quieras ser, Ophie.

—¿Estamos cerca? —susurró Ophelia—. Había una chica en mi grupo... Luci.

Genevieve retrocedió.

—¿Luci Veil?

Ophelia asintió.

—Me dijo que eran amigas. Todo un grupo de ustedes. Nunca antes había escuchado sus nombres, se sentía como si estuvieras viviendo toda una vida sin mí. Como si me estuvieras dejando atrás.

Genevieve tragó saliva.

—Nunca quise restregarte en la cara mi vida social cuando te ponía tan triste. Quería hablarles de mis amigos. Te *hablaré* de ellas. Te lo cuento todo, Ophie. Eres la persona que más me importa en este mundo, ¿lo sabes, verdad?

Las lágrimas asomaban ahora por el rabillo de los ojos de Ophelia.

—Por favor, nunca te alejes de mí. Te necesito. Somos nosotros. Para siempre. ¿Verdad?

—Lo siento —susurró Genevieve mientras se inclinaba hacia delante y envolvía a Ophelia en un abrazo.

Permanecieron así durante lo que parecieron horas, agarrándose la una a la otra con fuerza como para asegurarse de que esto era real, que eran reales y estaban juntas, y que ahora estaba bien.

Cuando Genevieve por fin se apartó, preguntó:

—¿Qué le ha pasado a Luci?

Ophelia hizo una mueca de dolor.

—Está viva.

Genevieve suspiró aliviada.

—También está... maldita —reveló Ophelia antes de entrar también en toda esa historia.

—Luci es una de las mejores personas que he conocido —dijo Genevieve—. Eso es devastador.

—Siempre fue amable. Su primo, en cambio...

—¿Te refieres a Cade? —Los ojos de Genevieve brillaron de ira—. ¿*Cade* estaba aquí? Es posiblemente una de las personas más atrozmente horribles que he tenido el disgusto de conocer. Y eso fue de pasada.

—Es bueno ver que su reputación realmente le precede. —Ophelia asintió—. Sobre todo teniendo en cuenta que yo lo maté.

—¿*Qué*? —chilló Genevieve.

—Era él o yo en ese último nivel, y yo me elegí a mí.

Genevieve miró a Ophelia como si la viera de nuevo.

—Has cambiado tanto en tan poco tiempo.

—Nunca me he sentido más segura de quién soy que ahora —admitió Ophelia—. Sé que es extraño. Este es el último lugar en el que pensé que me encontraría. Pero es verdad.

—Bueno, es el lugar de tu origen —bromeó Genevieve—. Poético, si lo piensas. O tal vez simplemente hay algo en el agua aquí.

Ophelia soltó una suave carcajada.

—O que solo soy la hija de nuestra madre.

Entonces Genevieve dijo:

—Estoy orgullosa de ti, Ophie.

Ophelia podría haber sollozado en ese momento.

—Lamento lo que te dije ese día, en el callejón. Acabábamos de despedirnos de mi madre, y yo estaba molesta y estresada, y lamento mucho haberte llevado a venir aquí.

—Oh, Ophelia. —Genevieve negó con la cabeza—. Lamento si alguna vez pensaste por un segundo que me habías traído hasta aquí. Iba a venir aquí de cualquier manera. Siempre

había sido mi plan. Lo que dijiste ese día... No te equivocaste. Siempre has limpiado mis desastres, y solo quería hacer algo por *ti* por una vez.

A Ophelia se le quitó un peso de encima al oír las palabras de su hermana.

—Muy bien. —Genevieve aplaudió antes de bajarse de la cama—. El siguiente punto del orden del día es que tenemos cuarenta y ocho horas para asegurarnos de que no tengas que renunciar a una década de tu vida por un fantasma sexy. ¿Por dónde empezamos?

Ophelia sonrió. Había vuelto a encontrar la esperanza.



47

COLISIONANDO

NOVENA NOCHE EN PHANTASMA

Deberíamos inventar un nombre para el equipo —sugirió Genevieve mientras llegaban al sexto piso de la mansión—.

Ellas, siendo Ophelia, Genevieve y un Blackwell muy divertido.

Durante las últimas tres horas, habían estado recorriendo tantos pisos y habitaciones de Phantasma como les fue posible. Todavía no se habían encontrado con ningún otro concursante que pudiera quedar, y eso estaba poniendo ansiosa a Ophelia. Quería evaluar a sus oponentes antes del próximo juicio.

A Genevieve, por otro lado, no parecía importarle nada más que interrogar a Blackwell sobre cualquier cosa que se le ocurriera.

¿Cómo es ser un fantasma?

¿Alguna vez te preocupa que tu ropa pase de moda?

¿O que estás muy atrasado con la última tecnología?

¿Alguna vez has visto un coche?

¿A cuántas personas has visto morir aquí?

¿Cuánto tiempo dura tu...

Ophelia no sabía a dónde iba esa última pregunta, pero la interrumpió antes de que Genevieve pudiera terminarla. Para crédito de Blackwell, se tomó cada pregunta con calma. Incluso parecía estar disfrutando de las travesuras de Genevieve mientras deambulaban por la mansión. Hizo que algo profundo dentro de ella doliera. Ella lo ignoró, canalizando toda su atención en su caza.

Todos los pasillos y pasillos de las otras alas parecían casi idénticos a aquel en el que Ophelia había estado atrapada todo este tiempo. Completo con comedores elaborados, bibliotecas y armarios de escobas al azar. No pasó mucho tiempo para que se dieran cuenta de que *eran* las mismas habitaciones, de alguna manera solo que operando en diferentes planos lineales, todas superpuestas en diferentes

rincones del universo. Fue suficiente para hacer que la cabeza de Ophelia diera vueltas, francamente, pero tenía más sentido por qué, de todas las alas de la mansión, Ophelia encontró el nombre de su padre tallado en un lugar dentro del suyo. Lo que técnicamente significaba que si otros concursantes se hubieran dado cuenta de eso, podrían haber dejado mensajes para que otros grupos los vieran. Un detalle que enfureció a Ophelia después de toda la preocupación que había causado por el paradero de Genevieve.

—Estoy abierto a sugerencias de nombres para el equipo —Blackwell se burló de Genevieve, sus palabras atravesaron los pensamientos de Ophelia y la trajeron de vuelta a su ridícula conversación.

—A ver, ¿qué tenemos todos en común... —Genevieve se quedó callada, revoloteando por el pasillo delante de ellos, hacia una nueva habitación—. Todos somos muy atractivos.

La sonrisa de Blackwell creció.

—Es verdad.

Ophelia lanzó una mirada despectiva a su hermana.

—No inflés su ego más de lo que ya está, te lo ruego.

—Lo que a ella no le gusta hacer —bromeó Blackwell—. Ella prefiere que yo ocupe ese puesto.

Ophelia le dio un codazo en las costillas mientras sus mejillas ardían. Él inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, y ella tuvo que luchar contra el dolor que le brotaba del pecho al verlo. Porque allí estaban, ella y Genevieve se reunieron, Blackwell riendo con desenfreno, y todo lo que podía pensar era en cómo en dos días no volvería a tener esta experiencia.

Genevieve empezó a hablar como si ninguna de los dos hubiera hablado, pero de repente fue interrumpida cuando algo pequeño y fantasmal apareció a sus pies.

—¡Oh! ¡Peludo! Has vuelto.

—¿*Peludo*? —Ophelia y Blackwell interrogaron en sincronía. Genevieve volvió a mirarlos.

—¿De qué otra manera se suponía que debía llamarlo?

—Su nombre es Poe. —Blackwell sonrió mientras se acercaba y recogía al gato.

—No es justo, puedes acariciarlo —Genevieve hizo un puchero.

—No te preocupes, no te estás perdiendo mucho —aseguró Blackwell—. Es un espantoso sinvergüenza la mayor parte del tiempo.

Poe se lanzó entonces fuera del abrazo de Blackwell, como si lo insultara.

Ophelia se aclaró la garganta.

—Está bien, creo que tenemos que dar por terminada la noche. Hemos subido y bajado al menos diez tramos de escaleras y hemos registrado todas las habitaciones sin suerte. Estoy *exhausta*.

Genevieve resopló.

—Estoy segura de que lo estas después de toda esa energía que probablemente los dos quemaron antes.

El rostro de Ophelia se calentó por millonésima vez en la última hora, pero Blackwell sonreía como un demonio.

Se acercó a Ophelia, se acercó para apartarle un mechón de cabello de la cara y meterlo detrás de la oreja mientras le decía:

—Disfruto muchísimo de tu hermana.

—Me voy a la cama —murmuró Ophelia mientras le apartaba la mano de un manotazo y se volvía para salir de la

habitación—. Debería haber sabido que ustedes dos serían una pareja insoportable.

—¡Espera! —Genevieve se apresuró a pasar por delante de Blackwell para seguir el ritmo de Ophelia—. Vamos a compartir habitación a partir de ahora, ¿no?

Ophelia miró por encima del hombro a Blackwell, y ambos compartieron una mirada cargada.

Fue él quien dijo:

—Probablemente esa es la mejor idea.

Por supuesto, Ophelia no quería separarse de Genevieve, pero también había una parte de ella, una parte muy egoísta, que estaba devastada porque la última vez que tuvieron intimidad juntos fue la *última* vez.

—Iré a buscar mis cosas y nos vemos en tu habitación, Ophie —dijo Genevieve.

—¿Quieres que te acompañemos? —ofreció Ophelia, sin saber si quería que su hermana se separara de ellas, pero Genevieve desestimó su preocupación.

—¡Estaré bien! —aseguró mientras se alejaba corriendo.

Blackwell transportó a Ophelia de regreso a su habitación unos segundos después.

—Es extraño —le dijo Ophelia—. Como dos mundos que chocan.

—Me alegro de que la hayas encontrado. O mejor dicho, que nos encontró... —Blackwell sonrió, sus brazos rodeando su cintura para acercar su cuerpo al suyo—. Aunque, me hubiera gustado que nos hubiera encontrado al menos cinco minutos después...

Ophelia tarareó de acuerdo y dejó que él le diera un dulce y prolongado beso en los labios.

—Desearía que te quedaras —susurró ella.

—Yo también. —Suspiró—. Pero tal vez esto sea más fácil.

Sabía que probablemente tenía razón, pero eso no detuvo la decepción. La besó por última vez antes de darle las buenas noches y desaparecer, dejándola cambiarse para ir a la cama y meterse debajo de las sábanas mientras esperaba a su hermana.



Ophelia se despertó al día siguiente con el codo de Genevieve en la espalda y todas sus sábanas robadas al otro lado de la cama.

—No me perdí *esto* —murmuró antes de levantarse y estirarse.

No recordaba que Genevieve hubiera regresado la noche anterior, debía de haberse quedado dormida, pero ahora todo el suelo estaba cubierto de cosas. Una cosa acerca de Genevieve era que era incapaz de tener una habitación ordenada. Varias prendas de vestir, zapatos y frascos de perfume se derramaron de sus dos baúles, y Ophelia estaba incrédula de cuánto podía poner su hermana en solo dos bolsas.

Se oyó un movimiento desde la cama mientras Genevieve bostezaba y se estiraba.

—¿Trajiste más de un par de zapatos, Vivi? —reprendió Ophelia—. ¿Trajiste *perfume*?

—Nunca se sabe a quién puedes conocer —refunfuñó Genevieve al ser juzgada tan temprano en la mañana—. Además, no traje ninguno de los caros.

—Eres increíble. —Ophelia negó con la cabeza—. Vístete antes de que convoque a Blackwell. Quiero investigar todo lo que podamos antes de esta noche.

Genevieve se levantó de la cama y, aunque ya era bien entrada la tarde debido al horario de sueño invertido al que Phantasma los había obligado a todos, Genevieve demostró que nunca podría ser una persona madrugadora. Cuando ambos estuvieron finalmente vestidas, Ophelia llamó a Blackwell. Pasaron varias veces antes de que finalmente la escuchara, lo que tuvo que explicarle rápidamente a Genevieve.

—Mira, por eso odio la magia —murmuró Genevieve mientras salían de la habitación de Ophelia y se dirigían por el pasillo—. Demasiadas putas reglas.

Blackwell apareció frente a ellos un segundo después, con una expresión grave en su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Ophelia.

—Algunos de los últimos concursantes de los otros grupos están tratando de cazar personas para matarlas antes del siguiente nivel—les informó—. Solo una persona puede intentar el nivel nueve, por lo que generalmente es el momento en que este tipo de cosas comienzan a suceder.

Genevieve y Ophelia intercambiaron una mirada, y Ophelia supo lo que tenía que decir a continuación.

—Vivi...

—No. —Genevieve sacudió la cabeza vigorosamente—. No me voy después de todo esto.

—Pero si solo una de nosotras puede llegar al nivel nueve, ¿por qué arriesgarse a más pruebas? —razonó Ophelia.

—Entonces me perderé antes del nivel nueve —replicó Genevieve—. Pero no te voy a dejar antes.

—Bueno, si hubiera algún momento para abandonar, sería antes del nivel ocho —intervino Blackwell—. Definitivamente es el que tiene más que perder desde...

—Oh, estoy segura de que estarían bien —interrumpió una voz profunda y siniestra, y Ophelia se tensó de inmediato.

Sinclair apareció con una sonrisa de suficiencia en su rostro, y Blackwell se puso rígido con una rabia apenas disimulada. Esto no iba a ser bueno.

—¡Eres *tú*! —exclamó Genevieve antes de dirigir su mirada a Ophelia—. Él es el que me ha dicho dónde encontrarte, Ophie.

—Oh, *Ophie* y yo nos remontamos mucho tiempo atrás, te lo aseguro —dijo Sinclair—. De hecho, la última vez que nos vimos, mis dedos estaban en ella...

—Termina esa frase y te mataré —amenazó Blackwell.

Ophelia estaba avergonzada de que todo lo que podía pensar en ese momento era que Blackwell había tenido razón antes: los celos *eran* un color sexy.

Genevieve, al darse cuenta de que algo mucho más profundo estaba sucediendo entre las tres, miró a su alrededor conmovida.

Inclinándose hacia Ophelia con una sonrisa orgullosa, susurró:

—*Por favor*, dime que están peleando por ti.

Ophelia lanzó una mirada severa a Genevieve que solo hizo que la sonrisa de su hermana se ampliara.

Sinclair ladeó la cabeza.

—Ten cuidado, Blackwell. Uno podría pensar que sus celos están peligrosamente ligados a algo muy prohibido.

—¿Qué ha pasado entre ustedes tres, Ophie? —susurró Genevieve en tono conspirativo.

—¿No te lo dijo tu querida hermana? —preguntó Sinclair con inocencia—. Blackwell no es el único por aquí al que besó.

—Es el único al que *disfruté* besando —replicó Ophelia, y la sonrisa de Blackwell se volvió maliciosa.

—Mientras tanto, nadie se ha ofrecido a besarme una sola vez en toda la competencia —dijo Genevieve haciendo un puchero.

—Puedo cambiar eso —dijo Sinclair.

—No —exclamaron Blackwell y Ophelia al mismo tiempo.

—Solo vine para asegurarme de que nuestras queridas hermanas Grimm se encontraran —insistió Sinclair—. Sería una lástima que se volvieran a separar justo cuando se reunieron, ¿no crees, Blackwell?

Ophelia entrecerró los ojos al Diablillo.

—¿Cuál es tu intención?

Sinclair se echó a reír.

—Supongo que tendrás que averiguarlo por ti misma.

Con eso, desapareció.

—Tengo que decir que es espeluznante, pero de una manera deliciosamente caliente, ¿sabes? —dijo Genevieve.

—No puedo decir que lo haga —dijo Blackwell con tono inexpresivo.

—Él y Blackwell son enemigos jurados —explicó Ophelia.

—¿Y los besaste a *los dos*? —Genevieve se rio—. Nunca te habría considerado una reina del drama, Ophie. Aunque, lo entiendo, lo de los celos es aún más caliente que los hombres. Honestamente, nunca he estado más orgullosa.

—Si Sinclair quiere que ustedes dos permanezcan juntas, no tengo ninguna duda de que eso significa que no es una muy buena idea —intervino Blackwell.

—Uf. El hecho de que un Diablillo críptico diga algo, no significa que yo deba *renunciar*.

—Pero tiene razón —convino Ophelia—. Sinclair no te ha llevado a mí con buenas intenciones, te lo prometo. Es egoísta ante todo. Y tiene una venganza contra Blackwell.

Genevieve negó con la cabeza.

—¿Cómo puedo dejarte, Ophie? Se suponía que todo este esfuerzo era *mi* misión, no la tuya.

—Me has conseguido hasta aquí. —Ophelia agarró la mano de su hermana y la apretó—. Nunca habría sido capaz de superar todo esto si no fuera a ti a quien tenía que llegar. Y solo viniste aquí por mí en primer lugar, porque no podía renunciar a la idea de hacerme cargo de la mansión Grimm y el negocio de mi madre. Pero...

Algo en la expresión de Genevieve se volvió esperanzador.

—¿Pero qué, Ophie?

Ophelia respiró hondo.

—Las cosas han cambiado. He cambiado. Ya no quiero las mismas cosas.

—¿Y entonces qué quieres? —insistió Genevieve, extendiendo la mano para apretar la mano de Ophelia en señal de aliento.

Ophelia necesitó todo para mantener los ojos en el rostro de su hermana y no mirar a Blackwell, a pesar del peso de su

mirada que la quemaba desde donde estaba.

—Todavía me estoy decidiendo por eso —respondió finalmente Ophelia—. Pero lo que sí sé con certeza es que tu misión aquí está cumplida, Genevieve. Tú me has traído hasta aquí. Y me ha salvado de un futuro que me habría ahogado. Y tengo a Blackwell para que me proteja hasta que pueda llegar al final. ¿Por qué arriesgar otro nivel que no necesitas?

Genevieve permaneció callada durante un largo momento, buscando algo en los ojos de Ophelia. Lo que sea que estuviera buscando, debía haberlo encontrado.

—Bien —susurró Genevieve—. ¿Puedo al menos quedarme contigo hasta entonces?

Los hombros de Ophelia se relajaron. Lo consiguió. Había encontrado a Genevieve y la había convencido de que se fuera. Todo era como debía ser.

—Está bien, quédate hasta la cena. Y entonces podemos despedirnos.



48

NIVEL OCHO

FRAUDE

Cuando llegó el momento de que las hermanas se separaran, Ophelia apenas podía hablar, temerosa de que si lo hacía, se desmoronaría. Habían pasado el día buscando en la mansión con Blackwell; Genevieve y el Fantasma se llevan mejor de lo que Ophelia podría haber imaginado. Ayudó el hecho de que ambos tenían un sentido del humor molesto y el sujeto perfecto para meterse era ella. Pero cuanto más tarde se hacía, menos ganas tenían todos de bromear y ahora, con las campanas de la cena, el ambiente era solemne, por decir lo menos.

—¿Prometes que estarás bien? —preguntó Genevieve.

Ophelia asintió.

—Voy a ganar esto.

—Te creo —dijo Genevieve, y luego desvió la mirada hacia Blackwell—. Cuida de ella, o tendrás dos enemigos jurados con una vendetta contra ti. ¿Entendido?

Blackwell inclinó la barbilla en señal de reconocimiento.

—Fue un placer conocerte, Genevieve Grimm.

Genevieve sonrió.

—Espero que nos volvamos a ver algún día.

Blackwell apartó la mirada, y a Ophelia se le revolvió el estómago cuando tiró de su hermana para abrazarla.

—Te quiero —susurró al oído de Genevieve.

—Yo también te quiero —le susurró Genevieve—. Lo que tú decidas que quieres... Asegúrate de proteger tu corazón. ¿De acuerdo?

Ophelia miró a Blackwell, preguntándose si lo había oído, pero si lo había oído, no dio ninguna indicación de ello. Ella asintió a su hermana y dio un paso atrás.

—¿Ah, y Genevieve? —preguntó Ophelia.

—¿Sí?

—Limpia tu maldita habitación cuando llegues a casa.

Genevieve puso los ojos en blanco antes de hacer un gesto particularmente vulgar a su hermana y recoger sus dos calzoncillos.

—Está bien, maldita mansión. Yo, Genevieve Grimm, me rindo a Phantasma.

En poco tiempo, un Diablillo estaba allí, Zel, agarrando el brazo de Genevieve y transportándola a un lugar seguro.

—Ya casi se acaba —le dijo Blackwell, rodeándole la cintura con un brazo y atrayéndola hacia él—. Dos niveles más y eres libre.

Ella asintió mientras apoyaba la frente en su pecho. Dos niveles más y estaría libre. Pero no lo sería.



Para el nivel ocho, como ya no había grupos aislados, Blackwell la guio hasta el vestíbulo, donde ya habían empezado a reunirse el resto de los concursantes. Incluyéndola a ella y a Charlotte, eran seis en total. Dos de los otros eran hombres de unos treinta años. Uno parecía demacrado, como si hubiera sobrevivido hasta aquí por los pelos. El otro era hosco, con ojos vigilantes y seguros mientras evaluaba al resto.

Charlotte hizo un gesto de reconocimiento a Ophelia mientras esperaban a que apareciera el Diablo del juicio. La última persona en todo el mundo que ella esperaba era Sinclair.

El Diablo escrutó lentamente al grupo, y cuando sus ojos se posaron en ella, sin Genevieve, sonrió. Se le cayó el estómago.

—Para los que no me conocen —comenzó—, me llamo Sinclair. Aquí tienes una pista.

Apareció la puerta del nivel y esta vez solo había dos palabras escritas en ella.

ELIGE SABIAMENTE.

De alguna manera, esas dos palabras eran más ominosas que cualquiera de las otras pistas sobre océanos ardientes y sierras oscilantes.

—Cuando te llamo por tu nombre —canturreó Sinclair—. Da un paso al frente.

Como era de esperar, la dejó para el final.

Cuando se acercó a la puerta, la sonrisa de Sin se volvió definitivamente salvaje.

—Después de todo, veo a tu hermana perdida.

—Algo me dice tu nuevo regocijo que significa que jugaste conmigo una vez más —dijo ella.

—La verdad es que no te das cuenta rápidamente —convino él—. Pero no te preocupes, tengo la sensación de que la volverás a ver *muy* pronto.

No se molestó en demorarse más. Atravesó el portal y se encontró completamente sola en una habitación de paredes blancas.

—¿Hola? —murmuró, su voz resonando en el espacio vacío. Justo antes de que pudiera llamar a Blackwell, una voz familiar apareció detrás de ella.

—¿*Ophie*?

Ophelia se dio la vuelta para encontrar a su hermana aturdida y confundida.

—*Genoveva*. ¿Qué demonios...?

Sin embargo, antes de que Ophelia pudiera terminar su frase, alguien más pronunció su nombre.

Ophelia se dio la vuelta de nuevo y encontró... otra Genevieve.

—Esa no soy yo —dijo la primera Genevieve, con una expresión de horror en su rostro.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó la segunda Genevieve, alarmada.

Ophelia maldijo. Claro. Las instrucciones de Sinclair tenían sentido ahora. Llamó a Blackwell, y cuando por fin llegó, alarmantemente retrasado, hizo un gesto con la mano hacia las réplicas exactas de sus hermanas. Habían estado discutiendo durante diez minutos seguidos sobre quién era quién.

—¿Alguna idea? —preguntó.

—Este nivel es Fraude —explicó—. Hay que identificar cuál es la verdadera Genevieve para ganar. Pero... hay algo que he estado necesitando decirte.

Ella enarcó las cejas.

—¿Qué es?

—Lo que está en juego es mucho más importante que perder Phantasma en este nivel.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

Respiró hondo.

—Si eliges a la Genevieve equivocada, la magia matará a la verdadera Genevieve fuera de Phantasma. Es el truco más poderoso de Phantasma.

—¿Qué? —exclamó.

—Es por eso por lo que insistí en que renunciara. —Suspiró—. Si ella se hubiera quedado, sabía que ustedes dos habrían terminado aquí juntas, con la posibilidad de que ambas murieran.

—¡Pero ella es la que corre el riesgo aquí, Blackwell! Ella es la que estará muerta ahí fuera si... espera.

Algo punzaba en el fondo de su mente. Algo que ya le había contado antes: que su padre había perdido su segundo intento de Phantasma tres días antes de que llegara a Nueva Orleans. Que fue el mismo día que su madre...

—¿Blackwell? —se ahogó.

—¿Sí? —Se acercó a ella, con los ojos ardiendo de preocupación por el repentino cambio en su comportamiento.

—¿Cuánto tiempo tarda Phantasma en mudarse de ciudad? ¿Cuántos días entre cada competencia? —preguntó.

—Menos de cuarenta y ocho horas. ¿Por qué?

Lo que significaba que su padre *había* perdido alrededor del día del octavo nivel... *este* nivel. Y la persona a la que más amaba su padre, la que habría sido utilizada en este juicio por él...

—Creo que me voy a desmayar —le susurró ella.

Él estaba allí en un instante, ayudándola a tirarse al suelo cuando ella comenzó a hiperventilar. Las dos Genevieves dejaron de discutir el tiempo suficiente para correr hacia ellas.

—¿Qué le pasa? —preguntaron al mismo tiempo, antes de mirarse con dagas el uno al otro.

—Retrocedan un momento —les ladró Blackwell—. Dale un poco de espacio.

Se volvió hacia ella y le pasó una mano tranquilizadora por el cabello. Le costaba respirar lo suficiente cuando se dio cuenta de la magnitud de la prueba.

—Ophelia. Respira, ángel. Conmigo, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza, y él empezó a contar sus exhalaciones por ella.

Cuando finalmente recuperó el control, lo miró y dijo:

—Mi padre es la razón por la que murió nuestra madre. No fue un ataque al corazón. Era este nivel. Debe tener... debió de adivinar incorrectamente.

Blackwell se quedó paralizado. Y ella lo vio, en sus ojos, cómo estaba repasando los detalles, las líneas de tiempo, y llegando exactamente a la misma conclusión. Un sollozo le atravesó el pecho ante la confirmación tácita en sus ojos. Algo en el hecho de que él también juntó las piezas, solidificando la realidad, es lo que finalmente la rompió.

—Lo siento mucho, ángel —murmuró mientras le secaba las lágrimas—. Lo siento mucho. No tenía ni idea, Ophelia. *Lo juro*. Había dejado de convocarme para que le ayudara en las pruebas mucho antes de que llegara a esta. A veces, me pregunto por qué aceptó mi trato en primer lugar. Si hubiera algo que pudiera hacer.

—No entiendo lo que está pasando —resopló una de las Genevieve.

Ophelia respiró hondo y se puso de pie, mientras Blackwell le daba espacio para sostenerse sobre sus propios pies. Miró a las dos Genevieves que la miraban con preocupación. Ambas parecían réplicas impecables de su hermana pequeña. Cabello castaño dorado, brillantes ojos verde azulado debajo de las mismas pestañas gruesas que las de Ophelia. Cejas pobladas y labios aún más carnosos. Cada detalle estaba ahí, desde cada peca pintada en sus mejillas sonrosadas y los puentes de sus narices, hasta sus vestidos rosas con volantes.

—Me rompí dos costillas después de caerme por las escaleras de la mansión Grimm cuando me perseguías jugando a la mancha —dijo Ophelia con voz gruesa—. ¿Cuántos años teníamos?

—Era solo una costilla —dijeron ambos al mismo tiempo. Entonces la primera doble se cruzó de brazos y dijo:

—Tenías doce años. Tenía nueve años. Y fue un *accidente*.

Joder. Esto iba a ser difícil.

—Tienes que hacer preguntas que no se basen en recuerdos que tú mismo tengas —le dijo Blackwell—. La magia de la mansión puede tomar lo que está en tu mente y ponerlo en la del impostor.

—¿Qué demonios significa eso? ¿Qué podría preguntar para que no supiera ya la respuesta? —De repente se le ocurrió una idea, y Blackwell bajó la barbilla en un gesto alentador—. ¿Y a cuántas personas has besado?

Era una pregunta para la que Ophelia no tendría una respuesta exacta en su propia mente, pero lo que fuera que respondiera cada versión de Genevieve sería increíblemente revelador.

Los dobles se quedaron en silencio por un momento.

Entonces la primera finalmente dijo:

—No lo sé *exactamente*, si soy sincera. Demasiados besos borrachos en fiestas como para recordar cada uno de ellos... pero yo calcularía que unos treinta...

—¿*Treinta*? —se burló la segunda Genevieve—. Eso es insultante. Son solo once.

Todos se volvieron hacia Ophelia, Blackwell la observó atentamente, y ella le dio vueltas a cada una de las respuestas en su mente. Sabía, sin lugar a dudas, que la primera Genevieve era una impostora. No por el número, sino por los breves atisbos que había anotado en el diario de Genevieve antes de llegar a Phantasma. Genevieve había anotado hasta los detalles más frívolos de su vida en sus entradas diarias. De qué color se había vestido, qué clase de pájaros había visto en sus paseos de ida y vuelta a la ciudad, cuántas veces Ophelia había puesto los ojos en blanco en una sola mañana... no había forma de que Genevieve tuviera que calcular cuántos besos había tenido.

La segunda respuesta de Genevieve, sin embargo, fue un enigma.

Un número exacto. Pero uno que era altamente inverosímil, a pesar de que Ophelia solo podía recordar un puñado de nombres con los que su hermana había mencionado breves aventuras a lo largo de los años. No después de que Genevieve admitiera que le ocultaba cosas a Ophelia para no restregar su vida social en la cara de su hermana. Sin embargo, si Ophelia podía contar casi once solo en su propia memoria, eso significaba...

Ophelia alzó la mano para agarrar su medallón y se acercó a la primera Genevieve. Nada. Como ella esperaba. Se volvió hacia la segunda. De nuevo, nada.

Respiró hondo y luego dio un salto de fe.

—Ninguna de las dos es Genevieve —declaró.

Al principio, no pasó nada, y ella y Blackwell contuvieron la respiración. Las dos Genevieves se miraron preocupadas mientras esperaban su propio destino.

Luego, ambos se disolvieron en nubes de humo.

—Lo hiciste —declaró Blackwell, orgulloso en su voz.

Entonces apareció un portal en el centro de la habitación.

Se pavoneó hacia él con determinación.

—Ahora, si me disculpas. Tengo un hueso que pelear con el Príncipe de los demonios.



49

CORAZONES

Una cosa en la que Blackwell siempre había tenido razón era que los corazones blandos no hacían ningún bien a nadie. Se rompían una y otra vez. Sangraban por aquellos que no lo merecían. Así que, cuando finalmente tuviera una audiencia con el creador de Phantasma, su corazón no sería blando. Estaría endurecido por toda la angustia que había experimentado en las últimas dos semanas. Y la angustia que aún no había llegado como su tiempo con Blackwell disminuía a su fin.

A menos que hiciera algo al respecto.

¿Y si el Príncipe de los Demonios se negaba a darle lo que quería?

Entonces le enseñaría los dientes.



30

NIVEL NUEVE

TRAICIÓN

Ophelia salió del portal y regresó al vestíbulo. Recorrió el espacio con determinación, abriéndose paso hasta encontrar un lugar con la pared en blanco mientras esperaba a que Blackwell reapareciera.

—¿Adónde vas? —preguntó Sinclair desde su puesto junto al portal.

Ella hizo una pausa, girándose para enseñarle los dientes al Diablillo.

—A *terminar* esto.

—¿Qué quieres decir con *terminar* con esto?—dijo, furioso.

—Supongo que tendrás que esperar y ver, ¿no? —Ella sonrió.

Un momento después, Blackwell parpadeó a su lado.

—Vas a llamar a la puerta otra vez. —Una afirmación.

—Sí —confirmó ella—. Así es.

Sinclair balbuceó con incredulidad.

—Eso no es posible. Sólo Salemaestrus puede hacer que aparezca-cuando hay un último concursante en pie.

La sonrisa de Blackwell era cómplice.

—Ella lo ha hecho antes.

Sinclair balbuceó.

—No.

Ophelia cerró los ojos y recordó la escena de la puerta. Fue justo antes de conocer a Blackwell, bueno, de conocer oficialmente a Blackwell. Estaba al final del pasillo del ala de su grupo, pero tenía la corazonada de que la ubicación no importaba. Sólo el acceso a un lienzo en blanco. Imaginó cómo se alzaba la puerta de la nada, el enorme marco de hierro forjado con mosaicos escarlata, el picaporte dorado.

Su medallón empezó a calentarse alrededor del cuello y, cuando abrió los ojos, allí estaba. Sinclair se quedó boquiabierto por un momento antes de que su expresión se tornara en furia.

—No entiendes en lo que te estás metiendo, muchacha —escupió él—. Escúchame...

Ella se echó a reír y lo interrumpió.

—Supongo que menos mal que es problema mío y no tuyo, ¿verdad?

Se acercó a la puerta, con Blackwell a sus espaldas, vigilando a Sinclair para asegurarse de que el Diablillo no se atrevía a cargar contra ella. Agarró la manija y tiró, pero la puerta no se movió. Volvió a mirar a Blackwell, en cuestión.

—Tienes que decir el nombre del creador para que se desbloquee. Es por eso por lo que no pude ayudarte a abrirlo antes, no podía decir su nombre a menos que ya lo supieras —le dijo—. Por lo general, el concursante final lo recibe al décimo día, pero... Debería seguir funcionando.

—Te lo advierto, muchacha —dijo Sinclair—. Te arrepentirás si haces esto.

Ella no le prestó atención al Diablillo. Respiró hondo, se volvió hacia Blackwell y le susurró:

—¿De verdad crees que siempre podemos encontrar el camino de vuelta el uno al otro? Has dicho antes que nada te impediría llegar a mí si te necesitaba. Que destrozarias el universo por sus costuras para mantener ese voto. ¿Sigues hablando en serio?

Extendió la mano para agarrar su rostro con sus manos.

—Con cada gramo de mi alma. Cuando entres por esa puerta, no será la última vez que te vea.

—¿Lo prometes? —susurró ella.

—Lo *prometo*, ángel —juró.

Ella asintió y exclamó:

—*Salemaestrus*.

El pesado chasquido metálico de una cerradura procedía del pomo de la puerta que tenía delante y, esta vez, cuando tiró de la manilla, la puerta se abrió de golpe. No había nada más que oscuridad y la esencia del poder más allá del marco. Blackwell la soltó, con una expresión de dolor en el rostro al verla avanzar. Una profunda ráfaga de viento la arrastró hacia el interior y la puerta se cerró de golpe tras ella, separándola de Blackwell y de la mansión.

La ráfaga de viento tiró y tiró de su cuerpo hasta que se encontró acercándose a un único punto de luz. Cuando sus

pies tocaron el suelo, giró en círculo, entrecerrando los ojos para intentar distinguir algo en el sombrío abismo.

—¿Hola? —gritó—. ¡Salemaestrus! Vengo por mi premio.

No hubo respuesta. Sólo silencio. Pasaron minutos, posiblemente horas, mientras esperaba en la oscuridad. Y se estaba impacientando. Quería hacerlo sola. Por sí misma. Pero se preguntaba qué pasaría si llamaba a Blackwell. Si había algún detalle que se estaba perdiendo desde que no había recibido una pista para este juicio.

—*Llámallo* —se dijo a sí misma—. *No te hace débil pedir ayuda. Seguirás siendo el vencedor.*

Llamó a Blackwell y esperó. No hubo respuesta.

—*Tal vez no pueda ser convocado en este nivel* —pensó para sí misma.

Pero de repente, la energía cambió a su alrededor, un poder como nunca antes había sentido llenando el espacio a su alrededor. En algún lugar más allá del pequeño círculo brillante en el que estaba parada, se acercaron pasos.

—Hola, ángel —la saludó una profunda voz aterciopelada.

Blackwell entró en el anillo de luz.

—Bien, me has oído —dijo aliviada—. ¿Sabes qué debo hacer a continuación?

Él guardó un silencio inquietante. Ella entrecerró los ojos. Algo era diferente.

—¿Blackwell? —susurró.

—En primer lugar, permítame volver a presentarme. —Él inclinó la cabeza en una reverencia formal—. Mi nombre es Salemaestrus Erasmus Blackwell, Príncipe de los Demonios. Pero tú, ángel, puedes llamarme Salem.



31

ATADO

CINCO SIGLOS ANTES DE PHANTASMA

Como Príncipe de los Demonios, Salemaestrus pensaba que hacía tiempo que había experimentado las cosas más oscuras que el Infierno podía ofrecer. Había presenciado las horripilantes fosas del purgatorio innumerables veces. Había visto a las almas desgarrarse unas a otras durante siglos con la esperanza de alcanzar una vida mejor. Él mismo había sido el precursor del dolor y la muerte para muchas almas, tanto mortales como inmortales, durante los últimos cinco siglos.

Pero el momento en que se dio cuenta de que se la habían llevado... fue una agonía como nunca había conocido.

Había pasado casi un año desde que le había jurado que nunca volvería al corazón del Infierno, desde que había visto las ondulantes colinas cubiertas de iris infernal de Nocturnia. Ahora se encontraba ante las amplias puertas del palacio de

su padre, con los hombros cargados por el peso de sus votos rotos. Pero no había nada que le impidiera llegar hasta ella. Ni siquiera las promesas entre ellos.

Las puertas, hechas de llamas de ónice que se elevaban hasta el cielo tempestuoso, se abrieron para él casi al instante. Le reconocieron. Se encendieron como para celebrar su regreso.

Acechó a través de los relucientes pasillos de obsidiana como un sabueso infernal siguiendo el olor de la sangre. Pero bajo la furia despiadada que lo envolvía como una nube de humo, había un terror que le calaba hasta los huesos. Podía sentirla aquí. Dentro de estos muros insidiosos a los que no pertenecía. Su corazón era demasiado blando para este lugar.

Ya voy, juró. Voy a por ti.

Una fila de guardias estaba apostada fuera de la sala del trono de su padre, esperándolo. No era más que un espectáculo, por supuesto. Ni siquiera un ejército sería capaz de detener su poder. No era más que una prueba. Que seguía siendo el cruel, despiadado, Príncipe de los Demonios que su padre crio para ser. Que nunca podría ser domesticado.

Un gruñido despiadado salió de su garganta mientras desataba una oleada de magia oscura sobre la unidad de guardias, salpicando de sangre los inmaculados suelos de diamante, y pensó que tal vez fuera cierto. No podía ser domado. No lo sería. Excepto por ella.

Él sería todo lo bueno que ella tan desesperadamente quería ver en él mientras ella estuviera a salvo. Pero ahora... ahora destrozaría el mundo.

Las puertas dobles aún goteaban sangre cuando usó su magia para abrirlas. Más allá, el enorme salón del trono negro estaba sofocante por el calor de las llamas de color amatista y rosa que cubrían sus paredes.

El Rey de los Demonios estaba sentado en su trono de diamantes, con una corona de llamas de ébano sobre la cabeza. Sonreía a Salem desde el estrado. En el regazo del Rey ronroneaba su pequeño espía favorito. El gato bostezó perezosamente ante la creciente tensión que recorría la sala mientras Salem se acercaba a su padre.

Al fondo a la izquierda de los escalones del estrado, Salem vio a Sinclair, cautivo entre dos guardias Demonio. Le costó todo lo que pudo no cargar contra el maldito bastardo y desgarrarlo miembro a miembro. Todo era culpa de Sinclair, y detestaba haber considerado amigo al otro demonio.

Por la mirada asesina en los ojos escarlata de Sinclair, ese sentimiento fue correspondido.

Salem le enseñó los dientes al Rey mientras se acercaba a los escalones del trono.

—¿Dónde mierda está?

Su padre se rio.

—¿Así saludas a tu padre después de tanto tiempo?

Se quejó Salem.

—No juegues conmigo, joder. Si no la dejas ir, quemaré toda Nocturnia hasta los cimientos. Y el resto del infierno con ella.

La sonrisa nunca abandonó el rostro de su padre.

—Por desgracia, creo que intentarías algo así. Pero hay un pequeño detalle que se te escapa, mi Príncipe.

Salem entrecerró los ojos mientras su padre se ponía en pie y bajaba las escaleras desde su trono. El Rey se detuvo justo delante de él, inclinándose para susurrarle las palabras más escalofrantes que jamás había oído en labios de su padre.

—Conozco tu Verdadero Nombre.

Salem sintió que se le helaba la sangre.

No.

No podía ser.

Sólo le había dado su Verdadero Nombre a una persona..

—Ah, y ahí radica el problema —dijo el Rey mientras se retiraba, con una sonrisa aún en los labios pero sólo malicia en los ojos—. Puedes jugar a ser poderoso todo lo que quieras, Salemaestrus, pero al fin y al cabo regalaste todo tu poder en el momento en que te enamoraste de una jodida mortal tonta.

Su padre dijo la palabra mortal como si fuera una maldición.

—Pero no te enfades demasiado con ella —continuó su padre—. Después de todo, los mortales son cositas tan frágiles. ¿No te lo he advertido siempre? Era sólo cuestión de tiempo que sucumbiera a la tortura. Aunque debo decir que me impresionó un poco que aguantara casi tres días antes de gritar tu Verdadero Nombre para que todos la oyeran. Esperando que vinieras a rescatarla.

Salem sintió dolor ante la idea de que la torturaran, que gritara su nombre desesperadamente y que él nunca viniera. Su visión se volvió completamente roja y se abalanzó sobre su padre, rodeando con las manos la garganta del hombre.

—¿Por qué haces esto?—gruñó—. Ella no ha hecho nada para merecerlo.

—Ella te convirtió en un maldito lastre —siseó su padre mientras se zafaba del agarre de Salem—. Te convirtió en una debilidad para todo el reino. Te advertí que te arrepentirías de haberla elegido a ella antes que a tu deber con Nocturnia.

—Entonces castígame —exigió Salem—. Fui yo quien te desobedeció. No ella. Castígame.

En cuanto la insidiosa sonrisa empezó a dibujarse en el rostro de su padre, se arrepintió de sus palabras.

—No te preocupes. Eso es exactamente lo que pienso hacer.
—El Rey chasqueó los dedos—. Traerla.

Salem se quedó sin aliento al ver a dos nuevos guardias aparecer de la nada a unos metros de distancia, con un cuerpo colgando inerte entre ellos. Había destripado a sus enemigos, les había arrancado el corazón y los había desangrado durante siglos sin pestañear. Pero esto... casi vomitó al ver su estado.

Apartó a los demonios que la sostenían y se arrodilló en el suelo mientras acunaba su cuerpo contra el suyo. No le importaba que su padre viera la exhibición como una debilidad más. Necesitaba tocarla, curarla. Estaba cubierta de tantos moretones y laceraciones que no le quedaba ni un centímetro cuadrado de piel intacta. Su cabello castaño oscuro estaba cubierto de sangre. Sus ojos azul cristalino estaban apagados por el dolor. Tenía un feo corte en el labio inferior y le faltaban los incisivos.

—Ángel —susurró, con las yemas de los dedos rozándole la cara con movimientos tranquilizadores mientras se esforzaba por evitar que el terror se reflejara en su voz. No necesitaba hacerla entrar en pánico—. Estoy aquí, Ángel. Te vas a poner bien. Voy a arreglarlo.

Ella tragó saliva, sus ojos llorosos entrecerraron los ojos hacia él.

—Salem... ¿De verdad estás aquí? —Un sollozo brotó de su garganta—. Has venido. Has venido por mí. Les dije que lo harías.

La adoración que ella todavía tenía brillando para él en su mirada le hizo aborrecer a sí mismo. No se lo merecía. Le había fallado.

Enterró la cara en su cuello, acariciándole la nuca.

—Te lo dije, siempre vendré. Siento que no haya sido antes. Lo siento mucho, joder.

Se aferró a él con todas las fuerzas que le quedaban, como si aún no se creyera que fuera real. Devastador.

Demasiado pronto fue arrancada de sus brazos. La magia se estrelló contra su cuerpo, alejándolo de ella. Se puso en pie en un instante, pero su padre ya la había alcanzado.

Su espalda estaba pegada al pecho del Rey, que le rodeaba el torso con el brazo mientras la sujetaba con la mano por el cuello.

—Para —graznó Salem—. ¿Qué quieres de mí? ¿Quieres que suplique? Te lo suplicaré, joder.

—Es demasiado tarde para eso —dijo su padre.

—Volveré a Nocturnia —juró Salem, tambaleándose un paso hacia ellos—. Por el resto de mi vida eterna, si eso es lo que deseas. Pero no le hagas daño. Déjala volver a su vida.

—No te muevas, Blackwell —la voz de su padre retumbó en la habitación.

Salem se congeló en su lugar. Un agarre mágico inundó todo su ser ante la invocación de su Verdadero Nombre.

El Rey sonrió mientras acercaba sus labios a la oreja de Ángel.

—¿Algunas últimas palabras, muchacha, para tu amado?

Un peso de desesperanza se posó sobre los hombros de Salem al verse obligado a observar cómo su Ángel luchaba por levantar la cabeza lo suficiente como para encontrarse con su mirada. Y la mirada de resignación en sus ojos azules le hizo querer rugir. Luchó contra la magia que lo retenía, se agitó y empujó hasta que todos los músculos de su cuerpo temblaron por el esfuerzo. Todo fue en vano.

—Te amo, Salem —susurró.

Cuando la orden de su padre no le permitió responder, el Rey rio y ordenó:

—Habla, Blackwell.

—Te amo —ahogó Salem—. Lamento que me hayas conocido. Nunca me lo perdonaré.

—Por favor... —tragó con esfuerzo—, por favor, no me olvides.

—Nunca.

—¿Me lo prometes? —suplicó ella.

—Te lo juro, Ángel —confesó.

Entonces el Rey de los Demonios metió la mano en su pecho y le arrancó el corazón.

Salem rugió y el fuego que bordeaba la habitación ardió con más intensidad, deslizándose por las paredes y extendiéndose hasta el techo de arriba. Su grito fue tan fuerte que hasta los seres del Cielo debieron de oírlo.

El Rey chasqueó los dedos, los que no estaban envueltos alrededor del corazón sangrante de Ángel, y apareció un sirviente Demonio. El Rey dejó caer el cadáver y el corazón de la muchacha a los pies del sirviente, y Salem lo maldijo por la grotesca muestra de apatía.

—Deshazte de ella como hemos hablado.

El Demonio asintió con la cabeza antes de retirar el cuerpo inerte y cubierto de sangre y desaparecer.

—Acércate a mí, Blackwell —ordenó ahora el Rey.

—Acabaré contigo, joder —juró Salem mientras sus pies lo llevaban involuntariamente hacia el hombre—. No descansaré hasta que derrita cada centímetro de carne de tus huesos y desentierre el corazón abandonado de tu propio pecho. Se lo daré de comer a tus sabuesos infernales y luego les daré tu alma para que jueguen con ella hasta hacerla pedazos.

Un brillo cruel brilló en los ojos de su padre.

—¿Y cómo harás eso, hijo, cuando te destierre de aquí y te ate a otro lugar?

Salem preguntó.

—¿De qué mierda estás hablando?

—¿Creías que matarla era tu único castigo? Esa parte era demasiado fácil para ser divertida —se quejó su padre—. ¿Querías traicionarme para poder jugar a las casitas con tu preciosa pequeña mortal, querías dejar que empuñara tu Verdadero Nombre? He creado un lugar donde podrás experimentar ambas cosas durante el tiempo que yo considere satisfactorio.

De repente, Salem se sintió muy cansado. Su padre conocía su Verdadero Nombre. Todas las amenazas que quería dirigir a ese hombre estaban vacías. Y ahora que se habían llevado a Ángel... de todas formas no le quedaba nada por lo que luchar.

—No pierdas toda esperanza tan rápido —le advirtió su padre—. Te he dejado un resquicio.

Salem estaba demasiado agotado para preguntar cuál era el resquicio. No, agotado no. Entumecido. Frío.

El Rey alargó la mano y agarró el rostro de su hijo con malicia.

—Salemaestrus Erasmus Blackwell, por la presente te condeno a mi nueva creación: Phantasma. Un lugar de pesadillas que gobernarás sin recordar el pequeño bastardo traidor en el que te has convertido para mí, y quizás con el tiempo aprendas a merecer tu título de Príncipe de los Demonios. Nos pertenecerás a Phantasma y a mí para siempre, a menos que encuentres el corazón y la llave que te liberen —invocó el Rey.

—¿Y si me libero? —se preguntó Salem.

—Recibirás una recompensa justa. ¿Cuál es tu precio? —El Rey sonrió.

—Quiero que todas las almas que conozcan mi Verdadero Nombre lo olviden —arremetió Salem.

El Rey se rio.

—Eso no la traerá de vuelta. Pero tienes un trato. Si consigues liberarte de Phantasma, juro olvidar tu verdadero nombre.

Mientras la magia del voto inquebrantable de su padre se apoderaba de ellos, el Rey chasqueó los dedos y Salem vio cómo los otros guardias Demonios, que había olvidado que seguían en la sala, empujaban a Sinclair hacia delante.

—Sinclair. Por favor, acompañad a mi hijo a su nuevo hogar. Asegúrate de repasar cada pequeño detalle que discutimos antes de que comience el juego, ¿eh?

Sinclair inclinó la cabeza ante la petición del Rey antes de volverse hacia Salem y hacer un gesto cortante con la barbilla.

—Vamos, Blackwell —ordenó Sinclair, con un odio absoluto destilando en cada sílaba.

Salemaestrus siguió a su antiguo amigo fuera de la sala del trono sin decir una palabra más. El único pensamiento que resonaba en su mente era su nombre. Como lo haría hasta que no quedara de él más que polvo.



Ángel.

El Rey de los Demonios observó a su hijo desaparecer del palacio, esperando hasta que ya no pudo sentir la esencia del Príncipe entre sus muros.

—Poe —pidió a la habitación vacía.

El gato apareció segundos después, con un maullido sonando en su boca mientras esperaba órdenes.

—Síguelos. Infórmame al final de cada partida —le ordenó.

El gato volvió a salir de la habitación mientras el Rey se transportaba de nuevo a su trono. Se acomodó en sus cojines de terciopelo y chasqueó los dedos. Cuatro de sus sirvientes se alinearon inmediatamente frente a él, en posición de firmes, hombro con hombro.

Golpeó el suelo con un pie, pensativo, mientras inclinaba la cabeza hacia una de las sirvientas en particular.

—Dahlia. ¿Te ocupaste de la mortal como te pedí?

Dahlia, una joven diablilla con el don de cantar con el alma, se adelantó desde la fila. Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones a medida y sacó algo. Un medallón dorado en forma de corazón.

—Sí, Alteza —confirmó Dahlia mientras entregaba el medallón al Rey—. Sólo queda elegir quién recibirá el alma de la mortal y cuándo será liberada.

—El alma tiene que renacer en alguien que no se resista a un lugar como Phantasma, pero que tenga una buena dosis de aprensión al respecto. Después de todo, no podemos ponérselo demasiado fácil a Salemaestrus.

—¿Una mortal paranormal, quizás? —sugirió Dahlia y una chispa de excitación recorrió al Rey.

—Precisamente —confirmó el Rey—. No un vidente. Tendrían demasiada ventaja. Un ser que conozca las

consecuencias de la magia y tenga muy en cuenta la pequeña maldición que le he echado a Phantasma antes de decidirse a elegir a mi hijo a pesar de ella.

Dahlia inclinó la cabeza en señal de comprensión.

—¿Y cuánto tiempo debo asegurar que lleve el collar antes de que el alma se libere y renazca?

El Rey consideró por un momento.

—Démosle cinco siglos. Asegúrate de que mi magia tenga tiempo de hacer que realmente la olvide. Demasiado pronto y todavía podría ser capaz de reconocer su alma. Asegúrate de que a quien obligues a llevar el collar, nunca se lo quitará hasta que pase al siguiente huésped y así sucesivamente.

—Hay una Nigromante residiendo actualmente en la mazmorra, su Alteza. Hestia Grimm —dijo uno de los sirvientes—. La mujer que intentaba crear un ejército de no muertos. Su odio por los Demonios y el Infierno puede hacerla una candidata viable.

El Rey sonrió mientras le devolvía el medallón a Dahlia.

—*Perfecto.*



EL PIN DE PHANTASMA



32

SIN ATADURAS

ACTUALIDAD

—Yo... no lo entiendo —dijo Ophelia, odiando cómo empezaba a temblarle la voz.

Me llamo Salemaestrus Erasmus Blackwell, Príncipe de los Demonios.

—Lo sé —dijo Blackwell, con una sonrisa triste en los labios—. Sin embargo, has jugado un buen partido, ángel. Y ahora puedo darte lo que se te debe. —Comenzó a rodearla lentamente—. Como has llegado hasta el último nivel, reduciré de diez a cinco años el pago que me debes por nuestro pacto de sangre y, por lo demás, podrás salir indemne.

Ella le miró con el ceño fruncido.

—No, yo elijo para qué uso mi Regalo del Demonio.

Sacudió la cabeza.

—Me temo que entraste en este nivel demasiado pronto para ser técnicamente la ganadora del gran premio. Las reglas son que tienes que ser la última persona en Phantasma, con vida, para ganar la Regalo del Demonio, y todavía había otros concursantes jugando el juego cuando entraste aquí. Así que puedes elegir entre aceptar la sentencia reducida o ser descalificada.

Ella lo miró con incredulidad. De todas las veces que había pensado en el final de su viaje en Phantasma, esto nunca había estado ni en sus más descabelladas imaginaciones.

Salemaestrus Erasmus Blackwell. Príncipe de los Demonios.

—Entonces, ¿qué será? —Se colocó frente a ella.

El Demonio tenía una boca malvada y una voz tan suave como el bourbon.

—¿Cuál es tu decisión? —insistió mientras le pasaba la punta del dedo índice por un lado de la garganta y, por el otro, sus labios estaban a escasos centímetros de su pulso acelerado.

—Me has engañado —susurró ella.

Él rio en respuesta y su aliento acarició su piel febril.

Estaba tan cerca que ella apenas podía pensar.

Se le escapaba cualquier respuesta coherente a su pregunta mientras otra descarga de adrenalina corría por sus venas, pero los acontecimientos que habían conducido a aquel momento se grabaron a fuego en su mente con vívida claridad. Se lo había hecho ella misma. Había sido tan tonta.

—Pero tú no tienes la Marca del Diablo —susurró—. Y eras un *Fantasma*.

Señaló su cabello blanco plateado.

—Admito que mi Marca del Diablo es especialmente cómoda para pasar desapercibida como Fantasma.

—¿Estás de broma? —gruñó ella.

—No te sientas mal, ángel, no eres ni mucho menos la primera persona a la que engaño. Llevo mucho tiempo en esto.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Sinclair te contó una historia de mi pasado, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

Ella tragó saliva.

—Dijo que te enamoraste y elegiste a tu amante antes que al Rey de los Demonios, tu padre. Como castigo, tu amante fue asesinada y ahora debes dirigir Phantasma por el resto de tu existencia.

—Todo es cierto —confirmó—. Excepto que mi padre me concedió una misericordia: un resquicio legal. Todo lo que he necesitado ha sido un corazón y una llave oculta y estaría libre de este lugar. El único problema es que cada vez que comienza una nueva partida, los recuerdos de mi verdadero yo se borran por completo. La única vez que se me devuelve a mi yo completo es cuando un concursante alcanza este nivel hasta el comienzo de cada nuevo juego. Mi único indulto. E incluso los recuerdos que tengo como esta versión de mí mismo se han vuelto turbios con cada siglo que pasa.

Jadeó.

—Quieres decir que la primera vez que te conocí...

—Conociste a mi verdadero yo, a esta versión de mí. —Su sonrisa era triste—. Lo que queda de mí, al menos. Eres la

primera persona en siglos con la que pude hablar fuera de la competición y de la mansión. A quien pude contarle lo del corazón y la llave. Y aun así no me sirvió de nada. ¿Cómo podría, si mis propios recuerdos jugaban en mi contra? Apenas recuerdo nada antes de que me ataran a este lugar. Excepto la rabia por mi padre. Eso ha permanecido.

Bajo sus palabras se escondía un profundo dolor y, a pesar de la conmoción y la traición de su verdadera identidad, le dolía el corazón. Qué existencia tan miserable la de no recordar a uno mismo.

—Así que eliges a un concursante en cada competición para que te ayude a encontrar esta misteriosa llave —dijo—. ¿Qué pasa con los concursantes que no eliges? ¿Realmente juegan para ganar?

Él se encogió de hombros.

—Claro que sí. Y si lo hacen, reciben su premio. Pero la mayoría de las veces mi elegido llega hasta el final. Como puedes ver claramente. Y los que pierden la vida aquí simplemente alimentan el poder de la mansión.

—No entiendo por qué Sin hablaba de ti como si fueras dos personas diferentes —dijo—. O por qué se refirió a ti como el creador si fue tu padre quien hizo este lugar?

—Ah. —Se rio—. Eso es porque como parte del *castigo* puede hablar a la gente de mí, pero nunca directamente de quién soy dentro de la competición. Las dos entidades deben mantenerse separadas: el Diablo y el Fantasma. Mi padre le dio a Sinclair su propio resquicio cuando lo desterró aquí conmigo, así como a Poe, el pequeño espía.

—Espera, ¿hasta el *gato* estaba en esto?

Blackwell resopló, antes de continuar:

—El título de creador se utiliza en beneficio de mi alter ego, ya que en el juego desconozco mi verdadera identidad.

Supongo que soy el creador, en cierto sentido, teniendo en cuenta que Phantasma ni siquiera existiría si no fuera un castigo para mí. El trabajo de Sinclair es asegurarse de que no me libero. Si tiene éxito durante el tiempo suficiente, podría ser indultado antes de tiempo, y algún otro tonto que cabreara a mi padre tendría que ocupar su lugar. Una especie de póliza de seguro para que me quede el mayor tiempo posible. Mi padre es un hombre rencoroso.

—Estoy segura —contestó ella.

Ladeó la cabeza, pensativo.

—Lo que me parece más interesante, sin embargo, es lo mucho que Sinclair intentó detenerte. Nunca se había esforzado tanto.

Se miró las manos.

—Realmente pensé... pensé que podría salvarte. Pensé que me estaba acercando.

—Yo también, ángel.

Algo en la forma en que él dijo esas palabras, la forma en que aún la llamaba ángel, desentrañó algo dentro de ella.

—¿Fue... fue algo de eso real? —susurró.

—Tan real como podría haber sido con sólo la mitad de mis recuerdos —dijo él, cerrando los ojos antes de que ella pudiera ver la emoción que ocultaba en ellos.

—Sé que debería estar furiosa contigo, incluso asesina, pero yo...

—No lo hagas —le ordenó—. No malgastes ninguna de tus emociones conmigo. Aquí es donde debemos separarnos, y sentir algo por mí no vale la pena para ti. Lo mejor sería que me olvidaras por completo.

—Todos los que se enamoran en Phantasma están malditos... porque enamorarse es lo que te metió en esto en

primer lugar —afirmó ella, recordando la sensación que había tenido la primera vez que había oído la historia de Sinclair.

—Mi padre tiene sentido del humor, ¿no crees? —Sacudió la cabeza—. Sin embargo, se preguntaba por qué elegí a alguien antes que a él.

—Siento que la perdieras —dijo sinceramente, aunque las palabras la hicieron doler por dentro—. De verdad.

—Fue hace mucho tiempo —le dijo él—. Me avergüenza decir que ni siquiera... ni siquiera puedo recordarlos ahora. A veces tengo destellos de detalles, pequeños recuerdos del pasado, pero desaparecen muy rápido. Ahora son sólo otra cosa que el tiempo me ha quitado. Nunca se lo perdonaré a mi padre.

—Blackwe-Salem —se corrigió. Necesitaba separar al Fantasma que conocía de ese Diablo del que aún no estaba segura—. Quiero que sepas que todo fue muy real para mí. Aún lo es. Iba a pedirte que usaras mi Regalo del Diablo para encontrar y romper tu atadura.

Se quedó paralizado por el shock.

—Ophelia.

—El trato era que tenía que encontrarlo antes de salir de los terrenos. Por lo tanto, habría contado, ¿no?

Tragó saliva.

—¿Habrías hecho eso por mí?

—Por supuesto —dijo ella—. No lo entiendes. Yo...

—No. —Se abalanzó sobre ella y le tapó la boca con la mano. Sus ojos verdes ardían con nueva intensidad mientras ordenaba—: No lo hagas.

Ella apartó la mano y declaró:

—Pero es verdad. —Una lágrima se deslizó por su rostro—. Y sé que es una tontería, sé que hemos pasado todo este tiempo asegurándonos de evitar esto mismo. ¿Realmente importa si lo digo en voz alta o no? Tú me has cambiado. —Respiró hondo y se aferró al medallón que le latía salvajemente alrededor del cuello en busca de consuelo—. Incluso el collar siempre ha parecido saberlo. Mi corazón está completa y totalmente...

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué? —preguntó él.

—Eso es —se dio cuenta.

—¿Qué es?

—Lo que has estado buscando es... a mí. Esto. —Tiró del collar hasta que la cadena se soltó y la pieza en forma de corazón quedó colgando entre los dos. El corazón en su pecho empezó a latir muy despacio.

Él la miró como si se hubiera vuelto un poco loca, pero también había una chispa de algo parecido a la esperanza en sus ojos, y eso era a lo que ella iba a aferrarse.

—Tu padre te atrapó en un lugar donde está prohibido enamorarse o hay consecuencias nefastas. Me dijiste que necesitabas un corazón y una llave... pero ¿y si no son dos pistas distintas? Este collar, está encantado, late con mi propio corazón. En mi pelea con Cade, me lo arrancó y mi corazón...

—¿Qué? —Blackwell preguntó.

—Casi se detuvo.

Blackwell respiró hondo antes de acercarse y aplastar la palma de su mano sobre su pecho para sentir los latidos de su corazón debilitados.

—¿Pero qué hay de la parte de la llave?

Ella se encogió de hombros.

—Eso, no estoy segura. ¿Quizás la llave está dentro? Pero nadie ha sido capaz de abrir la maldita cosa. Pero esto tiene que ser correcto, ¿no? Sinclair se interesó tanto por mí... haciéndote sentir celoso... tratando de abrir cualquier brecha que pudiera entre nosotros dos... mi madre advirtiéndome que me aleje de ti... diciéndome que nunca, nunca me quite el collar... siempre advirtiéndome que me aleje de los demonios...

Blackwell se balanceó sobre sus talones en estado de shock, y eso fue todo lo que necesitó como confirmación.

—Aquí. —Le cogió la mano y le puso el medallón en la palma de la mano antes de enroscar los dedos sobre él—. Mi corazón, es tuyo.

—Si me das esto, morirás —le dijo—. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurró ella—. Podría haber muerto muchas veces en esta mansión. Pero te am...

—No. *Escúchame* —imploró mientras se recuperaba, moviéndose para agarrar su rostro con sus manos, el cálido metal del collar presionando contra su mejilla—. Los corazones se pueden arreglar. Pero aun así serás maldita. Si me liberan, seré inmune a la maldición, mi premio por vencer a mi padre, pero aun *así enfrentarás* las consecuencias por romper la regla cardinal de Phantasma. Incluso si Phantasma se desmorona hasta convertirse en polvo.

Ella le sonrió con tristeza.

—Está bien.

—Ophelia, *no...*

—Te amo —susurró ella—. Te amo mucho. Tú me salvaste. Tantas veces, de tantas maneras, y apenas tardaste una semana en cambiarme tan intrínsecamente. Puede que nunca

me deshaga de mis demonios internos, pero durante este único fragmento de tiempo, cada vez que estábamos juntos, los hacías *callar*. Pude oírme a *mí misma* por una vez. Y quiero que sepas que con gusto me enfrentaré a lo que sea que este lugar me maldiga, sabiendo que finalmente saldrás del infierno en el que has estado atrapado durante tanto tiempo.

Las lágrimas corrieron por su rostro mientras él negaba con la cabeza ante su confesión, su expresión empañada por la agonía.

—No —suplicó.

El dolor la golpeó un instante después. La magia maldita de Phantasma se abrió paso a través de su sistema, haciendo que sus rodillas se doblaran hasta el suelo.

Amarlo solo te arruinará, le había advertido su madre, pero solo ahora Ophelia se dio cuenta de lo que realmente quería decir. Había querido decir que amar a Blackwell sólo afectaría a Ophelia. Blackwell saldría ileso. Se preguntó si su madre lo había sabido todo el tiempo. O si Tessie Grimm sólo se había enterado del alcance de las reglas de Phantasma en la otra vida.

Se dobló cuando otra descarga de dolor atravesó sus pensamientos. Y entonces Blackwell empezó a transformarse también.

Su medallón empezó a brillar en su mano, de un azul gélido y brillante. Azul Grimm. El medallón se elevó en el aire, abriéndose y estallando con una luz que envolvió por completo la oscuridad que los rodeaba. Blackwell rugió cuando el poder y la magia comenzaron a arremolinarse a su alrededor desde el collar, inundando su cuerpo. Había recuperado todos sus poderes. Estaba oficialmente liberado de Phantasma. Era libre.

—No —gruñó en cuanto la luz se disipó y el medallón cayó al suelo con un tintineo lastimero. Su corazón era ahora un lento y débil latido en su pecho—. Él no te alejará de mí también. Nunca más. Nunca más.

Gritó desconsolada mientras la maldición seguía desgarrándola, sus uñas se volvían moradas al ralentizarse su circulación sanguínea.

—Ophelia —suplicó él, recogiendo su collar del suelo, para aferrarlo con seguridad de nuevo en su mano—. Puedo devolverte un corazón que funcione como pago por haberme liberado, pero tienes que decirme verbalmente que estás de acuerdo. La maldición, sin embargo... eso es otro calvario.

Apretó los dientes contra el dolor mientras se obligaba a mirarle, y sus siguientes palabras salieron sin aliento.

—El corazón... sí... acepto el corazón... como pago.

—Esto puede doler un poco —le dijo él mientras sus manos empezaban a brillar en azul. Colocó ambas sobre su pecho, y ella sintió el calor de su magia recorrerla al instante. Durante un momento cargado, sintió una fuerte presión en su interior, un dolor mientras algo florecía bajo su carne. Y entonces se acabó, y ella lo sintió.

Un latido. Tomó una bocanada de aire y Blackwell le cogió la cara con las manos, apretando la frente contra la suya en señal de alivio.

—Gracias al puto infierno —susurró.

Ella se aclaró la garganta, sus palabras aún débiles mientras apretaba:

—La maldición de Phantasma...

En cuanto mencionó Phantasma, una réplica de dolor recorrió su cuerpo.

Él se inclinó hacia atrás para poder mirarla directamente a los ojos y le pasó las manos por la cara en señal de consuelo.

—La única forma de romper una maldición de mi padre tan poderosa es haciendo un trato contigo.

—Si tú...—Dudó—. Si me entregas tu alma, puedo erradicar la maldición de ella. Prometo devolvértela, sin mancha, después.

Un sollozo le recorrió el pecho. Entregar su alma a un diablillo, no, al Príncipe de los Demonios, era posiblemente lo más desaconsejable que alguien podía hacer. Por mucho que quisiera confiar en la palabra de Blackwell de devolvérsela... no podía arriesgarse a algo así. Si moría sin su alma, no tendría otra vida.

—*Es otro truco* —la Voz de la Sombra hirvió—. *Todo esto es un truco para conseguir tu alma.*

—No puedo —gritó ella, aferrándose a las solapas de su camisa—. Por favor, cualquier otra cosa. Lo que sea. Te lo suplico, ¿bien? Por favor.

Su mirada estaba llena de remordimiento.

—Para romper algo así, necesito una cantidad significativa de energía para equilibrar lo que se está destruyendo. Necesitaría una atadura permanente.

Su respiración se entrecortó cuando la agonía empezó a remitir lentamente, la maldición a asentarse en lo más profundo de su médula.

Sus ojos verdes la miraron fijamente.

—Antes, Phantasma era mi vínculo permanente. Las almas que pasaban por aquí me suministraban energía, y yo se la devolvía a la mansión. Incluso habiendo recuperado todo mi poder, ahora que los lazos entre la mansión y yo se han cortado, Phantasma se está desmoronando. Lo que significa

que, sin tratos que me sostengan, tendría que volver al Otro Lado.

—¿Phantasma se está desmoronando?

Asintió.

—Puedo sentirlo. Se está desmoronando. Los Diablillos tendrán que ir a otra parte en busca de negocios. Los Apariciones serán liberadas de la finca. Sinclair tendrá que volver con mi padre por el resto de su condena en deuda por no haberme mantenido atado aquí.

—Si acepto ser tu nueva atadura —empezó ella, con la vista empezando a nublarse—, ¿qué implicaría eso?

—Para siempre. Conmigo.

—¿Y?

Sonrió satisfecho.

—¿No es eso lo bastante tentador para ti?

—No juegues conmigo ahora —gruñó ella—. ¿Qué más?

—Tu alma seguiría siendo tuya, pero tu energía y tiempo de vida no.

—¿Tiempo de vida? ¿Quieres decir...?

—Si yo viviera eternamente, tú también —confirmó—. Podría utilizar tu nueva fuerza vital inmortal para alimentar mi magia y permanecer en este plano lineal todo el tiempo que quisiera sin tener que preocuparme de hacer constantemente tratos como hacen otros Diablos.

Respiró hondo.

—De acuerdo.

—Para siempre es mucho tiempo —advirtió—. ¿Estás segura de que sabes lo que estás aceptando?

—Lo hago —prometió ella—. Sobre todo teniendo en cuenta que voy a tener que lidiar con tu boca durante toda la eternidad. No me lo tomo a la ligera.

—Por favor —dijo él—. Ambos sabemos cuánto te gusta mi boca.

Ella frunció el ceño.

—Ya me estoy arrepintiendo, de verdad.

Su rostro volvió a ponerse serio.

—Ophelia, estoy jodidamente enamorado de ti. Creo que me enamoré de ti cuando me preguntaste cómo podías ayudarme la primera vez que nos vimos. Príncipe de los Demonios, y querías salvarme. Tal vez, de alguna manera, supe entonces que tú podrías ser quien me liberara. Y quise decir lo que dije esa noche, que esperarás que nunca nos volviéramos a ver, y odio que esto sea lo que está pasando. Pero... cada segundo que he pasado contigo me ha recordado lo que es estar vivo. Y cambiaría cualquier otra alma del mundo si eso significara que podría tenerte para siempre.

Una lágrima rodó por su rostro. Tragó saliva y se la quitó.

—Pero... —continuó—, sea lo que sea lo que te haya hecho la maldición, sea cual sea el efecto secundario que haya decidido infligirte, sólo te afectará cuando estés cerca de mí. Aún puedes alejarte, Ophelia. Vuelve a la vida con tu hermana que siempre has planeado. Me liberaste de Phantasma, ya no me debes una década de tu vida. Todo será como si esto nunca hubiera pasado.

—Pero sucedió —le dijo ella—. Y si me voy ahora, la maldición se asegurará de que nos perdamos el uno al otro para siempre.

Apretó su frente contra la de ella.

—Me preocupa que no entiendas la carga de la eternidad. No necesitas atarte a mí con la preocupación de que nos perdamos el uno al otro. Ahora que soy libre, llevaré los recuerdos de este tiempo contigo para siempre. La materia de mi alma siempre tendrá tu nombre grabado en ella. Puede que no fuera capaz de recordar mi verdadera identidad dentro de la mansión, pero seguía siendo yo. Sé la verdad de lo que sentí por ti entonces y sé la verdad de lo que siento por ti ahora. —Respiró hondo?—. Y si eliges ser mi atadura, necesito que sepas que eso no significa que tengas que quedarte conmigo. Serás libre de vivir tu vida eterna como quieras. Incluso si eso significa que decides que no quieres volver a verme.

Respiró entrecortadamente.

—Ahora o nunca, ángel —le dijo.

Era el momento. A lo que había conducido todo desde la muerte de su madre. Ella eligiendo qué clase de futuro iba a tener. Qué clase de legado.

—¿Cuál es tu decisión?



EPÍLOGO

LEGADO

Mientras Ophelia paseaba por Nueva Orleans, había una sensación de paz en el aire a su alrededor. Ya casi estaba en casa, a solo veinte minutos de casa, y cuando se detuvo frente a la catedral restaurada, recordó por qué.

Phantasma se había desmoronado hasta el suelo y había desaparecido sin dejar rastro. La catedral había regresado al lugar que le correspondía donde una vez estuvo la Mansión del Demonio, sin ninguna señal de que hubiera existido aquí en absoluto. Nueva Orleans, después del anochecer, se había vuelto más clara en las últimas semanas. Los rumores de que los demonios ya no caminaban por las calles habían comenzado a circular... Algo en la atmósfera ha cambiado. La gente no está tan desesperada por hacer tratos desaconsejables después de que se pone el sol.

Ophelia se había sentido más cómoda vagando sola por la ciudad, incluso después del anochecer. Se había asentado en la idea de que era lo suficientemente poderosa como para mirar a la oscuridad y podía manejar cualquier cosa que pudiera mirar hacia atrás.

Aceleró el paso por el camino, detestando demorarse en cosas del pasado cuando tenía un futuro mucho más emocionante. Cuando vio las puertas cubiertas de rosas de la mansión Grimm, la anticipación retumbaba en sus venas. Ella y Genevieve todavía tenían mucho que resolver; se habían esforzado por desenredar los delicados hilos de tensión de su infancia, pero Ophelia nunca había estado más segura de cuál era su posición con respecto a su hermana.

—*Va a odiar tu sorpresa* —dijo la Voz de la Sombra.

Ophelia la ignoró, algo que se había vuelto más fácil con cada día que pasaba. Había estado trabajando en la creación de esta sorpresa durante casi dos meses y absolutamente nada iba a arruinar su estado de ánimo al respecto.

Se apresuró a subir por el largo camino de entrada, saltando al porche para abrir la puerta de entrada, llamando a Genevieve por su nombre mientras entraba en el vestíbulo.

—¡Tengo una sorpresa para ti! —anunció.

Se quitó la chaqueta y la colgó sobre la mesa de la entrada, sacando el regalo que le llevaba a Genevieve del bolsillo delantero mientras se abría paso por la casa hasta el estudio principal. La mansión Grimm se sentía más ligera que nunca, lo que se debía en parte al hecho de que había sido desempolvada de arriba a abajo y las chicas se habían encargado de comenzar a ordenar las cosas de su madre, finalmente listas para descansar la memoria de Tessie Grimm. Habían empacado todas las cosas sentimentales en el ático de arriba, por supuesto, pero un borrón y cuenta nueva significaba que podían comenzar a hacer el lugar realmente

suyo. Y Ophelia podía decidir qué partes de la práctica de su madre le gustaría continuar por su propia voluntad y no por una culpa abrumadora.

Desde que Phantasma había caído, Ophelia había estado evaluando cuidadosamente lo que quería hacer con su magia. Descubrió que había desarrollado una debilidad por otros seres paranormales, como ella misma, Genevieve y Luci, que sentían que no tenían más remedio que meterse en situaciones peligrosas cuando llegaban los tiempos difíciles. Se preguntó si podría haber una vía de negocios sin explotar para explorar allí en lugar de lidiar con cadáveres y muertos día tras día. Ser una especie de refugio seguro para explorar opciones de asistencia en el ámbito paranormal antes de hacer un trato mal aconsejado con un ser que tenía intenciones maliciosas.

El nuevo legado de las Grimm.

—¿Genevieve? —volvió a llamar mientras revisaba la taberna y el estudio.

Cuando regresó a la sala de estar, se quitó los zapatos y se acercó a una de las grandes ventanas que bordeaban la pared principal. Se habían dedicado a atar las cortinas hacia atrás, dejando entrar la mayor cantidad de luz natural posible. Un momento después, escuchó pasos detrás de ella y sonrió.

Cuando se volvió, encontró a Salem apoyado en la puerta, con las comisuras de los labios levantadas en una sonrisa exasperada mientras Poe ronroneaba en sus brazos. Al parecer, el gato se había unido a él lo suficiente a lo largo de sus siglos juntos en Phantasma como para que el pequeño demonio decidiera quedarse allí en lugar de volver al infierno.

—Distraer a tu hermana no es tarea para los débiles de corazón —comentó Salem, dejando que Poe cayera al suelo y saliera corriendo.

Ella se echó a reír.

—Lo sé, ¿por qué crees que *te pedí* que lo hicieras?

Se apartó de la pared para acercarse a ella, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura mientras bajaba la cabeza para presionar un beso cariñoso contra el costado de su garganta.

—Bienvenida a casa.

Ella tarareó con satisfacción.

—¿Ustedes dos hicieron algún progreso en la investigación del medallón?

Cuando mencionó el collar, su mano automáticamente se metió entre sus cuerpos para tocar la chuchería que llevaba alrededor de la garganta. Estaba frío al tacto, los latidos de su corazón estaban dormidos desde que lo usaron para liberar a Salem de Phantasma. En primer lugar, todos habían despertado la curiosidad de cómo su familia había recibido una pieza así, pero hasta ahora no podían averiguar cómo, de todas las familias, las mujeres Grimm llegaron a poseer un objeto tan crucial del mismísimo Rey de los demonios. Qué casualidad fue que cayera en manos de Ophelia. Y aunque ya no tenía la magia que alguna vez tuvo, seguía siendo una de las cosas más preciadas que poseía.

Ahora golpeaba con afecto un dedo. *Uno, dos, tres.*

—Solo más callejones sin salida —respondió—. ¿Tuviste algún problema para recoger los billetes?

Ella negó con la cabeza mientras sostenía el sobre para que él lo viera.

—Me estaban esperando como prometieron. Gracias por organizar todo.

Le pasó un dedo por debajo de la barbilla, levantando su cara hacia la suya hasta que sus labios casi se tocaron.

—¿De qué sirve tener todo el alcance de mi poder si no es para malcriarte? Convencer al banco de que pagaste tu casa... llevarte a unas vacaciones extravagantes... comprarte todas las cosas bonitas que deseas... estoy aquí para servir. —Él le dio un beso en los labios mientras ella ponía los ojos en blanco.

—¿Y por malcriarme te refieres a enviar a mi hermana sola para que podamos tener más tiempo a solas, aquí, juntos? —bromeó.

Era su turno de poner los ojos en blanco.

—Nos reuniremos con ella solo unas semanas después, ángel. Y necesitaré cada segundo de ese tiempo para hacer todas las cosas que quiero hacerte. En todas las superficies de esta casa.

Su pulso se aceleró de emoción mientras le hacía un puchero simulado y le preguntaba:

—¿De verdad solo necesitas unas pocas semanas para lo que has planeado?

Él sonrió como el Príncipe de los demonios que era y se inclinó para presionar besos a lo largo de su mandíbula. Sus siguientes palabras la hicieron temblar.

—En realidad, necesitaré cada segundo de la eternidad que me prometiste para hacer lo que he planeado para ti.

Ella se sonrojó cuando él la sumergió en un beso acalorado, haciéndole girar la cabeza.

Alguien se aclaró la garganta desde el otro lado de la habitación.

—Hay diez habitaciones en esta casa con cerraduras en las puertas si van a hacer esto a mitad del día —les dijo Genevieve.

—¡Ahí estás! —dijo Ophelia mientras se desenredaba de los brazos de Salem para correr hacia Genevieve con el sobre—. ¡Tenemos una sorpresa para ti!

Genevieve alzó una ceja mientras abría la solapa del sobre y sacaba su contenido. Un chillido de sorpresa atravesó la habitación, y cuando Ophelia volvió a mirar a Salem, vio que parecía bastante complacido con la reacción.

—¿Lo dices en serio? —imploró Genevieve.

Ophelia asintió con entusiasmo.

Genevieve salió corriendo de la habitación.

—¡Tengo que empezar a planear qué empacar!

Ophelia se echó a reír, y Salem se acercó a abrazarla por detrás.

—¿Dónde estábamos?—murmuró.

—Creo que estabas a punto de intentar arruinar mi alma y violar mi cuerpo.

—Arrasar tu cuerpo, sí. Pero creo que hay algunas cosas que preferiría arruinar además de tu alma... —La llevó hacia el sofá de terciopelo, se sentó y tiró de ella para que se sentara a horcajadas sobre su regazo—. Para empezar, este sofá.

La besó desde la garganta hasta el pecho, justo por encima de la línea del corsé. Luego pasó a rozarle los hombros y los brazos desnudos, besando cada una de las estrellas doradas que había ganado en Phantasma. Nueve recordatorios permanentes en su piel de lo que habían hecho juntos.

—Eres absolutamente incorregible —tarareó mientras apoyaba las palmas de las manos en su pecho.

—Te encanta.

Giró la cabeza para morderle el labio inferior.

—Demonio.

—Ángel —bromeó él.

Ella lo besó entonces, larga y lentamente, deleitándose con el pedacito de cielo que había salvado de las oscuras profundidades del infierno..

FIN

TOC

Me gusta decir que la idea de Phantasma se me ocurrió de repente, golpeándome como una tonelada de ladrillos una tarde nublada de noviembre de 2021, pero en realidad, mi experiencia con el trastorno obsesivo-compulsivo se ha ido construyendo en esta historia durante mucho tiempo.

Durante el proceso de lluvia de ideas sobre el tipo de romance adulto con el que quería debutar, estaba pasando por un período en el que mis tendencias obsesivas y compulsivas estaban estallando más de lo habitual y las voces en mi cabeza se estaban volviendo demasiado audaces. Para mis amigos, estas compulsiones eran pequeñas anécdotas alarmantes durante el almuerzo: "*eso suena como una película de terror*", dijo uno de ellos (cariñosamente), lo cual es gracioso porque, para mí, alguien que ha vivido con TOC toda mi vida, fue solo otro día en el que no me inmuté por los escenarios cada vez más creativos que a mi mente le gusta conjurar.

El TOC tiene una gama tan amplia de síntomas que hace que la experiencia de cada persona con él sea diferente. Desafortunadamente, también se ha convertido en un término comúnmente mal utilizado combinado con la idea de ser demasiado ordenado y limpio, cuando en realidad muchas personas con TOC tienen síntomas mucho más oscuros. En mi experiencia, esto ha hecho que explicar los efectos reales del TOC sea muy difícil, así como hacer que sea más difícil para las personas considerar la condición en serio. ¡Es muy importante para mí transmitir, con la máxima sinceridad, que sé que la gente no está haciendo esto para ser maliciosa! Sin embargo, debido al mal uso del término, algunas de las formas en que se muestra este trastorno en este libro pueden parecer exageradas o dramáticas, pero los detalles del TOC de

Ophelia se extraen directamente de experiencias que yo, o alguien que conozco que comparte mi condición, he tenido de primera mano. Y sigue siendo solo una fracción de los síntomas con los que vivimos a diario.

La historia de Ophelia es una carta de amor a mi viaje de sentirme cómoda estando en mi propia cabeza (así como a mi adoración por la estética gótica y los fantasmas calientes). Y aunque su experiencia con el TOC, *mi* experiencia con el TOC, puede parecer muy diferente a la de otra persona, espero que el mismo mensaje suene claro: luchar con tu salud mental no te hace indigno de amor. Y espero que las personas de las que te rodeas sean el tipo de personas que también saben eso.

ESCUCHE MÁS DE KAYLIE

De todos los libros que he tenido el placer de escribir, *Phantasma* puede tener la parte más grande de mi corazón hasta ahora. Contiene todas mis cosas favoritas: fantasmas calientes, vestidos de gala góticos, sangre, guiños al exuberante follaje y la comida de mi ciudad natal, chicas con sentimientos complicados sobre la familia y, sobre todo, un romance inquietante. Mi experiencia viviendo con TOC está tan profundamente arraigada en el personaje de Ophelia que escribirla me ha traído sanación de una manera que escribir ningún otro personaje lo ha hecho para mí antes. En todas mis novelas anteriores he escrito mis personajes a partir de mis cicatrices, no de mis heridas abiertas, pero la historia de Ophelia, y el afecto enamorado de Blackwell por ella, fue tan catártico para mí como emocionante. Mi esperanza es que te **hayas** divertido tanto viéndolos enamorarse como yo lo hice escribiéndolo, y que vuelvas a unirte a mí para vivir más aventuras deliciosamente inquietantes en este mundo.

Si disfrutaste de *Phantasma*, te estaría infinitamente agradecida si pudieras dejar una reseña de este libro. Los lectores son realmente el alma del mundo del libro, y siempre estoy muy agradecido a todos y cada uno de ustedes que se toman el tiempo de compartir sus pensamientos sobre mis libros para que otros puedan descubrir mis historias. Su apoyo es la razón por la que puedo continuar con este sueño, y por eso, siempre tendrá mi corazón.

Deseos de estrellas,

Kaylie Smith

NOTES

[←1]

Las "Krewes" son organizaciones o sociedades que participan en la planificación y ejecución de los desfiles y eventos de Mardi Gras, principalmente en Nueva Orleans. Cada Krewe tiene su propio tema, tradiciones y carrozas, y suelen estar compuestas por miembros que pagan cuotas para financiar los desfiles y celebraciones.